

LIA.

AQUÍ Y AHORA

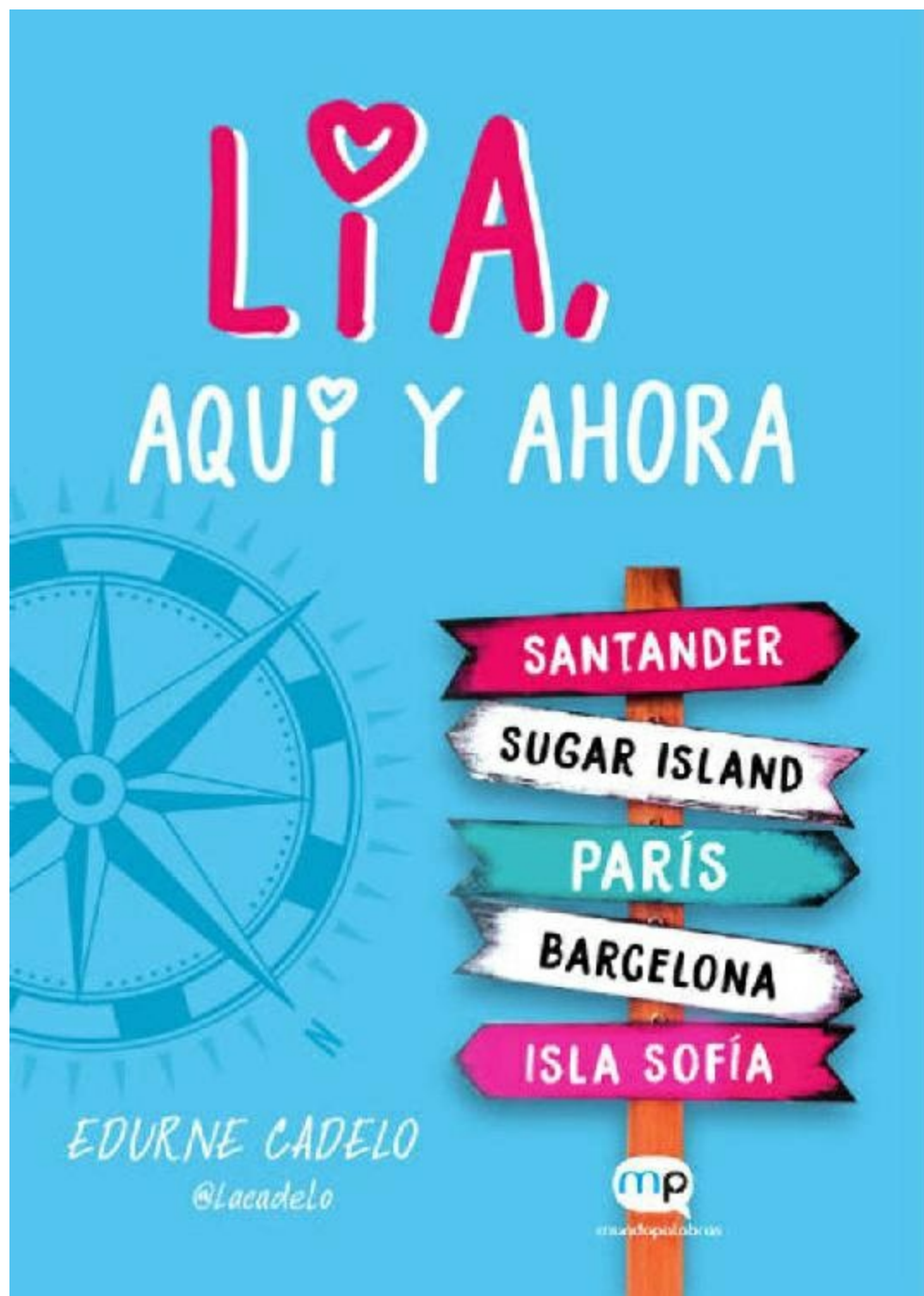


EDURNE CADELO

@Lacadelo



www.musica.com.br



Lía, aquí y ahora

Primera edición, año 2018

© de la obra : Edurne Cadelo

Instagram: @lacadelo

Facebook: Edurne Lacadelo

Edita: www.mundopalabras.es

contacto@mundopalabras.es

Tel: 944 06 37 46

ISBN: 978-84- 948284-5- 4

Diseño de cubierta: mundopalabras.es

No se permitirá la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

INDICE

[PRÓLOGO](#)

[1- NUEVO CICLO](#)

[2- NO ES COÑA](#)

[3- JULIA, JULIA](#)

[4- SALIR DE LA RUTINA](#)

[5- EL VIAJE](#)

[6- EXPERIMENTO DÍA 1](#)

- 7- EXPERIMENTO NOCHE 1
- 8- COMO JUVENIL DE PRIMER AÑO
- 9- PERDIDO Y ENCONTRADO
- 10- DESPERTARES
- 11- MAR CARIBE
- 12- UNA NOCHE MÁS, UN DÍA MENOS
- 13- NUESTRA ISLA
- 14- TORMENTA
- 15- SE AVECINA MÁS TORMENTA
- 16- DE NUEVO SOLA
- 17- LA ÚLTIMA NOCHE
- 18- LA DESPEDIDA
- 19- REGRESO A CASA
- 20- CARA A CARA
- 21- EL VERANO LLEGA A SU FIN
- 22- LOCURA
- 23- MI CASA MI PRIMERA VEZ
- 24- UNA HISTORIA QUE COMIENZA
- 25- MIEDO AL MIEDO
- 26- VECINOS DE NUEVO

27- CONFESIONES ENTRE SEXO Y FOTOS

28- Y LLEGÓ EL DOMINGO

29- UN PASO MÁS

30- PASO A PASO

31- COMO UNA PAREJA NORMAL

32- JULIA SE HACE MAYOR

33- DESAGRADABLE SORPRESA

34- PARÍS I

35- PARÍS II

36- DULCE NAVIDAD

37- TODA LA VERDAD

38- VINO Y SÁBANAS

39- MI VERDAD

40- ADIÓS 2016

41- CUMPLEAÑOS FELIZ, A MEDIAS

42- ¿CELEBRANDO QUÉ?

43- CARA A CARA CON LA REALIDAD

44- TOCANDO FONDO

45- DEJÁNDOSE CAER

46- LA LLAMADA

47- MEDIAS VERDADES, MENTIRAS Y FIN

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

Para César, por tanto, por todo.

Yo soy la que escribo; pero este proyecto es de los dos, como todo lo que nos sucede desde 1996.

PRÓLOGO

Sabéis cómo suenan los cojines del sofá cuando literalmente te dejas caer sobre él, algo así como “plaaaaf”, pues ese es el único ruido que acabo de oír en mi casa ahora mismo. Un sonido maravilloso, de agotamiento y descanso a la vez. Son las nueve de la noche y aún no me puedo creer la paz que se respira a

mi alrededor, no hay gritos de niños revoloteando, ni juguetes, ni ropa tirada por cualquier parte de la casa, está todo colocado en el sitio correcto, las mochilas, los balones; vamos, que se podría cenar en el suelo hoy, así que bendito

“plaaaaf”, por fin puedo descansar del ritmo frenético de toda la semana y me puedo dejar caer, como si fuera el último esfuerzo que me permite hacer mi cuerpo a estas horas del día.

Desde que vivo sola con los niños, todavía no soy capaz de articular esta palabra y no extrañarme al oírla. SOLA, hace unos tres meses ya, esta es la paz

que se respira en mi casa cuando mis niños están con su padre el fin de semana.

Esta es una situación completamente nueva para mí, yo sola, sin mis niños y sin

él. A veces me repito en voz baja esta palabra que jamás formó parte de mi vocabulario, “SOLA”, para ver si repitiéndola muchas veces empiezo a tomar conciencia de mi estado actual. Normalmente suelo hablar de mi marido en presente y al rato me doy cuenta de que esa historia se acabó, que pertenece a mi pasado y que ahora empiezo a vivir otra etapa, otra etapa que nunca me planteé.

Después de dieciocho años juntos, es difícil no referirme a él como algo mío, como algo que me pertenece, una posesión, algo tan grande que durante muchos

años hemos sido uno. Si lo pienso bien, es que he estado con él el mismo tiempo

de mi vida que sin él. Como buena economista que soy, y siempre mujer de números, he desarrollado la original teoría de que mi vida se rige por ciclos de

dieciocho años de duración. Los primeros dieciocho años, desde mi nacimiento

hasta mi mayoría de edad, transcurrieron de forma normal, con unos años de infancia que ya empiezo a olvidar y una divertidísima adolescencia, donde descubrí un montón de cosas buenas. El segundo ciclo de dieciocho, que por cierto acaba de terminar, fueron junto a él, formando mi familia, pasando buenos

y malos momentos, superando las dificultades del día a día, viajando, creciendo

juntos y sobre todo disfrutando de la etapa más feliz de nuestras vidas, ser padres de nuestros dos niños, que aunque me vuelven loca me encantan. Nunca me han

gustado mucho los niños, excepto los míos, claro; pero ahora sé que teniéndolos

a ellos soy capaz de discernir lo bueno e importante de la vida de lo que realmente no importa tanto.

Y ahora con treinta y seis años comienza mi tercer ciclo, ¿será esta nueva etapa de dieciocho años también? No tengo ni idea de lo que me deparará la vida, no me he imaginado nunca este nuevo futuro. De momento solo sé que estoy tirada en mi sofá y sola, con todo el tiempo del mundo para mí. Así que se

detenga el reloj ahora mismo, porque de verdad que he conseguido un instante de calma.

1- NUEVO CICLO

El fin de semana se me ha hecho largo, más largo de lo que esperaba a priori.

Sobre las siete de la tarde volverán los niños, y aunque el viernes empecé muy

relajada y disfrutando de mi soledad, ayer ya necesitaba algo de actividad. Mi amiga Julia me insistió para que fuera al cine con ella, pero quise aprovechar ese rato de soledad para relajarme un poco y pensar. Pensar en cómo voy a afrontar

mi nuevo ciclo de dieciocho años restantes que comienzan a partir de ya. Así que

me excusé, con el manido dolor de cabeza, y me quedé todo el sábado en casa,

sin salir, pensando y pensando. Al final ningún pensamiento elocuente ha salido

de mi cabeza, lo único que creo es que en esta nueva etapa voy a disfrutar un poco más de mí, quiero ver crecer a mis hijos, trabajar y ser feliz, simplemente, sin más complicaciones.

A veces queremos organizar todo tan meticulosamente, empezando por

nuestra cabeza, que cuando algo se tuerce, y ya no sale como esperábamos, la desilusión es mortal, así que he decidido dejarme llevar, quiero estar tranquila conmigo misma y con mis nuevas circunstancias. A veces lo que deseas es lo que menos esperas.

Yo creo que en mi último año del ciclo anterior ya estaba así, disfrutando solo

de los niños, aunque ni Carlo ni yo quisiéramos dar el paso de sentarnos y hablar. Nos acomodamos a la rutina y seguimos con nuestra vida interior, sin hablar las cosas. Un error bastante común en las parejas, guardarse para uno mismo los pensamientos; pero que a la larga se manifiesta en cualquier momento. Yo no lo manifesté, pero Carlo sí. No de la forma que me hubiese gustado, y por eso estoy muy dolida con él, porque la vida en pareja ya nos había dado todo, porque el ser solo uno se acabó, y si él estaba un escalón por encima

de mí en ese final, debería habérmelo dicho antes de actuar. Respeto es lo único

que le faltó para acabar nuestro ciclo. Respeto a mí y a nuestra familia.

No lo vi venir, pero creo que empezamos a ser dos seres distintos otra vez, cada uno con sus ideas, sus expectativas, sus metas y sus contradicciones, cada

uno las suyas. Después de tantos años sabiendo lo que pensaba y lo que iba a decir el otro, nos volvimos dos personas diferentes. Nos quisimos tanto que jamás pensé que esto iba a suceder; pero volvimos a ser dos, cada uno con un camino distinto por recorrer, él lo supo antes que yo y por eso me engañó.

Y así es como decidimos que cada uno continuará por separado su vida, sin

más vuelta de tuerca, sin darnos más oportunidades, porque creo que esa etapa se cerró para los dos, porque en dieciocho años hemos vivido tantas cosas que juntos ya no nos quedan por vivir más. Que probablemente tarde unos cuantos años en quitarme la imagen de Carlo cabalgando con otra encima de su mesa de

trabajo, pues también; pero creo que con el tiempo todo va cogiendo valor en su

justa medida.

Después de ese día, todo fue muy rápido. Creí que me costaría más aceptar la realidad, pero no fue el caso. Vendimos nuestra casa y yo me metí en la aventura

de comprar un piso antiguo en el centro de la ciudad, para tener todo a mano.

Necesitaba un nuevo proyecto en el que centrarme, algo que pudiese controlar.

Siempre he sido yo quien ha llevado la casa y ha tomado todas las decisiones importantes de la familia, yo organizo y los demás ejecutan. El piso estaba para

demoler y reformar, así que mi cabeza se mantuvo en constante actividad durante dicha reforma y a la vez me sirvió de terapia para ir poniendo los pilares a mi nueva etapa. Poco a poco fui ordenando mi cabeza a la vez que ordenaba y

decoraba mi nuevo hogar. Incluso me endeudé un poco más comprando un altillo

que se comunicaba con el piso, con la idea de hacer un estudio- *loft*, donde mis hijos pudieran vivir cerca de mí cuando crecieran, pero de forma independiente.

El *loft* ha sido mi gran proyecto de soltera, aquí sí que he puesto todo el corazón, como si fuera el lugar que me hubiera encantado que mis padres me regalaran con dieciocho años.

Probablemente, cuando mis hijos cumplan esa edad no querrán vivir a mi lado, o sí, nunca se sabe. Lo más seguro es que luego no les gustará la decoración o el estilo y querrán deshacerse de todo. Ya se sabe, los padres queremos organizar un poco, o un mucho, la vida de nuestros hijos, porque

los

sentimos como nuestra obra maestra y queremos proyectar en ellos nuestros gustos, aficiones y pasiones. Me parece un error, porque es así como nos olvidamos de educarles como seres independientes y tratamos de influir en su pensamiento en exceso. Deberíamos solo ejercer de guías, para que el día de mañana sean capaces de tomar sus propias decisiones; unas veces acertarán y otras se equivocarán, pero serán sus errores y aciertos. Con la educación que les proporcionamos intentaremos que su criterio sea el más acertado posible. Así que, con ese afán por tenerlos bajo mi ala, puse toda mi ilusión en ese espacio y el tiempo dirá si conseguiré mi objetivo de haberlos complacido.

Espero no ser tan mala madre como para que quieran salir huyendo de mí al

cumplir la mayoría de edad; aunque hoy en día nunca se sabe cómo acertar, tú puedes pensar que eres una súper madre enrollada como ninguna y al final nada

es lo que parece y ellos no lo ven de la misma manera que tú. Es un problema

generacional que perdura con el paso de los tiempos; aunque, según mi opinión,

ahora ese salto no es tan grande.

2- NO ES COÑA

Llegan las vacaciones de Semana Santa y mis niños se van a pasar quince

días con su padre, así que voy a tener tiempo suficiente para dedicarme a mí, a

holgazanear y hacer lo que me apetezca, sin horarios y sin prisas.

He quedado con Julia para comer en el *Bar Five*, es un sitio que a Julia le encanta, sus camareros son jóvenes y muy guapos. En cuanto nos ven entrar por

la puerta, nos tratan como reinas y se deshacen en piropos. Yo no me siento

muy

cómoda con tanta parafernalia, pero ella enseguida se mete en el papel. Se empieza a crecer y se imagina que está todavía en la cresta de la ola, o en la flor de la vida, podría decirse también, y coquetea, coquetea... hasta que sale con el

ego subido. Le suele durar varios días, después vuelve y arreglado otra vez.

Entro en el bar y Julia ya me espera tomándose su cóctel favorito, preparado por

su camarero favorito, Leo, un argentino con mucha labia que la tiene

embelesada. Con un cuerpazo, una boca perfecta que te invita a morder y unos

labios carnosos que te bloquean la mirada; menos mal que yo no me suelo fijar

en esas cosas. Ella no lo reconoce, pero está deseando estar un día hasta el cierre y conseguir llevárselo a casa, o más bien a su cama. Seguro que quiere comprobar si los abdominales que parece que posee son reales o fruto de su imaginación.

—¡Lía! Ven, siéntate a tomar uno de estos en lo que nos preparan la mesa, hoy

Leo los ha hecho mejor que nunca —me medio grita cuando me ve entrar.

Yo la miro con sonrisilla de bruja y le guiño un ojo. Mientras me acerco, Leo

ya está colocando mi copa al lado de la de Julia y al sentarme en la barra me extiende su mano para que yo acerque la mía y me besa finamente cerca de los

nudillos. Esta es la clase de parafernalia a la que me refería, que no estoy acostumbrada y no sé si me gusta o incluso me da algo de vergüenza ajena, o propia. Además, la diferencia de edad es evidente; yo no me considero una

señorona, pero creo que él no pasa de veinticinco y su actitud me produce una sensación extraña.

—Hola. Buenos días —digo con voz suave.

—Buenos días, cariño, ¿qué tal estás?

Desde que estoy sola, Julia no ha dejado de preguntarme cada día cómo estoy,

creo que se piensa que entraré en depresión en breve, o que en el fondo no estoy

contenta con mi nueva situación. Y nada más lejos de la realidad, ni yo misma

podía imaginar que mi cuerpo y mi mente iban a reaccionar así de bien ante el cambio.

—Muy bien, tranquila. —Doy un sorbo de mi copa—. Humm, ¡qué bueno!

Efectivamente, hoy nuestro margarita está buenísimo, y digo murmurando casi

al oído de mi amiga:

—Casi como el que lo prepara.

Ella empieza a reírse y me dice entre dientes.

—No tardaré en probarlo a él también.

Después de conversar un rato, nos sentamos en la mesa que siempre nos preparan, cerca de la cristalera, para poder observar lo que se mueve en la calle.

Nos gusta darle a la lengua y controlar a los que pasean por la calle; por supuesto también a los que se sientan a nuestro alrededor, Julia tiene un humor bastante inglés, es muy mordaz y siempre me hace reír con sus

comentarios.

Al terminar el postre, me agarra la mano y me salta de sopetón:

—Ahora viene la gran sorpresa, por favor, prométeme que dirás que sí. —Yo me quedo ojiplática y pienso en qué me habrá preparado esta mujer ahora. En su

mano veo un sobre grande, con bastante contenido, y no tengo ni idea de lo que

será en particular.

—¡Uy, Julia! Te tengo más miedo, cómo voy a decir que sí, sin más, viniendo

de ti es imposible fiarse.

—Toma, ábrelo —me espeta.

Yo alucinada cojo el sobre, lo abro y lo primero que veo es una tarjeta con la foto de una playa paradisíaca y unas letras rojas enormes que dicen:

“No more singles: LOVE RESORT”.

Al leerlo empiezo a reírme, pensando que se trata de una coña y que me está enseñando ese resort de lujo para reírnos de lo que hace la gente con tal de no estar soltera, y de repente alzo la vista de la fastuosa tarjeta y veo su mirada extraña ante mis carcajadas.

—Oye, ¡que no es una coña! Capulla, saca del sobre toda la documentación porque te vas el viernes.

—¡Joder, Julia!, estás loca. Cómo me voy a ir a un sitio así. Qué te crees, que

lo que necesito ahora es encontrar el amor —mi voz se vuelve más apagada, pero a la vez firme—. Yo amor en esta vida he tenido mucho y nunca me ha faltado. Así que espero no estar dándote la falsa imagen de que ahora estoy sola

y desconsolada, como un alma en pena, ¿no? —pregunto con cara de enfado.

—¡Claro que no, nena! Lo único que quiero es que cambies de ambiente. No me malinterpretes, sé que no te hace falta encontrar el amor ahora mismo; pero

creo que, aunque todos los días me digas que estás bien, necesitas desconectar de todo un poco más. Dejar a los niños con el mamón de su padre y no quedarte en

el sofá tú con tus propios pensamientos.

Ahí ha dado en el clavo, excepto por lo de llamar mamón a Carlo. Porque, aunque no me siento mal con mi nueva situación, sí que paso bastantes horas abstraída por mis pensamientos y sin ganas de hacer nada más. Y continúa:

—Me pareció que sería divertido, yo había cogido billetes para las dos, para hacernos un viajecito y echarnos unas risas; pero ya sabes que el jueves operan a mi madre, y mi hermana con los tres niños lo tiene más complicado para hacerse

cargo de su recuperación, así que tuve que llamar a la agencia y cancelar mi reserva. Estuve a punto de cancelar la tuya también; pero cuando me confirmaste

que no tenías a los niños, lo pensé y me dije: es el mejor momento para que hagas este viaje. El sitio parece increíble, es un resort de lujo y tienen todo tipo de actividades y talleres. Mira qué playas y qué agua. Nena, no me digas que no,

piensa que puedes seguir con tus pensamientos, pero con “todo incluido” y dándote el solete. Ya te veo bañándote en aguas cristalinas y tomando mojitos

bajo las palmeras. —Saca del sobre otro folleto más amplio—. Los billetes son

en primera clase, en un avión que solo vuela a esa isla, y toda la documentación

necesaria, incluido tu pasaporte y un visado especial.

Todavía estoy en *shock*, no me imaginaba ni por un momento que la sorpresa fuese algo así, lo que más me ha molestado es que yo le haya transmitido una imagen de mí distinta de la que yo percibo; no estoy sola, ni aburrida, solo estoy en tránsito, un poco ida, pero a la vez feliz y relajada, sin complicarme mucho

más. Sin salir de mi asombro, intento hacerle ver, en vano, que se ha confundido.

—Bueno, y qué me quieres decir, ¿que ya has sido tan tonta de haber pagado todo el viaje? ¿Y si te digo que no? Me va a remorder la conciencia porque te has gastado el dinero absurdamente. ¿O todavía estoy a tiempo de poder reconsiderar la oferta?

—Cariño, sabes que te quiero un montón y no me gustaría que no aceptases mi regalo. Sabes que, si no fuera por la operación de mi madre, en ese sobre habría dos billetes y que yo me iría contigo al fin del mundo.

Y entonces yo miro a mi amiga y ella me mira a mí, con esos ojos negros que tiene, que me los clava en lo más profundo del corazón y me pone un gesto de no

haber roto nunca un plato.

—Creo que va a ser la peor semana de mi vida —gruño—. Y cuando vuelva me encargaré de recordártelo todos los días hasta que me regales otra cosa que

subsane este tremendo error; pero bueno, ya que no voy a estar con los niños, creo que podré poner mi culito al sol unos días.

Ella se levanta de su silla, se abalanza sobre mí y me come a besos.

—¡Oh, Lía! Gracias, gracias. Te quiero y lo vas a pasar de lujo, me da a mí que será una semana inolvidable.

—Aquí está la cuenta, señoritas. ¡Uf!, cuánto amor veo hoy, ¿me he perdido algo importante? —pregunta Leo mientras nos deja la cuenta en nuestra mesa.

—Nada en especial —digo con cara risueña, y Julia se vuelve a sentar en su silla y guiña el ojo a Leo, él le corresponde poniéndole morritos.

Este juego que se traen entre manos no va a acabar bien, pienso para mí mientras doy un trago largo a mi copa. Nada bien.

3- JULIA, JULIA

Julia, aparte de mi mejor amiga, es mi socia en la asesoría. Empezamos a estudiar juntas Económicas, pero ella después del primer año se cambió a Derecho; como en Santander las facultades de Derecho y de Económicas

comparten edificio, nos seguimos viendo día tras día. Comenzamos a salir juntas, aunque yo ya salía con Carlo desde mi último año de instituto.

Siempre

encontrábamos ratos para estar juntas. Tomar unas cervezas después de las clases, quedar en la biblioteca para estudiar en épocas de exámenes... Cuando nos daban las vacaciones, siempre íbamos de fiesta en fiesta; los miércoles había fiesta temática en Suances, un pueblo cercano. En julio eran las fiestas de Comillas, otro pueblo costero, que nunca nos perdíamos. Después la Semana Grande en Santander y para acabar en septiembre solíamos celebrar San Mateo

antes de volver a las clases, yéndonos a Oviedo, la ciudad vecina. Salíamos casi

todos los días. Carlo no era de salir mucho; además, de lunes a jueves estudiaba

en Bilbao y venía solamente los fines de semana. Así que ella y yo hacíamos el

tándem perfecto.

Ella se echó un medio novio cuando empezó Derecho, tenía dos años más que

ella y lo tenía loco. Pero a ella siempre le gustó ser un espíritu libre, picaba de flor en flor, aun cuando estaba con él. Si por él hubiera sido, la relación nunca habría terminado, pero ella fue sincera y lo dejó. La vida burguesa y acomodada

que él le planteaba no la convencía para nada. Julia siempre ha querido más.

Siempre ha estado bien de cuerpo, nunca ha sido delgada, pero tampoco

demasiado gorda; como siempre le digo yo: tienes la carne necesaria encima del

hueso para estar cañón. Su cara es redonda y tiene unos ojos negros que iluminan su rostro, melena rizada casi negra y una buena estatura, rondará el 1.75 m de altura. Como diría mi abuela: “es una mujer lucida”.

Cuando acabamos la carrera, con veintitrés años, estuvimos de prácticas en una empresa grande de aquí, tenía un convenio con la Universidad y allí nos mandaban a casi todos los recién licenciados; como nuestra ciudad es más bien

pequeña, no había mucho campo donde elegir.

El padre de Julia murió poco después. Él tenía una asesoría en el centro de la ciudad, y como ya tenía clientela, y mucha, Julia vio la oportunidad de continuar con el negocio familiar. Me propuso entrar a formar parte del

negocio con ella y

yo, sin pensarlo mucho, acepté.

La hermana de Julia es cinco años menor y estaba empezando la universidad por aquel entonces. Su madre nunca trabajó, así que ella tenía que coger las riendas para mantener a la familia, y qué mejor manera que continuando con el

legado de su padre.

Ella se ocupa de toda la parte jurídica y yo de la financiera. La verdad es que,

cuando empezamos, las dos estábamos bastante verdes; pero con esfuerzo y dedicación nos fuimos afianzando en el sector. Conseguimos mantener los

clientes que tenía su padre, en su inmensa mayoría. Y con nuestra simpatía y carisma, fuimos haciendo clientes nuevos. Visitamos empresas, nos pateamos pequeños negocios y así fuimos abriendo más puertas. Nos ayudó mucho Lola,

la eterna secretaria del padre de Julia. Ella poco a poco nos fue mostrando todos los entresijos del negocio, realmente fue nuestra guía los primeros años hasta que se jubiló. Cuando la cosa empezaba a marchar, contratamos a más

empleados, ahora somos seis y se puede decir que seguimos con el mismo entusiasmo que cuando comenzamos el proyecto. Tenemos la suerte de ir

contentas a trabajar, que no todo el mundo puede decir lo mismo hoy en día.

Nuestra oficina está en la 4ª planta de un edificio solo de oficinas, en la Calle Calderón de la Barca, muy cerca del Hotel Bahía. Renovado en el 2012 por uno

de los arquitectos más famosos y premiados de este país, que es santanderino, Juan Díaz-Ares. Cliente nuestro y vecino de la planta 5º y 6º. Todas las oficinas tienen una enorme fachada acristalada, con las vistas a la mejor bahía del mundo, la de Santander. Contemplar la mar cada mañana desde la ventana de mi

despacho me atrapa. Además de ver a los barcos llegar y salir del puerto, tenemos la perspectiva de otro edificio que se inaugurará en breve en nuestra ciudad, el Centro Botín, una majestuosa obra del arquitecto italiano Renzo Piano, que parece estar suspendida sobre la mar. El edificio da a la ciudad un aire fresco y vanguardista. Mi despacho y el de Julia dan a ese lado de la calle y es un auténtico privilegio poder trabajar en un sitio así.

La oficina la adaptamos a los nuevos tiempos y nos quedó moderna y muy actual. Hay que decir que el proyecto de reforma interior lo hizo Carlo, que es Interiorista. Siempre tuvo un gusto fino y delicado. La mayoría de sus proyectos

suelen ser espectaculares.

El suelo es de hormigón pulido y las paredes están pintadas en tonos

grisáceos. Muy industrial. En el vestíbulo hay un gran sofá naranja que da un toque de color entre el resto de tonos neutros. En la recepción hay un mostrador

en blanco mate donde está Carlota, nuestra recepcionista. Ella coge el teléfono,

nos organiza las agendas, es un poco chica para todo. Después hay otra zona de

trabajo, con dos puestos que ocupan Eduardo, nuestro experto contable, un gay

de cuarenta años que los lunes nos alegra las mañanas contándonos cómo se le

ha dado el fin de semana en cuanto a pesca se refiere, y no precisamente de peces, y Sara, una licenciada en Derecho y Económicas por la Universidad de Deusto, que nos vale para todo. Es nuestra última incorporación, todavía no sabemos cómo aceptó trabajar aquí, porque con su expediente académico se la rifaban grandes empresas. Aunque nosotras creemos que es tan tímida que

habrá

preferido empezar en una empresa pequeña, y con chicas, que enfrentarse ella sola a un mundo en su mayoría masculino y voraz. Julia y yo pensamos que todavía es virgen.

Es una chica muy lista, ayuda tanto a Julia como a mí, y como es bastante introvertida, Julia y yo la estamos tratando de soltar un poco. Sobre todo presionándola para que empiece a vivir la vida. Tanta carrera y tantas matrículas de honor le han hecho perderse un poco la esencia de tener veintitrés años. Lo sé, somos unas cabronas, pero nuestra Sarita tiene derecho a desmelenarse, aunque sea poco a poco.

A un lateral tenemos un tabique que separa el baño, en mármol blanco y acero.

Y un pequeño despacho con ventana pequeña, desde la que no se ve la bahía, que

ocupa Claudio, nuestro asesor laboral. Claudio tiene treinta y cinco años y lleva con nosotras desde el principio casi, acabó su carrera y lo reclutamos. Nos lo presentaron amigos comunes de la Universidad, es alto y guaperas, llevamos casi

diez años viéndole a diario y parece que tiene la misma cara que el primer día que vino a trabajar, se mantiene igual que siempre. Es bastante jeta y en estos años habremos visto desfilar a miles de mujeres por su vida. Está claro que es un auténtico “chingatore”, como Julia y yo le llamamos. Él siempre tiene ese brillo

en la mirada y desprende ese aire a su alrededor que hace que te atrape. Es muy

atractivo, y lo peor de todo es que él es plenamente consciente de ello.

Detrás de los dos puestos de Carlota y Eduardo hay un tabique con dos puertas

que separa el despacho de Julia y el mío. Estos sí dan a la fachada principal, y de ahí que tengan unas vistas únicas. Entre los dos despachos se encuentra nuestro

baño privado, con dos puertas que comunican cada despacho a la estancia. Está

todo decorado en color blanco y acero, una combinación actual y de líneas limpias. Los despachos son casi gemelos, con sendas mesas con tapa de cristal y

base de piedra y un sofá en cada uno de cuero blanco. Con estanterías de líneas

geométricas colocadas de forma estratégicamente desordenada. Lo único que los

diferencia son los cuadros de la pared. El de Julia es una pintura hecha por su hermana, abstracta en tonos azules y verdes; y los míos son dos lienzos completamente abstractos que mandé pintar a mi hijo mayor cuando tenía cuatro

años. Le di una brocha y tres pinturas. El resultado no tuvo nada que envidiar a

los que se cuelgan en cualquier galería de arte modernista. Unas líneas que atraviesan el cuadro de arriba abajo y otro par de brochazos que las cruzan, en

tonos rojos, naranjas y negros.

Ahora, al entrar en mi despacho y ver todo tan perfectamente coordinado, no puedo dejar de pensar que mi vida hace no mucho era así, coordinada y perfecta.

4- SALIR DE LA RUTINA

El despertador suena a las ocho de la mañana, es lo que tiene vivir en una

ciudad pequeña, que no hay estrés, ni atascos, ni distancias largas. Después de pasar la tarde ayer con Julia, me costó dormirme un poco. No soy yo muy de sorpresas y ya estoy comiéndome la cabeza con su regalo. No me apetece nada

hacer la maleta, ni buscar la ropa de verano. Aunque estamos en abril, aquí en el norte la primavera no suele llegar hasta junio, así que solo tengo a mano toda mi ropa de invierno. Me da mucha pereza ponerme a buscar en las cajas y a sacar

todo para una semana solo.

Despierto a los niños y después de desayunar los dejo en el colegio, hasta las cinco de la tarde quedo libre, luego empezará mi rutina. Recogerlos, llevarlos a

entrenar, ir a buscarlos... Llevo ya tanto tiempo haciéndolo casi a diario que forma parte de mí día a día. Muchas veces pienso que siempre he estado yo mucho más tiempo dedicada a ellos que Carlo. Su horario no se ha adaptado como el mío para poder conciliar. ¡Ay!, qué palabra más bonita, “conciliación”,

pero qué difícil de llevar a cabo.

No he sido capaz ni de abrir la documentación del viaje, lo he dejado en la cómoda de la entrada y no me he querido ni acercar al sobre, como si me fuera a

morder si lo abro, o algo parecido. ¡Ay, mi Julia!

Al llegar a la oficina, coincido en el ascensor con Juan, el arquitecto.

—Buenos días, Juan.

—¡Buenos días, Lía!, ¡ánimo, que el viernes ya nos quedamos de puente! —

me dice con energía. Como si me hubiese visto cara de estar agotada, que probablemente sí.

—¡El viernes está a la vuelta de la esquina! —respondo y sonrío interiormente.

La desventaja que tiene vivir en una ciudad pequeña es que todos nos

conocemos, además Juan ha encargado bastantes proyectos a Carlo y todavía siguen trabajando juntos. Cuando Carlo y yo nos separamos después de tanto tiempo, la gente se quedó muy extrañada. Nuestro círculo de conocidos no parecía entenderlo, siempre nos hemos llevado muy bien, por lo que quisieron sacar sus propias conclusiones. Aquí somos muy de empezar a elucubrar y a hablar de oídas. Todo el mundo quiso saber lo que nos había pasado. Yo sentía

que, cuando iba por la calle, los conocidos me miraban como con cara de pena.

Juan nunca me ha comentado nada, pero es verdad que a veces me mira como intentando compadecerme. Pero si de algo me he dado cuenta en estos meses, es

de que soy mucho más fuerte de lo que pensaba, así que siempre he ido con la cabeza muy alta. Mi lema es llora todo en un día y al día siguiente tira para delante.

El resto del mundo solo quieren apiadarse de mí, solo son capaces de ver lo que les muestran sus ojos. Y en este caso es que, desde hace dos meses, Carlo se

pasea por las calles de nuestra ciudad de la mano de un “yogurín” recién salido

de fábrica, de veintitrés años. Y yo, por el contrario, paseo sola.

Yo sé que mi relación había terminado mucho antes de ese patético día, cuando al ir a buscarlo por sorpresa a su trabajo lo vi cabalgando encima del yogur. Y me importa muy poco lo que piensen los demás. Yo voy a seguir siendo

la misma a pesar de las circunstancias. No veo por qué tengo que cambiar. Lo único que me molesta del desenlace de esta historia es que mis hijos no tienen

todavía la suficiente madurez para comprender que las relaciones se acaban, que

la vida continúa y que su padre ahora está con una cría que parece recién salida

del instituto y yo sigo haciendo mi vida, sola.

Le pedí por favor que no metiera a los niños en su relación, pero está claro que ahora solo puede pensar con la polla. Por eso no tardó en empezar a ir con

ella en público, e incluso se la presentó a los niños, como si fuese lo más normal.

No sé si, cuando están con él, ella también duerme en su casa, mis hijos no me

cuentan nada del tiempo que pasan con su padre y yo no quiero preguntarles.

Con Carlo solo hablo de los temas relacionados estrictamente con los niños; cosas del colegio, partidos de fútbol, horarios, vacaciones, etc. Y no le dirijo la palabra para nada más. No tenemos una relación cordial, aunque espero que con

el tiempo eso se pueda remediar, ahora resulta bastante complicado.

Yo he aceptado mi estado actual, pero no le voy a perdonar que antes de terminar conmigo ya estuviera enrollándose con ella. Sabía de sobra que antes de

haber hecho eso podíamos haber hablado y haber terminado nuestra relación como dos adultos, como lo que siempre fuimos, una pareja sin secretos. Unos amigos íntimos que no eran capaces de ocultarse ni el más mínimo

pensamiento,

al menos eso creía yo.

Alguien pensará que solo estoy dolida por ser una cornuda; pero no ha sido el fondo lo que me ha partido en dos, lo que me ha dejado rota han sido las formas.

Su imagen follándosela en su despacho, con sus dos caras mirándome de frente cuando abrí la puerta, es difícil de olvidar. Sobre todo el dolor de después, al rebobinar esas imágenes en mi mente una y otra vez. Lloré mucho, mucho y

sentí rabia e impotencia a la vez. Sufrí un ataque de ansiedad que me dejó dos días sin habla, pero literalmente, me quedé sin voz y después de cuarenta y ocho

horas sin moverme de la cama, sin comer y apenas beber agua, me levanté y parece que vi un poco la luz.

Me sequé las últimas lágrimas. Dejé de llorar, me miré en el espejo del baño y

me dije a mí misma: “tengo que ser fuerte”. No soy culpable de nada de lo que

ha pasado, y por supuesto nunca tendría que haber visto ese lamentable espectáculo. A partir de ahí, me prometí a mí misma que nunca miraría hacia atrás.

Al entrar en la oficina, saludo a todo el mundo y enseguida viene Julia a mi despacho, parece que tenemos una mañana tranquila.

—¿Ya has empezado a hacer la maleta? —me espeta sin llegar a cerrar la puerta de mi despacho, cuánta ansia.

—¡Nooo! — respondo con retintín.

—Bueno, no pasa nada, mañana por la tarde después de pilates me paso por tu

casa y en un periquete la hacemos.

—Julia, todavía no he sido capaz de abrir el sobre, no sé ni a qué hora tengo

que coger el avión, ni nada, me da mucha pereza. —Pongo cara de pena, frunciendo los labios y poniéndole morritos.

—¡Joder, Lía! —me gruñe—. No seas aguafiestas. No puedes quedarte en

casa eternamente, la vida está para vivirla, coge ese avión y disfruta del sol y del relax, date un respiro, no siempre tienes que ser tú la organizadora de vidas, déjame que por una vez yo te organice algo, aunque luego vuelvas y solo pienses

en matarme, déjate llevar y no quieras controlarlo todo.

La verdad es que sus palabras me han dolido, porque ella me conoce a la perfección, sabe que siempre tengo todo controlado y organizado hasta el más mínimo detalle y que no hago nada que no haya macerado en mi cerebro un tiempo. No me muevo nunca por impulsos. Por una vez, creo que voy a darme

esa oportunidad para improvisar, aunque sea algo tarde.

El martes me ayudó a hacer la maleta, nos reímos un montón mientras me probaba la ropa del año pasado. Sobre todo los bikinis. Compramos solares nuevas, porque no sé si será verdad o un bulo de las farmacéuticas para vender

más, pero dicen que las cremas caducan y que hay que cogerlas nuevas todos los

años. Así que ya tengo el kit completo y con protección muy alta porque, aunque

no soy muy blanca de piel, el sol en el Caribe no tiene nada que ver con el sol que nos da en Santander, aunque se trate del mismo astro.

Sin darme cuenta ya es jueves, al salir de la oficina y llevar a los niños a entrenar he reparado en que ni tan siquiera me he depilado, así que llamo a mi esteticista y suspiro aliviada al saber que tiene un hueco y me lo puede hacer. Al salir recojo a los niños y nos vamos a casa. Pedimos *pizza* y enseguida se acuestan, después de entrenar vienen rotos. Mañana los dejaré en el colegio a las

nueve y no los volveré a ver hasta dentro de dos semanas. Sé que necesitan estar con su padre también, pero los voy a echar de menos.

Cuando tengo la maleta cerrada al lado de la cama, voy a la cómoda de la entrada y cojo el sobre con la documentación del viaje; aunque no os lo podáis

creer, no lo he mirado hasta ahora, quería que fuese tal la improvisación que igual me he pasado un poco, ¿no?

Joder, Lía, ahora sí que eres la reina de la improvisación, no tienes término medio, o lo calculas todo o te dejas llevar, me digo en voz baja.

Al abrir el sobre veo el folleto del hotel. LOVE RESORT, auténtico lujo en una isla privada del Mar Caribe. El folleto es un desplegable con multitud de fotografías donde todo se ve a mil colores, los verdes turquesas de las aguas cristalinas, los rojos, naranjas y amarillos de las cestas llenas de frutas que aparecen en el *lobby*, los verdes de la vegetación tropical, la arena casi blanca de la playa y los marrones de las cabañas que parecen suspendidas en el mar. La verdad es que parece todo salido de una película, se ven embarcaciones surcando

el mar, palmeras, flores de mil colores, aves, peces en el mar y a gente siempre

con una sonrisa.

Me río y pienso que en el folleto no han sido capaces de poner a los verdaderos huéspedes, porque más o menos parecería un anuncio de un geriátrico.

Mis ojos se detienen en esas tumbonas delante de la orilla y sin quererlo, y por

primera vez, mi mente entra en un estado de pre-relajación y ya me veo allí, desconectando del mundo. Continúo leyendo y leo la historia del resort...

Nuestro resort se encuentra en un enclave excepcional, Sugar Island...

Con esta introducción ya empiezo a fruncir el ceño y me río para adentro, vaya topicazo. Resort solo para solteros que se llama “amor” y está en la isla del azúcar, será moñoso el capullo del dueño. La curiosidad me pica y continúo...

Propiedad de Fabio Duarte, empresario mexicano que no pudo evitar enamorarse

de la isla en cuanto la vio por primera vez y quiso plasmar en ella su mejor proyecto hotelero. La isla está localizada en el Mar Caribe, entre México y Cuba, justo paralela a Isla Sofía, la isla vecina. Con sus 60 hectáreas de tierra rodeadas de aguas turquesas, arrecifes de coral y playas de arena blanca, nuestro resort convertirá su estancia en un viaje inolvidable. El hotel cuenta con un edificio principal donde está la recepción y cinco edificios anexos donde se encuentra los dos restaurantes, uno a la carta y otro bufet, la discoteca, la sala de ocio y el bar, además de una hermosa piscina central con cascada. El alojamiento lo forman cien cabañas de madera de teca y *ratán*, con vistas al mar, casi suspendidas en el Mar Caribe y con acceso directo a la playa. Solo se puede acceder a la isla a través de su aeropuerto gustosamente cedido por el señor Duarte, su propietario,

en dos vuelos semanales, uno desde Europa y otro desde América, por supuesto, solo adultos y sin pareja, condición indispensable para acceder a nuestro exclusivo establecimiento.

Paro por un momento de leer y me vuelvo a reír yo sola, ya me estoy imaginando casi un cementerio de elefantes, con todos los solteros y solteras de

Europa y América que han sido incapaces durante sus años mozos de encontrar a

alguien con quien compartir su vida y pagan un pastizal para que antes de abandonar esta vida puedan disfrutar un poco del roce y del calor humano. Cojo

el folleto y me lo pongo delante de la cara, queriendo olvidar el calvario que voy a pasar.

El folleto continúa con todas las actividades acuáticas posibles, buceo, *snorkel*, vela, salidas en catamarán y los mil y un talleres para cuerpo y mente, yoga, pilates, zumba, sentido y sensibilidad, etcétera; vamos, un abanico de posibilidades para que te relaciones sí o sí. Si no allí, en el culo del mundo, qué coño vas a hacer, me pregunto para mí otra vez más.

Al final, antes de colocar el folleto en mi mesita, trato de quedarme con lo importante, salida desde Madrid con Duarte Airlines. Coño, si es un vuelo chárter del dueño de la isla, también tiene compañía aérea propia, tiene que estar forrado, pienso. Llegada a Sugar Island a las 18.00 hora local.

Sin tener fuerzas para mucho más, guardo todo en el sobre, incluido el pasaporte y los visados y apago la luz. Mañana será otro día, mejor no pensarlo

más.

5- EL VIAJE

A las 13.30 horas estoy subida en un avión para cincuenta pasajeros con asientos individuales súper confortables y rodeada de extraños a punto de zarpar

a esa especie de cárcel que parece ser LOVE RESORT. Antes de apagar mi

teléfono, que ya me lo ha indicado amablemente una azafata mexicana, vestida

de rojo y con un corazón como chapa donde pone su nombre, Coral; tanto almíbar va a acabar conmigo, estoy a punto de vomitar unicornios, como siempre dice la escritora favorita de Julia, Elísabet Benavent, le mando un último *whatsapp* a mi queridísima y adorada amiga.

“Lista para despegar en busca del amor, acompañada por medio hogar del jubilado y los últimos solteros de Europa. No sé si mandarte besos o borrarte de

mis contactos”.

Antes de despegar, nos dicen en inglés y en español, dada la pluralidad de nacionalidades del pasaje, que el vuelo durará nueve horas aproximadamente, que disfrutemos de nuestra estancia y que una hora antes de aterrizar

rellenaremos el formulario de entrada y entregaremos los visados, que ellas harán llegar a las autoridades mexicanas porque, aunque se trate de una isla privada, pertenecen al país azteca y que dichos visados nos serán devueltos en el avión el día de regreso.

Estoy colocada en la ventanilla y puedo ver cómo vamos ganando altura y dejando a nuestros pies Madrid. El avión ya tenía pasajeros cuando nos hemos subido, me imagino que haga escala en Madrid, pero venga desde otra ciudad de

Europa, como Londres o Berlín. Las cincuenta plazas están ocupadas y, junto con los cincuenta que llegarán desde América, el resort se llenará por completo.

Es su aforo limitado, cien huéspedes, que por supuesto a la semana siguiente desapareceremos para que puedan alojar a cien almas solitarias nuevas.

Calculo que en Madrid hemos embarcado unos veinte, con una edad media de cincuenta; vamos, entraditos en canas. Hay un par de señoras que suben la

media bastante y deben de ir a por su 4º o 5º marido. Hinchadas del bótox y con

tono de piel negruzco, logrado a base de rayos, llevan sus mejores galas y están

listas para cruzar el charco. El resto, hombres. Algún funcionario soltero y entero, o profesor de secundaria, de los que solo leen libros. Me llaman la atención dos chicas que no aparentan más de treinta, se ve que son muy amigas y

al verlas no he podido dejar de pensar en Julia, podía estar acompañándome en

este viaje. Por lo menos, iríamos echándonos unas risas todo el trayecto, haciendo nuestro peculiar estudio antropológico de nuestros nuevos compañeros

de hábitat.

De los pasajeros que ya estaban dentro del avión, no he podido distinguir mucho, solo que hay un pequeño grupo de ingleses, probablemente, son unos seis o siete y se ve que son amigos, más bien parecen los típicos ejecutivos de la City londinense que solo tienen tiempo para sus trabajos y que en un *pub*, un viernes por la noche, bebiendo cervezas, se apostaron que no había cojones de irse todos en busca del amor, y entonces llegó el más atrevido de todos y, como

la pasta no era el problema, fue y compró el viaje para todos. Y ahí están, sin parar de reírse, venga a pedir a las azafatas copas de *bourbon* con hielo, si algo saben los ingleses es beber alcohol.

Diviso otro grupillo; por su altura, aun estando sentados, y sus pelos rubios, estos probablemente sean alemanes u holandeses. En esos países tan fríos, una semana al calor para coger vitamina D y ver el sol es todo un privilegio.

Además, si consiguen arrimar cebolleta, con ese carácter seco y rudo que tienen,

mejor que mejor.

Sin quererlo pienso en voz baja, entre este pasaje no hay ningún posible candidato para mí, ni tan siquiera para quitarme las telarañas que tengo desde que no estoy con Carlo, como me dice la perra de Julia: “No hace falta que sea el amor de tu vida, solo te va a volver a abrir el agujero”. De momento, el viejo continente no lleva nada aceptable a Sugar Island. Aunque me niegue a

admitirlo, una pequeña parte de mi confía en que lo que llegue desde América sea distinto. Y no puedo evitar soltar una sonrisilla de lo más ingenua.

Veo una película, dos, oigo música. Cada asiento tiene una pantalla desde donde puedes hacer de todo, hasta hay cargados libros, revistas, periódicos, videojuegos, mapas y, ¿cómo no?, un vídeo promocional del LOVE RESORT,

que no estoy dispuesta a tragarme, está claro que el señor Duarte sabe cómo sacar rendimiento a sus inversiones, y por supuesto lo que significa viajar a todo trapo.

Bebo algo, sin alcohol, en un vuelo tan largo y sola no me apetece que algo me sienta mal. Como unas galletitas, un sándwich, y sin darme casi cuenta pasa

Coral de nuevo y nos entrega el formulario de entrada. No me lo puedo creer, estamos a punto de llegar al reino del azúcar.

El aterrizaje siempre me pone muy nerviosa, recuerdo que siempre echaba la cabeza hacia atrás y me agarraba fuerte a la mano de Carlo cuando viajábamos

juntos. Es mi primer vuelo sola en mucho tiempo, así que me ha venido a la mente cómo me cogía fuerte y entrelazaba sus dedos con los míos. Pongo los ojos en blanco y destierro esos pensamientos de mi cabeza. Reclino la cabeza

hacia atrás y me agarro con fuerza al reposabrazos, no quiero mirar por la ventanilla, pero no puedo evitar ver como el avión toma pista. Es un avión

mediano, está claro que la pista que acaba en el mar no es muy larga y el piloto

frena bruscamente. Cuando las ruedas tocan tierra, de repente me siento algo mareada por la maniobra de aterrizaje y comienza a sonar “Viva la vida” de Coldplay, muy bien traída. Todo el pasaje nos miramos aliviados, después del acojonamiento general, reímos al unísono y aplauden. Yo no, se ve que han viajado mucho con Ryanair.

Al bajar por la escalinata del avión, un golpe de humedad se mete en mis poros, respiro con fuerza y ese olor a yodo y a sal me envuelve el cuerpo y la mente, son las 18.00 hora local y el sol todavía caliente. A la espalda del avión, después de una gran hilera de palmeras, se contempla la majestuosa casa de estilo colonial propiedad de Fabio Duarte, ese es su trozo de isla que sigue siendo privado, donde imagino que tenga su rincón para aislarse de sus negocios

y de su mundo.

Cinco empleados del hotel perfectamente vestidos de blanco impoluto nos

vienen a recoger hasta la pista con una especie de carritos de golf, pero más largos, donde tranquilamente vamos subiendo. Un poco aturdidos todavía del vuelo, pero con los ojos abiertos como platos, contemplamos la densa vegetación

y el paisaje tropical. Las maletas las llevarán más tarde hasta nuestras cabañas, nos han anunciado. Nos adentramos por un arco de buganvillas fucsias que recorre todo el estrecho camino hasta darnos de bruces con la entrada del resort, donde un cartel grande en color rojo, no podía ser de otro modo, nos recibe con

la palabra mágica: LOVE.

El *check in* en la recepción es rápido, todo está perfectamente organizado, al dar la documentación te entregan una pulserita roja de corazones, sigo pensando

que me voy a indigestar con tanto almíbar, una llave con el número de la cabaña

que te han asignado, un mapa del resort y una hoja con las normas. Se trata de un resort ecológico y sostenible, crea sus propios recursos para autoabastecerse y utiliza las energías renovables. Además de las normas básicas de convivencia, nos entregan una hoja con los consejos necesarios para disfrutar de esta semana

en el paraíso y para encontrar el amor. No sé si quiero coger esa segunda hoja o

simplemente hacerme la loca y olvidarla en recepción.

Gruño. Julia y su cara de buena vuelven a mis pensamientos, ahora mismo la mataría.

La bienvenida y toda la documentación me la ha dado Juana, que se ha presentado muy amablemente; tendrá entre veinticinco y treinta años, con piel morena y cabello ondulado, recogido en un perfecto moño. Con cara risueña y voz suave, me transmite cierta ternura. Me explica todas las actividades que se

ofrecen durante la semana y me dice que trate de disfrutar al máximo de esta experiencia. No sé, pero parece que me ha visto escrito en la cara “no sé qué coño pinto aquí si este rollo no va conmigo”. Aun así, trata de trasmitirme positividad y después de entregarme todo me dice con voz aterciopelada:

—Ojalá que el próximo viernes la vea irse con una sonrisa, señorita Bejes.

Ya lo dudo. Pienso para mí, pero no se lo digo.

Cuando llego a mi cabaña, no puedo evitar reírme, es la número ocho. El ocho

siempre ha sido mi número de la suerte; aunque de momento aquí, en Sugar Island, no veo ni un resquicio de ella.

Las cabañas están dispuestas de dos en dos, alguien pensó que era el binomio perfecto, parece ser que el modelo de negocio para juntar almas gemelas está completamente estudiado y diseñado por algún sociólogo o socióloga muy prestigioso, a la par que tremendamente moñas. Las puertas para entrar dan una

frente a la otra, pero con una cierta distancia; después todas las cabañas tienen su terraza que mira al mar, con su hamaca colgante y unos sofás de rafia enormes,

con cojines blancos, una mesa de centro y una celosía en los laterales, lo que te da la privacidad necesaria para no tener que ver al vecino constantemente. Se puede decir que a la espalda de la cabaña se encuentran otras dos posicionadas

igual, así que con esos otros dos huéspedes ya no puedes coincidir igual que con

tu vecino de entrada, y así a lo largo de todo el complejo.

Al abrir la puerta me encuentro con una cama estilo colonial, en madera de teca oscura, con su correspondiente mosquitera blanca, a conjunto las sábanas y

la colcha, también blancas. En el centro, dos enormes cojines rojos y blancos de

rayas, que le dan algo de color a la estancia. Un ventilador de aspas en el techo abovedado y dos mesitas a juego con la cama. En un lateral, un armario de la misma madera que el resto y una puerta corredera que da al baño, donde solo hay una ducha al lado de una ventana pequeña, un lavabo enorme y un inodoro.

La ducha parece rústica y sencilla, pero todo está infinitamente limpio y envuelto en un olor adorable, veo un ramo estratégicamente colocado en la encimera del lavabo de Frangipani y me doy cuenta de qué es lo que ha

impregnado ese aroma por toda la cabaña. Es una flor blanca y rosa, preciosa, que le debe su nombre a un marqués italiano que creó un perfume con esta planta en el siglo XVI, datos que conozco gracias a mi madre, una experta en botánica que de pequeña me leía un montón de libros de plantas.

Al otro lado hay una puerta corredera de cristal, da salida a la terraza.

Contemplar ese mar, con esa tranquilidad desde la cama no tiene precio, no sé si

será el yodo o el aroma de las flores, o la mezcla de ambas, pero por primera vez, después de no sé cuántas horas, empiezo a sentir algo de calma.

Después de deshacer la maleta y colocar la poca ropa en el armario, es lo

bueno que tiene el calor, que las maletas son mucho más ligeras, me doy una ducha y me pongo mi vestido negro de cuello pico para ir a cenar. El restaurante

es tipo bufet y lo agradezco porque el *jet lag* me ha dejado un poco grogui; así que iré, comeré algo y volveré a descansar.

Al llegar a recepción veo como un grupo numeroso de personas recogen sus maletas de un almacén y se encaminan hacia la salida del hotel, supongo que es

la primera remesa que se irá en nuestro avión de regreso a sus hogares. Aquí está todo estudiado, aforo limitado, cincuenta europeos entran, cincuenta europeos salen.

Unas dos horas después de que despegue este avión, aterrizarán cincuenta americanos y otros cincuenta compatriotas saldrán del Love Resort. Me detengo

un poco en mis pensamientos y pienso en la pobre Juana; los viernes, que siempre suelen ser más divertidos pensando que se acaba la semana, para ella deben de ser una auténtica locura.

El restaurante tiene mil colores, como en el folleto. Bandejas de frutas que apenas conozco, un cocinero en una parrilla de carne con todo tipo de reses, otro cocinero en una parrilla para pescado, una hilera con todo tipo de ingredientes para hacer ensaladas y por último una entera para los postres; tartas, pasteles, helados. Vamos, una galería de azúcar. Al entrar busco una mesa rápidamente y

por segunda vez me doy cuenta de que, en la secta del amor, el/la sociólogo@ ha

dispuesto todo estratégicamente. Julia vuelve a mis pensamientos por tercera vez

en el día. Hay veinticinco mesas para dos comensales, si sois buenos con los números como yo, no hay mucho que pensar. ¡¡¡Bingo!!!, tienes muchas

posibilidades de comer acompañada. El horario de cenas es de 20.00 a 22.00, es

bastante difícil comer sola, porque este es el restaurante bufet y puede que vaya todo un poco más rápido, te sirves tú mismo, te sientas, comes y te vas. Pero el

otro restaurante es a la carta y, por lo que me temo, tendrá el mismo aforo; es decir, para otros cincuenta comensales, eso sí, con reserva previa. Ya me estoy imaginando a la manipuladora o manipulador del Love sacando su varita mágica

para hacer de celestina/o y, a la vez que haces la reserva, te va emparejando con vete tú a saber qué recluso de esta cárcel del amor.

“Joder, parece un puto experimento sociológico y nosotros somos las cobayas”.

Cojo un par de cosillas y me siento en una mesa, un camarero me viene a tomar nota de la bebida y veo cómo se va llenando el restaurante y empiezan a

desfilar por las mesas mis vecinos europeos para cenar. Cuando veo llegar al grupo de ingleses, no puedo evitar reírme al contemplar sus caras, se quedan estupefactos al ver la disposición de las mesas y poco a poco se van sentando de

dos en dos, toda esa masculinidad que desprendían en el avión se va evaporando.

Veo como bromean entre ellos, me imagino que con algún chiste sobre gays.

Efectivamente son siete, imaginaos la cara que se le ha quedado al que se ha sentado en una mesa solo. Dónde está ahora la psicología del capullo del sociólogo@, pienso para mí. Una de dos, o pasa una cena de lo más sosa y aburrida o tiene la suerte de que alguien llegue y se sienta junto a él, sería el primero del experimento en aparearse.

Conseguí comer algo sin que nadie se sentase a mi lado, y con la misma mis

piernas solo tenían fuerzas para caminar por la senda que llegaba a mi cabaña, serían las nueve de la noche o así, me quité el vestido y en braga y sujetador caí rendida sobre la enorme cama, cerré los ojos y por fin descansé cuerpo y mente.

6- EXPERIMENTO DÍA 1

Se nota el calor en la habitación y el sol entra por las rendijas de la madera.

Me giro para encontrar mi móvil y ver la hora exacta, son las siete de la mañana.

Ya se sabe, cuando uno cruza el charco, se despierta mucho antes; pero pienso, si me despierto a esta hora, el día se me va a hacer eterno, así que pongo la otra almohada sobre mi cabeza, me giro y me duermo un poco más; total, no hay mucho por hacer tan temprano.

Al levantarme me ducho, me pongo mi bikini negro, uno de lo más sencillito,

un *kaftan* azul turquesa con incrustaciones negras que me regaló Julia el verano pasado y mis sandalias de tiras negras. Estaré en la playa todo el día,

como las

tortugas, sol por delante, sol por detrás. Me daré unos buenos baños en ese mar y otra vez el culito al sol, una vida de lo más estresante; pero antes de ese planazo de relajación total, voy a desayunar.

Solo como unos cereales y un yogur, hay cosas increíbles, como tortitas, plátanos fritos, chocolate; pero, aunque me quiera dejar llevar y desconectar, no quiero volver a casa y no entrar en mis vaqueros, así que pienso controlarme.

Por el resort ya veo gente nueva, está claro que nuestros vecinos del nuevo continente aterrizaron a su hora. Hay bastantes mexicanos, ellas con la piel muy

morena y ellos con el pelo negro y fuertes, de edades varias. Parece que incluso

un poco más jóvenes que los que vinimos en el otro avión. Siguiendo con mi estudio demográfico, veo a algún argentino y el resto todos americanos. A estos

se los distingue a la legua. Con unos cuantos kilos de más y esas camisetas de la NFL, no tienen pérdida. Al admirar este panorama, Julia ha vuelto a mis pensamientos, por primera vez en esta mañana de sábado. Si por lo menos ella

estuviera aquí...

Nada más salir de desayunar me encuentro con un enorme cartel donde te informan de los horarios y actividades del día, yoga a las 11.00, pilates a las 12.00, taller de las emociones a las 15.00. Clases de baile a las 16.00 y, por último, gran fiesta de bienvenida a las 23.00 en la discoteca.

Leo un poco por encima y ni me planteo acudir a ningún acto social del

“Experimento”, como ya he decidido bautizar a este sitio. Me pasaré el día en la

playa leyendo y descansando. Enciendo mi móvil para llamar a Julia y dar señales de vida y veo que no hay red, paso por recepción y veo a Juana de nuevo, parece que esté aquí 24 horas.

—Perdona, ¿me puedes decir qué red puedo coger para tener cobertura y poder llamar?

Ella me sonrío con compasión y con su melodiosa voz me dice:

—No te has leído la hoja de normas, ¿verdad? Me imagino que del cansancio del viaje caíste rendida. La número dos dice que solo se activará la red telefónica todos los días de 19.00 a 20.00, el resto del día es zona libre de celulares. —Y

deja caer su cabeza de lado a modo de disculpa.

Yo no puedo evitar mirarla con los ojos saliéndose de mis órbitas y pregunto:

—¿Hay alguna otra norma que sea importante y no he leído?

Ella con paciencia me responde:

—Señorita Bejes, esté tranquila, solo son tres. La primera y más importante es

que se respetará a cada huésped y las instalaciones; quien cause o tenga un altercado grave, será expulsado de la isla. La segunda que es una zona libre de

celulares, excepto a la hora convenida. Y la tercera, que solo habrá servicio de habitaciones y atenciones personalizadas cuando sea para dos.

Con este último punto pongo los ojos en blanco y no puedo evitar llevarme la mano a la cara, no sé si por vergüenza o por rabia, ¿qué clase de encerrona es este viaje? Creo que es un experimento, pero de los chungos.

Juana me mira preocupada porque ha visto en mí ese gesto de mal humor y

me dice con suavidad:

—Señorita Bejes, disfrute de su semana aquí, relájese y desconecte de su mundo. Abra su mente y contemple lo que tiene cerca, solo lo de cerca. Verá como es positivo. Lo que está pasando al otro lado del charco ahora puede esperar. Olvídelo, durante siete días céntrese en vivir el momento, aquí y ahora.

Tuerzo el gesto y abandono la recepción, menudo discurso de Juana, estoy empezando a dudar si no será ella la socióloga. O también puede ser que la hayan aleccionado para su cargo y le hayan hecho una lobotomía de “paz y amor”.

Bajo mi toalla a la hamaca que hay junto a la orilla, con mi *ebook*, mi crema protectora, mis gafas de sol y mi bikini, dispuesta a no pensar más y disfrutar. Lo primero que hago es darme un baño. Al meter los pies en el agua, compruebo que está a muy buena temperatura, nada que ver con mi Mar Cantábrico. No hay

apenas olas y tiene un color azul casi transparente. Puedo admirar un banco de

pececillos que pasan al lado de mis pies, llenos de color y de vida, parece que mi enfado se va diluyendo, francamente es un paraíso, eso no voy a negarlo.

Hace calor, pero no insoportable; y aquí estoy, vuelta y vuelta al sol. Leo un rato, contemplo a los paseantes. Ya veo alguna pareja, probablemente se hayan

conocido desayunando o en el mismo avión. Cuando me estaba quedando un poco adormilada, el ruido de un motor me despierta. Es un catamarán no muy

grande, que está justo en la orilla, puedo ver a un empleado del hotel acercarse lo más posible y en la orilla a dos guiris, altos y rubios, muy blancos; espero que se hayan echado protección total, porque no tardarán en volverse cangrejos.

Entonces, levanto la cabeza y veo salir a un chico de la cabaña de enfrente. ¡Oh!, es mi nuevo vecino, pienso. Cierra la puerta y baja a la playa con un traje de neopreno corto, solo puesto hasta la cintura y una toalla en la mano. Viene acelerando el paso, como corriendo. Casi no puedo ver su cara, tiene el pelo moreno, muy cortito. Lo que veo con total nitidez es su torso escultural, parece

hecho con cincel. Tiene todos los abdominales marcados y con el ritmo que baja

no se le mueve ni un centímetro de piel, no hay un solo músculo que no se le distinga, incluido ese que me parece tremendamente sensual, que está en la zona

de la ingle, se marca a cada costado en forma de v, como queriendo decir: sigue

esta dirección y llegarás al premio.

“¡Joder, Lía!, pienso para mí, menudo vecinito”.

Pasa corriendo y se sube al catamarán, los demás ya habían embarcado y sin más los veo surcar las aguas del Caribe.

Creo que estoy algo acalorada, serán las vistas. Me levanto para que me dé un poco la brisa y decido ir a darme otro baño. Menudo calentón más tonto. Cuando

estoy a punto de tocar el agua, veo una cosa negra en la arena, me agacho y recojo una cartera; no puede ser, si por aquí no ha pasado nadie, pienso. De repente, caigo en la cuenta y sin más la abro. Tiene que ser de él, se le habrá caído al bajar corriendo, quizá la llevaba junto a la toalla. Al abrirla veo su DNI, ahora ya le puedo ver la cara. Las fotos del DNI siempre te dejan tres o cuatro

peldaños por debajo de lo que eres en realidad, por muy a color que sean ahora;

pero francamente en la foto él ya está en el mismísimo cielo. Tiene unos ojos verdes claritos increíbles y unas facciones que me dejan casi sin respiración.

Axel Rivas Sosa, acierto a leer a duras penas. Cierro la cartera, como si me quemara. La guardo en mi bolsa, al lado de mi hamaca, y me voy directa al agua,

ahora más que nunca necesito refrescarme.

Intento seguir leyendo, pero con el sol dándome de lleno no puedo

concentrarme. Como no soy capaz de seguir el texto y me pica la curiosidad muchísimo, creo que voy a echar un vistazo a su cartera y ver qué más hay en

ella. Me empiezo a sentir como una niña de instituto y sin atreverme a mirarla empiezo a elucubrar. Parece muy joven, no sé qué hace en un sitio como este.

Además está tremendo, un cosquilleo nervioso recorre mi estómago y decido salir de dudas.

Abro la cartera, dudándolo un último momento, y saco el DNI del plástico.

Axel Rivas Sosa, fecha de nacimiento 1 de abril de 1990, ¡joder, acaba de cumplir veintiséis años!, resoplo. Lugar de nacimiento Barcelona, hijo de Joan y

Alma. Domicilio Carrer de Valencia..., Barcelona. Lo vuelvo a colocar dentro de su sitio y reviso el resto, unos cuantos pesos mexicanos y cincuenta euros, dos tarjetas de crédito, su carné universitario de la Universidad Politécnica de Cataluña y un papelito con varios teléfonos anotados en bolígrafo azul. La cartera tiene como un bolsillo interior donde está guardada la llave de la habitación.

Se me pasa por la cabeza dejarla en recepción, porque él, al regresar y darse

cuenta de que no la tiene, irá allí a preguntar, supongo. Pero una chispa se enciende en mi cabeza y pienso qué otra cosa tienes mejor que hacer en este lugar que esperar a que vuelva y entregársela tú misma. No sé qué se ha

despertado en mí, pero es como si una chispa de electricidad me atravesara el cuerpo. He pasado de estar serena y relajada a entusiasmada, increíble.

Supongo que habrá salido a hacer alguna actividad acuática ofrecida por el hotel. Como buceo o pesca submarina, así que tampoco puede tardar tanto en volver.

Llega la hora de comer; pero como desayuné tarde no me muevo de mi

hamaca. Estoy aquí atrincherada, como una espía, controlando cualquier

movimiento de gente que pasa a mi alrededor. Me quito la parte de arriba del bikini y decido tomar el sol sin complejos, así no me quedarán las horrorosas marcas.

Sobre las 16.00, me doy la vuelta boca abajo y me quedo algo adormilada. En cuanto oigo unas voces y el sonido del motor del catamarán, me despierto dando

un respingo. Él ya ha bajado y está despidiéndose del resto de los chicos. Se está bajando la cremallera de su traje de neopreno por la espalda para volver a ponérselo por las caderas. A continuación se gira para empezar a subir por la playa hasta la cabaña y yo, sin pensarlo dos veces, lo abordo a la altura de mi hamaca.

—¡Perdona!, creo que esto es tuyo, lo has debido de perder esta mañana.

Él se sobresalta un poco porque justo al darse la vuelta se topa conmigo.

Sorprendentemente, me mira de arriba abajo en una décima de segundo, solo con

la mirada, sin mover un solo músculo. Yo aparto mi mirada de su cara y le acerco la cartera a la mano.

—Joder, muchísimas gracias, no la he echado ni en falta, además tengo hasta la llave de la habitación dentro —me dice con una sonrisa de alivio—. Es que

no

sé dónde tengo la cabeza. Menos mal que la ha recuperado, sobre todo por el DNI y las tarjetas. ¿Qué, eres mi vecina de cabaña? —me pregunta enseñándome

sus dientes perfectamente alineados.

—Sí —musito.

—Pues de verdad que muchísimas gracias, me llamo Axel, ¿y tú?

—Lía —respondo.

Y me da un par de besos. Su olor a salitre se mezcla con el mío a cremas protectoras y me impregna las mejillas.

—Pues encantado, Lía, te debo una.

—Tranquilo, no es para tanto.

—Voy a subir a quitarme el traje y a cambiarme el bañador, pero si me esperas

bajo un par de cervezas del minibar y nos damos la bienvenida como buenos vecinos, ¿te parece? —me pregunta con su eterna sonrisa.

Eso me provoca que solo pueda fijar mi atención en su boca perfecta, sus dientes blancos y sus labios, fino el de arriba y carnoso el inferior.

—Perfecto —respondo intentando parecer calmada.

Sube hacia su habitación, yo me vuelvo para sentarme en la hamaca debajo de

la sombrilla de nuevo y, al ver mi parte de arriba del bikini allí extendida, me muero de la vergüenza, mi cara se enciende aún más y empiezo a sentir sudores.

Joder, Joder, Joder. Serás capulla, te has abalanzado sobre él con las tetas al aire. Vale que no tengas complejos porque tengas un par de peras bien puestas;

pero, coño, restregárselas así de cerca cuando le has abordado por primera vez.

Encima me he acercado a él para darle dos besos, mis pezones estarían llamándole a gritos y yo sin ni siquiera darme cuenta. Gruño por mi error.

Me pongo la parte de arriba del bikini y lo veo bajar con un bañador verde botella, de largo hasta medio muslo con la cintura colocada estratégicamente, posada en sus caderas, volviendo a marcar ese músculo que me envenena. Lía, quita esa cara de boba.

Coge la hamaca que estaba debajo de la sombrilla más próxima y la acerca hasta la mía, me da la cerveza y se pasa las manos por el pelo.

“Dios, es un puto modelo de anuncio, qué coño hace aquí”.

Me cuenta que ha ido a bucear con Juan, que es el encargado de las actividades acuáticas del resort, además de ser el hermano de Juana. Que le encanta bucear, que es su gran pasión y que hay un fondo marino increíble en esta parte del Caribe.

—Y tú, ¿qué has hecho en tu primer día en el LOVE RESORT? —me pregunta con cierta sonrisilla maliciosa.

—Yo —balbuceo—. Yo..., adaptándome al relax.

“Qué clase de estúpida respuesta es esa, Lía. Por qué no dices la verdad, que llevas desde las 12.00 esperando que regresara para darle la cartera y así poder

contemplar de cerca lo que viste solo de pasada esta mañana”.

—O sea, nada —digo a continuación.

Él me mira y me responde:

—A veces es bueno no hacer nada —y da un trago a la cerveza—, ¿te puedo preguntar una cosa? —me dice suavemente—. ¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este?

Arqueo las cejas al verme sorprendida por su sinceridad y contraataco.

—¡Qué poco original! Sabes que esa frase es de una canción, ¿no? De todas maneras, yo estaba haciéndome la misma pregunta sobre ti —le espeto.

Él sonrío de nuevo y me empieza a contar su historia. Me dice cómo acabó aquí. Su “Julia” se llama Mario y es su primo. Estaba pasando unos días con él

en Buenos Aires y el lunes, al celebrar su cumpleaños, recibió de regalo este viaje. Solo que le vendió la moto de otra manera. Le dijo que era un destino único para hacer buceo, un lugar paradisiaco y encima que no tenía por qué preocuparse, ya que desde aquí podría regresar a España la próxima semana.

Obvió mencionarle la clase de hotel que era y no le entregó la documentación del viaje hasta el jueves a última hora. Cuando lo vio, se descojonó pensando que era coña, exactamente igual que yo. Y sin darse cuenta estaba volando al LOVE RESORT.

Yo le conté la historia de mi amiga Julia, sin entrar en detalles personales de mi situación, ex marido, niños, etc., y los dos nos reímos juntos.

—Parece ser que ya tenemos dos cosas en común —me dijo—. La primera, dos cabrones en nuestras vidas. Y la segunda, que ninguno de los dos tenemos muy claro qué hacemos en un sitio como este.

Cogimos nuestras cervezas y brindamos por el momento.

Yo le puse al día con mi teoría sobre el experimento sociológico al que nos han invitado. Sobre la mano negra que hace de celestina y sobre quién habrá sido

el capullo que inventó esta idea de negocio. Él me sigue mirando directamente a

los ojos, escuchando cada palabra y enseñándome su inmensa sonrisa. Sin darnos apenas cuenta, ya está cayendo el sol, la vista es preciosa y la compañía

está a la altura.

Nos levantamos de las hamacas y quedamos para ir a cenar juntos, él bromea con que me apiade de él y no le deje cenar solo, que le da miedo que alguna mexicana de las que venían en su avión, mayor de cincuenta y con unas tetas de

más de 6000 dólares, se siente a cenar con él. Yo le hago un mohín.

—¡Pobre!, está bien, me apiadaré de ti.

—A las nueve te espero en recepción, que tengo que ir a hablar con Juan antes, ¿te parece?

—Perfecto. —Y así llegamos a nuestras respectivas cabañas.

—¡Hasta luego, vecina! —me grita mientras entra por su puerta.

—¡Hasta luego, vecino! —respondo con sorna.

7- EXPERIMENTO NOCHE 1

Me ducho, me seco algo el pelo, dejándome unas ondas naturales y me

empiezo a probar ropa. Joder, Lía, está buenísimo y es muy joven; coño, que le

saco una década completa, diez años, diez, diez..., no paro de repetírmelo en mi

mente. Es imposible que le gustes, nada de lo que te pongas va a llamar su atención. ¿Tú has visto lo guapo que es?

No me puedo creer que esté como una niña de quince años. ¡Joderrr!, es que es como un puto modelo de Calvin Klein. Esa boca. Esos dientes. Esos brazos.

Esos abdominales... No tengo ninguna posibilidad y lo más increíble es que llevo fantaseando con ello desde que lo vi esta mañana, ¿qué me pasa?, estoy fatal. Debe de ser la humedad de esta isla, que me ha afectado a las hormonas también.

Julia ahora mismo ni me reconocería.

Me doy cuenta de que es la hora de conexión al mundo real y le mando a Julia

un *whatsapp*, espero que lo lea.

“Llegué al Paraíso, todo relativamente bien, ya te mataré la semana que viene”. Dudo unos segundos y decido mandarle otro:

“Tremendo vecino con el que voy a cenar esta noche, cruza los dedos para que

me abra el agujero”.

Yo misma al dar a enviar me sorprendo, me miro en el espejo y me veo los ojos brillosos. Coño, Lía, estás loca. Estás que ardes, controla un poco ese deseo, que se te va a notar. Realmente no sé quién soy ni dónde está mi Lía.

Me pongo un vestido, me lo quito. Pantalón negro, camiseta blanca, me lo quito. Falda de flores, camisa blanca. Fuera, me lo quito otra vez. No me veo bien con nada. Al final me concentro un poco y me digo: venga, que no será tan

difícil, que el listón aquí del resto de huéspedes es más bien bajo. Algo tiene que haber en el maldito armario que me saque partido. Al fin encuentro un mono corto verde caqui, con cremallera en el escote. Me subo encima de mis sandalias

color *nude* con plataforma y por fin me veo de otra manera. Un poco de rímel y *gloss* en los labios, se nota que ya he perdido el blanco que traje; después de un día entero haciendo la croqueta en la playa, tengo un suave tono dorado. Por supuesto, debajo llevo un conjunto de tanga negro de encaje y su sujetador a juego. Cojo mi bolso de mano y salgo camino de la recepción. Antes de salir, me

he mirado una vez más en el espejo y he comprobado que, aunque me ha costado

encontrar modelito, el resultado de mi elección no está tan mal.

Al llegar a recepción lo veo hablando animosamente con Juan y Juana. Está de

espaldas a mí, al acercarme distingo que lleva un pantalón pitillo gris claro, de tela fina y un polo negro, bastante ajustado todo. Se le marca el culo en exceso.

Desde aquí es impresionante. Redondo, respingón, de tamaño perfecto. Su

espalda ancha y ese pelo tan cortito le dan un carácter fuerte. Siento un cosquilleo en el estómago, no sé qué coño me han hecho en esta isla, esta no soy

yo.

Al acercarme al mostrador, Juana me mira y pone una amplia sonrisa.

—Buenas noches, señorita Bejes —me dice risueña.

Juan me mira de arriba abajo, podría decirse que sin cortarse ni un pelo. Abre tanto los ojos que Axel se da cuenta y no puede evitar girarse, estará

pensando

qué coño pasa.

—Buenas noches, vecina, enseguida termino.

Yo me quedo un paso atrás y Juana sale del mostrador y se me acerca. Axel y Juan siguen hablando de sus cosas.

—Está muy guapa, señorita.

—Llámame Lía —la interrumpo.

—Pues estás muy guapa, Lía, espero que sigas mi consejo de esta mañana y disfrutes, aquí y ahora.

Y antes de volver a colocarse detrás del mostrador, me dice:

—Concéntrate en lo de cerca —me guiña un ojo y sigue atendiendo a un par de huéspedes.

Axel y Juan se despiden como si fueran amigos de toda la vida, con risas y chocándose las manos. Entonces se gira y se acerca hasta mí. Me agarra del brazo a la altura del codo y al sentir su mano tocando mi piel se me tensa todo el cuerpo. Trato de disimular, apenas puedo controlar mi mente. Entonces me da un

beso suave en la mejilla y me susurra:

—Estás muy guapa, vecina.

Cenamos en el restaurante a la carta, había muchos platos para elegir y todo estaba buenísimo. Bebimos vino blanco y estuvimos criticando y riéndonos de todo el comedor. Teníamos a todos controlados, los mexicanos, los guiris... Una

de las cazamaridos del viejo continente ya había pillado con un pobre italiano algo más joven que ella y lo tenía comiendo de la palma de su mano. Estaban sentados al lado y no pudimos evitar oír como él ya la llamaba “Principessa”.
Al

escucharlo empezamos a reírnos a carcajadas, el resto de comensales nos miraron asustados.

—Joder, nos tenemos que controlar, a ver si al final nos expulsan de la isla —
dije entre dientes, intentando disimular.

—Más bien esta es reina; vamos, como la Reina Madre, porque lo de princesa la quedó muy atrás —espetó Axel, tratando de controlar su risa.

Después de cenar y de haber bebido mucho vino, en pleno momento de exaltación alcohólica, con las risas y el subidón, no se nos ocurre mejor idea que hacer una apuesta. Está claro que la isla se quedó con mi madurez al aterrizar. El que gane tiene el poder de planificar todo el domingo y el que pierda tiene que

acatar los planes del otro, sin rechistar. La apuesta consiste en ir a la discoteca y estar en la barra bebiendo cada uno por su cuenta; es decir, separados unos metros. El primero que ligue tres veces; o sea, al primero que se le acerquen tres personas para hablar, presentarse, una copa, unos besos, etc., gana. Nos damos la mano como dos críos. “Trato hecho”, decimos a la vez. Nos falta lo del escupitajo para cerrar el trato. Pongo los ojos en blanco mentalmente.

La escena es igual de absurda que como suena. Dos adolescentes podían haberlo firmado cualquier fin de semana en cualquier bar. Lo más triste es que él todavía está más cerca de la adolescencia; pero yo..., lo mío no hay por dónde

cogerlo. No sé cómo he podido aceptar.

En la barra pedimos dos mojitos al camarero y con las miradas cruzadas

empezamos el reto. Hay bastante gente a nuestro alrededor, todos bebiendo y bailando. Bueno, los del viejo continente más bien se mueven arrítmicamente y

los latinos parecen los ganadores de la última edición de “Mira quién baila”.

Están los ejecutivos de la City, las amigas españolas, la *principessa* y su galán italiano, las cazamaridos y los guiris altos y rubios. En resumen, una buena fauna donde elegir.

Cuando apenas hemos dado un sorbo al primer mojito, una mexicana ya está

pegada a Axel, la de las tetas de 6000 dólares. Yo no puedo dejar de mirar; es bajita, pero va subida en unas increíbles sandalias con plataforma. Casi le restriega las tetas por la cara. Se mueve contoneándose, muy pegada, y él amablemente le da dos besos. Casi me atraganto con el mojito cuando por detrás

de la espalda de la mujer me enseña el dedo índice. Ya está vanagloriándose del

1-0. Será capullo. Sin tardar mucho, un guiri, muy alto y delgado, con cara conocida, creo que era uno de los que fue esta mañana a bucear en el catamarán,

se me presenta, en francés, me parece entender que se llama Pier, o algo así. Pero yo con el francés soy negada, no entiendo nada y con la canción “Sugar” de Maroon 5 de fondo a pleno volumen es casi imposible escuchar lo que me dice.

Así que le doy la mano como una señorita y como con lenguaje de signos me despido de él. Levanto los dos índices indicando el 1-1. Axel hace un mohín y

pide dos mojitos más. Se levanta, se acerca a mí dándome el vaso y me susurra

al oído:

—Vecina, no cantes victoria tan pronto, la noche aún no ha terminado.

Sus labios rozando mi oreja me ponen la piel de gallina. Lía, ¿qué está pasando contigo?, los quince años ya los superaste y hace bastante tiempo además. Por qué he empezado esta absurda apuesta, ¿y si pierdo? ¿Tendré que hacer lo que él me diga? Antes de que pueda seguir elucubrando, ya tengo dándome dos besos a Jack, un londinense de unos treinta y tantos, no está mal,

viene con los ejecutivos de la City. Tiene buen cuerpo; pero la cara es normal, nada reseñable. No sé si será por el alcohol o por la humedad, pero creo que me

empiezo a sentir algo mareada. Intento hablar algo en inglés con él y me disculpo para ir al baño. Paso al lado del Axel y digo:

—2-1, casi lo he conseguido.

En el baño me refresco un poco la cara y la nuca y vuelvo a la barra, él ya está

con su segunda conquista, más joven que la anterior, parece colombiana, muy morena. Buen cuerpo, pelo largo negro. Sonríen y ella le pide salir a bailar.

Aunque estoy bastante perjudicada, puedo ver cómo lo embelesa. Él le dice que

no baila y se disculpa.

Me estoy poniendo un poco nerviosa, la apuesta no está del todo definida, no

hemos hablado de qué pasaría si en vez de dar pista al ligue te quedas con él. No sé qué me pasa, pero creo que no me gustaría nada en absoluto ver como se va

con otra, debo de ser gilipollas porque no me tendría que importar.

Durante la cena hemos tenido ese juegucito de dejar caer las frases, como si

nada. Cierta flirteo. Que si estoy guapa y tú también. Que te rozo un poco y luego paro. Es una mezcla de aquí controlo la situación, voy a dejarte donde quiero tenerte. Mi cabeza no para de dar vueltas, cómo he sido tan tonta, ¿y si viene la tercera candidata y se va con ella? Y yo aquí con cara de tonta, después de haber perdido la apuesta y encima borracha. Esto pinta mal, bastante mal.

Antes de que pueda darle más vueltas al asunto, veo la cara triunfante de Axel.

Una rubia bastante alta y de piel clara se le acerca; es alemana, seguro. El capullo está disfrutando con su victoria, la atiende, le sonrío, la coge de la mano, todo ello buscando mi mirada. Ella sonrío, se deja hacer.

Pido tres chupitos de tequila a Felipe, nuestro camarero, él me mira algo sorprendido. Como buen profesional de detrás de la barra, habrá contemplado nuestro juego hace un rato y estará viendo que mis movimientos ya son algo más

torpes. Me sirve los tres chupitos de tequila y me levanto del taburete tratando de guardar el equilibrio, arrastro los vasos por la barra hasta la altura del ganador y su amiguita y espeto:

—Enhorabuena, vecino, mañana soy tu esclava —me bebo el chupito de golpe

y sin quedarme a contemplar su cara de triunfo me doy la vuelta sobre mis tacones y me dirijo a la salida.

La gente me molesta, no sé si voy a poder llegar a mi habitación. Veo luces.

Chispas. Todo da vueltas. Veo borroso y al segundo todo se apagó.

8- COMO JUVENIL DE PRIMER AÑO

Me despierto con la boca seca. Me duele todo el cuerpo y sobre todo la cabeza.

Intento levantarme de la cama, pero no sé dónde estoy. La luz del día entra

por

las tablas de madera de la cabaña. Consigo sentarme en la cama y miro a mi alrededor. No es mi habitación, la cama está en otra posición. Entonces lo veo a

él. Está dormido, boca abajo, abrazado a la almohada. Lleva un *bóxer* blanco y azul marino de rayas. Por un instante contemplo su espalda, perfectamente esculpida. Mierda.

¿Qué coño hago aquí? Me miro y no, horror, estoy en ropa interior, por lo menos conservo mi tanga y mi sujetador negro. Me levanto de la cama con sigilo

y cojo a tientas el mono, mis sandalias y mi bolso. Me meto en el baño intentando hacer el menor ruido posible para que no se despierte.

Miro el reloj. Son las seis de la mañana. No me acuerdo de nada. ¿Cómo he llegado aquí? ¿Quién me ha quitado la ropa? ¿Habremos follado? Joder, Lía, si

es un crío.

Ya sabemos que está tremendo, pero todavía va a la universidad, espero no haber sido capaz.

Bebo agua, me lavo la cara y trato de calmarme, pero es imposible. Creo que estoy sufriendo un ataque de ansiedad. Me cuesta respirar. Empiezo a recordar pasajes de la noche, pero solo a medias. Tengo muchas lagunas mentales.

Recuerdo la cena. La apuesta. Maldita sea, qué gilipollas eres, Lía. Apostando a

estas alturas de tu vida. Recuerdo que perdí y que salí de la discoteca. Rebusco

en mi bolso y saco la llave de mi cabaña, salgo del baño sin hacer ruido y me voy. Al abrir la puerta, entra más luz y Axel se mueve en su cama, cierro lo más

rápido que puedo y salgo.

Me doy una ducha larga, muy larga, me froto todo el cuerpo porque tengo la sensación de suciedad, no sé si por dentro o por fuera. Me pongo mi camisón, me tomo un *ibuprofeno* que Julia metió en mi neceser, gracias a dios, y me meto en la cama. Todo mi universo está borroso, quiero dormirme y no volver a despertar.

No sé el tiempo que pasa, de repente oigo un ruido, como si golpearan la puerta, estoy tan dormida que me parece un sueño. Me doy la vuelta, pero otra

vez oigo un golpe seco y mi nombre.

—Lía, por favor, ¿estás ahí? ¡Abre!

Entonces me despierto, algo sobresaltada, la luz envuelve toda la cabaña, no tengo ni idea de qué hora es, me levanto y abro.

—Joder, vecina, qué susto me has dado. —Es Axel y trae cara de enfadado —.

¿Por qué te has ido sin decirme nada? Cuando me he levantado y no estabas, me

he puesto nervioso, no sabía qué te había pasado, ayer estabas bastante mal.

Bajo la mirada porque ahora mismo me muero de vergüenza. Él entra y me agarra de las manos.

—No sé —contesto—. No me acuerdo de nada y al despertarme en tu cama en

ropa interior me he asustado. Solo quería venir a descansar.

Su mirada se tranquiliza, pasa y nos sentamos en el borde de la cama.

—Bueno, tranquila, bebimos mucho y encima hacía mucho calor. Todos nos hemos cogido una borrachera así alguna vez.

Me cuenta que al salir de la discoteca me desmayé. Que él salió a recogerme

porque ya había mucho moscón revoloteando alrededor. Quisieron avisar al médico, pero que él dijo que no hacía falta. Me trajo en brazos hasta la cabaña y, como no encontró la llave de la mía, y por supuesto no me iba a dejar sola, me

llevó a la suya. Por el camino vomité y parece que poco a poco fui recuperando

el sentido. Me quitó la ropa, que además estaba sucia, y me dejó dormir. Sonríe

al final de la historia y me pone ojitos.

—¿Qué pensabas, vecina, que habíamos follado? —me pregunta directamente.

Yo me quedo cortada, cuánta sinceridad. No sé qué responder. Balbuceo.

Debo de parecer idiota.

—¡No, no, espero que no!

—¿Qué clase de tío sería si abuso de mi vecinita en ese estado?

—¡Un capullo! —respondo.

Estoy algo más tranquila, se ve que es buena gente, pero no me voy a perdonar haberme comportado como una juvenil de primer año, y menos

delante

de él. Ahora tendrá de mí un concepto equivocado.

Está tan guapo recién duchado. Y ahora me parece más alto, no sé por qué.

Lleva un bañador negro y una camiseta de tirantes de rayas, blancas y negras, de

las de sisa grande, a través de ellas se le ven los abdominales perfectamente definidos. Aunque quiero apartarlo de mi mente, me encantaría estar entre esos

brazos. Sentir su fuerza, su olor... Al segundo borro esa idea de mis pensamientos.

—Recuerdas que gané la apuesta, ¿no?

—Sí, tengo lagunas, pero eso precisamente no se me ha olvidado.

—Pues tu día empieza ya, que son las doce y ya me estás robando horas. A desayunar lo primero.

Le miro con cara de circunstancia y me dice que ha pedido el desayuno para dos en su cabaña, así que me voy al baño, me pongo el bikini, un pantalón corto

vaquero y una camiseta y por supuesto mis chanclas. Me voy a desayunar, agradezco esa ridícula norma, la de que sirvan en las habitaciones para dos, hoy

lo que menos me apetece es encontrarme con gente.

Desayunamos en su terraza. Todo está buenísimo, aunque no tengo el

estómago para comer mucho. Lo primero que me bebo es un vaso de zumo,

me

ha dicho que ha pedido que lo preparen exclusivamente para mí, es para la resaca. Sabe a rayos, así que espero que sirva de algo. Me sorprende al ver un *jacuzzi* en la terraza, es exactamente como la mía, pero él tiene *jacuzzi* y yo hamaca colgante. Volvemos a comentar lo de la mano negra, está claro que han

dispuesto las cabañas así, lo que quieren es que te enrolles con tu vecino y así disfrutes de las dos estancias. Reímos con mi comentario y él se acerca a mí.

—No vuelvas a irte sin avisar, de verdad que estaba preocupado.

Sus palabras me provocan una punzada en el estómago. ¿Será verdad que se preocupa por mí?, ¿será que quiere que estemos juntos toda la semana?, ¿voy a

poder probar esos labios? Un millón de pensamientos se arremolinan en mi cabeza y todos de los más inocentes. Mentira.

—Tranquilo, no volveré a perder el conocimiento.

—Eso espero, porque la próxima vez que te tenga en ropa interior en mi cama quiero que estés bien despierta.

Pongo los ojos en blanco. Cómo me debo tomar ese comentario. ¿Está jugando conmigo? o de verdad quiere tenerme en su cama.

—¿Perdona? Dudo mucho que esa escena la vuelvas a vivir —digo frunciendo

el ceño.

Él se levanta, saca lo del desayuno de la terraza y me comenta el plan para hoy. Haciendo oídos sordos a mi comentario, otra vez corta en el momento preciso, me va a volver loca, no sé qué quiere.

Vamos dando un paseo por la orilla. Nos bañamos. Descansamos un buen rato

en dos hamacas bajo un cocotero. Hace más calor que ayer. Hablamos. Me cuenta que está estudiando arquitectura, que le faltan dos asignaturas para acabar, que vive en Barcelona y que tiene veintiséis años. Toda esta información

más o menos la sabía por haber fisgado ayer su cartera. Yo le digo que soy economista, que vivo en Santander y que tengo treinta y seis años. No pienso ser

tan gilipollas de quitarme años, lo que hay es lo que soy. No hablo de nada más

de mi vida privada. No creo que le interese. Hablamos de música; aunque haya

una década de diferencia entre nosotros, tenemos algunos gustos en común, nos

gusta mucho Coldplay a los dos, me dice que estuvo en su concierto de

Barcelona y que en vivo son tremendos. Hablamos de clásicos y coincidimos en que somos más de los Beatles que de los Rolling Stone. A él le gustan también

grupos “indi” españoles, como Miss Caféina, Love of Lesbian o Sidonie. Ahí yo

soy más de cantantes españoles, como Leiva, Sabina o Iván Ferreiro. Hablamos

de cine, de actores y actrices. Aunque seamos bichos raros, a los dos nos gusta el cine español. El tiempo se pasa volando.

—Puedes hacer *topless* si te apetece —me dice cuando me giro para ponerme cara al sol—. Ya vi tus lolas ayer, ¿recuerdas?

Quiero estrangularle, con mis propias manos. Ese descaro y esa sonrisilla maliciosa que pone cuando me lo dice, me deja sin palabras. Apenas acierto a balbucear.

—No me las cubro por ti, sino por el sol, capullo.

“Ja. Lía, qué poca convicción han tenido tus palabras”. Él pone una medio sonrisa y me coge de la mano para seguir con el plan. “Lía, tienes que pensar algo rápido. O juegas con todas las consecuencias o rompes la baraja, este titubeo no traerá nada bueno. No es sano que estés en medio de la nada”.

Comemos en un chiringuito al final de la playa, se lo recomendó Juan, se llama el Rincón de Tony. Está dentro del complejo hotelero; pero Tony, su dueño, no trabaja para el hotel. Él vive en Isla Sofía, como Juan. Paga una renta al propietario del resort y así disfruta de la libertad de ser su propio jefe. Según Juan, prepara los mejores tacos del mundo, y además hay música de la buena.

Axel se presenta al llegar. Comenta que es amigo de Juan, y Tony nos saluda efusivamente, está claro que este chico tiene don de gentes. Enseguida me fijo en que hay más huéspedes comiendo. Hace ensaladas, tacos, enchiladas. Bebemos

unas Coronitas y pedimos los tacos especialidad de la casa, el mío con menos picante. Está todo buenísimo, parece que el brebaje que me dio esta mañana en

el desayuno ha funcionado y me voy recuperando poco a poco. Siempre, después

de la resaca, apetece comida guarrindonga, así que estoy de suerte.

El sol calienta en exceso a estas horas, por lo que me estoy quedando aplanada. Nos damos un baño rápido y Axel debe de notar mi cara de cansancio. Después de la nochecita que he pasado, necesito acostarme un rato.

Así que nos vamos poco a poco por la orilla hasta la cabaña. Caminamos con los

pies metidos en el agua, yo con la mirada hacia abajo, admirando la arena blanca. Casi no decimos ni una palabra por el camino, solo disfrutamos del momento. Al llegar a la altura de las cabañas, me empieza a entrar un cosquilleo

en el estómago, como una idiota me pongo nerviosa. “Qué coño te pasa, Lía, pareces una puta adolescente. No puedes dominar tu deseo”.

Subimos y sin soltarme de la mano me guía hasta mi habitación. Yo saco la llave de la bolsa y a duras penas puedo acertar a abrir. Él está a mi espalda, por

fin abro y entra detrás de mí. Dejo la bolsa en la cómoda y me agarra con fuerza entre sus brazos. Siento su cuerpo pegado al mío, soy algo más baja que él, así

que encajo perfectamente en su pecho. Me agarra la cara con las manos, me la

levanta y me besa. Es un beso suave y delicado al principio. Después se hace más húmedo y profundo. Mi cuerpo se tensa y mi cabeza recupera el sentido común. Me freno.

—Axel. ¡Para!, no creo que esto sea buena idea.

—Vecina, es una idea buenísima, hoy mando yo y el plan está saliendo a la perfección —me dice con media sonrisilla burlona.

Ardo por dentro, una parte de mí quiere exactamente eso, dejarse llevar y disfrutar de cada poro de su piel. Pero otra me frena, porque realmente es la primera vez. Sí, desde Carlo es mi primera vez. Vienen a mi mente las palabras

de Julia, solo es para abrirte el agujero, no tienes que enamorarte de él. Entonces, un resquicio de algo que no sé describir se abre en mi mente, me

armo de valor y

digo:

—Vale, solo que vamos a poner unas reglas, lo que hagamos en esta isla se queda en esta isla, igual que pasa con lo que se hace en las Vegas. No vamos a

hablar de nuestras vidas más allá de estos límites, solo va a ser sexo. Cuando salgamos de aquí el viernes, nos despediremos como dos compañeros de viaje y

nada más, ni teléfonos, ni *emails*, nada. Todo lo que pase entre nosotros esta semana se quedará aquí. ¿Hay trato? —mis palabras intentan sonar convincentes.

—Hay trato, vecina —me responde—. Pero deberías añadir que no solo va a ser sexo, va a ser el mejor sexo que hayas tenido jamás.

Pongo los ojos en blanco, vaya engreído. Y vuelve al punto de partida, antes de que le frenara en seco con mis reglas. Me besa, fuerte y profundo. Me tiemblan tanto las piernas que poco a poco me voy acercando al borde de la cama para dejarme caer sobre ella.

—Tranquila, todavía no vas a tumbarte —me frena.

Me saca la camiseta por la cabeza y me besa el cuello. Me lame lento, su lengua está caliente. Lleva sus manos a mi pantalón y me suelta el botón. No puedo más, siento una corriente eléctrica por todo mi cuerpo, creo que me voy a

desvanecer. Aguanto como puedo. Desliza sus suaves dedos por mis caderas y deja caer mi pantalón al suelo. Hacía mucho que nadie me tocaba. Sigue lamiéndome y entonces llega a mis pechos, aparta los triángulos de mi bikini y

sin desabrochármelo descubre mis pezones.

—Me gustan tus lolas desde que me las enseñaste ayer, vecina. —me dice susurrando.

Yo hago un mohín y me estremezco con sus palabras.

—Joder, deja de llamarme vecina —me quejo entre dientes.

—Entonces cambio a princesa —me susurra socarrón.

Me vuelve a besar lento y sus manos empiezan a jugar con el borde de mi bikini. Mete un dedo acercándose a mi sexo y lo saca. Gimo. No puedo más, es

una maldita agonía. Le quito la camiseta, rápido, y contemplo cada músculo de

su cuerpo. Es perfecto, jodidamente perfecto, y además lo sabe. Eso es lo peor,

conoce su potencial y lo disfruta. Le toco las caderas y trato de quitarle el bañador, él se zafa y me dice:

—Tranquila, que lo estás haciendo muy bien.

Es un cabrón, un tremendo cabrón.

Mete sus dedos índice y corazón en mi bikini y llega a mi sexo. Estoy húmeda. Grito. Gimo. Me mete los dos dedos de golpe y hace círculos con ellos

dentro de mí. Me muerdo el labio. Él me atraviesa con la mirada.

—Ya queda poco, princesa, disfruta.

—¡Princesa!, estarás de coña, ¿no? —logro decir entre gemidos.

No puedo más, estoy sintiendo el placer más grande del universo. Joder, hacía

tanto tiempo. Él juega en mi interior y no me puedo controlar, me corro.
Grito.

Gimo otra vez. Me agarro a él con fuerza. Le beso. Araño su espalda y dejo
que

el orgasmo me sacuda de los pies a la cabeza. Mis piernas se doblan y él me
levanta y me posa en la cama.

—Ahora sí, princesa. Ahora voy a estar dentro de ti.

Se quita el bañador con mucha habilidad y contemplo su polla, grande, muy
grande, con un suave arqueado hacia arriba. Se estira hasta la mesita y del cajón
saca un condón, cortesía del resort, se lo pone con mucha agilidad y entonces
me

embiste.

Me embiste con fuerza. Entra y sale de mí. Agarra mis dos manos con una
mano suya y me las aprieta por encima de mi cabeza. No puedo soltarme.
Entra

y sale de mí a un ritmo frenético. Fuerte. Profundo. Con cada embestida noto
los

huesos de sus caderas golpear mi pelvis. No deja de mirarme. Yo cierro los
ojos

y me obliga a abrirlos.

—Princesa, mírame. Quiero ver tu cara cuando me corra —me susurra entre
gemidos.

Sus ojos verdes brillan. Me muerdo el labio y después entreabro la boca.

—No abras así la boca o voy a tener que meterte mi polla en ella también —
me dice autoritario.

Sus palabras me encienden, nunca he estado con nadie así. Me excita su tono.

No puedo más, estoy a punto de correrme otra vez. Él entra y sale de mí, cada vez más entregado, más fuerte. Un par de arremetidas más y entonces se abandona.

—Joder, joder, joder...

Nos corremos los dos.

Deja caer su peso sobre mí. Me besa en los labios con suavidad y sale de mí, se quita el condón con la misma habilidad que se lo puso y se tumba a mi lado.

Nos quedamos algo adormilados por la mezcla de cansancio, calor y placer, pero yo enseguida me levanto. No puedo dormir con nadie. No soy capaz de compartir la cama con ningún hombre todavía. Por eso salí huyendo ayer de su

cama y por eso ahora lo he dejado solo otra vez.

Estoy agotada, me tumbo en la hamaca de la terraza. Son casi las siete de la tarde y voy a mandar el *whatsapp* del día a Julia.

“Agujero abierto, adiós telarañas”.

Me imagino su cara al leerlo, habrá puesto los ojos en blanco y habrá dicho para sí: “esta es mi chica”. La veo dando brincos donde quiera que la haya pillado el notición.

No sé si será capaz de contestarme algo medianamente cuerdo. Me río sola.

Dejo que los últimos rayos de sol me den en la cara y caigo en un sueño profundo.

Un beso suave me despierta.

—¿Otra vez me has dejado solo? —me pregunta Axel—. Voy a tener que amarrarte a la cama para que no huyas —me dice burlón.

Abro los ojos y contemplo sus ojos verdes, iluminan todo lo que miran. En este caso, a mí. Se me acerca lento y me besa. Tiene puesto solo el bañador y vuelvo a contemplar su torso esculpido, creo que se me cae la baba.

“Coño, Lía, has echado un polvo maravilloso con un tremendo tío bueno, vuelve a la tierra”. Me río de mi propio pensamiento.

Me froto los ojos para desperezarme y mentalmente me pellizco para comprobar que no es un sueño. Me sigue besando suave y yo me dejo hacer. Sin

duda, es un buen despertar.

—¿Qué hora es? —musito.

—La hora de espabilar —contesta atrapando mi labio inferior con sus dientes.

—Tendremos que ir a cenar, porque me interesa mucho que comas y sigas teniendo energía para lo que te queda de día y de semana.

—¿En serio? —protesto caprichosa—. ¿No puedo quedarme aquí sin ver a nadie hasta mañana?

—No, no seas boba, acaso piensas que alguien se va a acordar de ti, la concentración de alcohol en sangre ya era elevada cuando te desplomaste. No eras la única.

—¡Calla!, no me lo recuerdes, por favor.

Antes de salir de mi cabaña para ir a la suya a ducharse, me aprieta con fuerza

entre sus brazos, me besa y me dice.

—Princesa, en media hora te quiero lista en la puerta para ir a cenar.

—¿En serio que me vas a seguir llamando princesa? —pregunto malhumorada.

—Por supuesto, sé que te encanta —me susurra muy cerca del oído. Una chispa eléctrica me hace tensarme otra vez—. Y otra cosa, puedes ponerte la ropa que quieras, pero nada de llevar bragas.

—¿Perdona?, no pienso obedecerte, ¿qué eres, una especie de depravado sexual o algo así? —le espeto.

—Estás avisada, hoy mando yo —me responde con voz firme y gesto serio cerrando la puerta.

Me meto en la ducha y estoy bastante rato, dejo que el agua me caiga por la cara, a ver si consigo recuperar la cordura. Mi cabeza no para de dar vueltas, estoy feliz porque por primera vez en mucho tiempo solo pienso en mí, en disfrutar y en divertirme, sin que una sola de mis neuronas pierda un segundo en

pensar más allá de estas hectáreas de tierra. No sé qué me pasa, pero ahora mismo soy la única persona que me importa en la faz de la tierra ¿Seré una egoísta? Joder, que estoy acostándome con un modelo de anuncio publicitario, que tiene diez años menos que yo y encima sigo sus órdenes. Cierro el grifo y al

secarme el pelo con la toalla y mirarme en el espejo no me reconozco. No sé quién es esta Lía que se refleja ahí.

Me visto, por supuesto que me pongo mi sujetador *beige* y blanco de encaje y unas braguitas a juego, una falda roja y *beige* de rayas y una blusa *beige* con bastante escote, con mi nuevo tono de moreno me veo genial. Unas sandalias

romanas de tiras, un poco de brillo en los labios y el pelo con mis ondas naturales.

Cuando salgo, él ya me está esperando fuera, lleva unos vaqueros bastante desgastados y una camisa blanca remangada, sus fuertes antebrazos me

hipnotizan, me sonrío con esa boca perfecta y me da la mano para acabar de bajar las escaleras de la cabaña.

—No sé si llevarte a cenar o meterte en mi cama otra vez, estás muy guapa.

Pongo los ojos en blanco y le digo socarrona:

—No hace falta que me adules, me voy a meter en tu cama igualmente.

—Uff, cuidado, que mi princesa quiere llevar el control —se ríe burlón.

Yo arqueo una ceja y pongo morritos. Si hay que hacerse la chula, yo también

puedo; aunque no es mi estilo, no sé a quién quiero engañar. Avanzamos unos metros por la senda y ya nos vamos cruzando con más huéspedes, unos solos, otros ya en pareja. Axel pone la mano en mi cintura, la desliza lentamente hasta

el largo de la falda y toca mi piel, yo intento zafarme, pero él me agarra con fuerza. Sube la mano por mi muslo y toca mis bragas. Suelta la mano

airadamente.

—Princesa, no me has obedecido.

—Joder. Axel, cómo voy a ir sin bragas, además estas son preciosas — intento

disculparme.

—¡Quítatelas! —me ordena.

—No. Ni hablar—le contesto con cara de enfado.

—He dicho que te las quites, aquí y ahora —su voz ha resultado tan segura y firme que impone cierto respeto. “¡Qué te pasa, Lía! ¿No irás a obedecer a un niño de veintiséis años? “.

En cambio, una chispa de diversión se cruza por mi mente y decido prestarme a su juego. No puede ser tan malo hacer el loco una noche.

—Voy al baño, me las quito y te las doy —digo intentando parecer segura.

—¡No! Me las das ahora, porque si me hubieras obedecido a la primera, no tendrías que quitártelas aquí.

—Joder, Axel, estás loco, pasa mucha gente —intento convencerle.

—Yo me pongo detrás de ti, te abrazo y ahora que no viene nadie te las quitas y me las das.

Todo me parecía tan surrealista, pero a la vez me daba tanto morbo. La sonrisilla de él mirando mi cara de póquer valía la pena. Poco a poco, hice como

que me ataba la sandalia, primero una y luego otra y me deshice de ellas.

—Perfecto, princesa, la verdad es que sí son bonitas, pero te prefiero sin ellas.

Yo te las guardaré. —Y se las metió en el bolsillo de su vaquero. Me dio un beso

largo y profundo y fuimos a cenar.

La cena es tranquila, hablamos de muchas cosas, de vez en cuando me pregunta algún detalle algo más personal, pero enseguida le recuerdo una de

nuestras reglas, así que cambiamos de tema y solucionado. Hablamos de viajes,

de países que nos gustaría visitar. Él me habla de Barcelona, de toda la arquitectura de la ciudad, de que le encanta su carrera. De París, ciudad a la que está muy ligado también. Es fácil conversar con él, incluso sin hablar de intimidades nuestra conversación es muy fluida.

A veces me toca el muslo e intenta acceder a mi sexo por debajo de la falda, pero como está el comedor tan lleno de gente desiste, se muerde el labio y me sonrío burlón. Está claro que el juego nos gusta a los dos. Nunca lo imaginé de

mí.

—No voy a poder disfrutar de que no lleves ropa interior —me susurra al oído

poniendo cara de niño bueno.

—Pues tú te lo pierdes —le reto.

Otras me vacila asomando mis bragas por su bolsillo y yo me ruborizo como si fuese una quinceañera.

Después de cenar, vamos a la discoteca a tomar un mojito; solo uno, decimos al unísono. Y estallamos en carcajadas. Allí hay más o menos el ambiente de ayer. Todo el mundo se dedica a intentar pescar algo. El francés que se me acercó anoche viene a hablar con Axel, efectivamente es su compañero de buceo, hablan en un perfecto francés, que yo soy incapaz de comprender.

Siempre ha sido mi asignatura pendiente, no descarto que pronto me proponga alcanzar esa meta. Le pregunta que qué tal estoy yo, evidentemente vio mi caída,

y después se despiden animosos.

—Mañana hemos quedado con Juan, va a llevarnos a la zona oeste de Isla Sofía, nos recogerá a las doce, haremos pesca submarina y lo que capturemos lo

comeremos en el catamarán.

Al escuchar sus palabras, algo interno se me encoge. Está haciendo planes sin mí. Trato de disimular la decepción que siento por dentro. No logro conseguirlo.

—Así, princesa, que a las doce estate preparada y que no se te olvide la protección, en alta mar no se puede salir sin ella.

Como una idiota, mi cara se ilumina de nuevo. “Joder, Lía, una niña de quince

años hubiera aguantado mejor, ¿qué coño te pasa?”.

—¿Seguro que quieres que vaya con vosotros? —pregunto inocentemente.

—No pienso dejarte sola en esta selva, princesa —me responde complacido.

Tomamos el mojito, nos reímos otra vez con el percal que hay a nuestro alrededor. Me besa. Bailamos un poquito y decidimos dar por terminada la noche

yéndonos a dormir, francamente los dos estamos muy cansados.

Por el camino de vuelta no paro de pensar en que necesito dormir y que si al final acabamos otra vez follando me tendré que levantar a hurtadillas de la cama

y marcharme en la oscuridad. “Joder, Lía, por qué no eres capaz de cerrar esa puerta, no puede ser tan difícil”. Mi cara debe de ser un poema, porque hasta Axel se da cuenta.

—¿Qué te pasa, Lía?

—Nada —musito—. Estoy algo cansada.

—Lo sé, sobre todo porque no eres capaz de dormir a mi lado —me reprende.

—Yo, es que... —balbuceo.

—Tranquila. Está bien. Nada de explicaciones personales, recuerdas. —Y me estrecha entre sus brazos y me tapa la boca con un beso, sin que yo pueda continuar con mi excusa.

Sus manos bajan hasta posarse en el final de mi espalda y de nuevo una corriente eléctrica me enciende.

—Te acompaño a la habitación, te doy las buenas noches y te dejo dormir, ¿te

parece bien?

—Me parece perfecto —respondo complaciente.

Estoy tumbada en la cama, hace bastante calor y he dado un poco el ventilador.

No paro de recordar en mi mente cada minuto del día que he pasado con él.

Ha sido todo muy intenso. Sobre todo cuando hemos follado. Me tapo la cara con mis manos solo de recordarlo. Hace la friolera de dieciocho años que no follaba con nadie que no fuera Carlo. Se dice pronto, pero es una eternidad. Ha

sido increíble. Ni en lo más profundo de mi deseo hubiera imaginado una “re-pérdida” de virginidad así.

“Lía, está claro que la cordura no llegó contigo a esta isla”.

Tengo que dormir. Necesito dormir.

9- PERDIDO Y ENCONTRADO

AXEL

—Tranquila. Está bien. Nada de explicaciones personales, recuerdas. —La abrazo y le doy un beso en su perfecta boca. Bajo mis manos hasta el final de su

espalda y me contengo para no tocarle el culo aquí mismo.

Axel, está claro que te gusta muchísimo, pero tranquilo.

—Te acompaño a la habitación, te doy las buenas noches y te dejo dormir, ¿te

parece bien?

—Me parece perfecto —me responde.

Nos despedimos y entro en mi cabaña. Necesita descansar y sé que conmigo no es capaz de pegar ojo, espero que pronto se deje llevar, me gustaría disfrutar de ella día y noche. No sé qué tipo de trauma le impide compartir cama conmigo, pero voy a respetarla.

Doy gracias a mi torpeza. Haber perdido mi cartera en la orilla y que fuese ella quien la recogiera ha sido lo mejor de este sitio, sin duda no me esperaba encontrarme a nadie como ella aquí. No hay nadie en todo el resort tan apetecible como Lía. Me gusta haber empezado así el experimento, como dice ella. Los dos estamos indagando a ver quién nos ha escogido para que seamos vecinos.

En cuanto me abordó en la arena, con su bikini negro y sus lolas al aire, con esa mirada nerviosa, supe que esos ojos marrones intensos escondían una historia. Más o menos como yo. Su “Mario” se llama Julia y probablemente le regaló este viaje para huir de alguien o de algo ¿Coincidencia? Pues probablemente sí.

Es mayor que yo, pero tampoco se nota que haya diez años de diferencia entre

nosotros. No es muy alta, ni muy delgada. Tiene unas curvas muy sugerentes, que le dan un toque muy sensual, de mujer, no de niña. Su pelo ondulado es castaño con reflejos cobrizos. Casi siempre lo lleva natural y me gusta más, desenfadado. Tiene una boca perfecta, con unos labios carnosos muy apetecibles,

y para rematar un lunar en la mejilla derecha que le queda súper sexi. Y, sobre

todo, lo que más me gusta de ella es que tiene un buen par de lolas. Pensaréis que los tíos siempre nos fijamos en lo mismo, pero es que las de Lía me vuelven

loco. No son ni muy grandes ni muy pequeñas, tienen el tamaño perfecto y están

perfectamente colocadas en su sitio. Si cierro los ojos, se pasean por mi mente.

La primera noche que hemos estado juntos la he visto disfrutar solo a ratos.

Tan pronto parecía que se divertía, como en otro momento parecía cohibida.

Creo que le da miedo abrirse y disfrutar sin límites. Seguramente le hayan hecho

daño, ¿y a quién no? Por eso se dejó llevar en cuanto probó el alcohol, seguramente la ayudó a desinhibirse.

Cuando se desmayó al salir de la discoteca, solo quise traerla a mi cabaña y cuidarla. Le dije que no encontré sus llaves, pero la verdad es que no iba a dejarla en ese estado sola. Me pareció mejor idea que durmiese conmigo en mi

habitación, y ni me planteé llevarla a su cabaña.

Cuando la desnudé y la tuve en mi cama en ropa interior, me empalmé. No pude evitarlo, es muy guapa y llevaba un conjunto de encaje que hubiera hecho

las delicias de cualquier hombre. Respiré un par de veces con dificultad. Me hubiera encantado arrancárselo; pero ella no estaba en condiciones ni de tan siquiera escucharme, así que, con mucha fuerza de voluntad, la metí en la cama

y me dormí a su lado. Como estaba en estado de semi inconsciencia, ella también se durmió.

Cuando no la vi por la mañana al despertarme, me asusté. Pensé que quizás se

había ido en mitad de la noche, sola y desorientada. Cualquiera podría haberla encontrado. Menos mal que estaba en su cabaña. Si le hubiera pasado algo, no me lo habría perdonado.

Mientras comíamos hoy, no podía dejar de pensar en que quería follármela, pero no iba a estropearlo lanzándome como un puto crío. Quería que ella lo deseara también. Y cada vez que me miraba, estaba más convencido de que ella

también quería lo mismo que yo.

Así que después de la comida caminamos de vuelta por la orilla, en silencio,

disfrutando del paseo. Al llegar a su cabaña, no me solté de ella, había llegado el momento. Entramos, la besé, puso sus estúpidas normas para que esta semana solo haya sexo entre nosotros, sin ataduras, y por fin conseguí estar dentro de ella. Fue una sensación nueva para mí. Por fin volví a sentir, porque las últimas veces que había follado habían sido un puro trámite. Sí, siempre me corría; pero

el camino hasta llegar al clímax era monótono y aburrido, una carrera rápida para llegar a la meta. Además, me importaba muy poco si ellas disfrutaban, lo único importante era yo.

Esa desgana con el sexo femenino se la debo a Eva. Desde que lo dejamos, bueno, más bien desde que todo se fue a la mierda, solo me he follado a las mujeres para usarlas para mi propio placer. Está claro que me rompió en dos.

Con Lía todo ha sido completamente distinto. Con ella he disfrutado de todo el proceso, sobre todo de darle placer. Si pienso en su primer orgasmo, de pie,

corriéndose entre mis dedos, me empalmo de nuevo. Estaba tan entregada y nerviosa en ese momento, que parecía que hacía muchísimo tiempo que no lo hacía.

Y yo, intentando alargar el momento lo máximo posible. Con ella no quería terminar, quería seguir y seguir disfrutando.

Ha sido un día muy intenso, para mí y creo que para ella también. Por eso he preferido dejarla descansar durante la noche. Tengo clarísimo que quiero estar con ella toda la semana, si solo quiere sexo es lo que tendrá; pero del mejor, como ya le he advertido. Ahora que parece que me ha hecho despertar del letargo en el que vivía, no quiero dejarla escapar. Además, aunque pueda parecer

arrogante, creo que ella necesita disfrutar y sentir tanto como yo.

10- DESPERTARES

Los primeros rayos de sol entran por las rendijas de la cabaña. Como viene siendo habitual en este lado del mundo, amanece muy pronto, serán las siete de

la mañana o menos.

He dormido como un bebé. Me levanto con mucha más energía. Me estiro y salgo a mi terraza a contemplar el mar. El sol está saliendo y la vista del Caribe es preciosa. Respiro hondo y lleno mis pulmones. Me estiro. No hay

nadie en la

playa todavía, es como si estuviese sola en esta isla.

Bebo un poco de agua y vuelvo a mirar al horizonte. A lo lejos veo un punto negro por la orilla, en movimiento, cada vez se acerca más, más y más. Parece

alguien corriendo. Menuda moral hay que tener para correr por aquí a estas horas. Cada vez está más cerca. No me lo puedo creer. Es Axel. Llega exhausto,

sube por la arena y en unos segundos llama a mi puerta.

—Buenos días, princesa —me dice mientras entra.

Yo estoy con un camisón negro de licra, bastante ajustado, y él viene con un pantalón de correr negro y camiseta negra también, está todo sudoroso. Lo primero que se me pasa por la mente es que no llevo ropa interior.

“Joder, Lía, lo tuyo es preocupante. Parece que tanto tiempo sin sexo te estaba

empezando a afectar, y tú sin darte cuenta”.

—Buenos días, a ti la cama tampoco te gusta, ¿no? —pregunto burlona—.

Menudas horas para salir a correr.

—A mí la cama me gusta para otras cosas —me dice mientras trata de besarme en la boca.

Yo me zafo.

—Eres muy guapo, pero tan sudado pierdes puntos. Lo imaginabas, ¿no?

—Pero eso tiene una solución muy fácil, princesa.

Entonces me agarra de las piernas, me carga en su hombro con una facilidad pasmosa y me lleva al baño. Yo trato de bajarme, protesto y grito.

—¡Axel, ni se te ocurra!, ¡Axel, bájame! —Con la mano que tiene libre abre el grifo de la ducha y espera a que esté algo templada—. ¡No! ¡Por favor!

Hago un último intento por impedirlo y me posa en la ducha debajo del grifo.

—Mira por dónde, princesa, ahora voy a estar súper limpio, para que no puedas rechazarme.

Me pega a la pared. Tengo el camisón empapado y completamente pegado al

cuerpo. Sus ojos verdes me atraviesan la mirada. Se ríe, contemplando mis pezones duros. Se quita la ropa y me saca el camisón por los pies. Su cuerpo desnudo con las gotas de agua cayéndole es como un puto anuncio de gel de baño. Me besa con fuerza. Yo ya no me resisto. Dejo que mi cuerpo hable por mí. Cojo el jabón y me lo echo en la palma de la mano. Me giro y lo coloco a él

contra la pared.

—¡Uy!, parece que vas a tomar el control, princesa —me dice socarrón.

Le paso mis manos con el jabón por el torso, haciendo círculos, tocando cada músculo marcado de su abdomen, esto sí que es una tableta de chocolate y no la

de la *Nestlé*. Voy bajando despacio hasta su polla; que, cómo no, ya presenta una gran erección. Quiere jugar, pues juguemos. Se la lavo, masajeándola,

lentamente, la aclaro y me pongo de rodillas. Beso justo en su centro y a continuación me la meto en la boca.

—Joderrr, Lía —llega a decir entre gemidos.

Juego con ella en mi boca, la doy pequeños mordiscos. Él gime y grita. Me la meto muy profunda. Hasta la garganta. Es una sensación maravillosa poder tener

el control. Él me agarra del pelo. Intenta marcar el ritmo, pero por fin el ritmo lo marco yo.

—Si sigues así me voy a correr en tu boca —me dice entre gemidos.

—Eso es lo que quiero, vecino.

Yo sigo con lo mío, marcando los movimientos. Dentro. Fuera. Dentro. Fuera.

Y él se deja llevar. Echa la cabeza hacia atrás y se abandona al inmenso placer.

Unos segundos después se corre en mi boca gritando mi nombre.

Un punto para Lía. Y una enorme sonrisa se dibuja en mis labios. Estoy muy orgullosa de mí, yo también puedo llevar el control.

Me pongo de nuevo de pie y pego mi cuerpo al suyo. Me besa con mucha fuerza. Es como un beso distinto. Como si hubiese liberado una tensión extra.

No sé qué quiere decirme, pero se entrega a mí de forma diferente. Nos duchamos juntos. Y yo salgo primero a pedir el desayuno.

Sale del baño con una toalla a la cintura, su ropa está calada. Yo me he puesto

un vestido de tirantes de florecitas, por supuesto sin ropa interior, ya no me importa seguirle el juego; es más, me encanta el juego. Y pasamos a la terraza a

desayunar.

Tengo un hambre atroz, el sexo también debe de dar hambre. Cuando nos traen el desayuno tomamos un súper zumo de mil vitaminas. Tostadas. Pavo. Mi

té con leche fría y unos *croissants* recién hechos con cobertura de chocolate.

Todo está buenísimo.

Voy a tener que ir a correr yo también para bajar todo lo que he desayunado.

Sigue siendo pronto, así que nos tumbamos en la hamaca y nos empiezan a dar los primeros rayos de sol en la cara.

—En la hamaca podremos estar tumbados juntos, ¿no? —me pregunta burlón.

Le hago un mohín y le respondo:

—Mientras no te duermas, todo correcto.

—Lo que tengo en mente no es precisamente dormirme, princesa.

Sus ojos brillan otra vez. Joder, menuda velocidad de recuperación tiene.

Pensé que después de lo de la ducha iba a tener una mañana tranquila, pero está

claro que él siempre quiere más. Solo de pensar en el placer que está por llegar, mi cuerpo se tensa. Me muero de ganas.

—Parece que no te he dejado muy satisfecho antes —le digo con media sonrisa.

—Sí, princesa, pero ahora me toca corresponderte.

Con solo escuchar la frase, la corriente eléctrica enciende cada poro de mi piel

de nuevo, siento una punzada en el estómago otra vez, no me lo puedo creer.

Quiero más.

Se baja de la hamaca y se sienta en el sillón al mi lado. Yo sigo tumbada.

Acerca sus manos a mis piernas y las sube lentamente hasta mis muslos. Me sube el vestido. Mi sexo queda al descubierto. Parece que ha intuido que no llevo ropa interior.

—Qué obediente, así me gusta. Siéntate en el borde —me ordena.

Yo obedezco y me agarro con ambas manos al dobladillo de tela de la hamaca

y entonces mete sus orejas en el centro de mi andar. Viene a mi mente la canción

de Leiva, “Vis a Vis.” ¡Grande Leiva! Es una sensación única e incontrolable, lame con deseo mi sexo y yo arqueo la espalda hacia atrás facilitándole el acceso. Creo que definitivamente me vuelve loca.

—Quiero verte disfrutar, Lía.

Me chupa con más fuerza. Muerde con sus dientes mi clítoris. Lo suelta y lo besa. Justo en el centro, un placer incontrolable me envuelve otra vez. Gimo.

Ardo de nuevo. Juega con mis labios. Siento su lengua por todo mi ser, mientras

sus manos están posadas en mis caderas. No puede ser. Sin poder resistirme más,

vuelvo a correrme. Él retira su cabeza y me contempla. Estoy abrumada; pero antes de que me pueda dejar caer encima de la hamaca, otra vez me reta.

—Ven aquí, Princesa, enséñame lo que sabes hacer.

Me levanta y me sienta a horcajadas encima de él en el sillón. Libera su polla y se pone un condón que traía en la cintura sujeto con su toalla. Estoy cansada,

pero el deseo de ver cómo va a correrse me revive de nuevo. Puedo ver su polla

mientras se pone el condón, es perfecta, jodidamente perfecta.

Ahora tengo yo el control. Me empalo su polla y empiezo a botar encima de él. Primero suave, después aumento el ritmo. Él también se deja caer sobre el respaldo. Me tiene agarrada del trasero con fuerza y se acompasa con mi movimiento. Joder. Ver esa cara de deseo es una sensación alucinante, me da más energía para seguir el ritmo. Subo, casi libero su polla por completo y después me la meto profunda otra vez. Gime. Cierra los ojos y deja caer su cabeza hacia atrás. Gruño. Con mi mano derecha agarro su nuca con fuerza y lo

atraigo hacia mí. Lo beso con fuerza, sigo subiendo y bajando encima de él, sin

parar.

—Joder, Lía —masculla entre dientes—, no pares.

Aumento el ritmo hasta que mi cuerpo estalla en un orgasmo infinito a la vez que él. Gruñimos. Gritamos. No hay palabras para describirlo. Simplemente alucinante.

Me dejo caer encima de su pecho y me acoplo al lado de su cuello. Huele a mí.

Creo que he quemado parte de las calorías del desayuno.

Saco su polla de mi interior, retiro el condón con delicadeza y me coloco el vestido.

Nuestras respiraciones todavía alteradas se van recuperando poco a poco.

¿Dónde hay que firmar para que toda la semana sea así?

11- MAR CARIBE

A las doce en punto estamos en la orilla y nos recoge Juan con el catamarán.

Hoy hay más gente a bordo. Está Pier, el francés, que ahora viene acompañado

de una chica muy voluptuosa, morena, con el pelo rizado, su nombre es Lucía.

Nos la presenta con una sonrisa en la boca intentando chapurrear algo de español. Después está el alemán que los acompañó el primer día. Axel me lo presenta, se llama Mark. Junto a Juan, que nos ayuda a subir, hay un chico moreno, bastante joven y con un cuerpo muy musculoso, parece recién salido del

gimnasio, tiene el pelo largo y engominado hacia atrás y la tez muy morena también. Juan hace las presentaciones y Axel le da la mano, se llama Héctor y es

el sobrino de Fabio, el dueño de la isla. Ahora mismo ejerce de director del resort. Cuando yo le extiendo mi mano, él se acerca y me da dos besos, muy sonriente.

—Encantado, señorita —me dice con un marcado acento mexicano.

Axel me agarra de la cintura fuerte y no me suelta hasta sentarnos en uno de

los sillones centrales. Su gesto ha sido algo brusco y no sé por qué me he sentido como si fuera un cazador y estuviese protegiendo a su presa.

El catamarán arranca y comenzamos el viaje. Juan nos cuenta que llegaremos hasta la zona oeste de Isla Sofía, donde podrán pescar y bucear, que hay una de las mejores barreras de coral del Caribe y que sin duda el día va a merecer la pena.

Después visitaremos Isla Sofía y por la tarde sobre las seis volveremos al hotel.

Juan está muy animado y amistoso con Héctor, está claro que deben de ser buenos amigos, se nota que hay complicidad entre ellos.

Los chicos se ponen a preparar el material de pesca, comprueban las bombonas, los arpones, mientras Juan sigue al timón. Héctor se levanta y se dirige hasta nosotras.

—Ustedes preparen todo, yo cuido de estas dos señoritas —dice mientras se sienta en medio de Lucía y de mí, que estábamos charlando un poco. Como un

buen anfitrión, nos pasa los brazos por los hombros y nos pregunta que si nos apetece tomar una cerveza.

Nosotras nos miramos con media sonrisa y decidimos aceptarla. Llama a la camarera que nos acompaña y le pide tres Coronitas.

Al levantar la vista para coger la cerveza, puedo ver cómo me mira Axel. Su mirada se clava en los brazos musculosos de Héctor y pone un gesto muy serio.

Tiene cara de pocos amigos. Nunca le había visto así. Por un segundo parece que estuviera echando fuego.

Observo como coloca las bombonas y los arpones a toda velocidad y se

acerca

a comentar algo con Juan. Este pone media sonrisa, que no le llega a los ojos, y

le explica algo dándole una palmadita en la espalda. Después se acerca hasta nosotros.

—Venga, Lía, vamos a ponernos en la rejilla —me dice mientras me agarra la mano que tengo libre y me ayuda a levantarme.

Nos tumbamos en la rejilla delantera del catamarán y lo miro intentado entender lo que le ocurre.

—¿Qué te pasa? —le pregunto preocupada.

—A mí nada —me contesta con gesto serio.

—Axel, por favor, has venido como una exhalación y me has levantado de golpe. ¿Hay algún problema? —inquiero de nuevo.

—No —me contesta frío—. Es solo que no me gustan los babosos.

Pongo los ojos en blanco, no me lo puedo creer, está celoso, pero si hace menos de 48 horas que nos conocemos. Esto es una isla, hay más hombres y mujeres, todos tenemos ojos. Como buen latino, Héctor es adulator con el sexo

femenino, sin más. Yo no he visto ningún gesto por el que deba preocuparme, no

entiendo por qué se ha cabreado tanto. Coño, parece un niño de dieciocho y yo

su novia de dieciséis, como si fuera de su propiedad. Intento mirarlo para ver algo más allá de sus palabras; pero nada, ahora tiene la mirada perdida en el Mar Caribe y con su mano izquierda se frota los nudillos de la mano derecha. Está claro que ahora mismo está a miles de kilómetros de aquí.

Se gira, me agarra la cara entre sus manos y me besa.

—Lo siento, princesa; pero no quiero que esta semana te toque nadie más que yo.

Parece que su mirada ha vuelto a detenerse en la mía, sus ojos verdes están algo más apagados que antes; pero aun así son preciosos. Pega su frente a la mía.

Yo lo contemplo algo atónita, pero me dejo hacer. Beso sus labios e intento sonreír, para devolverlo a este momento, aquí y ahora.

—Tranquilo, aunque a ti no te haya costado mucho trabajo meterme en tu cama, no suelo ser tan fácil —comento burlona, intentando que vuelva a relajarse.

—Eso se lo dirás a todos —dice haciéndome un mohín.

Me separo y le doy con el puño en su brazo.

—¡Capullo!

A medida que nos acercamos a Isla Sofía, Juan nos narra lo que cuenta la leyenda. Dice que Cristóbal Colón, en su segundo viaje, cuando llega a tomar tierra en lo que hoy es Cuba se topa con una aldea que está siendo asolada por

las llamas. Él, para salvar a sus habitantes del fuego, los mete en su nave y se alejan de la costa. Una fuerte tormenta los sorprende y casi los hace naufragar,

pero la nave aguanta como puede y justo después de pasar lo peor avistan tierra.

Lo que se encuentran era solamente un arenal, sin habitar, pero Colón decidió que lo mejor era dejar a las cinco familias, que lo habían perdido todo, en ese lugar. Entre ellas se encontraba una muchacha joven, muy bella, que se llamaba

Sofía. Colón quedó tan prendado de ella, que hizo que el cura que los acompañaba en el navío bautizara la isla con su nombre.

Todo estaba deshabitado, solo existía la tierra, así que dejó a varios de sus tripulantes con ellos también, para que comenzaran aquí una nueva vida. La leyenda cuenta que Cristóbal antes de partir dejó embarazada a la joven y que ella dio a luz a una preciosa niña que nunca conoció a su padre.

Sobrevivieron

con lo que les daba la tierra y la mar. Eran buenos pescadores y poco a poco levantaron la isla con sus propias manos. Años más tarde, cuando sus barcos fueron siendo más grandes y pudieron navegar más lejos, se echaron a la mar con la intención de llegar a Cuba, pero finalmente llegaron a México, que estaba

a menor distancia. A partir de ese momento fueron creciendo como pueblo, con

los cultivos y la pesca. Establecieron buenas relaciones comerciales con sus vecinos y con el paso de los años se convirtieron en una parte más del país mexicano, hasta la actualidad.

La historia nos encanta a todos, Lucía se la traduce al francés a Pier y nos reímos al ver su cara de sorpresa. Héctor dice que México es mucho mejor que

Cuba y bromea con Juan sobre si él procede de la amante cubana de Colón. Se

nota que tienen mucha confianza, porque se tiran pullas continuamente.

La travesía se ha hecho corta y enseguida estamos en la barrera de coral, todos

bajan a pescar excepto la camarera, nosotras y Juan, que tira su caña desde el catamarán a ver si tenemos suerte y conseguimos el almuerzo.

Yo decido darme un chapuzón, el agua está cristalina y hace bastante calor,

se

respira una paz y una calma indescriptibles.

Al cabo de un rato comienzan a subir los chicos con los manjares para nuestro

almuerzo. Langostas, pez espada. Juan con su caña también contribuye, con unos

peces no muy grandes de color rojizo; son salmonetes, un poco distintos a los del Cantábrico, pero no pueden negar que son de la misma familia, son los primos

caribeños, le comento divertida.

Axel trae unas cuantas langostas. Mark y Pier un pez bastante grande, creo que es un mero. Héctor también trae una pieza enorme, no creo que podamos cocinar eso aquí.

Encienden la cocina portátil que lleva el barco y Juan se pone manos a la obra.

La camarera mientras tanto pone una mesa alrededor de los sillones y nos sirve

ensaladas y entrantes que ya tenían preparados del hotel. Seguimos bebiendo cerveza. Disfrutando de la música y del lugar, que francamente es el mismísimo

paraíso.

Parece que Axel está más relajado. Está siempre a mi vera, pero de vez en cuando intercambia alguna palabra con Héctor, ya de forma más cordial. Ayuda

a Juan con las langostas y por su sonrisa creo que está disfrutando otra vez del

momento.

Comemos un montón, los salmonetes están buenísimos, Héctor saca

champagne rosé y brindamos, él alega que beber eso es de nenitas, pero que sabe que a las señoritas nos encanta, todos nos echamos a reír. Él hubiera preferido beber una botella de tequila, sin duda.

Axel y yo nos tiramos al agua otra vez después de comer. Tiene tan buena temperatura que podría convertirme en anfibio y vivir aquí eternamente. En el agua me abraza, me besa, me toma por la espalda y me agarra de las caderas, todos están en el catamarán, pero tener al público tan cerca me pone nerviosa.

—¡No, por favor! —le suplico.

—No grites, princesa, o todos se van a dar cuenta.

Mete su mano por dentro de mi bikini a la vez que seguimos flotando. Gimo al

notar sus dedos en mi sexo.

Me giro y me quedo frente a él. Con el pelo mojado y esos ojos verdes es imposible resistirse. Le beso con fuerza, muerdo sus labios, puedo sentir en mi

pelvis su erección.

—Joder, no sé cómo voy a volver a subir al catamarán —me dice entre dientes.

Héctor y Juan se asoman por la escalera trasera y deciden darse un chapuzón también, no sin antes gritarnos:

—Tortolitos, salgan del agua que va a hervir.

Axel y yo nos separamos automáticamente y no podemos dejar de reírnos.

Cuando subimos por la escalera de nuevo, Axel se coloca como puede su pene

en el bañador, para que no se le note la erección y coge rápidamente la toalla para anudársela en la cintura, yo le miro con una sonrisilla maliciosa.

—Me pienso cobrar esta, princesa —me susurra al oído cuando paso a su lado.

Nos tumbamos un rato al sol para secarnos y enseguida partimos hasta Isla Sofía. Juan deja el catamarán en Playa Este y nos bajamos a conocer su Isla. En

Playa Este hay tres casas preciosas, como de estilo colonial. Están pintadas en

blanco y tienen grandes porches. Juan nos dice que un inglés se enamoró de la isla y construyó tres casas para sus hijos en la playa, solo uno de ellos se ha quedado a vivir aquí. Vino con su esposa y ella falleció aquí al poco de llegar.

George ya nunca más ha salido de la isla, tiene una explotación de cultivo de azúcar que ocupa la zona norte de la isla, además de dos granjas. Él vive en la

última casa, ahora tiene una esposa de aquí y un niño. Otra casa se la vendió a un familiar suyo, un lord inglés, que no aparece casi nunca por aquí. Quien suele venir es su joven esposa con sus amigos. Y por último la primera de las casas,

que es de un estilo menos colonial, más bien parece hecha en los años 50, nos cuenta que otro hermano de George se la vendió a un americano y tiró la vieja

casa por completo, hizo casi una réplica exacta de su chalet de Malibú. Es más

bajo, más pequeño y tiene grandes ventanales que miran al mar. Ahora está vacía

y cree que a la venta.

Nos adentramos en la isla y visitamos sus calles estrechas, con sus casitas de mil colores, parece sacada de una postal. Una plaza grande donde se encuentra la

iglesia y la escuela, rodeada de grandes palmeras y flores tropicales. A un lado

está el puerto, que tiene un tamaño mediano. Nos cuenta que viene una especie

de ferri desde Acapulco todos los martes y se va los miércoles. Así que la única

manera de entrar y salir de la isla es por el mar.

Al lado del puerto está la lonja y el colmado, una tienda bar enorme, que regenta Rosita, donde se puede encontrar de todo. El ayuntamiento. El

consultorio del médico. La gobernación, o comisaría, como la llamamos

nosotros. Es como un pueblo de cuento que tiene de todo a escala pequeña.

Caminando entre las callejuelas atraviesas la isla y accedes a Playa Oeste, justo enfrente de donde hemos estado pescando. Es la playa donde van los isleños; hay

un chiringuito enorme con discoteca, puestos de frutas y un par de tiendas de suvenires.

Paseamos tranquilamente mientras Juan nos pone al día, la gente nos saluda amablemente, se ve que son muy hospitalarios y no se extrañan de vernos deambular por sus calles. A pesar de que aquí no ha llegado el turismo masivo,

no se asustan al ver caras nuevas.

Casi sin darnos cuenta, ya estamos llegando de nuevo al resort. Nos

despedimos de todos y subimos a las cabañas. Cuando aún nos quedan unos metros, Axel me coge de las piernas y me carga en su hombro sin ningún esfuerzo.

—Llevo pensando en esto todo el maldito día —me gruñe entre dientes.

No puedo verle la cara, pero sé que sus ojos verdes ahora brillan de nuevo.

Me lleva a su cabaña, me posa en el centro y me besa con fuerza, sale y enciende el *jacuzzi* de la terraza.

—Antes mientras nos bañábamos me puse tan malo que voy a tener que acabar la faena en el agua ahora; si no, no podré borrar tu imagen mojada de mi

cabeza.

Yo me río nerviosa y me relamo mentalmente pensando lo que está por llegar.

Me sienta en una esquina del *jacuzzi*, con los pies dentro. Él se mete de rodillas y me abre las piernas separando mis muslos, con mucha delicadeza aparta mi bikini y me besa justo en el centro de mi sexo.

—Joder, Lía, sabes tan bien que solo puedo pensar en follarte.

Sus palabras me dejan aturdida, su lengua juega con mi clítoris, es tan sensual tenerle entre mis piernas, una mirada suya sirve para que esté preparada, es como el rey del sexo o algo así, solo puedo pensar en disfrutar de cada centímetro de su piel.

A la vez que me lame, mete dos dedos en mi sexo y juega en mi interior. Yo

estoy agarrada al borde del *jacuzzi*, pero mi espalda se arquea para facilitar la tarea. Es maravilloso sentir tanto placer cada vez que me toca. No quiero hacer

comparaciones, pero hacía muchísimo tiempo que no sentía nada parecido.
Sigue

entrando y saliendo de mí con sus dedos y sin poder controlarme ya estoy a punto de correrme.

—Córrete, princesa, quiero comerme toda tu esencia —me dice levantando la mirada para cruzarse con la mía.

“Joder, Joder, no puede sonar más excitante”.

Saca los dedos. Gimo. Los vuelve a meter junto con su lengua. Grito. No puedo más y me corro. Un inmenso placer me recorre de pies a cabeza. Es una

sacudida de todo mi sistema nervioso. Intento no gritar más, porque aunque se está poniendo el sol podría escucharnos alguien, no deben de ser más de las ocho. Sin dejar que mi respiración se recupere, me quita la parte de abajo del bikini, que está empapada y me mete con él en el agua. Se tumba encima de mí y

su aliento se entremezcla con el mío. Está guapísimo, lo peor de todo es que lo

sabe.

Me besa y me agarra con fuerza del trasero.

—Ahora te voy a girar, princesa, y voy a hacer que te corras otra vez —me susurra al oído.

Yo no soy capaz de articular palabra y dejo que me agarre de las caderas y me

dé la vuelta. Me sube un poco el trasero para acomodarse y me penetra rápido y

sin contemplaciones. Al sentir su polla dentro de mí, todo mi cuerpo se activa

de nuevo. Mi mente en ese mismo instante también.

—¡Axel, no te has puesto un condón! —exclamo.

A pesar del momento de ebullición, la única neurona que ha viajado a la isla conmigo ha estado rápida.

—Joder, masculla entre dientes, no te muevas —me ordena.

Sale de mí y rebusca en el bolsillo trasero de su bañador, que está tirado al lado del *jacuzzi*. Se pone rápidamente el condón y me embiste con fuerza. Se coloca dentro de mí. Sale y entra con fuerza. Sus manos están ancladas a mi cadera y yo acompaso sus movimientos. No quiero que pare nunca.

Es increíble, jodidamente increíble. Los chorros del *jacuzzi* nos envuelven en una burbuja todavía mayor. Noto cada embestida, certera, profunda, sin llegar el

dolor llega el placer. Él gime. Grita. Entra y sale de mí, cada empujón es más profundo que el anterior.

—Lía, quiero follarte todos los días hasta que abandonemos esta isla.

No para de entrar y salir, cada vez más fuerte y más profundo. Y un orgasmo

largo y mágico nos invade a los dos, podemos ver las estrellas sin que haya anochecido. Sale de mí, se quita el condón y me tumbo contra su pecho. Su respiración cortada mueve mi cabeza a su ritmo. Él echa la cabeza hacia atrás y

se relaja. Yo recorro con mi vista y con mi mano cada parte de su escultural cuerpo. Es increíble que esté follando con alguien como él, es técnicamente perfecto.

Cojo su mano y la entrelazo con la mía, es su mano derecha, al entrelazar mis dedos con los suyos hace un gesto de dolor y me suelta.

—¿Perdón, te he hecho daño? —pregunto asustada.

—No, tranquila —me dice a la vez que me suelta y posa su mano en el final de mi espalda. Una punzada me viene al estómago y recuerdo que esta mañana

era la mano que se frotaba en el catamarán.

Recuerda, nada de temas personales. Aunque estamos realmente a gusto metidos en el agua, es tarde y decidimos arreglarnos para ir a cenar.

Me voy a mi cabaña a ducharme y vestirme. Me pongo un vestido negro largo,

con escote en pico y unas cuñas de esparto plateadas, cojo mi cartera de mano plateada y voy hasta recepción, allí me dijo Axel que me esperaría. Hoy con tanto sexo se me ha pasado la hora del *whatsapp* a Julia. Me lamento, seguro que está ansiosa de recibir noticias mías. Aun así, miro mi móvil y veo que tengo dos mensajes.

“Cabrona, necesito detalles”.

“Por lo menos le habrás comido la polla también, ¿o ya no te acuerdas de cómo se hace?”.

No puedo parar de reírme al leerlo. Será capulla.

12- UNA NOCHE MÁS, UN DÍA MENOS

—Hola, Juana, ¿qué tal estás? Hoy hemos conocido tu isla —le comento.

—Buenas noches, Lía. Ya me ha dicho mi hermano, espero que hayan disfrutado del día —me dice complaciente.

—Ahora entiendo por qué valoras tanto el aquí y ahora. —Le sonrío—. Vives

en un auténtico paraíso.

Del despacho de detrás del mostrador de recepción salen Juan y Axel, no sé qué están tramando estos dos, pero se les ve con mucho secretismo.

Héctor aparece también y se dirige a Juan.

—El miércoles llega mi tío Fabio, va a dar una cena en su casa, así que comunícaselo al Mayor, al Comandante, a George y a Álvaro.

Juan mira a su hermana para que tome buena nota y ella asiente.

—Ya se lo digo yo luego, tranquilo.

Al reparar en nuestra presencia, Héctor se dirige a nosotros también.

—Los huéspedes del hotel no suelen ser invitados a las cenas privadas; pero, como sois amigos especiales de Juan, le he dicho a mi tío que ustedes vienen también. Si les apetece, claro.

Yo pongo cara de sorprendida y Axel me clava la mirada, por su gesto parece estar diciéndome que diga que no, pero él tampoco se atreve a abrir la boca, así

que me limito a asentir.

—Gracias por la invitación, mañana ya te confirmamos.

¿Por qué me mira así? Si no quiere ir solo, tenía que haber dicho “¡no, gracias!”.

Nos despedimos y nos acercamos al bufet a cenar algo.

—El miércoles solo quiero tenerte en mi cama, no puedo perder el tiempo con

cenas —me espeta al entrar al comedor.

Lo miro con sonrisa burlona y decido comenzar el juego.

—Quizás tienes miedo de que el tío también me abrace.

En cuanto pronuncio la última palabra, me doy cuenta del error que he cometido. Sus ojos verdes me atraviesan la mirada, como en el catamarán.
Joder,

Lía, pareces una niñaata. Reflexiono.

—¿Qué parte de que esta semana solo te toco yo no has entendido, princesa?

—me dice con voz seca y gesto serio.

Pongo los ojos en blanco y suspiro. Es un capullo y un arrogante; pero a la vez

es tan guapo, no sé por qué le dejo llevar el control.

—Sabes que soy mayor que tú y no vas a sermonearme, ¿verdad?

—No juegues la baza de la edad conmigo, porque no voy a tener piedad, y lo sabes —hace hincapié en cada palabra y me regala una sonrisa de lo más arrogante.

Cenamos un poco más relajados. Cuando estamos terminando, entran Lucía y

Pier y se sientan con nosotros, hablamos en español la mayor parte del tiempo y

Axel traduce a Pier al francés, él intenta chapurrear algo de español, pero sin demasiado éxito. Lucía está encantada con su acompañante, en la excursión de esta mañana me contó que a pesar de ser latina a ella no le gustan nada los hombres de este lado del charco, dice que son anticuados y machistas; “de pelo

en pecho”, me dijo literalmente. Me confesó que si quiso venir a este viaje solo

fue para conocer a un europeo sin tener que viajar hasta el viejo continente.

Parece que ha tenido suerte, a Pier se le ve embobado, no creo que en toda Francia haya una chica con esas curvas y ese carácter, se compenetran bastante

bien.

En la discoteca bebemos, charlamos, vemos un espectáculo del *ballet* del hotel, su bailarina principal es guapísima y tiene a todos los machos alfa boquiabiertos, se la ve muy profesional; el resto de bailarinas también gustan, pero ella está causando sensación. Por un lateral vemos asomarse a Juan, que contempla ensimismado el espectáculo, le llamamos para que se tome una copa

con nosotros, pero las normas estrictas del resort no les permiten relacionarse con los huéspedes. Así que más de uno de los que contempla el *show* tendrán que irse a dar una ducha de agua fría al acabar el espectáculo, está claro que las bailarinas están fuera de su alcance.

De vuelta a la cabaña, tengo la misma sensación que ayer, no puedo dormir con él. “Coño, Lía, supéralo”.

Axel me agarra con fuerza de la cintura, me acompaña a mi cabaña y, al cerrar

la puerta, me pega a la pared.

—Con tanto jaleo no he podido comprobar una cosa—me dice burlón.

Sube lentamente mi vestido hasta mi cintura y deja libre mi sexo.

—Muy bien, princesa, por fin empiezas a obedecerme.

—Debes de tener la mente muy lejos de aquí si hasta ahora no te has dado cuenta —comento tratando de hacerme la ofendida.

—Mi mente y mi cuerpo solo quieren follarte a todas horas, así que no pienses

ni por un instante que me he olvidado de ti.

Sus palabras me tensan, su voz suena firme y seria, está tan seguro. La verdad es que, excepto en el catamarán durante unos minutos, no le he notado ausente el resto del día.

Me aprisiona contra la pared y se deshace de mi vestido, sacándomelo por la cabeza. Sigo calzada, pero me ordena que me deje las cuñas puestas.

—Así te tengo a la altura perfecta.

Me agarra las manos con fuerza y me las sujeta por encima de mi cabeza, me besa fuerte. Profundo. Me chupa el cuello y va bajando deliciosamente por mis

pechos. Juega con mi pezón. Lo muerde. Lo suelta. Todo mi cuerpo está en guardia, cada poro de mi piel está encendido esperando la descarga. Sus ojos verdes brillan de nuevo.

—Eres preciosa, Lía—me dice muy cerca de mis labios—. Tu lunar, tu boca...

Yo lo beso con fuerza. Me ordena que no baje los brazos y se quita la ropa, se pone un condón y me gira acomodando mi trasero a sus caderas.

—Tienes un culo que me vuelve loco y voy a follártelo.

Al escuchar sus palabras mi cuerpo tiembla. Joder, no puede ser. No sé si estoy preparada para eso. Mete su pene en mi sexo, que está más que preparado

para recibirle.

—Pon las manos en la pared y no se te ocurra moverlas, por nada en el

mundo

—me ordena con voz firme.

—Axel —susurro.

—Confía en mí. ¿Entendido? —me inquiere.

—Síii —logro decir entre gemidos.

Pone su pulgar en mi boca y yo lo chupo. Lo lamo y juego con él. Lo humedezco. Acto seguido lo saca de mi boca y lo lleva hasta mi trasero, hace círculos con su dedo en mi entrada. La sensación es indescriptible. Echo la cabeza hacia atrás, muerta de deseo. Repite la operación, chupo su dedo dentro

de mi boca, lo saca y juega con él alrededor de mi trasero de nuevo, mientras su

pene entra y sale de mí con mucha suavidad. Gimo. Grito.

—Joder, Lía, me pones a mil —masculla entre dientes.

Me abre un poco más las piernas y me acomoda contra su pelvis, me hace inclinarme un poco más y saca su pene de mi sexo. Gimo con suavidad al sentirle fuera de mí. Lo pasea por mi culo y me penetra por detrás, poco a poco.

—Así, princesa, quiero verte disfrutar —me susurra.

Al entrar en mí, me retuerzo de placer. Es una mezcla entre un leve dolor y el placer más absoluto. Hacía mucho tiempo que no sentía nada parecido. Sus movimientos son suaves y delicados, posa su mano en mi sexo y acompaña cada

embestida acariciando mi clítoris. Entra y sale de mí, sin sacarla del todo.

Controlando el ritmo. Siento una punzada de dolor mezclada con placer cada

vez

que se mueve. Noto su pelvis en mi trasero; sus movimientos no son bruscos, son placenteros. Estoy ardiendo. Creo que voy a explotar. Y él también. Todo mi

cuerpo está preparado para la descarga.

—Joder, joder, joder —grita.

Sin quitar las manos de la pared, siento un orgasmo único que me atraviesa toda la columna vertebral y estalla entre mis muslos, me fallan hasta las piernas.

Axel se ha dejado ir gritando mi nombre. Ha sido increíble. Después, me agarra

por la cintura y sale de mí con la mayor delicadeza posible. Sin costarle ningún

esfuerzo nos tira en la cama, mi espalda sigue acomodada en su pecho y él mete

su nariz en mi pelo. Agradezco que me haya puesto tumbada de lado porque tengo tan sensible mi trasero que no sé si me podré volver a sentar.

—¿Qué tal estás, princesa? —atina a decir con su respiración entrecortada todavía.

—Muy bien —susurro. No me salen ni las palabras.

Antes que nos quedemos dormidos por la mezcla de cansancio y placer, se sienta en la cama, se pone su *bóxer* y se viste. Yo lo miro con una mezcla de alivio y decepción, pero no digo nada.

“Deberías dejar que se quedara, Lía”.

“Eres idiota”.

Con los primeros efectos de la somnolencia postcoital en mi cara, pega su frente a la mía, me besa, se despide y se va.

—Descansa, princesa, por hoy ha sido suficiente.

13- NUESTRA ISLA

He dormido genial, me he levantado y otra vez me he vuelto a tapar la cara con las manos recordando cada minuto del día de ayer. “Joder, Lía, hacía mucho tiempo que no te corrías así, una y otra vez. Sin duda el *Rey del Sexo* se merece ese trono”.

Es temprano y cuando me asomo a contemplar el amanecer en mi terraza dejo que los primeros rayos de sol me desperecen. Hace otro día espectacular. Hoy no

veo a Axel corriendo, pero de repente le oigo desde su cabaña.

—Buenos días, princesa. Espero que hayas dormido bien, sola. —dice remarcando lentamente cada sílaba de la palabra sola.

—Muy bien, vecino. Es como mejor se descansa, solo —remarco yo burlona.

—Puedes venir, que ya pedí el desayuno, aunque igual prefieres ir hasta el comedor y desayunar sola —vuelve a decirme socarrón.

—Tranquilo, hay cosas que no me importa hacer acompañada.

Llamo a la puerta y me abre semidesnudo, con su *bóxer* blanco y sin camiseta.

No puedo apartar mi mirada de cada centímetro de su piel. Joder, está tremendo.

No puedo disimular y me quedo embobada paseando mi mirada por su

cuerpo.

Creo que se da cuenta.

Me agarra la cara con sus manos y me besa con fuerza, después las baja por mi espalda y se detiene en mi trasero. Lo acaricia suavemente con sus palmas y

me sonrío burlón. Ese simple gesto ya me ha encendido otra vez y me provoca

una sonrisa de oreja a oreja.

Desayunamos mucho; *cookies* de chocolate y nueces, tostadas con mermelada, algo de embutido, café, té, zumo de arándanos, un montón de fruta. Como todavía es muy pronto, decidimos pasear un rato por la orilla, disfrutando de la

playa todavía vacía y así bajamos alguna caloría. Nos damos el primer baño del

día. El agua está buenísima. Me abraza, me besa, sabe tan rico con el salitre, me le podía comer entero.

Ya es martes, así que mientras nos secamos en una hamaca bajo un cocotero, y

tomamos un poco el sol, me cuenta que en el embarcadero nos espera un yate pequeño, se lo ha pedido a Juan y es del tío de Héctor. Eso quiere decir que en

un rato saldremos a navegar. Me explica que no tengo por qué preocuparme, es

un experto marino. Con la cara de niño bueno que me pone, no puedo evitar reírme. Ha encargado a Juana que nos preparen el pícnic y así volveremos por la

tarde, solo vamos a estar él, yo y el Mar Caribe. Ahora comprendo el secreto que se traía entre manos ayer con Juan.

El yate es muy bonito; no es muy grande, pero tiene dos camarotes bastante lujosos, para mi gusto algo recargado. Los gustos de su propietario son algo ostentosos, comentamos. Axel se pone al timón y zarpamos. Me deja coger el timón de vez en cuando y así él aprovecha para colocarse detrás de mí. Me insinúa que sea buena o acabaré como anoche, mirando a la pared; bueno, en esta ocasión al horizonte. Es tan arrogante cuando quiere, pero estamos de muy

buen humor, así que nos reímos juntos. Me cuenta que se sacó el PER en Barcelona, que casi suspende el examen por no mirar ni una sola vez la teoría y

que desde pequeño navegaba con su padre, que tenía un barco, aunque hace años

que su padre lo vendió y no había vuelto a navegar.

Me pregunta si aparte de mi trabajo tengo otros *hobbies*, digo que hago pilates tres veces por semana porque mi espalda lo necesita y que mi agenda está tan saturada que no me permite hacer nada más. Me pregunta que si la falta de tiempo es por trabajo o por otro tipo de obligaciones, claramente quiere saber si tengo cargas familiares, pero yo esbozo media sonrisa y él lo entiende al instante.

—Esa pregunta rompe las reglas, vecino.

—Entendido, princesa.

Llegamos hasta un islote muy pequeño, cerca de Isla Sofía, no tendrá una longitud de más de un km, es todo vegetación y lo rodea una fina línea de arena,

está deshabitado.

Fondeamos el yate lo más cerca posible de la orilla y nos bajamos caminando por el agua hasta llegar a la arena.

—¿Te gusta la sorpresa? —me pregunta expectante—. Una isla solo para ti y para mí. Nuestra isla.

El sitio es espectacular, el agua cristalina, los pececillos de mil colores nos pasan entre los pies y la arena es blanca y fina. Es todo muy pequeño, pero me

parece estar en el mejor sitio del universo.

No puedo evitar poner cara de loca soñadora.

“Menuda moñas eres, Lía”.

—Me encanta —musito.

Tiramos las toallas en la orilla y nos tumbamos al sol, cogidos de la mano respiramos profundo y sin decir media palabra me relajo como hacía tiempo que

no hacía.

—Puede pararse el mundo en este instante, ¿no crees? —me dice bajito. Como

tratando de no despertarme de este sueño.

—Ojalá —consigo decir saliendo de mi ensoñación.

Como estamos solos en el otro lado del mundo, decidimos desnudarnos, dejamos el bikini y el bañador en la arena junto a las toallas y completamente desnudos nos metemos en el mar, nadamos libres entre los peces, a través de esas

aguas transparentes, es la mayor sensación de libertad que experimento desde hace meses.

Nuestros cuerpos se encuentran. Me abraza, me subo encima de él y le rodeo

con mis piernas, nuestras lenguas se entremezclan, solo cabe el aliento entre los dos, me besa con fuerza. Sus manos se enredan en mi pelo y tira de mi cabeza

hacia atrás, me lame el cuello. Baja lentamente por mi garganta y gime. Empiezo

a notar su erección, es una pena estropear el momento, pero no puedo dejar que

me penetre sin condón.

—Joder —masculla entre dientes cuando le digo que tiene que ponérselo—.

Empiezo a odiar el puto plastiquito —me gruñe.

Sin soltarme de su cintura, me saca con él hasta la orilla y del bolsillo de su toalla saca un preservativo. Me baja hasta que mis pies tocan la arena y se lo pone, me tumba en la toalla y deja caer todo su peso sobre mí.

—No te follo en el agua porque ya que he salido hasta aquí no puedo esperar un puto minuto más.

Su mirada arde, el verde de sus ojos está cada vez más encendido. Sus palabras me calientan. Me besa con fuerza y me embiste sin piedad, pongo las manos en su culo, duro, perfectamente musculado y acompaño sus movimientos.

Entra y sale de mí por completo, cuando saca su maravillosa polla de mi sexo contemplo cómo se le marcan los músculos inguinales, apuntando a su miembro,

como queriéndome decir: ves esto, pues ahí te va. Me penetra otra vez. Más duro, más profundo. Mi cuerpo se clava en la arena con cada embestida. Grito.

Gimo. Grita. Gime.

—Grita todo lo que quieras, princesa, aquí en nuestra isla no puede oírnos nadie.

Su ritmo es tan frenético que no aguanto más. Axel me muerde el labio con tanta fuerza cuando nos estamos corriendo juntos, acompasados, que me hace sangrar. Sale de mí y se deja caer a mi lado en la toalla.

—Joder, Lía. Nunca pensé que iba a pasar esta semana así —me confiesa con la respiración alborotada todavía y limpiándome la sangre de la comisura de la boca.

—Yo tampoco —consigo responder.

Después de comer en el yate, nos tumbamos en los sillones centrales y nos quedamos bastante adormilados, Axel sugirió que bajáramos a uno de los

camarotes, pero la sola idea de Héctor o cualquier otro follando allí nos quitó la intención. Ambos reímos al pensar cuánta gente había usado eso como picadero.

Partimos hasta Isla Sofía, Axel se empeñó que volviéramos para dar una vuelta.

Al desembarcar por Playa Este, enseguida vemos a Juana al lado del puerto.

Acababa de llegar de trabajar y va a su casa a ver qué tal estaba su padre. Nos

dice que la acompañemos y nos invita a un buen café. Es tan amable y dispuesta

que no le podemos decir que no. Nos presenta a su padre Juan José y a su hermana pequeña Luna, que tiene dieciséis años. La hermana en cuanto ve a Axel se queda embobada, no le quita el ojo de encima hasta que salimos por la

puerta, desprende tal magnetismo que es muy difícil para cualquier chica resistirse a sus encantos. No la culpo. Solo hay que verme a mí.

Álvaro es el profesor de la escuela y el novio de Juana, viene a buscarla y vamos los cuatro hasta Playa Oeste, a tomar algo al chiringuito. Mientras Juana

y Álvaro me preguntan cosas sobre España y sobre otros países, Axel desaparece

un momento, creo que lo veo salir hacia las tiendas de la playa.

La camarera del chiringuito se me hace cara conocida; ahora caigo, es la guapa bailarina del hotel. Juana me cuenta que el chiringuito es de George, su marido, el viudo inglés, como le conocen aquí, que ella era bailarina profesional del Tropicana en La Habana; pero que tuvo una lesión y tuvo que dejar de bailar,

por eso volvió a su casa y sin planearlo se quedó embarazada de George. Ella estaba enganchada a los calmantes y él, desde que murió su primera esposa, bebía cada noche, así que eran un roto para un descosido, palabras textuales de

Juana. Ella dejó todo lo que tomaba en cuanto supo que iba a ser madre; él lo de

la bebida no lo ha podido dejar de momento, pero sus borracheras no son violentas, más bien lo contrario. Consiguió rehabilitarse para poder seguir bailando, aunque solo sea en el hotel tres veces por semana, el resto de los días lleva el chiringuito y así desconecta un poco de su fracasado matrimonio.

Cuando empieza a sonar “Is this love” , de Bob Marley, regresa Axel.

—¿Dónde estabas? —le pregunto cuando se acerca.

—Haciendo recados —me contesta sonriente.

Tomamos cervezas y hablamos un montón con Juana y Álvaro; nos contaron que se van a casar el año que viene, pero que viven separados porque el padre de

Juana no consiente que sea de otro modo. Nosotros les dijimos que en Europa eso sería muy difícil. Intercambiamos costumbres y formas de ver la vida.

También hubo tiempo para contarle a Juana nuestra teoría sobre el resort y la mano negra. La preguntamos si ella era la celestina de esa selva y, aunque intentó hacerse la desconcertada un par de veces, nos acabó confesando, a la tercera cerveza, que ella estuvo esperando al avión de América solo para intentar ponerme un vecino adecuado. Que me vio muy nerviosa cuando llegué y que en

mi avión no encontró ningún candidato para mí. Según ella, mis ojos estaban apagados y estaba claro que necesitaba algo de luz.

—Espero no haberme equivocado —me dice algo nerviosa todavía.

Yo pongo los ojos en blanco y, antes de que pueda recriminarle nada, Axel se adelanta.

—Acertaste al 100% —comenta socarrón.

Tuvimos que regresar al resort para devolver el yate. Juan nos estaba esperando en el embarcadero.

—¿Qué tal el día?, ¿han disfrutado? —nos pregunta complaciente.

—No ha estado mal —contesto con sorna.

—¡Ah!, ¿conque no ha estado mal, princesa? —me recrimina Axel con gesto de indignación—. Pues tendré que hacer algo para remediarlo.

Juan nos dice que mañana dan tormenta y que es mejor que no salgamos a navegar, que disfrutemos del resort y que nos vemos a las nueve en la cena del

señor Duarte.

Sin que pudiéramos confirmar o cancelar nuestra presencia, se fue a todo correr a recepción, que le estaban esperando.

—¿En serio quieres que vayamos a esa cena? —me pregunta algo arisco.

—No sé, me gustaría ver esa casa por dentro y conocer al cerebro de todo esto, ¿no tienes curiosidad? —pregunto, temerosa de su respuesta.

—No mucho, la verdad; pero sola no vas a ir, así que no me queda otra.

—Puedo ir sola, si no te apetece —musito.

—Sí, para que el señor Duarte te meta en su cama, ¿no?

—No creo que todos los hombres de esta isla quieran lo mismo de mí —
contesto seria y un poco cabreada.

No soy un objeto, no entiendo por qué solo puede pensar eso. No creo que lo diga por mí, no soy tan creída, más bien lo dirá porque se piensa que todas las mujeres solo valemos para acabar metidas en la cama de un hombre. Está comportándose como un auténtico gilipollas.

—Yo sé lo que yo quiero, que es tenerte en mi cama todo el tiempo, no es difícil que los demás quieran lo mismo —me responde con voz firme.

—Será mejor que dejemos esta conversación aquí.

Cojo mis cosas y me giro acelerando el paso para ir a mi cabaña, Axel sale detrás de mí y me agarra de la muñeca con fuerza.

—No quiero discutir —me dice pegando su frente a la mía—. No vamos a estropear el día.

Yo intento zafarme, pero me empieza a besar y esa boca suya me hace enloquecer, sus labios carnosos envuelven los míos y me dejo llevar.

“Lía, estás completamente perdida cuando te toca”.

—Yo tampoco —musito.

14- TORMENTA

Es miércoles ya, no me lo puedo creer, la semana está pasando muy rápido.

Ayer, después de nuestra pequeña discusión, acabamos follando en mi cabaña otra vez; estábamos muy cansados de todo el día, pero aun así saqué fuerzas para

echar otro polvo maravilloso con mi súper modelo de anuncio y limamos

nuestras asperezas con respecto a la cena de esta noche. Complacientemente, al

terminar se volvió a vestir y me dejó descansar, en el fondo no sé por qué unas

veces es un arrogante y un capullo y otras es el hombre más amable y cariñoso

del mundo. Probablemente, las respuestas a mis preguntas están al otro lado de

esa línea que marca la regla de nada de temas personales, ¿recuerdas? Será mejor

así. Solo sexo. O solo el mejor sexo que hayas tenido jamás. Haciendo memoria

de sus presuntuosas palabras.

Lo peor, que tiene razón y lo sabe.

Voy a desayunar a su cabaña, esto ya es nuestra rutina, hoy hay bastantes nubes y el sol todavía no aparece, parece que se avecina tormenta.

—Buenos días, vecino escogido a dedo —saludo burlona.

—Buenos días, princesa, ¿cuánto pagaste a Juana para que me diera esta habitación? —pregunta socarrón.

Es un engreído y un prepotente, pero está tan bueno con la toalla anudada a la cintura recién salido de la ducha. Todavía tiene alguna gota sin secarse que le baja por el pecho. Joder. Lía, no son ni las diez y ya estás ardiendo por dentro.

Mi cara de deseo debe de ser tan evidente que Axel sonrío de oreja a oreja.

—Te gusta lo que ves, ¿no?, princesa. —Y sin que pueda llamarle capullo, cierra la puerta y deja caer su toalla al suelo.

—Arrodíllate —me ordena—. Yo, sin pararme un segundo a pensar, le

obedezco, tiro mi bolso sobre la cómoda y me arrodillo delante de su escultural

cuerpo desnudo.

—Las manos atrás y no las muevas o te tendré que castigar —me dice con voz

firme.

¿Quién coño se cree qué es, Christian Grey?

Aun así, dejar que lleve el control me excita.

Obedezco y entonces con sus manos aparta el pelo de mi cara, lo posa detrás de mis hombros y mete su increíble polla en mi boca. Yo sigo con las manos entrelazadas a mi espalda y él tiene todo el poder sobre mí. Me mete su polla.

La lamo. La beso justo en el centro. La saca por completo, dejándome sedienta de más. Quiero sentirla en mi garganta. Le miro hambrienta.

—¿Qué es lo que quieres, Lía?

—Tu polla en mi boca —contesto entre gemidos.

Mi mente estaba pensando más bien responder a ti, a ti y solo a ti, desnudo a mi lado todos los días del resto de mi vida. La única neurona que habita conmigo

en la isla ha reaccionado justo tiempo, para cambiar la respuesta en el último segundo.

Se agarra la polla, ya que mis manos están fuera de juego y me la mete y me la saca de la boca. Siento todo su cuerpo tensarse. Es increíble. Jodidamente increíble. Su ritmo se acelera y yo dejo que me llegue hasta el fondo, cada vez

más.

—Joder, no puedo aguantar más, voy a correrme —me anuncia sacándola de mi boca.

No quiero que la saque, solo quiero que se muera de placer, estoy tan excitada

siguiendo sus órdenes que no puedo pensar con claridad, y ni tan siquiera me ha

tocado.

—Córrete en mi boca, por favor —consigo decir entre gemidos.

Su mirada me atraviesa y me mete la polla una vez más, muy profundo, coge ritmo de nuevo y a la tercera embestida se corre. Grita, grita fuerte y empiezo a sentir su líquido caliente mezclándose con mi saliva. No lo dudo ni un segundo y

me lo trago.

Él se aparta, coge mi cara entre sus manos y me levanta colocando su frente pegada a la mía.

—Joder, Lía, eres increíble. Estar contigo es una puta locura.

Sus ojos están tan brillantes que los míos no pueden apartarse de su mirada.

Está más guapo a cada segundo que pasa del día. Me besa con fuerza, con mucha

fuerza, estrechándome entre sus brazos.

Sacándome de mi ensoñación, pasamos a la terraza a desayunar. El cielo está bastante gris y empieza a soplar el viento con fuerza. Como nos avisó Juan, parece que se avecina una tormenta tropical.

Suena el teléfono de la habitación y Axel va a cogerlo, yo sigo tomando mi té.

—Era Juana, estamos en alerta por tormenta, creen que para la tarde ya haya pasado, se esperan vientos bastante fuertes, así que nos traerán agua y algo de comida para que no salgamos hasta nuevo aviso.

—¿Pero tan fuerte va a ser? —pregunto algo asustada.

—Tranquila, será por precaución —trata de sonar sereno.

A los diez minutos viene un empleado del hotel, se lleva lo del desayuno y nos

deja el kit de supervivencia: agua, unos sándwiches, fruta y unas galletas.

También deja unas velas, por si acaso falla la electricidad, y un mechero.

Además nos ayuda a cerrar la terraza con las contraventanas y la travesera, que

quedaba oculta.

—Les recomiendo que no abran la puerta ni las ventanas hasta que les

avisemos de que la tormenta ha pasado. Aunque oigan soplar el viento fuerte, estén tranquilos. —Mi cara debe de reflejar el miedo que siento, porque cuando

despide al empleado, Axel se me acerca y me abraza.

—Tranquila, princesa. No hay mal que por bien no venga —se sonrío burlón

—. Voy a tenerte en mi cama todo el día y con un poco de suerte no llegará el señor Duarte y también te tendré toda la noche porque no habrá cena. —Y me hace un mohín.

Me descalzo y me acomodo en la cama, en mi bolso tengo mi *ebook* y mi móvil; aunque si no hay cobertura normalmente, hoy me imagino que sea casi imposible.

Axel está dando vueltas a una cámara gigante, una Olympus que tenía en una bolsa en el armario, es la primera vez que la veo. Me cuenta que no funciona, que del viaje de Argentina a aquí no ha sido capaz de encenderla, no sabe si será que las baterías con tanta humedad se han estropeado o el mismo botón de encendido que ya no hace contacto. La fotografía es otra de sus pasiones, junto a la arquitectura, me dice. Sobre todo fotografía edificios, cómo no, y también hace fotos eróticas. Pongo los ojos en blanco.

—¿Pero fotos eróticas de qué tipo? —pregunto bastante sorprendida—. ¿Con modelos profesionales o con tus ligues?

—Con ambas —me contesta con media sonrisa.

“Joder, Lía, el rey del sexo no deja de sorprenderte, ¿verdad?”.

—¿Y luego qué haces?, se las enseñas a tus chicas para que vean lo bien que te quedaron las fotos de tus anteriores conquistas. Es muy fetichista, ¿no?

Axel ríe a carcajadas.

—Por supuesto que no, conservo yo todo el material y cuando veo que es lo suficientemente bueno lo expongo.

Sin salir de mi asombro, sigo con un millón de preguntas.

—¿Y ellas te dan su consentimiento para que muestres sus fotos?

—Si son modelos, por supuesto, y si no pues depende, la mayoría de las fotos son anónimas; es decir, no se les ven las caras y yo soy el autor, así que los derechos de publicación son míos. Ellas dan su consentimiento cuando me dejan

hacerles fotos, ¿no crees? —contesta sonriendo. Intento disimular mi cara de alucinada, pero creo que no lo consigo.

—Si mi cámara funcionase, tú ya habrías hecho tu primera sesión, princesa —

me dice arrogante.

—Ni en tus mejores sueños, capullo —le espeto.

—Mi móvil tiene cámara, que sí funciona, así que no lo descartes todavía.

Pongo los ojos en blanco.

Hablando de móvil, cojo el mío y lo enciendo, aprovechando que él sigue liado con su cámara y está sentado al otro lado de la habitación. En mi salvapantallas tengo una foto de Navidad con mis niños y no me apetece que la

vea. La verdad es que hemos estado tan bien disfrutando de esta isla, y de lo que sea que se ha creado entre nosotros, que hemos dejado la tecnología apartada durante estos días. Ha tenido que venir una tormenta para que volvamos a las viejas costumbres diarias.

Suena mi señal de *whatsapp*, serán de ayer de Julia, pienso. Pero no, es de un teléfono desconocido que no está en mis contactos. Lo abro y leo:

“Hola, mamá, estamos bien, diviértete”.

“Por cierto, soy Gael y este es mi nuevo móvil”.

Se me escapa un “joder” en alto.

—¿Qué te pasa? ¿Malas noticias? —me pregunta Axel levantando su mirada de la cámara.

—No, nada grave —digo con voz y gesto serio.

—Vale, ya sé, nada de temas personales. Acepto la regla; pero si quieres contarme algo, aquí estoy, ¿vale? —deja la cámara y se acerca hasta la cama.

Mi mente ahora está a muchos kilómetros de distancia de aquí y estoy de muy

mala leche. Carlo y yo quedamos en que Gael no tendría móvil hasta que no empezase la ESO en septiembre, era una cosa que estaba hablada y muy hablada,

a pesar de que el niño no paraba de pedírnoslo, así que no logro entender por qué le ha tenido que comprar uno. Una cosa es que estemos separados, pero los temas de los niños tendríamos que tratarlos como hemos hecho cuando

estábamos juntos; es decir, como una familia, sin contradecirnos entre nosotros.

Me quita el móvil de la mano y lo deja en la mesita, parece que ha intuido que

mi mente no está aquí y quiere que vuelva al aquí y ahora. El viento suena con

más fuerza y silba al colarse por las tablas de madera de la cabaña.

—Princesa, vamos a disfrutar de este día de tormenta metidos en la cama, desnudos —remarca cada sílaba de la última palabra.

Aunque mi mente esté viajando lentamente de vuelta a este momento, al oír la

palabra *desnudos* acelera y llega aquí de nuevo. “Joder, Lía, con el sexo estás consiguiendo evadirte de todo, no sé qué vas a hacer el viernes cuando esto se acabe”.

Me desnuda lento y yo a él, me recreo en cada parte de su cuerpo y nos quedamos desnudos entre las sábanas blancas que huelen a limpio, tumbados de

lado, uno frente al otro. Esos ojos verdes, que ahora miran los míos marrones, me hacen volverme loca de deseo

—¿Cómo alguien como tú acaba en un sitio así, conmigo? —le pregunto, temerosa de su respuesta.

—El destino, dos capullos y la mano de Juana, ¿no te parece suficiente? — me

susurra mientras besa suave mis labios.

Follamos, follamos mucho, esta vez sin embestidas bruscas, fue delicado y aun así me hizo disfrutar como cuando me lo hace duro, unas veces yo tomaba el

control y otras él. Entre polvo y polvo, comíamos algo, bebíamos y volvíamos a

la cama, desnudos, abrazados, yo pegada a su pecho, como si el viento me fuera

a llevar y necesitara agarrarme a algo seguro.

“Cómo puedes ser tan idiota, Lía, a esta aventura apenas la quedan 48 horas”.

Pero ahora mismo se podría llevar la tormenta esta cabaña, que yo seguiría anclada a él bajo estas sábanas.

15- SE AVECINA MÁS TORMENTA

A las 20 horas estoy de vuelta en mi cabaña, la tormenta pasó y no fue tan fuerte como se esperaba, apenas ha habido destrozos; excepto algunas ramas caídas y alguna que otra tabla de madera desprendida, los eficientes empleados

del hotel ya están manos a la obra para que todo luzca perfecto.

Me estoy duchando para a las 21 horas ir a cenar, bajo el agua vuelvo a recordar cada minuto del día; hoy no me tapo la cara con las manos, parece ser

que ya estoy acostumbrándome a verme loca de deseo cada vez que estoy a su

lado.

Me pongo mi vestido rojo, estuve dudando si meterlo en la maleta, porque me

parecía muy puesto para un viaje como este. Tiene escote en la espalda, casi hasta donde empieza mi trasero, y por delante es más cerrado, es de seda y la falda plisada.

Lo acompaño con mis *peep top nude* y mi cartera de mano a juego, no me pongo sujetador porque se vería la tira por detrás, pero sí un tanga rojo de seda con encaje. Mi mente está pensando en el castigo que me espera por llevar ropa

interior, pero hoy con tanto extraño en la mesa no podría sentarme sin nada.

No me maquillo mucho porque ya tengo un bonito color de piel, solo un poco

de rímel y dudo si usar mi barra de labios roja o un poco de brillo. Al final, pruebo con el rojo y como me veo bien me lo dejo. El pelo está algo revuelto de

tanta humedad, así que me hago un pequeño recogido informal, dejando unos mechones sueltos delante. Me miro otra vez en el espejo y me gusta el resultado.

Poso la palma de mi mano en mis labios y me tiro un beso frente al espejo.

“Estás como una quinceañera, joder”, me recrimino.

Axel me espera en recepción, lleva un pantalón azul marino justo, que le marca su culo a la perfección, además lleva una camisa azul con las mangas remangadas luciendo sus poderosos antebrazos, casi huelo su colonia desde aquí.

Él está de espaldas, así que no me ve; pero Juan, que está de frente a mí, hablando con él, me mira y parece desconectar de la conversación. Pone los

ojos

como platos y le comenta algo a Axel que hace que se gire de inmediato.

Sin dejarme llegar hasta ellos, con paso firme y decidido se acerca hasta mí.

Me agarra de la cintura y me aprisiona contra su cuerpo. Sus ojos arden
contra

los míos. No cabe ni una mosca entre nosotros dos y mi cuerpo se tensa.

—No pensarás ir así a la cena, ¿verdad?

—¿Por qué, no te gusto? —le pregunto haciéndome la inocente.

—Claro que me gustas, a mí y a todo el puto universo —me dice contra mis
labios, conteniéndose para no mordérmelos.

Pongo los ojos en blanco e intento parecer razonable.

—Tranquilo; si te he gustado por delante, espera a verme por detrás.

“Un punto para Lía, por tomar las riendas y pavonearse delante del gallito”.

Me coge por las caderas, me gira con un solo movimiento. Contempla mi
espalda al descubierto, me abraza por detrás y noto cómo le hierve la sangre
por

las venas, coloca sus labios al filo de mi oreja y me susurra:

—Si no llevas bragas, ahora mismo te subo a hombros, te llevo a la cabaña y
te encierro allí hasta el viernes. —Suelto una sonrisilla nerviosa y vuelvo a
intentar tomar el control:

—Compruébalo tú mismo. —Baja sus manos por mi cadera y, como la tela
del

vestido es tan fina, sus dedos palpan la goma del tanga que descansa en mis costados. Noto como resopla aliviado.

Al entrar en la majestuosa casa nos recibe Antonia, el ama de llaves. El *hall* es impresionante, tiene unos techos altísimos con una lámpara gigante de cristal en

el medio de la entrada, las paredes tienen papel pintado de rayas crudas y granates haciendo juego con un recibidor enorme de caoba. Al fondo, se divisa

la majestuosa escalera que centra toda la estancia, la madera brilla tanto que te puedes ver reflejada en ella.

—Buenas noches, chicos —nos dice Héctor mientras se acerca a nuestro encuentro—. Pasen al salón, les voy a ir presentando.

Axel me guía con su mano apoyada donde termina mi espalda, desde que han abierto la puerta no la ha quitado de ahí.

Héctor nos presenta al señor Fonseca, que es el mayor, es decir el Alcalde de Isla Sofía, y a su esposa Carolina. Después al señor Tévez, que es el Comandante, y a su esposa Elena. Nos saludan cordialmente. Yo miro a mi alrededor, un sofá enorme a juego con el papel de rayas del *hall* preside la estancia, los muebles siguen siendo de caoba y lucen espectaculares, una mesa de centro enorme enfrente del sofá. Todo tiene un aire muy colonial, hay bastantes plantas de interior, con hojas verdes y anchas, todo en perfecta armonía.

Después de ver los camarotes del yate, pensé que la decoración iba a ser mucho más hortera, y para mi sorpresa no está nada recargada. Al fondo vemos a

Juana y a Álvaro, hablando cordialmente con un señor que está de espaldas a nosotros, imagino que sea Fabio Duarte.

—Disculpe, tío. Estos son los amigos españoles de Juan.

—Este es mi tío, Fabio Duarte

El señor Duarte se gira y yo le extiende la mano.

Es un hombre musculoso también, pero no tan exagerado como el sobrino.

Lleva el pelo bastante largo y con menos gomina también, moreno y con ojos negros. No sé qué edad tendrá, pero no llega a los 50, se puede decir que es un

madurito resultón.

Extiendo mi mano para encontrarme con la suya y él se me acerca y me da dos

besos, pasando su mano por detrás de mi hombro.

—Ella es Lía —dice Héctor con voz suave.

—Un placer, Lía. Encantado de conocerla.

—Igualmente —respondo.

Axel no ha tenido más remedio que soltarme la espalda cuando Fabio se ha acercado a darme los dos besos. No lo veo, pero puedo sentir como su respiración se ha hecho más profunda.

—Y él es Axel —continúa Héctor.

—Encantado —dijeron los dos al unísono mientras se daban la mano.

Nos ofrecieron un vino blanco y Fabio se retiró un momento a dar alguna orden al servicio, supongo.

Al segundo de que él saliera del salón, Axel me agarró por el brazo y me apartó un segundo de Juana y Álvaro, con los que estaba conversando.

—Como te vuelva a poner una mano encima, te agarro por las piernas y te saco de aquí, ¿lo has entendido, princesa?

Pongo los ojos en blanco, no me puedo creer que solo con una simple presentación ya esté siendo tan capullo.

Sin darme tiempo a llamarle gilipollas, nos hacen pasar al comedor. Fabio se sienta presidiendo la mesa y enseguida me aparta la silla para que me siente a su izquierda. Axel, que está a mi vera, se sienta en la siguiente silla a mi lado, después Juana y Álvaro y el resto de comensales. Héctor se sienta al lado derecho de su tío y deja libre el hueco siguiente.

—Falta mi primita, que siempre tiene que hacer una entrada estelar — comenta

socarrón.

En lo que nos acomodábamos apareció, disculpándose a gritos en el comedor, una cría de unos dieciocho años. Iba entera de rosa con un vestido muy corto, con escote palabra de honor, que dejaba a medio descubierto sus grandes tetas,

casi seguro que operadas a 6000. Era rubia de bote, pero bastante mona de cara,

con unos ojos azules casi transparentes.

—Lo siento, Papi, es que no sabía qué ponerme, discúlpeme.

Se sentó mientras hizo un saludo general y todos respondimos cordialmente.

Cuando se acomoda en la silla y alza la mirada, se topa con el irresistible Axel, su cara se vuelve un poema, yo me reía para adentro contemplando la escena.

—Ay, Papito, tenemos invitados nuevos y no me los has presentado, podías haberme avisado para no ser tan maleducada.

Su padre, como buen conocedor del fruto de su semilla, no le presta mucha atención. Entonces fue Héctor quien hizo los honores de nuevo presentándonos.

Ya están empezando a sacar los entrantes de la cena, pero ella necesita el roce

y se levanta. A mí me da dos besos casi sin rozarme las mejillas. Yo intento levantarme para saludarla mejor, pero ella directamente pasa a besar a Axel, se

agacha sin que él pueda levantarse y, cómo no, le planta las tetas a la altura de los ojos, para que contemple bien de cerca su inversión; bueno, más bien la inversión de su “papito”, porque dudo que ella tenga sus propios ingresos. Axel

se queda un poco paralizado por tanta efusividad, menos mal que ya está Fabio

para poner orden a las hormonas alteradas de su hija y con voz firme y ronca le

espeta:

—Haz el favor de sentarte, que están sirviendo la cena.

La cena, después del momento efusivo inicial, se fue sosegando, todo lo que

sacaban estaba buenísimo, incluido el vino, tuve que empezar a beber más despacio porque entraba muy bien, no quiero volver a emborracharme y acabar

desmayándome otra vez, y menos aquí. La conversación giró en torno a Isla Sofía, sus necesidades, los proyectos inmediatos; está claro que el señor Duarte

es un buen benefactor de la isla. Comentaron que George no había podido

venir

porque a las siete de la tarde ya estaba bastante perjudicado, que era una pena porque era un hombre brillante, sobre todo para los negocios, pero que el alcohol y la pena están acabando con él.

Axel se interesó por los proyectos de construcción que tenían en mente y ellos

nos hablaron de cómo les gustaría viajar a Europa, aunque fuese solo una vez.

Fabio me preguntó por mi profesión, le dije que era economista, me contó que hace tiempo que piensa en abrir negocios en España; pero que todavía no ha dado el paso, que sin duda le deje mis datos de contacto por si retoma la idea de abrir nuevos horizontes.

De vez en cuando Axel me agarraba la rodilla y hacía el ademán de subir su mano por mi muslo; pero yo se la apretaba con fuerza, casi pellizcándole, y desistía.

Rosalinda, como se llamaba la hija de Fabio, no había parado de babear mirando a Axel durante toda la cena. Cada vez que él comentaba algo, ella se quedaba embobada. Hasta Héctor le tuvo que llamar la atención un par de veces

para que dejara de fantasear.

Después del postre, pasamos de nuevo al salón. Fabio y yo estábamos hablando de la casa con Juana, las dos dijimos que era preciosa, que la decoración era muy acertada, que estaba decorada con mucho gusto.

Héctor y Alex se fueron a la bodega a por un *whisky* con más años que Rosalinda, que Fabio les mandó sacar para brindar por la velada. Y entonces él

me invitó a ver el resto de la casa, si me apetecía. Pensé que Juana iba a hacer

el *tour* conmigo; pero, idiota de mí, ella ya la conocía, así que se sentó con Álvaro en un rincón del sofá.

El resto de la planta baja lo formaba una cocina enorme, un cuarto de baño casi como mi habitación y la biblioteca justo detrás del salón comedor. Después

subimos las majestuosas escaleras para acceder a la primera planta, estaban tan

pulcras que me daba pena pisar esa madera con mis tacones. Fabio volvió a ponerme la mano en la espalda para dirigirme por su mansión, respiré de alivio

al saber que Axel no podía verme.

“Joder, Lía, estás loca, a estas alturas de tu vida y pensando en lo que te dice un crío que todavía va a la universidad, lamentable”.

En la planta de arriba estaban las habitaciones, todas tipo *suite*; con baño, escritorio, eran enormes, con unas camas de madera con dosel, con colchas de colores neutros, además de su correspondiente terraza orientada al mar. También

había un despacho de estilo colonial, con una mesa de escritorio preciosa y una

silla de cuero y madera. Y por último me subió a la planta superior, solo había

dos estancias agateradas. Una era un salón, con televisión, mueble bar, un billar, unos sofás crudos enormes muy mullidos y un ventanal gigante. Está claro que

esta era la zona más íntima de la casa. Y la otra parte era su habitación, ocupaba la mitad de la superficie de la casa. Al entrar me dio un poco de corte, pensé que me la iba a enseñar desde la puerta, pero me invitó a pasar. Estaba todo perfectamente ordenado y olía a su colonia. No sabría decir si me

gustaba ese olor o no; pero estaba claro que no te dejaba indiferente, era olor a hombre, no sé cómo explicarlo, a masculino. Tenía una cama *king size* sin dosel, con una colcha blanca perfectamente estirada y muchos cojines grises y blancos. Dos mesitas a los lados y un par de sillones orejeros tapizados en blanco y gris a conjunto.

Había zona de gimnasio con una máquina de pesas y una cinta de correr en acero gris de última generación. Detrás de una pequeña puerta, había un baño enorme, con sauna, *jacuzzi* y una ducha donde por lo menos entraban cuatro personas, con una encimera de mármol blanco con dos lavabos. Todas las toallas

estaban perfectamente coordinadas en blanco y gris con una “F” bordada.

Parecía sacado de una revista de decoración. Toda la pared estaba acristalada y

se veía toda la plantación, que ocupaba la parte trasera de la casa, creo que era de café. Era impresionante.

—Es preciosa —dije mientras salía de allí.

—Bueno, para serte sincero la decoración corrió a cargo de mi ex, que es decoradora. La muy perra gastó todo mi dinero en dejar así la casa y me abandonó a la semana de terminar su obra.

Lo dijo con ese acento tan mexicano que no pude evitar reírme.

Joder, que coincidencia, decoradora también.

—¿Qué le hace gracia, que se haya gastado mi dinero o que me haya dejado solo con su obra? —me preguntó con media sonrisa.

—No, disculpa. Es que mi ex también es decorador, pero yo no vivo en su obra, solo trabajo en ella —le comenté burlona.

—Ándale, será una coincidencia del destino entonces —me respondió—. ¿Y

también tiene hijos?

—Sí, dos.

—Yo solo una, pero la mía vale por dos —me dijo socarrón.

Al entrar de nuevo al salón, Axel y Héctor ya estaban sirviendo los *whiskys*.

Su mirada, al verme entrar con Fabio otra vez con su mano posada en mi espalda, me fulminó. Traté de disimular y hacer como que no pasaba nada, me

puse a hablar con Juana enseguida del *tour* que me había hecho el anfitrión.

Fabio cogió una caja de puros y ofreció a los varones, dio por hecho que ninguna mujer iba a querer fumar uno. Todos cogieron uno menos Axel, que tenía cara de pocos amigos, solo bebía.

Salimos a la terraza desde el comedor para que los hombres pudieran fumar a

gusto. La noche era cálida, al salir se sentía la humedad en la piel y en el cielo, aunque pueda sonar a súper cursilada, había un millón de estrellas. Yo cogí también una copa de *whisky*, necesitaba beber algo, la verdad es que era bueno, muy bueno, porque hasta el primer trago que siempre suele raspar la garganta me

pasó suave como la seda.

Desde la terraza se podían ver las luces tenues de Isla Sofía, el conjunto del mar y las luces era perfecto. Rosalinda estaba pegada a Axel, le debía de estar contando un millón de cosas, porque se la veía muy entregada, pero él solo bebía

y me miraba a mí. Sus ojos se clavaron en los míos y una punzada me recorrió el

estómago. Fabio se me acercó de nuevo mientras contemplaba hipnotizada las vistas.

—Una vista espectacular —dijo bajito acercándose un poco más.

—Ya lo creo —dije saliendo de mis pensamientos.

—Me refería a usted, Lía.

Me quedé sin saber qué decir, me sonó todo un poco petulante, puse una medio sonrisa que no me llegó a los ojos y me disculpé para ir al servicio.

“Joder, Lía, menudo galán de telenovela, será mejor que mantengas las distancias o vas a tener que sacar tu lado más borde, ese que dicen que tenemos las del Norte”.

Al pasar entre el resto de invitados para dirigirme al baño, veo como de reojo que Axel me sigue con la mirada. Cuando entro al baño y voy a cerrar la puerta,

un pie se interpone entre la puerta y el marco y empuja con fuerza para abrirla.

—¡Joder, Axel, qué susto!

—¿Qué, tenías miedo de que fuera otro el que entraba?, ¿o quizás ganas? — pregunta mientras entro en el baño y cierra con el pestillo.

—No, ¿por qué lo dices?

—He vuelto de la bodega y no estabas, después apareces con ese sobón tocándote otra vez. ¿Dónde coño estabas?

—Me estaba enseñando la casa, nada más.

Me agarra la cara con sus manos y me besa con fuerza, se ha comido todo mi

carmín sin importarle lo más mínimo, ahora pareceré Drácula.

—Te dije que si te volvía a tocar te sacaría de aquí, pero he decidido que es mucho mejor si te castigo aquí y ahora —me espeta entre dientes pegado a mi boca.

—No Axel, joder, pueden oírnos, por favor —trato de convencerlo.

Sin darme un segundo para pensar, me gira de golpe y me pone frente al espejo del tocador.

—Agárrate al mármol porque no voy a ser suave.

Mi cuerpo empieza a encenderse, sus palabras en mi oreja activan todas mis terminaciones nerviosas. Es guapo, jodidamente guapo, un chulo y un

prepotente, pero me pone tanto. Me gusta que lleve el control. Me encanta sentir

que solo piensa en follarme. Sube mi vestido y tira de mi tanga hasta dejármelo

por los tobillos.

—No te muevas o te van a oír gritar, aunque así igual viene el machito mexicano a salvarte. ¿Eso es lo que quieres, princesa?

—No —gemí.

—¿Pues dime qué es lo que quieres?

Otra vez mi neurona casi me traiciona y me sale un “a ti, solo y jodidamente a

ti”.

—Que me folles, aquí y ahora —menos mal que reaccioné a tiempo.

“Bien por ti, Lía, has reconducido la situación”.

Sin prepararme para nada más, aunque de sobra sabe él que desde que le devolví su cartera en la orilla estoy preparada para él en cuanto me roza, me embiste con fuerza. Duro, muy duro. Apenas puedo contener el grito al sentir toda su polla llegando hasta lo más profundo de mí. Me agarro a la encimera con

fuerza y me muerdo el labio, tratando de no gritar. Cada embestida es más fuerte

que la anterior, más dura. Levanto la cabeza y en el espejo veo su cara besando

mi nuca. Quiero soltarme y agarrar su cabeza, para que se hunda más en mí, pero las embestidas de su polla dentro de mí son tan bruscas que no soy capaz de soltar mis manos del lavabo.

—Estás preciosa cuando te vas a correr, princesa.

—Tú tampoco estás mal —replico entre gemidos.

El placer recorre cada centímetro de mi piel. Su mano derecha se posa en mi clítoris y a la vez que me da una estocada profunda me acaricia hasta hacerme retorcer de placer. Lame con deseo mi espalda desnuda.

Joder, Axel, cómo me gustas.

—¡Joder!, maldito vestido, quiero follarte desde que te he visto con él puesto en el hotel —gruñe.

Un par de embestidas más y llega la explosión de lujuria y placer, un chillido entrecortado sale de mis labios mientras él se deja ir y apoya su frente en mi espalda. Un orgasmo contenido nos recorre de arriba abajo. Sale de mí, me sube

el tanga de nuevo, se quita el condón que tira a la papelera que había debajo de

los lavabos y sale del baño.

—No tardes, no vayas a impacientar al anfitrión.

—¡Capullo! —es todo lo que me da tiempo a decir mientras sale por la puerta.

Me miro al espejo, tengo una cara de lo más relajada, pero a la vez todo el carmín corrido y unos coloretos reflejo de lo caliente que me circula la sangre por las venas.

“Joder, Lía, estás viviendo de nuevo tu primera juventud, ya te da igual dónde

y cómo, solo piensas en follar”.

Me pinto los labios otra vez y con una toallita me mojo los pómulos, a ver si consigo quitarme esta sofocación. Cuando veo el condón dentro de la papelera,

al descubierto, cojo un poco de papel higiénico y lo envuelvo, para que no se vea, qué coño van a pensar si lo encuentran así.

Me coloqué el vestido, respiré hondo y saqué fuerzas de no sé dónde para volver a entrar en el salón.

Todos seguían en la terraza charlando y bebiendo. Héctor y Axel estaban hablando distendidamente con Fabio, que al verme regresar se interesó por mí.

—¿Todo bien, Lía?

—Sí, perfecto —musité.

—Creo que será mejor que nos vayamos —añadió Axel—. Tienes cara de

cansada.

Será hijo de puta, tengo cara de bien follada y, bueno, puede que también las piernas me empiecen a pesar un poco.

—Algo cansada estoy. Será mejor que nos vayamos —respondí.

Nos despedimos de todos y el anfitrión nos acompaña hasta la puerta, da la mano a Axel y dos besos a mí.

—Un placer, Lía, encantado de haberla conocido. Que no se le olvide dejar sus datos a Juana, por si me animo a abrir mercado en España, o por si nos apetece charlar un rato sobre la decoración de nuestros ex —dijo burlón mientras

me guiñó un ojo.

Me despido y giro sobre mis talones, trato de hacer como que no he oído la última frase; pero, por la mirada de envenenamiento que me echa Axel, está claro que él sí.

Cogemos la senda hacia el resort después de salir de la casa; pero Axel no me dice ni una palabra, ni me toca, ni tan siquiera me roza. Yo, cansada de mis tacones, me los quito y camino descalza. Es una situación muy rara, nunca le había visto comportarse así, prefiero mil veces al Axel arrogante y prepotente que al Axel mudo.

Seguí haciéndome la inocente y, antes de pasar por el arco de entrada del resort, no soy capaz de continuar con este silencio, me está matando.

—¿Qué te pasa? Estás muy callado, ¿no?

—Lía, no te hagas la tonta conmigo, los dos sabemos por qué me he quedado sin palabras, así que por favor no me hagas parecer idiota.

Sus palabras me hieren un poquito, no pensé que se pondría así.

—A ver, no creo que tenga tanta importancia —me excuso.

—¿Eso crees? O sea que tu estúpida regla de nada de temas personales, nada de mantener el contacto, lo de la isla se queda en la isla y no sé cuántas gilipolleces más, es solo para mí. ¿No? Claro, y luego soy yo el puto crío — me

grita—. Luego llega un payaso machito y el primer día que lo conoces le das tus

datos y hablas de tu ex y de vete a saber qué más intimidades —grita más fuerte

y acelera el paso.

—¡Axel, Joder! Lo siento, no ha sido intencionadamente, los datos son por temas de negocios y lo otro surgió en una conversación banal, no he pensado que

tuviera tanta importancia.

—Lo que me jode es que con él, sin conocerlo, puedes hablar de cualquier cosa y conmigo, después de casi una semana, no. ¿Por qué? Dime, ¿por qué? Y

no me digas que es por tu puta norma.

—Porque tú y yo follamos, solo sexo, recuerdas, el mejor sexo del mundo y punto, no hay nada más.

Y siento magia cada vez que me tocas y no quiero verter las mierdas y miserias de mi vida dentro de esta isla. ¿Tan difícil es entenderlo? Tú tampoco

me hablas de por qué a veces te pierdes a miles de kilómetros de aquí, no lo

necesito saber, aunque me encantaría poder ayudarte. Ya está, la regla será absurda, pero nos hace disfrutar cada puto segundo el uno del otro, aquí y ahora,

y eso es lo único que me importa. El viernes se acabará todo y siempre recordaremos esta semana de felicidad, al menos, yo.

Toda esta letanía se quedó en mi mente; quise decírselo, pero creo que era lo mejor guardarme toda esta tormenta de sentimientos para mí.

Solté todo el aire de mis pulmones después de emitir la última palabra y respiré profundo.

—Perfecto, que duermas bien sola —me espetó mientras se alejaba hasta su cabaña.

Cuando me tumbé en la cama después de quitarme el vestido y limpiarme la cara, estaba enfadada, estuve a punto de ir a su habitación, llamar a la puerta y pedirle disculpas por mis palabras, pero ¿de verdad quería comportarme como una niña?

Tenía que volver a empezar a ser adulta. “El juego ha estado bien, el agujero se ha abierto otra vez, por la puerta grande; pero ya está, en dos días volverás a tu casa, con tu trabajo, tus niños, tu rutina y tu soledad”.

Hacía mucho calor y ni tan siquiera me tapé con la sábana. Fue una noche horrible, sentía una extraña sensación contradictoria, mi mente me decía que lo

que dije fue lo mejor, pero mi cuerpo se moría de ganas de estar pegado al suyo,

sudar juntos, revolcarnos entre las sábanas y sentir mil orgasmos como los que

había sentido hasta este día.

16- DE NUEVO SOLA

Me levanté con la boca seca y con un terrible dolor de cabeza, no había descansado a gusto. Solo hice dar vueltas y vueltas. Miré el móvil y eran las 7.15

de la mañana, bebí agua y me tomé un *ibuprofeno* antes de salir a la terraza como todos los días para desperezarme.

Cuando me estaba estirando al lado de la barandilla, me asomé y vislumbré como Axel se estaba subiendo en una lancha motora con Juan, llevaba su traje de

neopreno hasta la cintura, como el primer día que le vi. Estaba impresionante.

Hoy era el día de descanso de Juan, así que supuse que se iban a bucear.

Me sentí fatal, fatal por haber acabado la noche así, ni tan siquiera fue una discusión al uso. Yo más bien lo veo como una salida de tono, pronuncié esas palabras dañinas para construir un muro entre nosotros, por si nos quedaba alguna duda de que lo que estaba pasando en esta isla podía tener la más mínima

posibilidad de sobrevivir fuera de aquí. No soy idiota, esto está a punto de terminar y que él se enfadara tanto porque yo había hablado con Fabio ciertas cosas, que ni él sabía, me creó una falsa expectativa. Por eso dije todo aquello, soy mayorcita, esto no tiene ningún sentido. Es sexo; sí, del bueno, del mejor, pero solo eso.

Me ducho, me pongo un vestido blanco de tirantes, mi bikini negro y blanco y

decido que no voy a pensar un minuto más en él, ese es mi objetivo del día, además de disfrutar de la playa y el mar y descansar todo lo que pueda. Voy a desayunar al bufet, así que, aunque no quiero, ya empiezo a echarle de menos, todos estos días hemos desayunado juntos, sin tener que dar los buenos días a nadie.

“No, Lía, así mal empezamos”.

Después de desayunar paso por recepción a ver a Juana, está muy ocupada enseñando a su nueva ayudante.

—Buenos días —saludo. Ambas levantan la cabeza.

—Buenos días, Lía.

—Hola Rosalinda, no sabía que eras tú —digo sorprendida.

—Ya ves, mi Papito quiere que aprenda el negocio desde lo más bajo —me dice poniendo morritos.

Juana me mira suspirando profundamente y a continuación pone los ojos en blanco. Parece que tener que enseñarle cómo funciona todo es una tarea más bien desesperante.

—Lía, qué bien que te hayas pasado, te iba a llamar yo ahora. A las 12.00 en el *spa* tienes cita para un masaje con piedras calientes.

—¿Yo?, pero no he reservado nada —le digo sorprendida.

—Es un obsequio del señor Duarte —me dice en tono más bajo.

Aun así Rosalinda, que estaba con la oreja puesta, la oyó.

—Ay, mi Papito, es todo un Don Juan —comenta burlona.

Estuve a punto de rechazarlo, porque no me convencía la idea de dejar que el señor Duarte me hiciese regalos, así porque sí. Pero entonces mi neurona, que todavía no se debía de haber despertado del todo, pensó: “Axel no está, no quieres pensar en él, qué daño te va a hacer aceptar ese masaje”.

Las manos de Evelyn, la masajista, hicieron que me relajaré completamente,

sentí paz y tranquilidad entre olor a vainilla y chocolate, durante más de una hora desconecté de todo y me dejé llevar, salí realmente en paz, equilibré mi mente y mi cuerpo.

Tomo un poco el sol en la orilla y me doy un baño. Cuando se acerca la hora de comer, no me apetece ir hasta el restaurante, así que con mi sombrero puesto,

porque ya aprieta bastante el calor, me voy por la orilla hasta el Rincón de Tony, seguro que está más animado, podré comer una ensalada con una Coronita y seguir desconectada.

Suena “How Deep is Your Love” de Calvin Harris cuando estoy llegando, esta

canción me gusta un montón, me recuerda a Axel el primer día que apostamos

en la discoteca. “Venga, Lía, que ya casi había pasado una hora sin acordarte en

él”.

Hay bastante gente comiendo, veo algún barquito fondeado en la orilla, por lo que pienso que habrán venido desde Acapulco, porque no están solo los huéspedes del resort. Me siento en la barra y Tony enseguida me reconoce.

—Buenos días, señorita. ¡Qué sola viene hoy! —exclama.

—Sí, ya ves, hoy toca así —respondo vagamente.

Me ofrece su ensalada especial, con piña y pollo. Yo encantada acepto la recomendación, con el calor tampoco tengo tanta hambre.

—¿Le busco una mesa? —me pregunta amable.

—No, prefiero en la barra, tranquilo.

La gente está bebiendo cerveza y margaritas, bailando al ritmo de la música y yo echo un vistazo a los grupillos que hay formados. Veo a los guiris de la City, cómo no. Algún que otro mexicano. Me doy cuenta de que la media de edad ha

bajado con respecto a los huéspedes que encuentras en los restaurantes del resort.

Cuando empiezo con mi ensalada, que por cierto está buenísima, empieza a sonar “Duele el Corazón” de Enrique Iglesias. Un grupito de chicas muy morenas y con bikinis blancos minúsculos empiezan a bailar cerca de la orilla, lo están dando todo, riéndose y contoneándose. Mientras mueven caderas a ritmo del seudoreguetón, la mayoría de la clientela masculina les va haciendo corrillo.

Aplauden y ellas se vienen arriba. El resto de mujeres que estamos en el bar nos

miramos un poco sorprendidas por tanta expectación; pero, ya se sabe, el sexo débil es lo que tiene, que es débil. Un par de tetas y un culo, la ecuación perfecta para que queden retratados.

Al despejarse un poco la gente de la barra y alrededores, puedo ver a lo lejos a

Axel, sentado en una mesa con Juan, bebiendo cerveza.

Joder, está guapísimo, tiene el pelo aún mojado, lleva un bañador algo más corto que con los que le he visto en días anteriores, azul marino y blanco de rayas y una camiseta blanca con sus gafas Oakley transparentes de cristal azul.

Joder, Lía, si tu objetivo era no pensar en él, con esta imagen lo vas a tener francamente difícil.

Me sorprende que sean de los pocos que no se han quedado babeando con las bailarinas, están conversando tranquilamente. Me pongo algo nerviosa, porque después de nuestra breve, pero intensa conversación de anoche, no hemos hablado y él se ha marchado tan pronto por la mañana que lo más seguro es que

no quiera volver a verme. Me concentro en mi ensalada, tratando de pasar desapercibida, con tan mala suerte de que Tony también los ha visto y los llama.

—¡Juanito! —grita—, ¿qué hacéis ahí? Cómo dejáis comer sola a esta señorita.

Tierra, trágame; o más bien arena entiérrame. Joder, Tony, qué discreción. Le miro con media sonrisilla que por supuesto no me llega a los ojos. Juan y Axel

miran hacia la barra y ahí estoy yo, levanto mi Coronita y hago una especie de

saludo brindis, algo más bien patético.

Oh, sorpresa, si no querías verme más, aquí estoy, más sola que la una. Juan

levanta su mano para saludarme y Axel se levanta de la silla y se acerca hasta la barra. Cuando llega a mi lado, me agarra la cara entre sus manos y me la levanta

para que mi mirada se cruce con la suya, sin decirme hola siquiera.

—Joder, Lía, menuda noche de mierda he pasado. Estoy jodido porque me vuelves loco, ¿sabes?

Entonces me besa, suave y profundo a la vez. Yo pongo los ojos en blanco mentalmente, a mí también me vuelve loca estar con él, infinitamente; pero

para

mí desgracia esto ya tiene fecha de caducidad, y por cierto será en menos de
36

horas.

—Siento haberte dicho las cosas así, pero entiéndeme...

No me dejó acabar la frase.

—Shhh... Ya está, no quiero más palabras, solo sé que he perdido más de
doce horas de nuestro tiempo juntos y solo quiero disfrutarte hasta que nos
vayamos

de aquí. —Apoya su frente en mi frente y sin soltarme la cara con sus manos
me

vuelve a besar.

Deja a Juan en la mesa. Ha llegado Vanesa, la bailarina del hotel y mujer de

George, ahora está sentado con ella, parece que tienen una discusión
acalorada,

no quiero preguntar más.

En cuestión de minutos entramos por la puerta de mi cabaña, enredados,
besándonos, como hemos venido casi por toda la orilla. Axel me coge en
brazos

y me tira sobre la cama, en décimas de segundo nos deshacemos de la poca
ropa

que llevamos y se coloca encima de mí. Empieza besándome, con fuerza,
como

si no hubiera un mañana; sin quitar su boca de la mía, saca un condón de la
mesita. Sus besos van descendiendo por mi mandíbula, mi cuello, mis

pechos.

Estoy muy excitada.

—Joder, Lía, no sabes cuánto te he echado de menos —gime en mi oído.

Chupa mis pezones y los succiona con fuerza, yo me arqueo de puro placer.

Posa su mano sobre mi sexo, a la vez que sigue comiéndome los pechos, está tan

entregado en darme placer que siento una punzada en el estómago con su entrega.

¿Qué voy a hacer cuando esto se termine?, no creo que vuelva a sentir este placer en mi vida. “No, Lía, aparta esos pensamientos, disfruta de Axel, aquí y

ahora”.

Después de meter dos dedos en mi interior y comprobar que estoy más que preparada para recibirlo, se pone un condón y me penetra.

—¡Axel, joder! —mascullo entre gemidos.

—Me encanta oír mi nombre salir de tu boca, nadie lo había pronunciado así, nunca.

Cierro los ojos con fuerza. “Lía, se nota que estabas falta de orgasmos, contrólate un poco o parecerá que es la primera vez que alguien te folla bien”.

Entra y sale de mí, sin piedad, clavándome los huesos de sus caderas, con unas embestidas brutales, que me pegan al colchón, cada vez con más fuerza. No

puede bajar el ritmo desenfrenado y en un par de embestidas más nos corremos,

juntos. A mí un orgasmo me recorre desde la punta de mis dedos del pie hasta el

último pelo de mi cabeza, él solo gruñe.

—Joder, Joder, Joder.

Así que espero que su orgasmo se haya parecido algo al mío. Sale de mí y se tumba a mi lado, pasa su brazo por debajo de mi cuerpo y me abraza con fuerza.

Es un gesto más bien tierno, como intentando decir algo más, así acoplada a su

pecho vamos recuperando el aliento, poco a poco.

En cuanto nuestras respiraciones se moderan, nos vamos a la ducha, allí me vuelvo a arrodillar y repito la versión de la mamada de días anteriores, esta vez se corre entre mis pechos. Sus ojos brillan y se muerde el labio inferior de tal manera que jamás podré borrar esa imagen de mi cabeza, empapado, cayéndole

las gotas de agua por su torso desnudo y con una sonrisa de lo más placentera.

La ducha es bastante larga, no somos capaces de despegarnos, vuelve a hacer que me corra con sus dedos dentro y se lamenta por no poder metérmela sin condón mientras nos restregamos.

Con las toallas anudadas salimos a la terraza, necesitamos respirar aire, dentro

solo se respiraba sexo.

—Juan nos ha invitado a Isla Sofía, celebran una especie de fiesta de la primavera, hacen barbacoas en la orilla de la playa y encienden hogueras. Más o

menos es como San Juan versión caribeña y en abril, ¡claro!

—Me parece buena idea, será una buena forma de pasar nuestra última noche aquí —y al terminar de decir la frase, mi voz se quiebra un poco.

—Lo sé. ¿Qué pasa, Lía?, ¿me vas a echar de menos? No te preocupes porque

te voy a follar hasta que nos metamos en ese avión, para que no me olvides, porque como solo es sexo, ¿recuerdas?, del mejor, tú me lo dejaste muy claro anoche.

“Toma, Lía, un poco de tu propia medicina, será capullo, contengo las ganas de llamarle arrogante de mierda, pero el gesto de la cara me cambia y Axel se da cuenta”.

—Tranquilo, yo lo tengo muy claro; a pesar de lo bien que follas, no me vas a nublar el juicio.

—Perfecto entonces. Voy a vestirme y a las ocho te espero en recepción, nos lleva tu íntimo amigo Fabio, así por el camino podéis hablar de vuestras cosas.

Sin que me diera tiempo a llamarle capullo, y cuando ya estaba saliendo la primera sílaba por mi boca, se marcha a su cabaña, con la toalla atada a la cintura.

Joder, es un puto dios griego, su espalda y su culo son de anuncio de calzoncillos.

Un punto para él, Lía. Te ha follado, se ha quedado a gusto y cuando pensabas

que ya estaba comiendo de tu mano otra vez, te ha dado una puñalada recordándote que solo es sexo. No es lo que quieres creer, pues ahí lo tienes, báilalo.

17- LA ÚLTIMA NOCHE

Me pongo un vestido verde botella largo, de estilo *hippie*, es un vestido de Ángel Schlessler que compré para una boda hace un montón de años; es de tirantes finos, corte debajo del pecho y gasa. Para darle un toque más informal,

le puse una puntilla verde en el dobladillo. El escote es bastante sugerente, así que me veo muy sexi. Me dejo el pelo suelto con la raya al medio y me doy un

poco de rímel. Me pongo mis cuñas de esparto y solo me falta la flor en el pelo

para tener un *look* muy años 60.

Al llegar a recepción, Axel se gira para mirarme. Me abraza contra su pecho y

me da un beso húmedo, lo suficientemente largo para que sienta un pinchazo entre mis muslos, los huéspedes que pasan por aquí nos miran poniéndonos ojitos.

—¡Vaya par de lolas!, otro vestido que me invita a follarte —me susurra cuando despega sus labios de los míos.

No era el comentario que pensaba oír, pero mis mejillas se sonrojan al instante.

En el yate que llevamos a “nuestra isla” nos están esperando Rosalinda, Fabio y Héctor; del modelo que lleva Rosalinda mejor no voy a comentar nada, solo deciros que lleva escrito en la frente “no dejo nada para la intuición, lo que hay es lo que se ve”. Nadie le ha comentado que la combinación blanco con

transparencias no es la ideal. Hasta Axel, que en ningún momento le he visto perder un segundo de su tiempo en mirarla, al saludarla ha tragado con dificultad, no sé si por el modelito exterior o por lo que se ve debajo.

Le miré a la cara y ambos pestañeamos, incrédulos ante semejante espectáculo.

Nos saludamos todos, me dieron dos besos los caballeros, a Axel la mano y, cómo no, Rosalinda se acercó a Axel para besuquearle y poder restregarse a gusto. El yate se puso en marcha con Héctor al timón, todavía era de día.

Fabio se sienta junto a su hija, al lado nuestro, nos va contando que su padre fue Gobernador de Isla Sofía y que vivió allí unos años, por eso tiene un especial cariño a la Isla, después se volvió a México a estudiar y empezó a llevar los negocios de su familia materna; por eso, en cuanto hizo fortuna, no dudó un segundo en comprar la isla privada y hacer el resort allí.

Al llegar al puerto, me ayuda a bajar gentilmente y cuando pasa Axel detrás de mí oigo como le dice muy bajito:

—Deberías salir con Rosalinda, es más acorde con tu edad, ¿no crees?

Axel tensa la mandíbula por el comentario y le dirige una mirada asesina.

—Dudo que Lía me quiera compartir; además, me gustan con experiencia.

Hago como que no he oído su comentario. Joder, pongo los ojos en blanco mentalmente, aunque no puedan verme. Joder con el mexicano, intentando

marcar territorio. Y Axel: “Experiencia”, ¿qué, soy su profesora de educación sexual? Si él me ha hecho en cuatro días cosas que ni yo misma recordaba saber

hacer.

Llegamos a Playa Oeste. Está iluminada por un montón de hogueras, enseguida nos llama Juana y nos acercamos a donde tienen montada su barbacoa.

—¡Hola, chicos! Me encanta que hayan venido —nos dice entusiasmada.

Héctor viene con nosotros y Rosalinda y Fabio se van un par de hogueras más

allá, donde está el Alcalde y su familia.

—¿Qué te ha dicho Fabio al desembarcar? —pregunto a Axel haciéndome la tonta.

—Que quiere follarte, aunque no con esas palabras.

Cierro los ojos y niego con la cabeza; esta vez sí me ha visto, le doy un puñetazo en el brazo.

—Bueno, será porque tengo experiencia —recalco la última palabra.

Axel se ríe y me estrecha entre sus fuertes brazos. Me besa metiéndome la lengua, es un beso húmedo, de esos que te recorren todos los rincones de la boca.

—Venga, dejen los arrumacos y coman algo —nos interrumpe Juana.

Hay de todo, costillas, tacos de carne, criollos. Antes de acomodarnos en la arena, vamos a buscar las bebidas al chiringuito, donde está Juan de camarero, muy pegado a Vanesa, la bailarina.

—¡Hola, chicos!, qué risueños los veo.

—¿Pero tú no librabas hoy? —pregunta Axel.

—Sí, pero esto está lleno. así que echo una mano a Vanesa para que los otros

camareros disfruten de la noche con sus familias.

Nos presenta a Vanesa y la damos dos besos. Parece muy tímida, o quizás recelosa la define mejor. Tiene la mirada oscura, parece que en el fondo de sus

ojos la luz está apagada. Nos sonrío tímidamente y comenta:

—No sé qué le han hecho a Juan, pero habla un montón de ustedes.

—Tutéanos, por favor; eso es porque hemos conectado, ¿verdad, *brother*? —
pide Axel.

—Exacto, lo que une el Mar Caribe que no lo separe nadie —dice Juan.

Y todos reímos al unísono. Puedo ver como agarra a Vanesa por la cintura de manera muy natural. Estos dos esconden una historia intensa, quizás luego se la sonsaque a Axel, que seguro que sabe más de lo que cuenta.

Nos sentamos en la arena al lado de Juana y Álvaro, hoy el cocinero es su padre, que no para de hacer comida.

—Vais a matarnos, no hemos comido tanto desde que llegamos —comento
agradeciendo al cocinero las atenciones.

Al cabo de un rato aparece Luna, la hermana pequeña de Juana, con dos amigas más, y obligan a Axel a levantarse, porque le quiere presentar a sus amigas. Juana le echa una reprimenda bastante gorda; pero yo le digo que la deje, que la va a avergonzar más. Axel se levanta y hace las delicias de las quinceañeras, les dice un par de piropos y ellas se marchan saltando y dando grititos.

—Ya os dije que estaba buenísimo, y que es amigo de mi hermano —
comentaba Luna mientras se alejaban.

Axel se va a buscar otro par de cervezas.

—Vaya con mi hermanita, le ha partido el corazón —comenta burlona Juana —, nunca la había visto así.

—Es normal, yo la entiendo —dije sin pensar, y me reí avergonzada.

—Lía, hacéis una pareja perfecta. ¿Vais a seguir viéndoos? —me pregunta Juana.

—No, esto tiene fecha de caducidad, mañana volveremos a nuestras vidas.

Pero fue bonito mientras duró —contesto conteniendo las palabras.

—Podrías intentarlo al menos, se ve que os gustáis un montón.

—Puede ser, pero cada uno tiene que seguir su camino. Y vamos a cambiar de

tema, que no quiero pensar nada más que en el aquí y ahora, no quiero ponerme

triste.

—¿Interrumpo? Toma la cerveza. —Y me extiende la mano para dármela—.

¿Qué es lo que te pone triste?

—Nada —susurro—. Dejar el paraíso.

Juana se levanta y va a abrazar a Álvaro, que estaba al lado de su padre.

Héctor hace rato que está en el bar, hablando animosamente con varias

muchachas, mientras Juan les prepara unos mojitos. Así que Axel me mira y me

tira de las manos para que me levante. Caminando, poco a poco nos alejamos

de

las hogueras y vamos hasta la orilla.

—Tengo un regalo para ti. —Y me da un paquete pequeñito, con un papel de regalo azul con olas de mar dibujadas.

—¿Un regalo? No tenías que comprarme nada.

Empiezo a abrirlo con las manos sudorosas, estoy nerviosa como una

quinceañera cuando su novio le hace el primer regalo. El paquetito contiene una

pulsera hecha con hilos azul turquesa y blanco, de esas que son típicas de las tiendas de souvenir, y lleva escrito: “Aquí y ahora”. Me quedo sin palabras, seré

moñas. Joder. Qué chorrada más grande, pero a la vez qué bonito. Me la ato a la

muñeca y saca otra de su bolsillo igual para él. Le ayudé a atársela y nos fundimos en un beso que me transporta a otro planeta. A un planeta donde ahora

mismo solo estamos él y yo. Siento un pinchazo que atraviesa mi epicentro.

Me coge en brazos y nos alejamos un poco más de la gente. Es bastante difícil

porque toda la isla está esta noche aquí, pero consigue llevarme a un sitio un poco más íntimo, donde hay un par de troncos caídos y un cocotero detrás.

Me baja de sus brazos y se sienta en la arena.

—Ven, ponte encima de mí.

—Axel, pasa un montón de gente, nos pueden ver —trato de disuadirlo.

—Súbete el vestido, con lo largo que es después te cubres, aunque a nadie le importará ver ese culito en movimiento. —Y me hace un mohín.

Se desata su pantalón y deja libre su erección, fuera del *bóxer* negro. Dios, que polla tan perfecta tiene, solo de verla me pongo a mil.

—¿Qué miras, princesa? Parece que hubieras visto un fantasma —se ríe burlón.

Me pongo de pie, subo mi vestido hasta la cintura y por supuesto no llevo ropa

interior, su mirada lasciva al contemplar mi sexo desnudo me enciende todavía

más, si eso es posible. Entonces me siento a horcajadas sobre su cuerpo. Coloco

el vestido a ambos lados de mis piernas para cubrir mi trasero. Saca un condón

de su bolsillo y yo misma se lo pongo mientras nos besamos, pausadamente.

—Quiero que me folles suave, princesa, para que recuerdes este polvo siempre. Después ya te follaré yo a ti, fuerte, para no olvidarme de ti nunca.

Hasta en ese momento tan íntimo quería llevar el control, coño engreído. Yo iba a recordarle follándome duro también, porque me volvía loca

independientemente del ritmo.

Me meto su polla poco a poco, hasta que me llega muy dentro. Joder, que sensación. Allí en la arena, como dos adolescentes de nuevo. Yo ya lo había hecho en la playa de noche, pero con dieciséis años, ahora con treinta y seis es

completamente diferente. Me imagino que él también tenga experiencia.

Empiezo a moverme suave. Arriba y abajo. Él me tiene agarrada por las caderas y acompaña mis movimientos suavemente, a la vez que pasa su lengua

caliente por mi cuello, lame despacio, recreándose en cada centímetro de mi piel.

Me pone la piel de gallina.

—Joder. Lía, este ritmo lento me mata —dice entre gemidos.

—A ver si te has vuelto un blando y te gusta más a ti que a mí —respondo orgullosa.

—No pares, por favor, no pares.

Sigo con cada embestida dulce y agónica, arriba y abajo. Lentamente,

disfrutando de cada milímetro de su pene dentro de mí. Echo la cabeza hacia atrás y él toca con sus dedos mi clítoris, está hinchado esperando la sacudida del orgasmo. Juguetea con él mientras yo sigo sacando y metiendo su polla dentro de mí. El ritmo sigue siendo lento, pero tan sensual que estoy a punto de correrme. Posa sus labios entre mis pechos y hunde su cabeza.

—Me voy a correr, joder —gruñe.

Intensifica el ritmo de sus dedos en mi sexo y arqueo la espalda muerta de placer. Con un par de embestidas más suaves a ritmo escandalosamente lento, para ser Axel, nos corremos. Es un orgasmo brutal, la sacudida de placer es también ralentizada en el tiempo, se contraen todos los músculos de mi cuerpo y

siento la descarga poco a poco, hasta que llega a mis últimas terminaciones nerviosas.

Axel solo puede gritar un *joder*, muy bajito entre gemidos, y me abraza contra su pecho con fuerza. Me besa y es un beso pausado también,

adentrándose poco

a poco en mí, como si no quisiese que ningún punto de mi boca quedara sin disfrutar de su lengua.

Se quita el condón y me levanto colocándome el vestido, me doy la vuelta y acomodo mi espalda a su pecho, él me abraza y así, contemplando el mar, donde

se reflejaban todas las hogueras, permanecemos un buen rato, callados. Es uno de los silencios más largos que habíamos tenido, pero para este momento no se

necesitaban las palabras.

Después de un buen rato, volvemos al chiringuito, donde todos están ya bebiendo y bailando, nadie nos ha echado en falta, así que nos metemos en todo

el barullo y pedimos un par de copas, todo el pueblo está de fiesta, así que disfrutamos de ese buen ambiente.

Ya bien entrada la madrugada, Fabio nos dijo que regresaba con Rosalinda, ya

que Héctor se iba a quedar a dormir en casa de Juan, así que, aunque Axel no puso muy buena cara, volvimos al resort los cuatro.

El trayecto se me hizo corto, el timón lo llevaba Fabio y Axel no me soltó ni un minuto, la pobre Rosalinda iba pegada a su papá con cara de pocos amigos,

seguro que le hubiera apetecido seguir de fiesta. Al desembarcar, nos

despedimos definitivamente, ya que en unas horas dejaríamos la isla. Fabio me

dio dos besos y Axel, que ya iba algo achispado, lo volvió a mirar con cara de pocos amigos.

El camino hacia mi habitación fue tortuoso, Axel no paraba de darme besos frenéticos, como si no hubiese un mañana. Realmente iba a ser así, mañana, bueno más bien hoy, se acabaría todo. Me llevaba en brazos y no dejaba de besar

mi cuello y el lóbulo de mi oreja, yo no paraba de reírme escandalosamente.

—Para o nos echarán ahora mismo —le dije entre risas.

—Princesa, hoy no pienso dejarte sola, me da igual que no duermas, pero no me voy a ir de tu cabaña. ¿Entendido?

El alcohol debió de hablar por mí y mis neuronas no hicieron acto de presencia, porque solo acerté a decir.

—No esperaba menos.

Al entrar y cerrar la puerta, se desató el Axel salvaje de nuevo.

—Ahora me toca a mí, no pienso tener piedad.

Y sin que pudiera decir nada, ya estaba dándome la vuelta y apoyándome contra la mismísima puerta. Sacó mi vestido por mi cabeza y me dejó

completamente desnuda de espaldas a él. Se quitó la ropa a la misma velocidad

del rayo y me apartó el pelo de la espalda. Me besó la nuca y creí que casi me

corría solo con ese gesto, me lamía toda la piel con su lengua caliente, me estaba volviendo loca. Bajó por toda mi columna vertebral y cuando llegó a mi trasero

me separó las piernas para tener mejor acceso.

Joder, no le podía ver la cara, pero sentía su respiración entrecortada y sus gemidos. Se puso de rodillas detrás de mí y comenzó a lamer mi sexo y la entrada de mi trasero desde atrás, a la vez que sus manos estaban ancladas en mi

cadera. Podía sentir las yemas de sus dedos haciendo presión. Esa postura era lo

más sensual que había visto hasta ahora. Jugeteó con sus dedos por todo mi sexo, por delante y por detrás.

—Dime ¿qué quieres, princesa?

—Que me folles duro.

“Joder, Lía, estás irreconocible, si total para lo que te queda déjate llevar al máximo, ¿no?”.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Se levantó, se puso un condón que sacó de su pantalón, que estaba tirado a nuestros pies, y sin más me embistió por detrás, primero por mi sexo, con embestidas muy fuertes y duras, la mezcla de dolor y placer me recorría de arriba abajo.

—Inclínate más —me ordenó.

Bajé las manos sin dejar de apoyarme en la puerta y me puse más accesible para él. Sin parar de embestirme, metió su dedo pulgar en mi boca y cuando estaba lo suficientemente húmedo lo pasó por la entrada de mi trasero. Sentí una

punzada de placer, él empujó más y más. Su dedo y su polla. Estaba llena. Una

embestida tras otra y cuando estaba a punto de correrme la sacó de mi sexo y sin

mucha contemplación me la metió por detrás. Pasó su mano por delante y me

metió dos dedos en mi sexo otra vez.

—Axel —grité.

—¿Así de duro lo querías, princesa? —me preguntó con un hilo de voz.

La sensación era bestial, el sexo anal con él era la mezcla perfecta de placer y dolor, sin llegar a pasar el límite. Sus sacudidas brutales hicieron que me temblaran las piernas; pero él con su fuerza me mantenía casi en el aire agarrada por mis caderas.

Dentro, fuera, dentro y fuera. No pude resistir mucho más. El gemía y gruñía, sin parar. Estábamos llegando al nivel máximo de placer y no lo íbamos a poder retrasar más tiempo.

—Me corro, princesa. Córrete conmigo —me ordenó.

Cuando me llegó el orgasmo fue colosal; por todas esas sensaciones nuevas, grité, grité muy fuerte. El sacó su polla de mi interior y se quitó el condón, corriéndose encima de mi trasero y esparciendo todas las gotas de su semen sobre mí. Después de esa sacudida sin precedentes, me llevó hasta la cama y nos

tumbamos recuperando el aliento.

—Lía, eres increíble, no puedo dejar de follarte, eres una puta droga y ahora no sé qué voy a hacer. —Le miré alucinada, no esperaba para nada una confesión

como aquella, las palabras que acababa de pronunciar me dejaron descolocada.

La verdad es que, aunque no le pongamos nombre a esta locura de semana

que

habíamos vivido, estaba claro que existía una conexión muy grande entre nosotros.

—Axel, ha sido mágico mientras duró, pero se te pasará en cuanto te folles a otras.

Me agarró la cara entre sus manos y me besó, cerrando mucho los ojos, como si fuese un sueño del que no quisiera despertar. Ninguno de los dos quiso decir

nada más; así que, como eran casi las 5 de la madrugada, me apoyé en su pecho

y me quedé dormida.

18- LA DESPEDIDA

Nos despertamos algo más tarde que otros días, el cansancio se conoce que nos ayudó a dormir más. Estábamos entrelazados, piernas, brazos. Joder, para ser

la primera vez que dormía con un hombre desde hacía meses, no lo había hecho

tan mal.

Me intenté levantar sin hacer mucho ruido para ir al baño; pero al tratar de salir de esa maraña de carne, Axel se revolvió y abrió un ojo.

—Buenos días, princesa. ¿Has dormido conmigo o acabas de meterte en la cama para disimular?

—¡Ja, ja, ja!, muy gracioso. Sí, he dormido contigo —contesté repipi.

—Pues que sepas que no te voy a perdonar todas las noches que me has privado de ello.

Estaba tan guapo desperezándose, me quedé como boba mirando cómo estiraba esos brazos fuertes que me hacían estremecer cuando me agarraba.

“Despierta, Lía, esto se acaba”.

Desayunamos en la terraza, otra vez comimos de todo y nos entretuvimos haciendo cochinas con la comida, joder, si no fuera porque apenas nos conocemos y hoy nos vamos a despedir, podría decirse que parecemos dos enamorados comenzando una relación. Me quitaba la fruta de la boca y la compartíamos. Untó mermelada en mis pezones, que luego se encargó de chupar.

Todo mi cuerpo ardió en deseo. Y así, entre bocado y bocado, acabamos follando

sobre la hamaca colgante de nuevo. Riéndonos y disfrutando del placer que sentíamos al estar juntos.

Sin darnos cuenta, estábamos haciendo las maletas y recogiendo todo, nos dio tiempo a bajar a la playa y disfrutar de un largo baño en las cristalinas aguas del Mar Caribe, siguiendo con nuestros besos y arrumacos. Se había tomado al pie

de la letra lo de no dejarme ni un minuto sola hasta que saliésemos de esta isla.

A las 16.30 estábamos en recepción. Juan y Juana estaban esperándonos, dejaron un poco de lado las reglas y el protocolo como empleados y nos abrazaron deseándonos lo mejor. Axel se llevaba todos los datos de Juan porque

sin duda le dijo que volvería, esta vez a Isla Sofía, para seguir pescando y buceando en esas aguas. Nadie puede negar que han conectado.

—Lía, no seas tonta y no le dejes marchar —me dijo Juana al oído cuando terminaba de abrazarme.

—Hay cosas que tienen que empezar y acabar, Juana. Muchas gracias por todo. Ya te llamaré algún día al hotel y me cuentas qué tal te va la vida. Un placer —le dije mientras la abrazaba de nuevo.

También nos despedimos de Pier y de Lucía, al final lo había convencido y se iba con ella el resto del mes a Colombia, se les veía muy entusiasmados con la idea.

Héctor nos despidió a pie de avión, su tío y su prima ya habían vuelto a México, así que él se ha quedado de nuevo a cargo del negocio.

Y ahí estábamos, sentados en el avión, una semana después de haber aterrizado en el paraíso del amor. Cuando ya habíamos despegado, y sin más contemplaciones, Axel me preguntó.

—¿De verdad que no quieres dar una oportunidad a lo que tenemos?

Me quedé sin saber qué contestar, pensé que ese tema ya estaba claro, era como si quisiera intentarlo una vez más, la última oportunidad antes de separarnos del todo. Respiré y creo que mis neuronas empezaron a regresar a mi cerebro.

—Axel, no creo que tenga mucho sentido —mi voz quizás sonó un poco triste, a pesar del esfuerzo que hice para que sonara serena.

¿Y si estaba loca? Después de cruzarme con Axel en esta isla, no creo que nadie me pueda hacer sentir como él lo hace cuando me toca, o cuando me contesta con esa arrogancia, o cuando me mira. Coño, Lía, no hay nada peor que

no ver la puta realidad ¿Y si en el fondo te gusta tanto que te estás enamorando

de un imposible?

Date por jodida si ya piensas que nadie más te va a poder dar algo así. Estás completamente perdida.

—Ya veo que lo tienes muy claro —dijo en tono cortante.

—No es que lo tenga claro, es que no hay otra posibilidad, y pensar en algo que no puede llevarse a cabo es perder el tiempo —sentencié.

—Está bien, pero sigo pensando que por lo menos podíamos llamarnos o vernos de vez en cuando, no creo que haya nada malo en eso —insistía.

Me callé como respuesta, no tenía sentido seguir hablando de algo en lo que no vamos a estar de acuerdo. ¿Para qué quería yo darle mi número?, ¿para que

me contara cuántas tías se follaba mientras yo le decía que había puesto cuatro

lavadoras y que estaba ayudando a hacer los deberes a mis hijos? Me limité a mirar por la ventanilla y dejar atrás esta semana mágica.

Nos quedamos adormilados y casi cuando nos quedaban dos horas para

atterrizarnos despertamos. Cogidos de la mano, como si no pudiéramos soportar

que ese vuelo se acabase. Miró el reloj y me besó, mucho, con besos cortos y dulces. La azafata le miró con ojitos. Sí, lo sé, está como un queso y me besa a

mí. ¿Algún problema?

—¿Lo has hecho alguna vez en un avión? —me preguntó con su mejor sonrisa.

—Pues no, la verdad —respondí con los ojos como platos.

—Pues yo tampoco, así que esta va a ser nuestra primera vez.

—Estás loco, ¿qué quieres, que nos aplaudan al salir?

—Solo quiero darte placer por última vez, princesa.

Me puse roja como un tomate con solo pensarlo, estaba loco, ¡follar aquí!

Parece que me leyó el pensamiento, porque me agarró de la muñeca y la levantó, mostrando mi pulsera y la suya, con nuestro lema: “Aquí y ahora”.

Aunque creí que mis neuronas estaban de regreso, está claro que todavía les debía afectar el *jet lag*. Sin saber cómo, llegamos al baño, yo entré primero y el entró detrás de mí. Aunque el avión era un poco más lujoso que el resto de los

aviones que hacen vuelos comerciales, el espacio es el que manda, así que, como

comprenderéis, no había mucha zona de maniobras. Agradecí llevar vestido y que la azafata estuviese sirviendo bebidas lejos de la puerta. No quise pensar, si alguien quisiera utilizar el baño y nos viera salir a los dos de allí me moriría de vergüenza. Menos mal que había otro, para no hacer una cola tremenda.

Sin poder continuar con mis pensamientos, ahí estaba yo. Con una pierna subida en el váter y dejando acceso a las embestidas de Axel.

—Así, Lía, déjame sentirte una vez más —gimió.

Estábamos tan pegados que su mano se pegó a mi sexo pegando al pequeño

lavabo también.

—¿Te has puesto un condón? —pregunté bajito. Joder, qué vergüenza me estaba entrando allí metida.

—Sí, tranquila. Lo tenía en el pantalón —me contestó.

—Así que ya pensabas follarme en el avión antes de salir de la isla, creído —le dije burlona—. ¿Qué, lo traías ya puesto?

—Muy graciosa, calla o nos oirán —replicó.

Sus primeras embestidas fueron abriéndome poco a poco, Su mano jugaba con

mi sexo y yo estaba muy excitada. Él besaba mi nuca y el lóbulo de mi oreja.

—Joder, Axel. Estás loco. No creo que pueda correrme aquí.

—Claro que podrás, princesa, solo piensa en disfrutar.

Cerré los ojos y me concentré en las sensaciones que recibía todo mi cuerpo.

Sus dedos acariciando mi clítoris, haciendo pequeños círculos. Su polla entrando

y saliendo de mí cada vez más profundo. Sus gemidos en mi oreja, donde no paraba de decir mi nombre. Poco a poco me deje llevar, era todo tan nuevo, ese

cubículo tan pequeño, nuestros cuerpos tan pegados, nuestras respiraciones acompasadas. Los gruñidos bajitos para que no nos descubrieran, la sensualidad

que desprendíamos.

—Me voy a correr —anuncié.

—Espérame y córrete conmigo, princesa. Aguanta un poco más.

Arqueé mi espalda más hacia su pecho y apoyé mi cabeza en su clavícula.
Sus

embestidas se hicieron más cortas y secas y nos llegó el orgasmo a los dos, fuerte y a la vez contenido. Una sensación deliciosa recorrió cada poro de mi piel y un placer infinito descargó entre mis muslos, mi centro de placer palpité

una vez más, con él siempre lo conseguía.

—Joder, qué bien ha estado nuestra primera vez, ¿no? —Axel preguntó con la

respiración aún entrecortada.

—No me creo que haya sido tu primera vez, se te ve con mucha experiencia

—dije entre dientes.

Entonces salió de mí, me colocó el vestido y me dio la vuelta. El abrazo me hizo sentir en casa y esa sensación hacía mucho tiempo que no la experimentaba.

Me besó fuerte y profundo. Con mucha lengua y mucha saliva, sin saciarnos.
Me

hubiera quedado en ese maldito baño toda mi vida, a pesar de esa postura, a pesar de la incomodidad, pero el ruido de unos nudillos llamando a la puerta nos

devolvió a la realidad.

—Tienen que sentarse y ponerse el cinturón, vamos a empezar a descender
—

nos informó la azafata. Que nos hablara en plural nos hizo descojonarnos,

estaba

claro que sabía que estábamos allí juntos y revueltos. Abrimos la puerta y salimos con la cara de color bermellón, agradecemos que la azafata no se hubiese

quedado en la puerta esperando nuestra épica salida. Con sonrisa de oreja a oreja, nos sentamos de nuevo y nos pusimos el cinturón.

“Esto se acaba, Lía, no lo pienses, no lo pienses”.

El aterrizaje fue un poco brusco. Como la mayoría de las veces, volvió a sonar

“Viva la Vida” de Coldplay. Un clásico de Duarte Airlines. Esta vez sí agarré la

mano de Axel con todas mis fuerzas. Joder, Lía, solo has sido capaz de aterrizar

una sola vez en tu vida sin agarrar la mano de un hombre, lo tuyo es preocupante. Cuando le agarré no pensé en Carlo, solo pude pensar en él.

Neuronas, ya estoy en Madrid, por favor, os lo suplico, volved a mí.

19- REGRESO A CASA

El vuelo a Santander desde Madrid ha sido corto y sin incidentes. El vuelo ha estado bien, yo no.

Al bajar del otro avión y entrar al aeropuerto, Axel se iba hacia la salida

porque su hermana le esperaba para pasar unos días en Madrid antes de volver a Barcelona. Y yo hacia mi puerta de embarque en la otra punta del

aeropuerto; así que nos fundimos de nuevo en un abrazo que se hizo eterno.

Agarró mi cara con sus manos y me clavó la mirada juntando su nariz a la

mía. Nuestras miradas lo decían todo y a la vez nada. No nos salían las palabras para terminar aquella aventura. Axel solo me volvió a preguntar.

—¿Estás completamente segura de que esto se acaba aquí?

Y yo, conteniendo el aluvión de sentimientos que pasaban por mi cabeza, cuerpo y alma, solo acerté a decir.

—Sí, vecino, se acaba, aquí y ahora.

Nos dimos el último beso, largo, como si no hubiese un mañana. Casi no me tuve de pie y unos segundos después nuestras bocas se separaron y nuestros cuerpos tomaron direcciones opuestas.

Me he pasado todo el vuelo a Santander con las gafas de sol puestas y con un *kleenex* en la mano secándome las lágrimas. No ha sido un llanto rompedor y dramático, pero las lágrimas no dejaban de resbalarse por mi mejilla. Sin poder

evitarlo, no he dejado de llorar; pero a ritmo lento, una tras otra, durante todo el trayecto.

Enhorabuena, Lía, para no querer nada complicado y ser solo un rollo, te está afectando mucho, ¿no crees? Mi conciencia no deja de repetirme que me he creído mis propias mentiras. Es imposible que me haya enamorado de un niño de

veintiséis años al que jamás volveré a ver. Yo amor ya lo sentí. Y ahora, ¿qué sentía ahora?; pues no sé, probablemente lo que se suele llamar vulgarmente

¿enconamiento?

Al coger mi maleta consigo parar esta llorera tan tonta, y en cuanto las puertas

automáticas se abren lo primero que veo es a la mamona de Julia, con un

cartel

enorme en las manos que pone:

“Bienvenida, Lía”.

Nos abrazamos y nos besamos mucho. Coño, si solo hace una semana que no nos vemos, parecemos dos auténticas gilipollas.

—¡Pedazo japuta!, cuéntame todo de ese maromo ya.

—Joder, Julia, déjame llegar al coche por lo menos, ¿no?

—¿Te puedes creer que me has mandado dos mierdas de *whatsapp* en todas las vacaciones? Claro, habrás estado ocupada comiendo nabo desde la mañana hasta la noche, ¿no? Olvidándote de que yo necesitaba detalles, ¿me equivoco?

Es tan bruta y directa la muy capulla cuando quiere; pero también es auténtica,

y por eso la adoro.

Nos vamos directamente a mi casa y por el camino ya le voy contando todo lo

que podía sobre el resort, la gente, el paisaje. Pero ella solo quiere los detalles más obscenos y guarros. Así que pedimos *pizza* y sacamos unas cervezas.

Cuando vamos por la cuarta, y a pesar de mi cansancio, ya le he contado cómo la

tenía Axel, cómo olía, lo bueno que era sentir su lengua entre mis pliegues, cómo le hice la primera mamada en el baño y hasta cuando hicimos sexo anal.

Ella se limita a poner los ojos en blanco y por supuesto a insultarme cada poco: capulla, cachonda, japuta, zorrón..., y así un largo etc.

Se queda a dormir conmigo, porque no estamos en condiciones de conducir ninguna de las dos.

El sábado amanecemos con una resaca de tres pares de cojones, las dos tiradas

en mi cama. El *jet lag* me está matando, así que me levanto a hacer realidad ese dicho de ‘noches de veneno, mañanas de *ibuprofeno*’.

—¿A qué hora nos hemos acostado, a las mil? —me pregunta Julia.

—No sé, después de que empezaras mi botella de Citadelle perdí la noción del

tiempo.

—Tráeme un *ibuprofeno* doble de desayuno, ¡por faaaa...! —me suplica.

No nos entra ni el desayuno, son como las dos de la tarde y yo tengo toda la maleta sin deshacer, la ropa sucia, la casa manga por hombro; pero como es sábado, pienso que tengo todo el fin de semana para ponerme al día.

—Oye, capulla, no me has dicho cuándo vas a volver a ver al Dios del Sexo

—me grita Julia desde mi cama.

—Bueno, ese tema ha quedado cerrado y archivado.

—¿Cómorr?... Lía, no me jodas.

—Vamos a ver, deja de pensar con la castaña por una vez. Julia —le digo mosqueada.

—Estás diciéndome que os habéis despedido para siempre y ya está. Después de lo que me has contado, ¿ni el móvil, ni dirección, ni nada?

—Nada, esa fue mi regla, nada de contacto después. Lo de la isla se queda en

la isla. —Julia se levanta y llega a la cocina, donde estaba yo poniendo una lavadora, como una exhalación.

—Sabía que Carlo te había dejado algo gilipollas, pero no pensé que tanto.

Eres leerdaa.

—Joder, Julia. Carlo no tiene nada que ver con esto. Me ofende que pienses así. Vamos a ver, vive en Barcelona, tiene veintiséis años, está en la universidad y no nos conocemos más que de echar unos cuantos polvos, qué sentido tiene seguir en contacto, para qué, ¿me lo puedes explicar?

—Pues para hablar, Lía, para poder quedar algún fin de semana y evadirte de nuevo, para que recordéis cada polvo que disfrutasteis. No sé, coño, para tener un amigo con derecho a roce. No hay nada de malo en eso.

—Como tienes tú a Leo, ¿no? Claro, que sois, cómo se dice... ¡Ah sí!, follamigos.

—No te pases, yo a Leo me lo follé un día y ya está, es completamente distinto.

—Pues yo no creo que lo sea, él te pone, lo ves a menudo, te lo follaste y te gustaría seguir follándotelo; pero... nada más, de esa relación no puedes sacar nada más, ni ahora ni nunca, por eso no tiene ningún sentido.

—Está claro que dentro de Lía solo hay rencor y vacío —me espeta algo enfadada.

—No, lo que hay es sensatez, esa de la que tú careces.

No sé por qué nos habíamos puesto tan intensas, a mí me dolían sus palabras y

creo que a ella las mías también. Yo no era como ella, no le veía sentido a follar sin pensar nada más, por supuesto que en la isla había sido así y me reconfortó

mucho saber que soy capaz de dejarme llevar y solo disfrutar, pero eso ocurrió

allí. Aquí tengo otras obligaciones y no tiene cabida en mi vida una relación sexual esporádica a distancia.

Julia se marchó algo indignada a cuidar a su madre, que todavía está

convaleciente, sé que se le pasará. Tenemos la suficiente confianza para decirnos las verdades a la cara, aunque duelan.

20- CARA A CARA

El resto del fin de semana lo pasé ordenando toda la ropa y descansando un poco. Llamé a Carlo para decirle que ya estaba de vuelta y que cuando me devolviera a los niños el próximo domingo subiera a mi casa para tratar unos temas.

Nunca ha estado en mi piso; es más, solo ha llegado al portal. Normalmente recoge a los niños en el colegio o en los entrenamientos y cuando me los devuelve yo misma bajo al portal a buscarlos y él se va sin que yo llegue. Sé que suena triste, pero es así, no ha sido capaz de mirarme a la cara y disculparse todavía, así que yo procuro evitar la situación.

Todo lo relacionado con los niños lo solemos tratar vía *mail* o usando a los niños como correo. Lo sé, no es muy maduro por mi parte, pero durante mucho

tiempo cuando miraba a la cara de Carlo solo podía ver su imagen follándose al

yogurín. Así que, por mi salud mental, decidí evitar ese contacto visual. Creo que ahora ya estoy preparada para tratar con él los asuntos de los niños cara a cara, al menos con esas intenciones he vuelto de mi viaje.

La semana se me pasa volando. Julia, a la que por supuesto se le pasó el enfado el mismo lunes, me ha intentado convencer de nuevo de lo gilipollas

que

he sido al no querer seguir en contacto con Axel; pero sin decirnos palabras hirientes, parece que hemos llegado a un entendimiento, ese tema está cerrado.

Son las siete de la tarde del domingo y acaban de llamar al timbre. Échale ovarios, Lía, solo es un capullo con el que has compartido dieciocho años. Al abrir la puerta, los niños se abalanzan sobre mí, están guapísimos, nos damos mil besos y se van a dejar sus cosas a sus dormitorios.

—Papá y yo vamos a hablar un rato, estaremos en mi despacho, ¿vale?

—Ok —responden al unísono.

Lo bueno que tiene mi nuevo piso es que tengo los metros suficientes para tener un pequeño despacho junto a la entrada, es muy sencillo, con una mesa de

ordenador blanca donde reposaba mi Mac y unas estanterías a juego cargadas de

libros. Es muy pequeño, pero acogedor. Tengo dos sillones modernos de color azul turquesa a un lado de la mesa, y no sé por qué extraña razón me da seguridad hablar con él allí y que no pase de la entrada. Es como un “sí, tranquilo, has subido a mi piso y has entrado, pero aquí está el límite”. El resto del piso es mi territorio y solo mío, no te quiero pisando dentro de mi espacio.

Paso y boto la puerta, sin llegar a cerrarla, después me siento en uno de los sillones, Carlo se sienta en el otro. Está guapo, como siempre, siempre fue guapo, no tengo por qué mentir, moreno, con el pelo corto donde asoman sus primeras canas. No es muy alto y lleva barba de una semana, muy recortada y arreglada. Está delgado y lleva unos vaqueros azules que le regalé yo, siempre le han quedado muy bien, y arriba un polo verde de manga larga. Yo he estado estudiando todo el día qué coño ponerme para recibir esta visita, no quería estar vestida formal en casa, pero tampoco hecha unos zorros. Llevo puesto unas mallas grises y una camiseta blanca de escote pico y manga corta

oversize, puede que no sea muy favorecedora, pero no quería aparentar algo que no es. El pelo

suelto ondulado y como siempre descalza. Quiero empezar a hablar yo, pero él

se me adelanta.

—¿Qué tal tu viaje? —pregunta tratando de romper el hielo.

—Bien —contesté algo seca.

—Te ha debido de sentar muy bien, cuando por fin te dignas a hablarme cara a

cara.

—¿Perdona? Si hay alguien que no ha sido capaz de dar la cara en tres meses creo que has sido tú, pero me la suda realmente, ese no es el caso —le espeto.

—Bueno, es muy difícil hablar con alguien que no quiere escuchar.

—Carlo, por favor, me voy a arrepentir de haberte mandado subir. Déjalo. Si estás aquí es porque no sé qué coño hace Gael con un puto móvil si hasta septiembre que empiece la ESO no íbamos a comprárselo —dije subiendo el tono un poco.

—Bueno, nos fuimos de vacaciones a Port Aventura y fue un regalo, pensé que adelantárselo no era un problema tan grave.

—¡Claro!, para ti ya nada es grave. Solo quiero que los criterios de educación que siempre tuvimos sigan siendo los mismos, aunque las circunstancias hayan

cambiado. No quiero que entre nosotros haya una guerra a ver quién es más molón como padre, y menos que entremos al trapo con su chantaje

emocional.

No vas a ser mejor padre por comprarle todo lo que pide.

—De todas maneras, yo pensaba esperar hasta septiembre, pero se lo regaló Ali, por si te quedas más tranquila. —Joder, los tíos son más simples que el mecanismo de un sonajero, ¿qué parte de mi cara de circunstancias no ha leído

bien? Es el primer día después del “episodio” y su “secuela” (entiéndase como

bronca monumental con objetos voladores de por medio y maletas en el descansillo, incluido coche de policía) en el que nos sentamos frente a frente y

me dice que el móvil que tiene mi hijo se lo regaló su novia, la que todavía está en la incubadora, y él no ha sido capaz de imponer su criterio. Será una broma,

¿no?

—¡Joder, Carlo! —grité.

—Será mejor que me vaya, está claro que todavía no has superado ciertos temas y para ser el primer día que nos podemos sentar a hablar ya ha sido suficiente.

—¿Cómo? No me toques los cojones, tú qué sabrás lo que yo he superado, esto no va ni de ti ni de mí, egoísta. Esto va de los niños, que no quiero que sean carne de psicólogo, ¿te enteras? Solo te pido que los sigamos educando juntos,

con los mismos valores en los que siempre creímos, aunque tú seas un gilipollas

al que está claro que no conocía lo suficiente —mis últimas palabras se han debido de escuchar en todos los rincones del piso.

—Ya os vale, para eso quedáis, para insultaros —dice Gael entrando en el despacho.

—No pasa nada, tranquilo. Papá ya se va.

Se dio la media vuelta y se fue a su cuarto. Teo ni siquiera salió de su habitación.

—¿Has visto lo que consigues? Parecer una puta loca.

—¡Claro! Tú no tienes culpa de nada. Volveremos a los *mails*.

Cerré la puerta de un portazo y aguanté las ganas de llorar, a mí me la sudaba

que se estuviera calzando a una niñata, pero no podía aguantar que fuera tan impersonal y tan calzonazos cuando se trataba de ella. No quería darle muchas vueltas porque traía las pilas cargadas de mis vacaciones en la isla, esta discusión solo era otra piedra en el camino, pero una muy pequeña. No voy a dedicarle ni un minuto de mi tiempo.

La vuelta a la rutina no había hecho nada más que empezar y no parece que vaya a traer nada bueno.

21- EL VERANO LLEGA A SU FIN

Recién empieza septiembre. Los últimos meses se me han pasado volando.

Desde que volví de la isla, y tuve ese enfrentamiento con Carlo, no nos hemos

vuelto a ver. Los *mails* para temas de los niños funcionan, así que no hemos discutido más.

El verano llegó enseguida y Julia quiso que saliéramos todos los días, como cuando estábamos en la universidad. El mes de julio, que los niños estuvieron con su padre otra vez, no lo hicimos nada mal. Tardes de playa, cañas y risas, normalmente se alargaban con duchita y pinchos por ahí, de postre copetón.

Julia

entraba a todo lo que se movía, madrileños asiduos al verano de Cantabria, guiris que desembarcaban con Ryanair o el ferri hasta los míticos solteros conocidos de

siempre. ¿Qué tendrá el verano?, me pregunto yo.

Mágica estación del año que nos hace ver las mismas caras de siempre, pero

bajo otra perspectiva; es como si tuviesen rasgos renovados. No hay depresión ni

letargo que unos rayitos de sol no curen. Yo le seguí el rollo todo lo que pude, su ritmo ha sido demoledor. Me he reído un montón, pero sin soltarme mucho la melena. Ella me ha insistido en que necesito catar a otro hombre antes que se me

cierre el agujero de nuevo; pero cuando alguno trataba de acercarse un poco más,

solo he sido capaz de poner excusas y retirarme a tiempo. Nadie me entró por el

ojo y así es muy difícil que te entren por otro sitio.

Cuando volvía a casa y me metía en mi cama, pensaba en las noches junto a

Axel, en la isla. En su olor mezclado con el salitre, en cómo sus dedos hacían magia en mi interior. En todos los orgasmos que disfruté. Para qué negarlo, entre sueños húmedos me tocaba y desinhibía el placer acumulado en estos meses.

Pensaba en los polvos que estaría echando él y si algún día también él se estaría acordando de mí. Sentí la tentación de llamar a Juana al resort y pedirle sus datos, pero habían pasado cinco meses y era una tontería. Más bien me parecía

todo fruto de un calentón, como la canción de Leiva, siempre en mis

pensamientos.

En agosto me fui con los niños una semana a Menorca. Carlo y yo siempre íbamos con ellos quince días a Cádiz, así que no quise repetir destino. Cádiz me

encanta, pero me traería muchos recuerdos de años muy buenos allí, así que preferí cambiar de aires. Estuvimos muy bien, tranquilos, disfrutando de esas maravillosas calas y del sol. Sin darme apenas cuenta, los niños ya estaban

entrenando de nuevo y otra vez llegaban los preparativos para el nuevo curso, libros, mochilas, material escolar, clases extraescolares... Ufff. ¡Vuelta a la rutina!

Hoy es el primer día del nuevo curso. He dejado a los niños en el colegio a las

8.30 y me he ido al trabajo. Coincido con Julia en el portal de la oficina y veo como sale de su coche, pero del asiento del copiloto, se despide muy efusivamente de su chófer y este arranca.

—Buenos días, ¿qué, es que ahora tienes chófer? —digo burlona.

—Bueno, era Leo, que durmió en mi casa anoche y ahora necesita el coche para ir a Bilbao a recoger a un amigo.

—Joder, Julia, eres la hostia, pensé que ya no le abrías cuando te picaba.

—¡Vale, mamá!, no quiero sermones, a veces viene a casa y lo pasamos muy bien y punto, no hay nada malo en eso.

—Sí lo hay, y lo peor es que lo sabes. Solo va a tu casa cuando necesita algo, pero eres bastante mayorcita para darte cuenta por ti misma, es un puto.

Entramos al portal y vamos hacia el ascensor. Cuando está a punto de cerrarse

la puerta del todo, un chico viene corriendo y mete la mano para abrirla.

—¡Uy!, alguien llega tarde —espeta Julia.

El chico es alto, lleva un pantalón muy pitillo de color gris oscuro, camisa blanca, una cazadora negra de cuero fina, de las de verano y el casco de la moto

puesto, al hombro trae un maletín muy bonito, me fijo que es de Prada, negro.

Pulsa el botón de la 5ª planta y en cuanto se cierra la puerta se quita el casco. Se atusa un poco el pelo, que lo trae pegado, y nos saluda.

—¡Uf, casi! Buenos días.

Los ascensores son uno de los lugares más raros del mundo, un habitáculo pequeño, donde coincides a menudo con gente extraña o conocida, con una distancia mínima entre los cuerpos que genera cierta dificultad de movimiento,

por eso no sabes dónde mirar, si al frente hacia la puerta, a la cara de los que tienes al lado, a los botones o al techo. Yo me he fijado en toda la indumentaria del último ocupante, pero no le he visto la cara, aunque me llega perfectamente

su olor a ducha reciente y a su colonia, ese olor me es muy familiar. De repente, siento un pinchazo en el estómago y entonces levanto mí vista hasta su cara. No

puede ser, tengo que estar soñando.

—¡Axel! —exclamo.

Él se gira y sonrío, con esa perfección de boca, esos dientes blancos y perfectamente alineados y esos labios que invitan a besarlos.

—¡Buenos días, princesa!

Julia abre la boca y pone los ojos en blanco, yo apenas puedo respirar. La

puerta se abre porque hemos llegado a nuestra planta. Pasamos delante de él y yo

me quedo sin palabras.

—Llego tarde y es una cita muy importante, luego bajo a verte. Por favor, espérame —me dice meloso.

—Vale —acierto a decir.

“Serás idiota, qué clase de respuesta es *vale*; coño, Lía, esa sí que no te la esperabas, te has quedado con cara de tonta y medio muda”.

Después de dar los buenos días a todos, Julia no entra ni a su despacho, va directamente al mío, como un rayo, está en estado de *shock*, así que os podéis imaginar cómo estoy yo.

—¡Hostia, hostia, hostia! ¡Menudo maromo!, ¿ese es tu Axel? ¡Joder! ¿Qué, ha venido a buscarte?, es como una historia de culebrón. Cacho zorra, cómo has

sido tan idiota de perder cinco meses de follártelo. ¿Qué coño hace aquí? Es como Richard Gere en *Pretty Woman*, cuando vuelve en limusina a buscar a Julia Roberts, pero en juvenil.

—¡Joder, Julia, vaya comparación! Yo no soy puta, cacho lerda, y no he visto que llevase ramo de flores ni nada parecido. No sé cómo me ha encontrado, ni

qué hace aquí. Me tiemblan las piernas.

—Lo que te tiembla a ti es lo que tienes entre los muslos, que hace cinco meses que no te palpita la pepita.

—¿Tú no tienes trabajo?, pues arranca que tengo mucho que hacer —le grito mientras la acompaño a salir de mi despacho.

—Sí, claro, tienes que llamar a la depiladora lo primero, que menudo matorral

que tendrás ahí abajo, porque hoy triunfas fijo —me dice mientras la echo a empujones de mi oficina.

—¡Adiós, idiota!

He recibido a un par de clientes con los que ya había quedado, pero tengo que decirle a Sara que por favor revise los expedientes, porque apenas he podido prestarles atención. Estoy completamente anulada para la actividad mental.

Ahora mismo creo que mis neuronas solo funcionan a bajo rendimiento. ¿Qué está haciendo en Santander?, ¿qué hace subiendo al estudio de Juan?, ¿es todo una coincidencia o ha venido expresamente a buscarme?, ¿ha estado pensando en mí como yo en él estos meses?

“Deja de soñar, Lía, pareces una puta adolescente. Todo tendrá una explicación”.

Era casi la una y media y todos estaban recogiendo para irse, menos mal que a los niños los recogía Carlo y después los llevaba a entrenar, porque si no yo también tendría que irme. ¿Acaso pienso esperarle aquí todo el día? “Joder, Lía,

qué falta de cordura”.

Carlota me llama por el interfono y me dice que Axel Rivas quiere verme.

Mi respiración se acelera de repente y salgo a buscarle.

—Hola, puedes pasar —le digo dirigiéndome a mi despacho—. Cuando

salgáis podéis cerrar, ya luego abro yo con la llave —les digo a todos, que ya están recogiendo. Julia está con un cliente, así que no volverá hasta las 16.00.

Cierro la puerta de mi despacho y Axel me abraza fuerte. Siento como un escalofrío recorre todo mi cuerpo, estar pegada a su pecho, donde encajo tan bien, y poder olerle de nuevo me transporta al paraíso, a esos polvos entre sábanas blancas y al placer de sentir cada centímetro de su cuerpo encima de mí.

—Voy a besarte, princesa —me dice mientras acerca su boca a la mía.

—¡Me parece estupendo, vecino! —contesto embobada.

Entonces agarra mi cara con sus manos y sus labios carnosos comienzan a entreabrir los míos. Joder, qué bien sabe, su lengua húmeda y caliente se enreda

con la mía, despacio, dulce. Impregnando con su saliva, toma mi cavidad bucal.

Mi lengua lo recibe de igual manera, recreándose en cada movimiento circular.

Es un beso largo y profundo. Intentando recuperar el tiempo en el que no nos besamos. Cuando conseguimos separar nuestras bocas, nos sentamos en el sofá

sin poder apartar nuestras miradas el uno de otro.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto todavía ensimismada por el beso.

—Pues ya ves, ha debido de ser el destino.

—Ya sabes que no creo mucho en el destino —musito.

—Está bien, pues una mano negra, como en la isla.

Al ver que lo miro incrédula, decide contarme la verdad.

Y así, sin más, me relata su historia.

Al regresar del viaje fue a ver a su tutor de la universidad, le faltaban dos

asignaturas para terminar la carrera, más los créditos de prácticas. Se preparó a conciencia para aprobarlas en junio y hablaron de dónde podía hacer las prácticas que le faltaban para obtener el Grado. Entonces recordó que su tutor siempre mencionaba en sus clases a un compañero suyo de facultad de

Santander, y así fue como se le encendió la bombilla. Le pidió a su tutor que se

pusiera en contacto con su amigo, a ver si le podía hacer un contrato en prácticas de septiembre a junio. Como os podéis imaginar, el amigo de su tutor y arquitecto es Juan y hoy tenía la entrevista con él, por eso tenía tanta prisa.

Él ya sabía que Santander era una ciudad pequeña y estaba claro que tarde o temprano daría conmigo, lo que no imaginó es que fuese a encontrarme el primer día.

—Parece un poco de película, ¿no? —sonrió nerviosa.

—Bueno, estuve a punto de chantajear a Juana para que me diera todos tus datos, pero igual te parecía un poco acosador.

Entonces me río más, recuerdo cómo en mis horas de flaqueza sexual yo también pensé en pedir a Juana sus datos.

—Y entonces ¿cómo ha ido la entrevista?

—Perfecta, mañana empiezo, creo que te van a pasar esta tarde mis datos para

que preparéis el contrato.

—¿Y dónde te quedarás?

—De momento estoy en el Hotel Bahía, aquí al lado, pero tengo que buscar un

apartamento.

Toda la información que me ha dado se me está atascado un poco en la cabeza, no sé muy bien qué pensar. ¿Por qué un chico de su edad, que vive en

Barcelona quiere irse a hacer las prácticas a 700 km y a una ciudad tan pequeña?

Mis neuronas de persona adulta salieron a la luz.

—Axel, no sé, han pasado muchos meses, es todo tan raro, creí que nunca más

iba a verte.

—¿Qué quieres decir?, ¿que no quieres verme?, ¿estás con alguien?

—No, pero todo me pilla un poco de sopetón, yo tengo una vida aquí, tú y yo apenas nos conocemos y tenerte ahora delante, en mi territorio, es raro.

—Bueno, ahí te equivocas, creo que nos conocemos lo suficiente, bastante a fondo diría yo.

—El sexo no es una fuente de información fiable —le espeto.

—Tranquila, voy a estar aquí nueve meses, como mínimo, va a ser como un embarazo, quiero estar contigo y seguir conociéndote, ¿qué hay de malo?

—No sé, no entiendo que dejes una ciudad como Barcelona, que te ofrece mil posibilidades para venirte aquí, esto es un pueblo en comparación con aquello.

—A ver, no te vuelvas loca, tenía que hacer las prácticas y Juan es un arquitecto de los mejores de España. Quería salir de Barcelona y no me asusta estar en un sitio pequeño, encima tenía el aliciente de buscarte. Se ha

precipitado todo mucho porque te he encontrado el primer día, pero por favor no quiero que

te agobies.

Respiro profundo varias veces y Axel me agarra de las manos.

—Dime qué no has pensado en mí ni un solo minuto desde que nos

despedimos en el aeropuerto. —Agacho la cabeza y me miro las manos

entrelazadas con las tuyas—. ¡Di la verdad!, si no has pensado en mí ni un segundo desde entonces, dímelo y no firmo ese contrato.

Me levanta la cara para que le mire a los ojos.

—Sabes que sí he pensado en ti; pero más bien como un sueño, ahora eres real, te tengo aquí delante, no me lo esperaba, estoy algo abrumada, aquí tengo

mi vida.

—Sí, esa que no quisiste compartir conmigo, lo sé, pero me da igual. Solo quiero estar a tu lado, ya me irás contando las cosas cuando te apetezca. Bésame, por favor —me suplica.

Nuestros labios se funden de nuevo, es una sensación tan agradable comer su boca, con él pierdo la noción del tiempo.

No he comido, sin darme cuenta casi son las 16.00 y tengo que volver a abrir.

En cuanto llega Julia, todos le informan de que me he quedado a solas con un pedazo de modelo de anuncio.

—Recordadme que os ponga a todos una falta leve por cotillas —grito desde mi despacho.

Así que la cabrona tarda cero coma segundos en estar sentada en mi sillón para que la ponga al día. Le cuento todo como me lo ha dicho Axel y después de

llamarme otra vez zorra con suerte, etc., etc., me dice que todo pinta a que Axel está enamorado de mí. Yo le respondo que deje las drogas, que el encoñamiento

no es el enamoramiento y que ya que está tan segura me tiene que hacer el favor

de recoger a los niños en el entreno y llevarlos a cenar *pizza*.

A las siete he quedado con Axel en su hotel y hasta las diez no estaré en casa.

Ella, después de cuatro o cinco improprios más del tipo: “hoy te comen la almeja, que ya está caducada” o “cómese la bien, a ver si se va a volver a Barcelona”, acepta gustosamente mi encargo. Todavía no me creo que él esté aquí.

22- LOCURA

AXEL

Estoy reventado, me he recorrido 680 km para ser exactos, que es la distancia que separa mi ciudad natal de Santander. Encima me ha dado doble locura, primero por venir hasta aquí y segundo porque me he venido en moto. Mi cuerpo

no está acostumbrado a un viaje tan largo encima de mi “nena”, pero se ha portado muy bien y he conseguido llegar en apenas seis horas. La concentración

que he tenido al conducir ha aplacado algo mis nervios. Puta locura.

He pedido un sándwich al servicio de habitaciones del hotel y solo necesito dormir, dormir mucho y estar perfecto para mi entrevista de mañana.

Cuando en abril le comenté a mi profesor que si podía hacer las prácticas con

Juan Díaz-Ares en Santander, se quedó alucinado, siempre imaginó que las haría

en algún estudio de Barcelona, de los múltiples que tienen convenio con la Universidad; pero yo ya tenía otros planes, que por supuesto él desconocía.

Como sé que son muy buenos amigos, le insistí mucho para que le llamara y, cuando en junio aprobé las asignaturas que me faltaban, me confirmó que en septiembre me haría la entrevista. Mi profesor ya me adelantó que

probablemente no iba a tener ningún problema en conseguir el puesto, ser un recomendado de él me da bastantes puntos; aun así, mañana me reuniré con Juan

y espero que me seleccione, ya me jodería tener que volverme a casa, sin el trabajo y sin ella.

Mis padres están descolocados; pero saben, igual que yo, que después del

“incidente” cuánto más lejos esté de Barcelona mejor, un cambio de aires le vendrá genial a mi vida, al menos eso es lo que yo creo.

Mi hermana sabe que la razón fundamental de venirme aquí es encontrarla, sabe que estoy loco desde que conocí a Lía. Tiene miedo de que no sepa controlar mis sentimientos y que esté encoñado de un sueño, sabe que soy dado a

exagerar lo que siento. Pero yo le he explicado mil veces que es real, que es una chica normal, que me dejó con las ganas de conocerla más y que no quiero seguir pasando las noches soñando con verla, quiero encontrarla, quiero sentirla

y quiero convencerla para que me dé una oportunidad.

Ahora, aquí tirado, estoy pensando en que mañana, en cuanto salga de la entrevista, voy a empezar a buscarla. La ventaja es que Santander es una ciudad

pequeña, no creo que me cueste mucho dar con ella.

Confío en que no esté saliendo con nadie, aunque no entiendo cómo una mujer

como ella pueda estar sola. Es guapa, inteligente, divertida. Probablemente si tuvo pareja y se separaron habrá sido cosa de ella, no me imagino a ningún tío

dejando a Lía. Al menos, por lo poco que la conocí en la isla, me pareció que es

una chica fuerte.

Voy a dejar de elucubrar y a intentar dormir un poco. Sé que tengo que dejar descansar mi cabeza también.

¡Joder! estaba tan cansado que me he levantado tarde, he quedado a las 9 y casi son ya. Me ducho y me pongo la ropa que dejé preparada anoche. No me he

traído traje porque odio a esos idiotas que se ponen un traje, generalmente de pésima calidad, para las entrevistas de trabajo, no les importa el puesto al que aspiran y resulta realmente ridículo ponerte un traje si después nunca vas a llevar uno en tu día a día.

No me da tiempo ni a desayunar y encima llevo el pelo todavía mojado. Soy un capullo, qué me costaba haber puesto la alarma del maldito móvil. En fin, debo darme prisa. Llegar tarde a la entrevista suele restar bastantes puntos.

Cojo la moto, que la tengo en el garaje del hotel, y con el móvil pongo la dirección del Estudio, ayer ni siquiera lo miré. Salgo por la primera salida, cojo un par de rotondas, giro por donde he venido y llegó a la calle. Nota mental: andando hubiera tardado dos minutos.

Axel, necesitas centrarte un poco, estás nervioso, excitado y cardiaco.

Aparco la moto delante del portal y entro a toda leche. Las puertas del ascensor se están cerrando, pero consigo meter mi mano y abrirlas. Menos mal.

—¡Uy!, alguien llega tarde —dice una de las chicas que está dentro.

Pulso el piso al que voy y me quito el casco.

—¡Uff, casi! Buenos días —saludo.

Entonces una voz femenina exclama mi nombre.

—¡Axel!

Inmediatamente me giro. Su voz, su voz es muy familiar y, para mi sorpresa,

ahí está Lía, mi princesa. Menuda coincidencia. El puto destino me lo ha puesto

demasiado fácil.

Está preciosa, con ese tono de piel dorado y ese lunar cerca de la boca, me tengo que contener para no besarla aquí mismo. Me muerdo el labio para no

comerme su boca, no estamos solos. Es un puto sueño hecho realidad. Me sorprende igual que ella.

—¡Buenos días, princesa! —sonrío.

El ascensor llegó a la 4ª planta y ella junto a la otra chica salen. Parece una escena sacada de una película.

Sin tiempo para nada más, le digo que tengo prisa, que tengo un tema importante y que me espere que luego bajaré a verla. Deduzco que es su asesoría, porque se lee en una placa bastante grande en la puerta.

Ella está tan nerviosa como yo, porque solo acierta a decirme un tímido

“vale”.

Los siguientes segundos trato de concentrarme, me miro por última vez en el espejo del ascensor y me río de mí mismo, porque lo único que se refleja es mi cara de felicidad.

Axel, tranquilo, céntrate en la entrevista. Tu primer objetivo, que era encontrarla, ya lo has conseguido. Ahora consigue este trabajo y todo hecho.

Joder, Lía. Cómo te he echado de menos.

23- MI CASA MI PRIMERA VEZ

Aunque fui a buscarle a su hotel, me apetecía ir a mi casa, no sé por qué, pero tenía ganas de abrirle la puerta de mi vida sin tardar más, igual con la esperanza de que se diera cuenta de que no íbamos a encajar y no se quedara. Yo

siempre pensando en negativo, nunca positivo, como decía Van Gaal.

Cuando bajó a recepción estaba muy guapo, con unos vaqueros negros rotos en las rodillas y una camiseta de esas un poco largas gris con un dibujo geométrico negro en el centro. Ahora con el pelo más largo tiene un aire menos

aniñado, pero sigue siendo un modelo de anuncio. Sus antebrazos fuertes son mi

perdición y mi mirada se clavó en ellos; bueno, y en cada músculo que se le adivinaba. Me abrazó con fuerza y yo me aparté un poco, con vergüenza, estábamos en mitad del *hall* del hotel y había un montón de gente.

—Toma, te he bajado un casco, ¿qué, me vas a enseñar tu ciudad? —me

preguntó sonriente.

—No, he pensado que te voy a enseñar mi casa primero.

Sus ojos se abrieron como platos, parece que la propuesta le sorprendió.

Cuando las palabras salieron de mi boca, yo también me quedé algo perpleja, en

mi mente no sonaba así.

—Tranquilo, vamos a estar solos —le dije guiñándole un ojo.

“Joder, Lía, eso ha sido raro, no se sabe si te lo quieres beneficiar nada más llegar o le estás insinuando que lo que escondes de tu vida es como para acojonarse”.

Será mejor que te pongas el casco, a ver si tus neuronas con el calor se activan.

Su moto es perfecta, ¡joder, qué recuerdos! A mí siempre me habían gustado las motos y en mi adolescencia me encantaba subirme en las motos de mis amigos y pasear por la costa o ir a la playa. El aire dándome en la cara era una de las mejores sensaciones que recuerdo. Su Kawasaki negra es muy grande, parece

bastante nueva, menos mal que mi falda tiene algo de vuelo y me permite subirme bien, porque nada me hubiera molestado más que no poder ir agarrada a

su cuerpo subida en esa preciosidad. Le indico el camino más fácil para que luego sepa volver solo y en menos de cinco minutos entramos por la puerta de

mi casa.

—Bueno, pues esta es mi humilde morada. Puedes dejar los cascos aquí en la

entrada —le indico.

Le voy enseñando estancia por estancia: mi despacho, mi habitación con mi baño. Le encanta mi bañera con patas, un pequeño lujo al que no quise renunciar.

La cocina, el salón y las habitaciones de los niños. Ahí, aunque fuera por foto, se los presento.

—Estos son mis hijos, Gael y Teo, tienen once y nueve años.

—Son muy guapos —dice—. ¿El que está en la foto con ellos es su padre?

—Sí, estamos separados desde enero.

—¿Y eso era todo lo que no quisiste contarme en la isla?

—Sí, la verdad es que estaba bastante reciente y el final no fue del todo fácil, así que no me apetecía entrar en detalles de mi vida en ese momento —musito.

—Está bien, tranquila.

—¿Quieres una copa de vino? —cambio de tema, porque todo se está poniendo un poco intenso.

—¿Y esa puerta de ahí?

—¡Ah!, ese es una especie de *loft* que está unido al piso. Marco el código de acceso y la puerta se abre

— Joder, ¡es increíble! —exclama con la boca abierta.

Pasamos y va mirando cada rincón, la cocina con muebles bajos grises

decapados, con su isla para cocinar, con la barra y los taburetes al otro lado. La luz que entraba por los ventanales laterales que le da a todo más color. Las

paredes de piedra. El sofá rojo. El baño aislado con cristal ácido. Las escaleras de desnivel para acceder a la zona de la cama y la puerta de salida a la calle.

—¿Te gusta?

—Es perfecto, ¿quién ha hecho el diseño?

—Pues el proyecto Juan, claro, y la obra Lucas, un amigo mío que es contratista. El diseño es mío, me subió un poco la hipoteca cuando compré todo,

pero ha sido mi capricho, como mi proyecto personal, algo que me hubiera encantado que mis padres me regalasen con la mayoría de edad.

—Pues te ha quedado perfecto. —Y se acerca a abrazarme fuerte otra vez.

Vamos a la cocina y abro una botella de vino blanco de Cantabria, *Malacoria*.

La tenía en la nevera y estaba esperando a abrirla en cualquier ocasión especial, qué mejor que este reencuentro para degustarla.

Bebemos unas copas en el salón y sentados en el sofá empezamos a darnos un

millón de besos, sus dedos largos empiezan a tocar la piel de mi espalda y todo

mi cuerpo se va electrizando, todas mis terminaciones nerviosas despiertan de repente del letargo.

—¿Sabes que esta casa es virgen? —digo tímidamente.

—¿En serio?, no te creo.

—Pues sí, aunque te pareciera una tía fácil, no he estado con nadie desde lo de la isla.

—Entonces habrá que desvirgarla, ¿no crees, princesa?

—¿Vas a llamarme princesa toda la vida? —digo un poco indignada.

—Por supuesto, sé que te encanta —me responde con sorna.

Probablemente es la emoción del reencuentro o las tres copas de vino que ya me he bebido, pero me dejó llevar totalmente. Nada me apetece más que hacerlo

en mis sábanas y que su olor quede impregnado en ellas hasta que las mude.

Me levanta a pulso y me lleva hasta mi habitación, sin dejar de besarme. Me posa de pie en mi cama y lentamente me suelta la falda, que cae en el colchón,

yo me saco la camiseta y aquí estoy, expuesta en ropa interior a mi vecino de cabaña cinco meses después.

—¡Joder, Lía, te he echado tanto de menos! —balbuceó mientras besaba mis caderas y bajaba torpemente su pantalón.

Sigue estando guapísimo, con sus *bóxers* negros de Hugo Boss, en mi habitación contemplándome en ropa interior, estoy a punto de correrme sin que

apenas me toque.

“Tranquila, Lía, la ansiedad te mata”. Me tumbé y nos quitamos la ropa interior. Sus besos me recorrieron desde la boca hasta los pies, suaves y pausados.

—Si vas a perder la virginidad, tendré que ser suave —me susurra al oído.

—Siento romper el momento, pero ¿tienes un condón? —suelto con cordura.

Después del correspondiente gruñido, coge uno de su pantalón.

—Chico preparado —digo burlona. Sus dedos acariciaron cada centímetro de mi cuerpo, al igual que su lengua. Me lamió el cuello, los hombros, los pechos,

jugueteeó con mis pezones, que se pusieron duros como piedras. Joder, qué sensación tenerlos dentro de su boca de nuevo, estaba tan excitada que no podía

controlarme. Agarré su pene erecto y yo misma le puse el condón.

—Tranquila, princesa. No hay prisa.

Sus dedos entraron en mi sexo y esa sensación me transportó al paraíso de nuevo, estaba tan húmeda y tan caliente. Arquee mi espalda retorcida del placer.

Sin dejar de besarme, sacó sus dedos de mí y acercó su pene a mi entrada. Me embistió suavemente, como si realmente fuese nuestra primera vez y no quisiera

hacerme daño. La sensación de sus primeras embestidas después de tanto tiempo

me llenó de placer, contraí los músculos de mi sexo para aferrarme a él.

—¿Está bien así, princesa? —me preguntó con cara de niño bueno.

—Sí, perfecto, pero puedes ser tú mismo, no me voy a romper.

Entonces sus embestidas empezaron a ser más profundas y más fuertes. Joder,

qué sensación cada vez que la sacaba y entraba con más fuerza. Dentro. Fuera.

Dentro. Fuera. Una, dos..., seis.

—Joder, Lía, creo que me voy a correr, tenía tantas ganas que no puedo aguantar.

—Pues ya somos dos —acerté a decir.

Sus empujones seguían siendo sacudidas de placer para todas mis conexiones,

cada vez más intensas. Salía y entraba hasta lo más profundo. Queríamos alargar

el momento, pero la ansiedad de tenernos pudo con nosotros y a las pocas embestidas más un orgasmo salvaje nos sacudió, fue largo e impulsivo, de los que te dejan sin respiración, sentí placer hasta en las uñas, era tan intenso que empecé a pensar que jamás había sentido nada así con nadie antes. Ahí estábamos entre mis sábanas, sudorosos y pegados.

La magia del momento se rompió cuando empecé a oír mi móvil, “bip- bip”

“bip- bip”, debían de estar entrando mil *whatsapp* a la vez, ¿qué era tan urgente?

Me levanté y fui a coger el maldito teléfono.

—¡Joder, Joder! Vamos, tienes que irte.

—¿Qué pasa, princesa? ¿Por qué estas prisas?

—Son las 21.30 y en diez minutos llega Julia con los niños. ¡Joder vístete!, ¡por favor!

Axel se levantó como una exhalación, parece que él tampoco cree que deba presentarle a los niños el primer día que sabe que los tengo. Ha ido recogiendo

su ropa y poniéndosela a trompicones. Se nos ha pasado el tiempo volando,

es lo

que tiene el sexo placentero, que no te hace mirar el reloj.

En lo que yo me ponía unas bragas y mi camiseta, Axel cogió el móvil de mi mesita y marcó su número, empezó a sonar dentro del bolsillo de su cazadora.

—Ya tengo tu número, solo me ha costado cinco meses conseguirlo. —Y me guiñó un ojo.

—Venga, venga, tienes que irte —grité nerviosa.

En la puerta todavía atándose la cazadora me dio un último beso y salió con los dos cascos en los codos.

—Hasta mañana, princesa.

—Hasta mañana, vecino.

Julia y los niños entraron a los cinco minutos, casi se encuentran en el portal.

Julia se fue porque tenía todavía que pasar por donde su madre, aunque me dijo

que mañana en el café quería todos los detalles. Los niños se acostaron pronto y

yo solo pude tumbarme encima de las sábanas que olían a sexo del bueno y a él.

El *whastapp* empezó a sonar de nuevo:

“Princesa, deberías dormir, deja de oler las sábanas y de pensar en mí”.

Será capullo, ¿ha puesto una cámara en mi habitación?

“Perdón, no te tengo en mis contactos, ¿te conozco?”.

Entré a su juego.

“Sí, creo que soy el que te ha hecho gritar hace un rato como una loca”.

“Ah, sí, ya caigo”.

Después de un montón de mensajes moñosos, nos despedimos y quedamos para comer juntos al día siguiente.

Enterré mi cabeza en las almohadas y volví a aspirar su olor. La cara de idiota que debía de tener en ese momento seguro que era digna de foto.

24- UNA HISTORIA QUE COMIENZA

Durante la mañana trabajé con cara de boba. Joder, me miraba en el espejo y no me reconocía. Es como si un foco iluminara mi cara desde que me desperté.

El poder del sexo y del flirteo es comparable a un buen chute de energía, como

subidón para la autoestima no creo que exista medicamento mejor.

Intenté concentrarme en el trabajo como pude y por supuesto en el café de media mañana tuve que contar a Julia algún detallito de mi reencuentro. La capulla se la gozó escuchándome hablar de lo bien que follaba mi vecino. Por supuesto ella quería que fuese más explícita; pero yo, haciéndome la loca, no le

di más leña. Quiere que el sábado salgamos los tres por ahí, para conocer un poco más a Axel; pero yo creo que de momento es un poco pronto para esa salida grupal.

A las 13.30 todos han salido de la oficina, y aquí estoy yo, esperando a mi

¿amante?, ¿amigo?, ¿follamigo? No sé por qué es tan difícil pasar por esta vida

sin poner etiquetas a todo. Está claro que ahora mismo no tengo ni idea de cómo

se puede llamar lo nuestro, así que en cuanto entra Axel por la puerta dejo de divagar.

—Buenos días, princesa —me dice mientras me planta un beso de esos de película, que además de comerte toda la boca van acompañados de mano en el

final de mi espalda y restregón de sexo con sexo.

—Buenos días —acierto a decir pegada a sus labios y más cachonda que una perra en celo.

Cuando conseguimos separarnos, puedo observar que está guapísimo. Lleva unos pantalones pitillo granates y una camisa vaquera gris abierta, encima de una camiseta negra justa, que le marca cada musculo que posee. Joder, así es difícil concentrarse en algo que no sea meter la mano debajo de su camiseta y recrearme en cada bultito de su torso. Mis ojos saliéndose de las órbitas me han

debido de delatar.

—Si sigues mirándome así, no me va a quedar más remedio que follarte aquí y ahora, pero creo que deberíamos ir a comer.

—¡Yo, eh...! —soy incapaz de articular palabra. Menos mal que me vuelve a besar en la boca, aunque esta vez es un beso más contenido. Respiro aliviada.

—¿Dónde me vas a llevar a comer? —me pregunta al soltar mis labios.

—He pensado que podíamos pedir comida, aquí podemos hablar tranquilos y hacer otras cosas —añadí poniendo cara de niña buena. Salir juntos de la oficina y llevarlo a comer a cualquier restaurante de la zona supondría que cualquiera podría vernos. Sé que puede sonar como una gilipollez, pero estoy algo asustada

con esta situación; no sé si será prudencia, si es que tengo miedo de lo que empiezo a sentir, o si mi cabeza aún no está preparada para asumir que puedo hacer con mi vida lo que me dé la gana, sin rendir cuentas a nadie.

Axel arquea un poco las cejas, no sé si porque le ha sorprendido mi propuesta para bien o porque realmente se ha dado cuenta de que tengo miedo a salir a la

calle con él. En cualquier caso, probablemente piense que soy idiota.

Después de comer el *sushi* que nos han traído del japonés de moda y charlar tranquilamente de su aclimatación al trabajo nuevo, nos enredamos en besos, manos, dedos, zapatos fuera, ropa que va cayendo por todo mi despacho y sin darme cuenta estoy agarrada al mueble de los archivadores, debajo de la ventana.

—¡Joder, Lía! Desde anoche estoy pensando en este momento.

—¿Así?, ¿en ver la Bahía de Santander pegando tu polla a mi culo? — pregunté burlona.

—No, en meterte la polla hasta dentro y que te corras mientras yo sujeto tus caderas —contestó entre risas.

Joder, las palabras lascivas dichas por su boca me ponen a mil, así que solo soy capaz de abrir más mis piernas y facilitarle el acceso.

Estamos los dos desnudos mirando por el ventanal, yo agarrada al borde del mueble y él agarrado a mis caderas, obviamente los cristales por fuera son de

espejo y no se puede ver el interior, pero me pone tanto esta postura. Observo el ritmo de la ciudad, mientras nosotros parecemos ajenos a todo. Axel se pone el

condón y gruñe de nuevo, esto ya es una tónica habitual, mete dos dedos en mi

sexo con sus labios besando mi nuca y comprueba que estoy muy húmeda; normal, después del calentamiento *post sushi* no podría no estarlo.

—Estás preciosa así desnuda para mí —me susurra en la oreja, sin dejar de jugar con sus dos dedos en mi sexo.

Si una cosa me encanta de Axel es que estimula varios de mis sentidos a la vez, no se centra en una cosa solo, sino que le encanta abarcar todo lo posible para que mi cuerpo disfrute al máximo.

Sin darme tiempo a decir nada, saca sus dedos de mi interior y acerca su erección firme a la entrada de mi sexo, sin más preámbulos. Su primera embestida es fuerte y profunda, casi siento dolor con su primera clavada, después la saca casi completamente y vuelve a repetir la maniobra. Tengo que hacer fuerza y agarrarme al mueble para no clavármelo en el vientre. Entra y sale de mí, pero mi vagina ya se ha acomodado a recibirlo y el placer se acentúa con

cada empujón. Contraigo los músculos cuando la tengo en el fondo, y él lo nota.

—Joder, Lía, si sigues haciendo eso me voy a correr.

—¿Ya?, qué rapidito eres, ¿no? —le digo con sorna.

—Ahora te vas a enterar, princesa —me amenaza.

A la vez que sigue con sus estocadas mágicas, pasa su mano derecha por delante de mi sexo y toca el botón de encendido. Con la izquierda sigue clavándome los dedos en la cadera, probablemente se me quedará la marca, pero

me da absolutamente igual. Sabe perfectamente el tipo de presión y movimiento

adecuado para que mi clítoris estalle de placer. Joder, ahora sí que voy a ser rápida yo también. Siento como todo mi cuerpo, pero cuando digo todo, digo todo, va a temblar por la fuerte sacudida del orgasmo.

—Lía, no me digas que también vas a ser rapidita —me susurra al oído.
Sigue

con su ritmo desenfrenado. Dentro, fuera. Dentro, fuera. Yo sigo contrayendo mis músculos y sus dedos hábilmente me tienen a punto de estallar. Gruñe, gimo.

Gruñe y gruño.

—¡Joderrrr! —decimos al unísono.

El placer que me ha atravesado desde los pies hasta la cabeza, haciendo especial hincapié entre mis muslos, hace que me tiemblen las piernas. Axel, con

el peso de su cuerpo encima de mi espalda y la respiración entrecortada aún, se

retira el condón donde ha vaciado toda su esencia y me da la vuelta para estar cara a cara.

—Me vuelves loco, princesa.

Sin recuperar del todo mi respiración habitual y mirando a sus ojos acierto a decir.

—Creo que es mutuo, vecino.

Sin apenas tiempo para nada más, recogemos toda la ropa desperdigada por el despacho y nos vestimos con una sonrisa en los labios. Por mi cabeza se pasan

un montón de cosas ahora mismo. Estoy loca. Qué coño hago follando como una

adolescente. Perdí todas las neuronas. “Lía, vuelve a poner los pies en el suelo, por favor”.

—Quieres dejar descansar esa cabecita —me dice Axel mientras me besa suavemente en los labios de nuevo.

Parece ser que mi cara es un poema, con todo ese aluvión de ideas que me acaban de traspasar el cerebro.

—Bueno, es que es todo tan intenso —me justifico.

—Está bien, tranquila. Solo voy a decirte un par de cosas que quiero que pienses.

—Uf, qué serio te estás poniendo, me das miedo.

—Déjame hablar primero y luego me dices. ¿Entendido?

—Sí, vecino —contesto poniendo morritos.

—Lo primero es que no quiero volver a usar un condón. —Abro tanto los ojos que parece que se me van a salir de las órbitas—. No me mires así, quiero poder

metértela y sentirte sin límites —sus palabras me han puesto cachonda, a la vez

que roja como un tomate. Coño con mi vecino. Continúa—: Puedes pedir cita para el médico, podemos ir juntos, me hago una analítica para que veas que estoy sano y que nos recomiende un método anticonceptivo, el que tú prefieras.

—¡Qué directo!, ya veo que vas al grano.

—No seas tonta, no tenemos quince años, creo que es lo mejor para los dos.

—Está bien, ya pido cita con Susana, mi ginecóloga, y te digo.

—¡Perfecto! Y lo segundo y más importante, ya he encontrado un sitio para vivir, además voy a seguir siendo tu vecino, porque sabes que me pone mogollón

que me llames así.

Arqueo las cejas de nuevo. Joder, Axel, no dejas de sorprenderme hoy.

—¿Qué..., has encontrado un apartamento cerca de mi casa? —pregunto sorprendida.

Sé que la zona, al ser bastante céntrica, se cotiza, y como él está de becario.

La verdad es que no tengo ni idea de su situación económica. Bueno, para ser sinceros, ni de eso ni de casi nada de su vida. Aunque realmente es lo que menos

me preocupa.

—Sí, muy cerca, ahora solo estoy esperando que la propietaria acepte mi oferta —y entonces me agarra de la cintura y me pega fuerte contra su cuerpo,

pone voz melosa y sigue hablando—. El sitio es perfecto, una especie de

estudio

loft, con mucha luz, una cama enorme y todo lo necesario para mí. —Me besa, me pasa su lengua húmeda por mis labios, me derrite—. Además, está pegado a

la casa de la persona que más me importa ahora mismo.

Enreda sus dedos en mi pelo y me coge fuerte de la nuca, fundiéndome en un beso que me deja sin aire. Cuando por fin se despega, me suelta la bomba final.

—Entonces mi princesa, de ahora en adelante mi casera, ¿qué dice?, ¿dice un sí?

¡Joderrr!, está loco. Me suelto de él como un resorte, me tenía fundida, pegada

a su cuerpo. Necesito poner distancia para que me vuelva a circular la sangre y

de una maldita vez me llegue al cerebro.

—¿Cómo? Estás loco, no puedes vivir en el *loft*, no pienso alquilártelo. Es una locura.

—Vamos, Lía, piénsalo. Medítalo un poco por lo menos. Ya sabía que me ibas

a decir que no; pero por lo menos considéralo, aunque sea unas horas.

—Joder, Axel. No puedes llegar y a los dos días querer meterte en mi casa y en mi vida así. Entiéndelo. No sabemos si lo nuestro, que no sé todavía ni lo que es, va a funcionar. No puedo meterte en mi casa, presentarte a mis hijos, así, sin

más.

—Pues por eso lo mejor es que esté cerca, pero sin invadir tu intimidad. Así aprovecharemos los ratos que podamos estar juntos, pero a la vez cada uno tendrá su espacio. No quiero agobiarte, pero me encantaría estar cerca para cuando te apetezca mi compañía. Además te pagaría y te ayudaría con la hipoteca. Tú misma dijiste que pagas más por tener el *loft*.

—Estás loco, cómo voy a acostarme contigo y me vas a pagar el alquiler, no tiene ningún sentido, ¿quién crees que soy?

—No te pongas a la defensiva, yo no lo veo así, que me acueste contigo no tiene nada que ver para que pague por el sitio en el que viviré. Por favor, piénsalo. Si me dices que no, buscaré otra cosa, pero dame al menos una oportunidad.

—Axel... —me tiembla la voz, todos estos sentimientos tan fuertes me convierten en una persona débil, hacía mucho que yo no me sentía así.

Él me vuelve a apretar contra su cuerpo, la separación no le ha gustado nada.

—Ven aquí, por favor, no te alejes. Yo solo quiero disfrutar de ti y compartir contigo todo lo que tú me dejes. Bésame —me ordenó.

Mi boca se encuentra con la suya y mil mariposas empiezan a revolotear en mi

estómago. “En serio, Lía. Ahora sí que eres una puta adolescente”.

—Está bien, déjame pensarlo.

—De acuerdo, princesa.

Nos despedimos porque eran casi las 16.00, los dos teníamos que volver a trabajar. Y aunque él seguro que se iba a poder concentrar en su cometido, yo

estaba segura de que lo mejor que podía hacer era irme a buscar a mis hijos, volverme a casa y meterme en mi bañera a relajarme y a pensar.

25- MIEDO AL MIEDO

No he pegado ojo en toda la noche, intento pensar qué es lo correcto, pero no es posible sacar nada en claro con la certeza de no equivocarme. No veo a Axel

desde ayer y solo nos hemos mandado *whatsapp* durante toda la tarde y parte de la noche. Dice que no quiere agobiarme y que solo quiere estar cerca de mí; pero

yo no sé si tenerle tan cerca, me nublará el juicio. Soy adulta y él me hace comportarme como una adolescente con su primer amor. No sé si, apenas nueve

meses después de romper una relación tan larga, estoy preparada para subirme a

ese tren de nuevo. Aunque también pienso que tampoco tengo que comerme la

cabeza tanto, se trata de algo a corto plazo, probablemente esto solo sea un calentón de ambos, él es muy joven, su contrato termina en junio. Puede que solo sea cuestión de unos meses y no me gustaría no disfrutar de él al máximo.

Sentirme deseada me hace feliz. Joder, si hasta tengo otro brillo en la cara.

Durante unos segundos pienso que me merezco pensar solo un poquito en mí. Y

al instante reflexiono sobre lo tranquila que estaba disfrutando de mis hijos, sola.

Y que no tengo la necesidad de meterme en más rollos. Tampoco sé cómo plantear esta relación a los niños, ni cómo se lo tomarán. Es todo muy

complicado. De momento no puedo tomar ninguna decisión. Tengo miedo a tener miedo.

A lo que sí he contestado es a su propuesta de usar un método anticonceptivo y olvidarnos del condón. He mandado a Axel a la consulta de Susana, mi ginecóloga, que tiene la clínica en el mismo edificio que nuestra oficina. Así podrán hacerle análisis y nos darán los resultados mañana. Yo iré a las 13.30 y

me dirá qué método me viene mejor, creo que Axel quiere acompañarme, pero me puedo ocupar sola. Es más, he quedado con Julia para que me acompañe y

así la invitaré a comer. No es que no le crea cuando me ha dicho que está sano,

pero como cada vez hay más enfermedades de transmisión sexual, no me ha parecido mal que empecemos sabiendo que todo está correcto.

Necesito estar con Julia un rato, contarle todo lo que me pasa por la cabeza,

aunque sé de antemano cuál va a ser su respuesta a todas mis dudas, quiero compartir con ella cómo me siento, ella con solo mirarme sabe lo que guardo en

mi interior, así que no la quiero dejar al margen de mis sentimientos, por muy suicida que me parezca en cuanto a relaciones sentimentales se refiere. A Axel le he dicho que no lo podía ver hasta las 19.00, me ha dado pena no compartir

juegos eróticos al mediodía, pero tengo que centrarme un poco.

A las 13.35 entramos Julia y yo en la consulta de Susana. Como siempre, nos recibe con una sonrisa, pero hoy está demasiado risueña.

—Buenos días, chica con suerte —me saluda Susana al entrar.

—Cabrona la llamo yo desde que lo vi —espeta descojonándose Julia. Cabe decir que son muchos años y hay confianza entre nosotras.

—Gracias a las dos, pero no sé de qué me estáis hablando —me hago la interesante.

—La próxima vez que me mandes a un amigo así de especial, avísame, porque me hubiera puesto una bata nueva, con buena lencería debajo.

—¡Estáis fatal!, vamos al grano, por favor —les corto las bromas.

—Bueno, puedes estar tranquila, le he pasado con Alfonso y le han hecho análisis de todo, mañana tendrás los resultados, me ha pedido que te los envíe a

ti directamente, ya sabes que con la ley de protección de datos no debería, pero

contigo haré una excepción.

—Muy bien, y ahora dale algo para que no se nos quede preñada del modelo de anuncio. Y a correr, que tengo un hambre de la hostia —dice Julia, cortando

la charla.

—Joder, Julia, cuando tienes hambre muerdes —le gruño.

—Bueno, pues concretando el tema, como hace muchos años que no usas anticonceptivos, creo que empezar con la píldora ahora es un poco rollo, así que

te recomiendo un implante anticonceptivo. ¿Te acuerdas que te lo propuse cuando estabas con Carlo?

—Sí, ya me acuerdo, ya sabes que no me gusta nada que mi cuerpo reciba

todas esas hormonas, pero probablemente sea para un periodo corto de tiempo.

—Ya está la alegría de la huerta —espeta Julia con su boca.

—Con esto estarás cubierta por lo menos 3 años; y si te lo quieres quitar antes,

no hay ningún problema —me explica Susana.

—Perfecto, pues yo creo que será lo mejor, dime cuándo me lo puedes poner y

listo.

—Mañana a esta misma hora.

—Genial, y después a follar como una loca —se cachondea Julia—. ¡A comer!

Nos despedimos de Susana y, cómo no, vamos al Five a comer, ya tenemos nuestra mesa de siempre. Leo nos ha servido la comida, pero sin la atención que

nos presta en otras ocasiones.

—Uy, noto cierta tensión entre el argentino y tú, ¿me equivoco?

—Estamos aquí para hablar de ti no de mí.

—No seas capulla, ¿ha pasado algo que deba saber?

—No, solamente que solo coincidimos en un sitio y me he empezado a cansar.

—Vale, voy a intentar no decirte la típica frase de “te lo dije”, pero es que me lo pones a huevo. ¿Y por qué coño has querido venir a comer aquí entonces?

—Porque sigue alegrándome la vista y nuestra mesa es la mejor —me contesta tranquila—. Pero, a lo que vamos, ¿qué te está volviendo loca?, aparte

del placer de follar como una descosida.

—Joder, Julia, qué burra eres. —La pongo al día con mi cascada de sentimientos, le cuento la idea de Axel de querer vivir en mi casa, de lo aterrada que estoy de dejarme llevar. Como era de esperar, me anima a que salte un poco

al vacío y que deje de compadecerme por si la estoy cagando. Ya sabía yo que

ella lo iba a ver de otro modo y estoy empezando a admirar esa capacidad de no

ver siempre lo malo que pueda pasar. Me dice que por supuesto la decisión es mía y que no pasa nada si ahora me subo a este tren y después choca, o descarrila o se para en la siguiente estación y se baja él o me bajo yo. Que después de lo que he vivido sabré amoldarme a las consecuencias.

Y por fin creo que tiene razón, esto solo es un paso, no estoy firmando ningún

contrato. Ese ya lo firmé y al cabo de unos años se rompió. Porque en las relaciones nada es para siempre, con firma o sin firma. Así que no hay nada malo en intentar disfrutar del momento, sin querer controlar lo incontrolable.

Volvemos al despacho y sigo trabajando, un poco más tranquila después de mi

charla con Julia, ella está súper emocionada con nuestra nueva historia, sé que siempre quiere lo mejor para mí. Igual que yo lo quiero para ella. Ahora solo me

falta pensar cómo les voy a decir a los niños que tendremos un inquilino en el

loft. Lo mejor será darles una versión lo más ajustada a la verdad, que es un amigo mío de Barcelona que conocí en mi viaje y que vivirá aquí unos meses por trabajo.

Al terminar la jornada, Axel me espera abajo con su moto, todavía no le he contado mi decisión y estoy deseando estar a solas con él y ver su reacción cuando se lo diga.

Al salir del portal, su imagen me hace tambalearme, está apoyado en la moto, con sus vaqueros negros rotos, una *bomber* verde militar, una camiseta blanca que asoma por debajo y sus gafas de sol, está increíble. Desde ayer no lo había

visto y creo que he mojado mis bragas al toparme con su estampa. Sí, es como

un sueño; pero está ahí, esperándome a mí. Me sonrío cuando me ve salir, seguro

que se ha dado cuenta de que me encanta lo que veo, me acerco y me da el casco. Hoy me puse pantalones porque quiero disfrutar del paseo subida en esa

maravilla.

—Hola, princesa. Tenía muchas ganas de verte. —Se acerca a mi cuerpo y me

quedo petrificada, creo que me va a besar, aquí delante del portal de la oficina.

Debe de ver mi cara de asombro, porque en el último segundo me da un beso en la mejilla y me ayuda con el casco. Sé que ha notado mi tirantez.

Definitivamente soy idiota.

—Hola, vecino —acierto a decir suavemente.

Le indico el camino y giramos rumbo al Sardinero. He sido una pésima anfitriona, no le he enseñado nada de mi ciudad y me siento un poco estúpida por ello. Así que, aunque me muero de ganas de estar desnuda entre sus brazos,

ahora que todavía hay luz voy a llevarlo al Sardinero y subiremos hasta el Faro,

para que contemple la costa del norte y una de las mejores playas de nuestro país.

Santander es una ciudad pequeña, por lo que circular por ella no es nada agobiante. Salimos con su moto por el Paseo de Pereda, dejando a la derecha la

hermosa bahía. Subimos la denominada Cuesta del Gas y enfilamos el Paseo de

Reina Victoria, la majestuosidad de las casas y las vistas de Somo y Pedreña a la derecha convierten el paseo en una ruta singular. Axel conduce despacio y veo cómo se deleita con el paisaje. Al fondo, el Palacio de la Magdalena. Al llegar a su famosa curva, afloja la velocidad y lo agradezco, porque con tráfico o sin él

esta curva suele ser bastante peligrosa. Al doblar la misma descendemos dejando

atrás la Playa del Camello y atisbamos la Primera Playa del Sardinero, desde aquí se divisa la intensidad del Mar Cantábrico. Creo que podría vivir en cualquier ciudad del mundo, pero siempre que tuviese mar. Las ciudades de interior me producen claustrofobia.

Llegamos al Casino y nos detenemos en el semáforo. Axel se gira y me dice con los ojos que le gusta lo que ve. Después de dejar atrás la Segunda Playa del

Sardinero, subimos por la Avenida del Faro dejando a la derecha el Parque de

Mataleñas, con las copas de sus árboles centenarios fundiéndose entre el cielo y

el mar. Al llegar al Faro de Cabo Mayor, dejamos la moto aparcada y le enseño

las vistas. Hace una buena tarde, así que se puede ver la costa en todo su esplendor. La mar está en calma y nos sentamos al borde del acantilado. Como a

estas horas no hay mucha gente, me mira a los ojos y me abraza, parece que me

esté pidiendo permiso.

—Antes siento lo del beso, te habré parecido idiota —me justifico.

—Tranquila, princesa. Te he dicho que no voy a agobiarte, seguiré tu ritmo.

—Lo sé, lo que pasa es que allí nos podía ver cualquiera, de tu trabajo o del mío. Y no creo estar preparada para que nos pregunten, ni para dar explicaciones.

—Sí, lo sé, pero que sepas que a mí me da absolutamente igual lo que piensen,

no tengo que dar explicaciones a nadie. Pero entiendo que tú necesitas tiempo.

—Me agarra la cara con sus manos y me mira con esos ojos verdes que me traspasan el pensamiento. Me besa con tal delicadeza que me estremezco entre sus brazos.

Para relajar el ambiente, hablamos de su visita a Susana y de que mañana me pondré el implante, me dice que quiere que esté segura y que me acompañará.

Sus labios tocan los míos y la calidez de su beso me transporta a millones de kilómetros de aquí. Él y yo. En nuestra isla, el día que estuvimos solos y desnudos tirados en la arena. Su beso ha encendido ese interruptor de mi cerebro. Se puede parar el mundo ahora mismo, porque no quiero moverme de

aquí.

Nos separamos un segundo para coger aire y creo que es el momento perfecto para saltar al vacío, sin cuerda y sin red.

—Axel, he estado pensando y, aunque sigo creyendo que todo es una locura, puedes mudarte al *loft*. —Su rostro se ilumina y su mirada me intenta decir muchas cosas, yo aparto un poco mis ojos de los suyos porque estoy completamente a su merced.

—Gracias, princesa, no te vas a arrepentir, créeme —me susurra entre dientes muy cerca de mi boca.

Y vuelve a besarme con fuerza, esta vez mucho más excitado.

—¿No crees qué esto es una locura? —pregunto indecisa aún.

—No, solo estamos viviendo el momento, nuestro aquí y ahora.

26- VECINOS DE NUEVO

Es viernes y seguiré trabajando hasta las 15.00, hoy me toca jornada continua. Mi trabajo siempre me gusta y me resulta hasta divertido estar todo el día haciendo números. Siempre fui muy de cuentas; pero hoy, en cambio, estoy

deseando terminar. Quiero llegar a casa y empezar mi fin de semana disfrutando

de mi nuevo vecino.

Axel hoy no ha ido a trabajar, ha pedido el día para hacer la mudanza, creo que su hermana le iba a mandar sus cosas desde Barcelona. No lo veo desde que

me acompañó a ponerme el implante anticonceptivo. Y cada minuto que paso a

su lado me sorprende más. Fue tan atento y cariñoso conmigo que hasta me dio

miedo. Sin obviar el detalle de que se negó a que pagara yo. No tengo ni idea de

dónde saca el dinero, pero parece que no es ningún problema para él. Es imposible que exista alguien así de completo. Es guapo, educado, cariñoso y encima es un excelente amante. Me siento como la protagonista de una peli, a veces creo que va a pasar como en las películas esas chungas de Antena3 de los

sábados, que el tío bueno perfecto al que todas adoran se convierte en un sicópata. Nota mental: “Lía, deja de flipar”.

El tiempo que estamos juntos siempre acabamos enredados en otros

menesteres y apenas sabemos nada el uno del otro. Bueno, quien dice otros menesteres, dice sexo, mucho sexo, sexo del que te hace ver las estrellas.

Normal que las conversaciones triviales como quién eres y de dónde has salido

queden relevadas a un segundo plano.

Puede que este fin de semana, que vamos a estar solos hasta el domingo por la

noche, intente conocerlo un poco más, o puede que al final sea mejor no tener ni

idea el uno del otro. Así todo fluye entre risas y jadeos, mucho más fácil, sin complicaciones. Además, hay que partir de la base que tendré que aceptar y creer lo que él me quiera contar, no estoy por la labor de sonsacarle la información a la fuerza.

—Hola, Julia, ¿ya te vas? —pregunto a Julia mientras asoma su cabeza por mi

despacho.

—Sí, este fin de semana le he dicho a mi hermana que seré su canguro, así ella

se lleva al soso de su marido a Asturias de “fin de semana romántico”, a ver si

allí consigue relajarse y que no parezca que tiene un palo metido por el culo las 24 horas del día.

—No seas exagerada, tampoco es tan sieso.

—Joder, Lía, si en vez de reír parece que le escuece la almorrana. ¿Y tú, no te vas?, porque desde aquí hueles a perra en celo.

—¡Qué bestia eres, amiga mía! Sí, me iré ahora, y para alentar tu mente calenturienta te diré que voy a estar todo el fin de semana follando como una loca sin salir de la cama.

—¡Serás japuta! Disfruta, que es tu momento. Y por supuesto el lunes me cuentas algún detallito, más que nada para que pueda lamentarme de mi escasa

vida sexual. ¡Ay que joderse!, ahora eres tú la que me cuentas sus polvos a mí.

—La risa va por barrios, como se suele decir, ¡¡capulla!!

Nos abrazamos fuerte y nos damos unos cuantos besos, nosotras no somos de muestras de cariño tan efusivas, ya se sabe, los del norte somos de carácter más

seco, según se dice, pero el momento lo requería. Al fundirnos en ese abrazo nos

estamos diciendo un montón de cosas que a veces las palabras no expresan, tales

como: disfruta el momento que te lo mereces, ojalá algún día encuentres a alguien que te haga estar así de feliz, siempre estaremos juntas para lo bueno y lo malo... Cómo no, al dejar de abrazarnos, y antes de salir por la puerta, tuvo que soltar por esa boca el último impropio, para que la escena no fuese de lo más

moña.

—Si te escuece mucho el lunes, ya te traigo una cremita que viene muy bien para esos casos.

—Ya te lo pediré si lo necesito, ¡¡envidiosa!!

Cuando entré por la puerta de mi casa, respiré un par de veces profundamente,

es un gesto que hago habitualmente cuando me quiero enfrentar a algo que me

asusta. Dejé el bolso y la chaqueta en mi habitación y fui hasta la puerta del *loft*.

Mi corazón latía más rápido y mi cabeza me repetía: “tranquila, Lía, solo es un

fin de semana más”.

Pero en el fondo de mi subconsciente yo sabía que abrir esa puerta,

literalmente, era abrir otra puerta más, la de mi corazón, que se había cerrado con un tremendo portazo meses atrás.

Comenzar algo nuevo, algo completamente desconocido. Esa sensación me

producía sentimientos contradictorios. Primero, excitación, por el sexo con él, el placer, el poder tocar las estrellas con un solo orgasmo. Y segundo, miedo, miedo porque, aunque en principio solo se trata de sexo, creo que nunca va caminando solo, el sexo siempre implica sentimientos, una atracción, ya sea física o psíquica. El sexo, concebido como solo sexo, se da en ocasiones puntuales. En mi caso, fue en la isla, las primeras veces. Después siempre hay algo más, algo que aunque no sepas como definirlo está ahí. Y con Axel, aunque

no quiera implicarme demasiado, sé que empiezo a sentir cosas, que no tienen un

nombre concreto pero que están ahí. Pareceré una puta quinceañera, pero con los nudillos en la puerta millones de mariposas revolotean en mi estómago. “Hay que joderse, Lía”.

Tarda un poco en abrir, vuelvo a llamar y por fin la puerta se abre. Joder, está increíble. Lleva un pantalón gris de algodón que le cae un poco en las caderas y

va sin camiseta, con el pelo mojado; ahora que lo tiene más largo le cae alguna

gota de agua todavía por los hombros y el pecho. No quiero imaginarme la cara

de imbécil que debo de tener, es obvio, hasta tengo la boca abierta.

—Hola, princesa, ¿te gusta lo que ves?

El capullo siempre tiene que ser tan arrogante, por supuesto que me gusta, está

increíble y lo sabe.

—Sí, el *loft* está perfecto, todo muy ordenado y limpio, así me gusta. —Trato de parecer indiferente y aguantar la compostura, mientras intento borrar su imagen abriéndome la puerta.

—Ven aquí, solo estaba vacilándote. —Me abraza, me coge de la cintura y me

pega mucho a su cuerpo. Me besa, me mete su lengua y saboreo el sabor a clorofila de sus dientes recién lavados. Envuelve su boca con la mía y su beso,

húmedo y profundo, hace que me olvide de mi mundo, entero. Ya solo puedo pensar en cuando me quitará la ropa y se meterá entre mis piernas. En mi cabeza

suenan “Beso” y su letra invade mi cerebro; el poco que está conectado, claro.

“Beso, camino sin regreso, elixir inmortal...”.

Cuando nuestras bocas se separan, que nos lleva un rato, conseguimos volver a hablar.

—¿Has comido? —me pregunta mientras va a buscar una camiseta—. Acabo de salir de la ducha. La mañana me ha cundido mucho. Ya saqué todo lo de las

cajas y creo que he conseguido dejar cada cosa en su sitio —me dice orgulloso.

—Comí un pincho a media mañana.

—Pues entonces vamos a comer algo, necesitamos mucha energía para pasar

este fin de semana.

Abro los ojos como platos, mientras él se acerca a la nevera y saca pasta fresca y algo de pollo.

—Pero ¿también te ha dado tiempo a hacer la compra? —digo asombrada.

—Por supuesto, princesa. La hice por internet y me la acaban de traer, ventajas de ciudad pequeña, ¿no crees?

—Sí, ya veo que te las arreglas muy bien. Y además ¿cocinas?

—Claro, hace mucho que vivo solo y me encanta comer, además una buena alimentación es básica para... —Y lo interrumpo sin dejarle terminar la frase:

—Para mantener ese cuerpo, ¿no?

Se ríe a carcajadas, y esa risa entra por mis oídos y conexiona directamente entre mis muslos. Su sonrisa, con sus labios, fino el de arriba y carnoso el de abajo. Las arrugas que se le abren a ambos lados de su boca mientras se ríe, con

sus dientes blancos y perfectos. En general, me vuelve loca.

—Qué va princesa, eso es un topicazo, te estaba vacilando otra vez, ¡quieres relajarte, por favor! La naturaleza ha sido muy generosa conmigo, me encanta comer, pero también hago bastante ejercicio, así que es un poco de todo.

—No estoy nerviosa —aclaro.

—Sí lo estás, Lía, estás tensa. No quiero verte así, quiero que disfrutes y estés cómoda conmigo, que seas tú, como en la isla. Piensa que solo estamos tú y yo,

aunque sea solo hasta el domingo, ¿lo intentarás?

—Está bien, lo intentaré, pero ten paciencia conmigo, es todo nuevo y

desconocido. Y a veces me asusta.

“Ole y ole, han pasado menos de diez minutos y ya estás hablando de sentimientos. ¿Qué le pienso decir después de follar por primera vez sin condón?, que voy a ser suya para siempre, como en las telenovelas”.

—Para mí también es todo nuevo, pero quiero disfrutar de ti, contigo.

¡Oh!, menuda frasecita, disfrutar de ti, contigo. Voy a tener que ir a cambiarme de bragas. Joder, Axel, no voy a ganar para ropa interior contigo.

Cocinando se le ve muy cómodo, hace unos *tagliatelli* con pollo al curry súper rápido que están buenísimos. Le vacilo diciendo que sería su único plato aceptable y que lo usará siempre para lucirse con las féminas. Se pica un poco y

me dice que tiene una amplia variedad de platos, que poco a poco me irá deleitando con ellos. No sé si abrazarlo, besarlo o comerlo también a él.
Encima

cocina, esto debe de ser un puto sueño. Nos bebemos una botella de Inedit y no

tomamos postre, bromeamos con no querer perder la línea. Durante la comida, me cuenta que en Barcelona hizo un curso de cocina, que siempre le ha interesado saber cocinar y todo lo relacionado con la gastronomía.

Intento recoger los platos; pero Axel, como un caballero del siglo XXI, se niega. Así que paso a mi casa para lavarme los dientes y cambiarme de ropa.

Qué tarea más difícil. ¿Qué se pone una para un fin de semana así? ¿Pijama?,

¿cómo me voy a poner un pijama?, de esos de dos piezas y de invierno, tan poco

sexis, ¿no?, descartado. ¿Camisón?, los que tengo son todos de verano y no me

veo apareciendo por la puerta otra vez con un camisón de seda de tirantes, es un

poco como de película, muy estereotipado, ¿no? ¿Descalza? Eso por supuesto.

Eso es lo único que tengo claro.

Al final me decanto por una camisola blanca con rayas azules, con botones en

la parte delantera, que uso a veces para estar en casa y que tiene la largura exacta, ni muy corta para que se vean mis bragas tipo *culotte* de encaje blanco, ni muy larga para que parezca un vestido. Me miro por última vez en el espejo

de mi habitación y sin darme cuenta respiro hondo dos veces. Allá voy.

Axel está esperándome apoyado en el marco de la puerta.

—Ven aquí, haremos esto como la ocasión se merece.

Entonces me coge por las piernas y traspasa la puerta como hacen en las pelis los recién casados, conmigo en sus brazos.

Nos miramos y mientras nos vamos besando y descojonándonos a la vez me tira en su cama, se pone encima de mí y me empieza a desnudar.

Sus dedos mágicos desabrochan los botones de mi camisola, lentamente,

dando demasiada ceremonia al asunto. Sus ojos verdes no dejan de mirar los míos, son de un verde tan claro que parece que puedo ver a través de ellos. Su

boca se pega a mis labios y me susurra un “estás preciosa”, que hace que el centro de mi placer comience a palpitar. Pasa su pulgar por mis labios y creo que estoy a punto de derretirme debajo de él. Como puedo, le voy quitando la camiseta y se la saco por la cabeza, sin darme cuenta ya estoy completamente desnuda envuelta en sus brazos. Me cubre de besos toda la cara, desde la sien

hasta la mandíbula, para después recrearse en mi cuello, yo me retuerzo entre sus músculos y con mis manos consigo deslizar el pantalón y el *bóxer* por sus piernas, su gran erección por fin queda al descubierto, me relamo.

—Princesa, no te pases así la lengua por tu increíble boca porque me entran unas ganas tremendas de meterte la polla en ella.

Sus palabras me excitan aún más, si eso es posible, y solo vuelvo a morder mi labio con mis dientes.

—Pues métemela —acierto a decir.

—Tranquila, tenemos mucho tiempo, ahora solo quiero sentirte sin barreras.

Sigue besándome los hombros, el cuello y llega a mis pechos, mis manos están pegadas a su espalda y le clavo los dedos con fuerza, no sé si podré aguantar mucho más, todas mis terminaciones nerviosas están activadas.

Jugando con mi pezón consigue acabar de acelerarme, sus mordiscos y sus besos

me tienen completamente a su merced.

—Axel, por favor, me estás volviendo loca —suplico.

—Lía, tú sí que me vuelves loco a mí. Necesito estar dentro de ti ya.

Sus dedos llegan a mis pliegues y comprueba que estoy totalmente preparada

para sus embestidas. Sin más, se agarra la polla con la mano derecha y la acerca

a mi entrada.

Hay tantos fluidos que no le cuesta nada metérmela hasta el fondo. Es tan grande y está tan erecta, que al sentirla en lo más profundo de mí ser se me escapa un gemido, era un cóctel de dolor y placer.

—¡Hostia! —grito con su primera embestida. Lo sé, no suena nada fino.

—¿Te hago daño, princesa? —pregunta asustado.

—No, más bien todo lo contrario.

Axel, sonrío y sin dejar de besarme empieza a empujar, se coloca entre mis piernas, que están todo lo abiertas que me permite mi flexibilidad, doy gracias al pilates por conseguir que siga en forma, y sus embestidas empiezan a ser más fuertes.

—Joder, sentirte así es increíble —me susurra en la boca.

Su polla está muy dura y con cada empellón yo arqueo la espalda de puro placer. Dentro. Fuera. Dentro. Fuera. Se recrea en cada embestida, con su mano

me acaricia la cara, es tan tierno ver cómo me toca así.

—Quiero que te corras, así que tócate si lo necesitas —dice entre gemidos.

Pero con sus embestidas pega tanto su pelvis a mi clítoris que la fricción ya está masajeando mi botón. Sé que en unas embestidas más llegaré al orgasmo sin

necesidad de acariciarme. Su cuerpo es tan perfecto que cuando cae sobre mí me

excita de arriba a abajo. Contraigo los músculos de mi vagina con cada sacudida

suya y así nos acoplábamos a la perfección.

—Joder, Lía, si sigues haciendo eso me voy a correr, y quiero que te corras conmigo.

—Sabes que eso está sobrevalorado ¿verdad? —le dije sonriendo.

Él siguió mirándome a los ojos sin dejar de acariciarme, pasó a agarrarme el

culo con ambas manos y supe que en dos embestidas más me llenaría por completo. Joder, qué locura, iba a correrse dentro de mí. Sacó su polla totalmente y me la metió con fuerza, muy adentro. Su pelvis rozó mi centro y enterré mi lengua en su boca. Sin dejarme casi respirar, me embistió tres veces

más con la misma fuerza y los dos gritamos jadeando el nombre el uno del otro.

Sonó por todo el *loft*. Agradezco que no haya vecinos cerca. Axel se desplomó encima de mi cuerpo y sentí como su esencia recorría parte de mis muslos. Metí

mi cabeza en su hombro y poco a poco fuimos recobrando la respiración. No creo que nada pueda compararse a lo que sentí en ese momento.

27- CONFESIONES ENTRE SEXO Y FOTOS

Comencé a notar unos fogonazos de luz, estoy completamente zombi. El sexo intenso al que me está sometiendo me ha dejado K.O., creo recordar que ya

es sábado. Pero algo me hace removerme, son una especie de destellos y además

van acompañados de ruidos. Intento abrir los ojos y ver qué pasa. Cuando lo consigo, veo a Axel sentado en una esquina de la cama, con su cámara de fotos

en la mano.

—¡Oh, no, no! —grito asustada—. Para, ¡por favor! —suplico.

—Tenía que empezar a fotografiarte, Lía, estás increíble después del sexo.

—¡Idiota! —me quejo, a la vez que me tapo la cara con la sábana.

—En serio, no seas tonta. Te prometo que luego te las enseño y censuras las

que quieras —me dice a la vez que posa su cámara y se acerca a besarme.

—No me hagas la pelota, no pienso posar para ti —me burlo, sacándole la lengua.

—Princesa, ten por seguro que sí posarás para mí, pero podemos discutir los términos —me susurró mientras su lengua jugaba con el lóbulo de mi oreja.

Sin darme cuenta, está otra vez desnudo, debajo de las sábanas con su pecho pegado a mi espalda. Desde esa posición tiene libre acceso a todo mi cuerpo y su

nariz está pegada a mi pelo.

—Axel... —intento sonar firme; pero a quién quiero engañar, suena más bien a súplica.

—Líiiiia —intervino alargando mucho la i.

Y ahí estaba, acoplada entre sus brazos. En una décima de segundo me giró de

espaldas al colchón y ya lo tenía encima de mí otra vez. Su pulgar acarició mis

labios y yo no pude contenerme, lo chupé ansiosamente. Es tan excitante. Ahí estaba él, apoyado sobre su codo izquierdo, con todos sus abdominales tensos; no puedo mirar, porque cada surco de su abdomen me atrae más.

No se puede tener ese cuerpo y pretender que no me deleite en él.

—Veo, princesa, que te gusta lo que ves, ¿no? —me pregunta con media sonrisilla.

Ya tuvo que darse cuenta el muy capullo.

Sin contestar a su pregunta, me meto su pulgar en la boca de nuevo y me deleito con su sabor. Sigo mirándole a los ojos, intentando obviar su comentario

anterior, solo estoy centrada en comer su dedo de la manera más lasciva posible.

—Joder, Lía. Si me vas a chupar así, quiero cambiar mi pulgar por mi polla —

me dice burlón.

—Adelante —contesto orgullosa.

Axel se pone de rodillas y yo despego mi espalda del colchón y me incorporo.

Me inclino hacia su cuerpo y, si la imagen de antes ya era impresionante, para definir la de ahora no tengo palabras. Su enorme polla erecta delante de mi boca

y todo su esculpido torso delante de mi vista. Con una mano agarro su miembro

y lo chupo, desde su base hasta la punta, recreándome en su hendidura. Mi otra

mano la poso en su abdomen, quiero sentir de cerca la tensión de su cuerpo.

Juego con mi lengua como lo hice antes con su pulgar y veo como echa su cabeza hacia atrás.

—Joder, Lía, necesito tocarte.

—Shhh... Tranquilo, ahora es mi turno.

Yo estoy excitadísima, a pesar de que él tiene sus manos en su cuello y no me está ni rozando; pero verlo tan entregado me pone a mil. Mi clítoris palpita

esperando su turno. Axel no se puede contener y enreda sus dedos en mi pelo,
a

la altura de mi nuca, ejerciendo la presión justa para que no deje de lamer su
polla con el ritmo adecuado.

—Si sigues así me voy a correr en tu boca —me avisa.

Entonces levanto la mirada para encontrarme con la suya y le guiño un ojo a
modo de aprobación, sin sacarme su miembro de mi boca.

Al segundo, Axel está gritando su famoso...

—¡¡¡Joder, Lía!!!

No sé cómo se recupera tan rápido, pero en cuanto vuelvo del baño y me
meto

de nuevo entre las sábanas ya lo tengo entre mis piernas de nuevo, acaricia
mis

pliegues y, como la excitación todavía me dura, me penetra lenta y
suavemente,

estimulando todo mi ser. En pocos minutos nos corremos de nuevo. Y solo es
sábado.

Creo que tendré que ir avisando a Julia para que el lunes me lleve a la oficina
su crema milagrosa.

—¿Tienes hambre? —me pregunta sacándome de mi ensoñación. Follar con
él

me deja en estado de semi inconsciencia.

—Un poco —respondí.

—Pues con lo que acabas de comer pensé que tendrías suficiente, viciosa —
me dijo con socarronería.

Le lanzo la almohada a la cabeza por capullo.

—Tranquila, que es broma, vamos a cenar algo.

Mientras prepara unas cuantas cosas de picar solo con sus pantalones grises puestos, me siento al otro lado de la isla de la cocina para contemplarlo. Me siento tan rara, él ahí haciendo todo y yo como una simple observadora. La sensación hasta me asusta.

Me sirve una copa de vino francés y corta un montón de quesos distintos y algo de embutido. Yo me he puesto mi camisola otra vez, sin ropa interior por supuesto.

Se sienta a mi lado en el otro taburete y entre vino y queso vamos

conversando animadamente. No quiero parecer una cotilla, pero necesito hacerle

alguna pregunta. ¿Qué hace un chico joven, guapo, estudiante y encima buen cocinero, con alguien como yo? Hay muchas cosas que no comprendo. Y sin esperar más, me lanzo al vacío:

—¿Quién eres, Axel Rivas?

Axel abre los ojos de par en par, está claro que no se esperaba mi pregunta.

—Venga, te propongo un trato —me espeta por sorpresa.

— ¡Uy!, qué miedo me das. Venga, contéstame.

—Está bien, vamos a hacerlo así. Yo cojo mi cámara y tú preguntas; si te contesto, te hago una foto posando para mí. Y si no te contesto, borramos una foto de las que ya te haya hecho.

—Vaya trato más raro, ¿no? —respondí.

—Bueno, yo no lo veo así, tú consigues información y yo mis fotos. Me parece justo —me dice sonriente.

—Está bien, trato hecho.

Parecía que estábamos jugando al juego de la verdad, pero con material fotográfico. Me sentí como una adolescente. Porque será que desde que lo conocí me he sentido así unas cuantas veces ya.

Mi primera pregunta siguió en vigor, así que me respondió amablemente. Me

dijo que era Axel, que tenía veintiséis años, que nació en Barcelona y que ha vivido en Roma y en París, donde su padre, que es diplomático, trabaja en la Embajada Española. Su madre es argentina y conoció a su padre en la

Universidad de Barcelona, es fotógrafa y trabaja en una revista de decoración.

Tiene una hermana, Alba, dos años mayor que él, que vive entre Madrid y Milán

y trabaja en Prada.

—Desabróchate la camisa y apoya los codos en la encimera —su voz sonó firme y autoritaria, me asusté.

Se le ve tan concentrado cogiendo su cámara. No sé si habrá sido buena idea iniciar este juego.

—¡Axel! —me quejo poniendo morritos.

—Princesa, respuesta igual a foto.

Me inclino en la encimera y él abre mi camisa, solo se ve el perfil de mis pechos algo caídos sobre la superficie de Corian. Coloca la copa de vino tapando

mi pezón izquierdo y deja libre para que se vea parte del derecho. Es todo tan sensual. Se nota que tiene bastante experiencia. Evito pensarlo demasiado.

—Baja la cabeza y ponla de lado —me volvió a ordenar.

Se coloca cogiendo el ángulo preciso y dispara. Tres clics más tarde, recupera su sonrisa y me besa.

—Has estado perfecta, siguiente pregunta.

Joder, tenía que ser muy directa si quería saber más cosas de él. Si las preguntas le resultan fáciles, estaré posando toda la noche.

—¿De quién huías en la isla?

Su cara cambia y me muestra una medio sonrisa que no le llega a los ojos.

Creo que será mi oportunidad de borrar una de mis fotos. Cuando estoy a punto

de pedirle la cámara con gesto triunfal, contesta.

—Se llamaba Eva.

—¿Se llamaba?, ¿Es que murió?

“Joder, Lía, y si es verdad que está muerta, qué poca delicadeza la tuya”.

Pongo los ojos en blanco.

—No, pero para mí sí. Bájate del taburete.

Esta vez obedecí sin hacer ni un mohín. Espero que tu curiosidad esté saciada porque probablemente esté llegando al límite que puedes soportar, pensé para mí. Seré imbécil.

Axel me coloca de pie, apoyada con las manos en el taburete alto de la

cocina,

de espaldas a él, me inclina levemente y sube mi camisola por la parte de atrás.

Joder, tengo medio culo al aire, esto tiene que acabar. Me abre un poco las piernas y me pone todo el pelo hacia un lado, cayendo sobre mi hombro. La postura es de lo más erótica y sentir sus manos mientras me coloca está provocándome una combustión, sobre todo entre mis muslos.

—Quieta, no te muevas —me ordena.

—Creo que no tendré más preguntas, su señoría —respondí burlona. Se acerca

de nuevo a mí y siento como con dos dedos moja mis pliegues.

—Joder, cómo no voy a moverme si me tocas así —protesté.

—Shh, quieta y calladita. Será un segundo.

Se aleja unos pasos, se pone de rodillas y oigo otra vez sus clics. Se acerca de nuevo a mí y me besa justo en el centro de mí andar.

—¿Alguna pregunta más, princesa?

—No —acerté a decir.

No me dejó apartar mis manos del borde del taburete. En esa misma posición agarró con fuerza mis caderas y desde atrás me embistió con su polla grande y

erecta. Llegaba tan profundo que casi dolía, su boca se pegó a mi nuca y sin dejar de darme mordisquitos empujaba una y otra vez. Dentro. Fuera. Dentro.

Fuera. Una vez, dos... Yo no podía soltar mis manos del taburete, tenía que aguantar sus arremetidas. Sus dedos pasaron a tocar mi clítoris a la vez que

me

seguía follando. Placer por todos los rincones. Era una sensación única, ahí, los dos, de pie, aguantando el peso de nuestros cuerpos y activando mi centro de placer. Estaba tan mojada que sus dedos se escurrían por mis pliegues. Haciendo

círculos alrededor de mi botón, me hizo vibrar. No tardé en alcanzar un fabuloso

orgasmo, uno de lo más increíbles de mi vida. Axel hundió su polla en mí y su

nariz en mi cuello.

—Joder, Lía. Me vuelves loco.

28- Y LLEGÓ EL DOMINGO

—¡Venga, quédate otro ratito!, solo son las 17.00 —musitó Axel en el umbral de la puerta cuando estaba saliendo.

—Eres insaciable, vecino. Necesito recuperarme porque a las 19.00 llegan mis

niños. Y si sigo aquí me van a ver con cara de sexo todavía, ¿lo entiendes, verdad? —le dije sonriendo.

—Está bien —se quejó—. Pero no sé si voy a poder aguantarme las ganas, sabiendo que vas a estar sola, en tu casa.

Su cara de pena no me ablandó y después de un beso largo y lascivo en la puerta, como si fuéramos dos putos niños en el portal, conseguí que la cerrara

y llegar hasta mi baño.

Estaba impregnada de él. Del olor de su colonia y de sexo. No es que me

molestara oler así, pero tenía que recuperar un poco de madurez. La rutina semanal con los niños estaba a punto de empezar, volvía a mi papel de madre.

Así que encendí el grifo de la bañera, la llené de sales y jabón de vainilla y me sumergí.

Mientras estaba disfrutando de mi relajante baño, los recuerdos del fin de semana venían a mi mente. El sexo, el placer infinito. No recuerdo haberlo hecho tantas veces en un día. Probablemente ni cuando Carlo y yo empezamos.

La sensación de disfrutar al 100% del sexo, sin ningún pudor. En ese aspecto es

casi imposible que estemos tan compenetrados en tan poco tiempo. Con él todo

es fácil. No pienso mucho, solo me dejo llevar por las sensaciones. Disfruto.

El sábado lo hemos pasado de la cama a la cocina y de la cocina a la cama, siempre hay que reponer fuerzas para continuar con el maratón de caricias y placer. También nos hemos duchado juntos; pero el olor a limpio nos ha durado

poco, porque siempre acabábamos impregnados el uno del otro. A ratos hasta nos dormíamos.

También recuerdo cosas que hemos hablado. Sé que le han roto el corazón, aunque no haya querido entrar en detalles. Yo también le he contado el episodio

de Carlo y la becaria. Me ha encantado su reacción comiéndome a besos y diciendo que hay que ser muy idiota para cometer un error así. Hemos hablado

de su familia, de sus vacaciones de niño en Punta del Este. De las empresas de su abuelo en Argentina y en Europa. Me ha dejado entrever que

económicamente su

familia no tiene ningún problema; pero que su padre, que es de origen más humilde, siempre les ha inculcado que en esta vida todo se consigue con trabajo y esfuerzo.

Me ha hablado también de su hermana Alba, que tiene veintiocho años y con la que se lleva súper bien. Dice que en breve se presentará para conocer Santander y a mí. Que ha estado unos cuantos meses volviéndola loca con nuestra historia. Yo me he sorprendido bastante, porque me ha dado a entender

que desde que nos despedimos en el aeropuerto ha estado esperando este momento.

Yo le he hablado por encima de mi familia. Bueno, es que como soy hija única, tampoco hay mucho de donde rascar. Mi padre huyó a la República Dominicana hace unos años después de arruinar a la familia por segunda vez y

mi madre decidió desconectar del mundo yéndose a vivir a Almería con su mejor

amiga cuando se jubiló. Así que yo no tengo recuerdos de viajes con ellos, ni de

vacaciones felices, ni de grandes comidas familiares. Más bien todo lo contrario.

Mi concepto de familia es el que yo me he creado, con mis hijos y Carlo, aunque

una parte de la ecuación ya no esté de ella.

Después de mi baño y de ponerme ropa cómoda organizo un poco la casa, la lista de la compra y los horarios de los niños. Lía, tu profesión de madre ha

vuelto, es una realidad.

Esta semana voy a tener muy complicado estar a solas con él, espero que lo entienda.

Es muy pronto todavía, pero creo que tendré que empezar a pensar cómo le presento a los niños y normalizar un poco la situación. Les tendré que decir que

un amigo mío va a vivir en el *loft* durante unos meses y lo demás ya se irá viendo cuando surja. No quiero estar escondiéndome de mis propios hijos, pero

tampoco quiero que de repente se encuentren con esta situación.

Suena mi móvil, será Julia.

—¡Diga melón! —contesto divertida.

—Zorrón, ¿qué tal el finde? Te llamaba para ver si mañana te tengo que llevar

la crema mágica para el chichi.

—¡Joder! ¡Qué burra eres! Pues de momento estoy bien, gracias. Ahora te voy

a decir una cosa; después del maratón de sexo que he tenido, no sé si mañana me

podré sentar.

—¡Ohhh!, cacho puta. Y yo limpiando culos y mocos de mis queridísimos sobrinos. La vida es injusta conmigo y lo sabes.

—No te quejes tanto, que algo catarás.

—Venga, quiero detalles.

—Joder, Julia, están a punto de llegar los niños. Te puedo hacer un resumen, hemos follado mucho y muy bien —le digo reposadamente.

—¿Y...? ¿Cuál es el pero? Porque tu tono de voz no me engaña. Ya estás comiéndote la cabeza. —La cabrona no sé cómo lo hace, pero me conoce mejor

que mi madre; aunque eso no es muy difícil, hace ya más de tres meses que no la

veo.

—No sé, es tan raro; joder, es un crío, le saco diez años —le digo.

—Coño, y Shakira a Piqué, qué gilipollez es esa. No es menor de edad y, por como dices que folla, está claro que tiene la madurez suficiente, ¿no?

—Sí, pero no sé, tengo miedo de estar saltando al vacío sin red.

—Joder, Lía. Quieres disfrutar el momento. Solo vive y disfruta, aquí y ahora.

—Está bien, psicóloga mía —musité—. Ya me relajo.

—Mañana comemos juntas, ¿no?

—Sí, pero nada de ir al Five. Que luego ya sabes lo que pasa.

—¡Ehh, nena!, que todas tenemos derecho a gozar.

—Hasta mañana, guarri.

—Chao, putón.

Ayyy, mi Julia, siempre tan dispuesta a abrirme a mí los ojos y cerrárselos ella.

Es tan raro estar en mi casa y que a menos de veinte metros esté Axel, solo, ¿qué estará haciendo?

Vuelvo a coger mi móvil para mandarle un *whatsapp*, pero en ese mismo instante llaman al timbre, creo que han llegado mis niños.

La rutina entraba con fuerza en la tarde noche del domingo. Deberes.

Lavadoras. Horarios semanales. Resúmenes de los partidos de fútbol. La cena.

Un poco de tele y todos a dormir.

Al meterme en la cama, agotada, cogí mi móvil para enviar ese *whatsapp* pendiente y para mi sorpresa Axel se me había adelantado y me había enviado tres.

“¿Qué tal la tarde, princesa?”. Hora 18.30.

“Como tengo ganas de verte, estoy editando tus fotos y se me está poniendo la

polla dura, ¿no quieres venir a verlas?”. Hora 19.30.

Será capullo.

“Buenas noches, princesa. Te echo de menos”. Hora 21.30.

Ohhh, creo que ya estoy saltando al vacío, y ni tan siquiera me he dado cuenta.

“Buenas noches, vecino. Yo también te echo de menos”.

29- UN PASO MÁS

Sin darme cuenta ya es viernes. Ha sido una semana muy rara. He estado ocupándome de los niños y del trabajo casi a jornada completa. Nadie sabe que

los minutos pueden volar hasta que tiene hijos. El tiempo parece que corre mucho más rápido y sin darte cuenta has hecho millones de cosas en unas pocas

horas. De ahí sale esa sensación de bienestar al finalizar el día y conseguir sentarte sola un rato en el sofá. Ahí es cuando haces balance y dices: hostia, si no he parado hasta este instante.

Apenas he estado con Axel, solo un par de mediodías que hemos comido en mi despacho. Bueno, quien dice comido, dice follado. Comer más bien poco.

Hemos aprovechado para vernos allí porque por las tardes ha sido imposible.

Él sale bastante tarde de trabajar; como está de prácticas, Juan le mete bastante caña. Ya se sabe, en tiempos de crisis se abusa de la mano de obra barata. A él no le molesta, porque le gusta bastante el proyecto del hotel en el que está trabajando. También se ha apuntado al gimnasio y un día a la semana me ha dicho que queda para boxear, al parecer empezó hace tiempo en Barcelona y dice

que le sirve para relajarse. No entiendo cómo darte de hostias puede relajarte, pero ya se sabe, los tíos funcionan de otra manera.

Hemos estado hablando de normalizar un poco la relación con mis niños. He

quedado en que se los voy a presentar. Les daré la versión *light*, esa en que lo presento como un amigo mío que ahora vive en el *loft*. Axel me ha dicho que él está preparado para cuando yo quiera dar el paso.

Julia me ha dicho que soy una gilipollas. Que tengo que presentarlo y punto.

Que tengo el mismo derecho a rehacer mi vida que el cabrón de Carlo. Ella siempre con la verdad por delante. Llegar a casa por las noches, saber que él está tan cerca y ni tan siquiera hablar un rato con él, convierte la relación en algo extraño. Me apetece un montón estar tirada con él en el sofá y sentir su olor antes de dormirme.

Después de pensarlo mucho, creo que hoy que cenaremos *pizza* y veremos

alguna peli es un buen momento para hacer las presentaciones oficiales.

—¿Qué piensas, zorri? —me pregunta Julia mientras tomamos el café en el bar de debajo de la oficina.

—Nada, en que creo que hoy es un buen día para que conozcan a Axel. ¿Qué te parece?

—Pues ya era hora, no lo puedes tener todo el día escondido.

—Entonces vienes a cenar con nosotros para suavizar el tema ¿no? —le pregunto poniéndole morritos.

—¡Joder!, menuda cagona de mierda que eres, amiga mía —me espeta.

Yo sigo mirándola con mi cara de pena y al final acepta.

—Entonces a las 21.00 en casa.

—Vale, capulla. Y si se piensan que es mi novio, ¿qué hago?, finjo y le doy unos besitos y le toco ese culito firme que tiene. ¿Puedo? —me pregunta descojonándose.

—No sé te ocurrirá ponerle una mano encima, putón —le digo frunciendo el ceño. Cuando estamos muriéndonos de risa por su comentario, entran en el bar

Juan, Axel y Rubén, otro chico que trabaja con ellos. Joder, qué mala suerte tenemos.

—¡Cómo se nota que es viernes! Mirad qué contentas están las vecinas — dice

Juan mientras pasa detrás de nosotras con sus acompañantes.

Yo al oír la palabra *vecina* casi me atraganto con el café. No fui capaz de mirar a Axel, pero Julia cruzó con él la mirada y puso los ojos en blanco.

Aguanto la compostura y los saludo amablemente.

Al subir a la oficina, mandé un *whatsapp* a Axel:

“Vecino, te veo a las 21.00 en mi casa para *pizza-cena-familiar*”.

“Perfecto, vecina-princesa-amor”.

Ohhhh, creo que me tengo que cambiar las bragas en este preciso instante.
Me

ha llamado amor. Está loco.

Axel vino a las 21.00 en punto y Julia se encargó de hacer las presentaciones a

mis hijos. Dio la casualidad de que cuando estaba entrando yo estaba pagando al

pizzero en la puerta.

—Este es Axel, un amigo de tu madre que ahora vive en el *loft*.

Le guiñé el ojo en cuando me giré y vi que ella había roto el hielo.

—Hola —respondieron mis hijos educadamente.

Nos sentamos a la mesa y estuvimos debatiendo sobre qué película veríamos

después. Gael quería una de risa y Teo una de miedo. Preguntaron a Axel si le

gustaba el fútbol y en cuanto les dijo que era socio del Barça, pero que su equipo del alma era el Boca Juniors, le abasaron a preguntas de todo tipo. Mis hijos de otra cosa no, pero de fútbol pueden estar hablando horas y horas. Yo estaba más

nerviosa que él. Se le veía relajado hablando con ellos. No creo que nunca hubiese imaginado estar con una chica que tuviera dos niños, en su interior estará flipando.

Acabamos de cenar y, en lo que los niños ponían la película con Julia, Axel me ayudó a recoger.

—Puedes relajarte, no ha sido tan difícil —me dice con una sonrisilla maliciosa.

—Está bien. Reconozco que estaba algo nerviosa.

Cuando íbamos a darnos un beso a hurtadillas como dos adolescentes en la cocina, sí, bingo, como adolescentes de nuevo, una voz desde el salón nos gritó

que empezaba la película.

Ambos nos sobresaltamos y nos reímos de vuelta al salón.

Nos sentamos juntos, pero sin apenas rozarnos. Teo apoyó su cabeza sobre mi

hombro y me hizo caerme un poco encima de Axel. Él aprovechó para rozarme

el muslo con sus dedos. Tenerlo tan cerca activó mi deseo, pero solo tuve que echar un vistazo a mi alrededor para que me volviese la cordura.

Julia se fue al terminar la película. Los niños se acostaron y Axel y yo nos despedimos en el umbral de la puerta. Tenía miedo de que los niños nos viesen

comiéndonos el morro allí mismo, por lo que pase un par de minutos al *loft*.

Nuestros labios se encontraron por fin, fue un beso largo. Apasionado. Con suspiro al final. No nos quedó otro remedio que despegarnos y despedirnos hasta

mañana.

Cuando me metí en la cama, mi cabeza no paraba de dar vueltas a todo. Sí, la

Lía organizadora y metódica estaba entrando poco a poco en mis pensamientos.

No me puedo creer que solo hace unas semanas Axel regresara a mi vida y hoy

ya se lo haya presentado a mis hijos. Mi conciencia me decía que si estaba loca

por meter a un hombre tan rápido en mi vida familiar. Pero a la vez mis ojos brillaban al pensar lo bien que me sentía cuando estaba entre sus brazos. El placer de desear a alguien y que ese alguien te desee es una droga, pero de las

buenas. Sé que esconde algo, que de momento no quiere contarme, pero aun así,

con ese aire misterioso, me tiene enganchada. Mi corazón late rápido de nuevo y

la sensación me encanta.

30- PASO A PASO

AXEL

Cuando he entrado al bar con Juan y Rubén y he visto a Lía, solo pensaba en

acercarme a ella y comerle esa boca. Estaba preciosa con sus vaqueros ajustados

y ese top verde. Su cuerpo, sus curvas, su lunar... Se estaban riendo a carcajada

limpia, seguro que Julia le estaba diciendo alguna burrada. Por lo que me cuenta

de ella, creo que no tiene filtro. Me encanta verla reír, feliz, despreocupada.

Cuando Juan las ha llamado *vecinas*, sabía que no podía mirarla, o todos iban a notar que nos traemos algo entre manos. La situación era de lo más cómica. Si él

supiera lo vecinos que somos.

Sé que necesita su tiempo y no quiero agobiarla. Ya me ha explicado que esta es una ciudad pequeña y que la gente es más cotilla de lo normal, pero yo no tengo nada que esconder. A mí me da igual que hablen de nosotros. Yo solo quiero estar con ella, como una pareja normal. Salir, entrar, comernos la boca cuando nos dé la gana. No tengo que rendir cuentas a nadie. Aunque entiendo que ella tiene a sus niños y por eso está más cohibida.

Lo que me extraña es que, si su ex ya está haciendo su vida sin importar lo que piense la gente, por qué ella no es capaz de hacer la suya.

Al recibir el *whatsapp* de Lía diciéndome que esta noche me presentará a los niños, no pude evitar ponerme un poco nervioso. Les va a decir que soy un amigo, tampoco creo que el primer día me vean como una amenaza, así que intento no pensarlo demasiado, intentaré ser lo más natural posible, no tengo experiencia en tratar con niños de esa edad, pero tampoco será tan difícil.

Yo solo quiero verla relajada y feliz, ya sé que tiene obligaciones, pero a mí no me importa echarle una mano siempre que me necesite. Cuando tiene a los niños casi no nos vemos y me cuesta muchísimo contenerme y no presentarme

en su cama a media noche. Joder, nunca había sentido algo tan intenso por nadie.

Pareceré un gilipollas, pero me tiene atrapado. Sí, me tiene loco perdido.

Con Eva al principio fue todo más físico, pero enseguida me convirtió en su perrito faldero; con tal de no verla perder los papeles, acataba todas sus

órdenes.

Que le apetecía a ella siempre arriba, pues ahí estaba yo, pegado al colchón. Que no quería sexo, solo hablar de sus paranoias, pues ahí estaba el idiota de Axel para complacerla, escuchando todas sus dudas existenciales. Que solo quería

comer verdura, pues verdura los siete días de la semana. Joder, era su puto títere.

Con Lía es tan distinto, es mi primera relación sana. Somos dos iguales, incluso en la cama mando yo mucho más, quizás no me he quitado todavía el complejo de ser el títere, por eso siempre que puedo la domino yo y a ella parece que no le disgusta ese rol. Apuesto a que, en cuanto me libere del pasado por completo, cederé el control con ella y será igual de increíble.

Me he puesto unos vaqueros y una camiseta de manga corta blanca básica, puede que me haga parecer más juvenil, pero no quiero darles la imagen de un

tío estirado. Que yo sea más joven que su madre espero que no les suponga ningún problema, sobre todo ahora que todavía piensan que solo somos amigos.

Su padre está con una chica todavía más joven que yo.

Voy a su piso por la puerta que nos comunica y me recibe Julia, es ella la que me presenta a los niños, que me saludan educadamente. Son muy guapos, creo que se parecen a su madre.

Lía está pagando al *pizzero*; cuando entra, ya se ha roto el hielo.

Acto seguido nos sentamos a cenar.

Al final todo ha salido bien. Hemos cenado todos juntos, incluida Julia, me imagino que le mandó venir para que no estuviéramos solos los cuatro y que la

situación fuese un poco más desenfadada.

He hablado con sus hijos de fútbol, se ve que son muy fanáticos, conocían a todos los jugadores de Boca, me han sorprendido mucho. Es verdad que su hijo

mayor Gael me miraba con más detenimiento cada vez que hablaba, creo que estaba marcando un poco el terreno. Teo, en cambio, ha estado mucho más relajado con mi presencia. Hemos visto una película y ahora acabo de despedir a

Lía, con un beso suave y profundo de buenas noches.

Me hubiera encantado tirarla en mi cama, desnudarla completamente y

recorrer con mi lengua cada centímetro de su piel. Basta, Axel, vas a pasar una

noche jodida de priapismo como no alejes esos pensamientos. La situación es la

que es, solo tienes que llevarlo de la mejor manera posible.

He tratado de mantener mi corazón a raya estos últimos días; pero cuando se

trata de Lía, es una tarea imposible. Me vuelve loco, la quiero. Joder, Axel, no

tienes remedio. Desde que estuve con ella en la isla, no ha habido un solo día que no haya deseado tenerla entre mis brazos; pero ahora, viéndola todos los días, tan vulnerable en algunos momentos y tan decidida y entregada en otros, ahora me tiene a su merced, aunque ella todavía no lo sepa.

31- COMO UNA PAREJA NORMAL

Esta semana no tengo a los niños, por lo que Axel y yo hemos estado como

una pareja normal. Hemos cenado juntos. Bueno, más bien me ha dado él de

cenar, porque le encanta cocinar y se ha negado en rotundo a que hiciese yo la

cena ni una sola noche.

“Yo cuido de ti, Princesa”.

Esa ha sido la frase con la que me ha recibido en su cocina todos los días. Me

parece de lo más azucarada; pero por supuesto voy a dejar que me cuide, aunque

solo sea el estómago, es muy raro que alguien cuide de mí, así que no voy a desaprovechar la ocasión.

Nos hemos contado las cosas del trabajo, de su proyecto, de su familia. Creo

que su hermana viene mañana a pasar el fin de semana. Él dice que solo viene a

saciar su curiosidad y conocerme; pero yo, por como le he oído alguna vez hablar con ella por teléfono, creo que es súper protectora con él. Vamos, que viene a ejercer de hermana mayor.

También hemos tenido tiempo para revolcarnos en su sofá, casi todas las noches, no hay tregua, tratamos de controlarnos pero siempre acabamos

enredados, el sexo con él es tan intenso que solo soy capaz de disfrutar.

Nos hemos enganchado a ver la primera temporada de *Narcos*, con ese Agente Peña que nos flipa. Bueno, sobre todo a mí. Axel se ha descojonado porque dice

que a todas las tías las gustan los tíos chungos y que luego cuando nos hacen sufrir nos arrepentimos de no haber escogido al bueno de la clase.

Al entrar en mi piso huele de maravilla, Axel tiene la puerta del *loft* abierta, así que sé que ya ha llegado.

—¡Hola! —saludo desde la lejanía y entro a mi habitación a cambiarme.

—¡Hola, princesa! —me responde.

Me pongo un pantalón de pijama de rayas, rosa y blanco de tela y una camiseta de tirantes blanca. Se me marcan mucho los pechos, así que no me quito el sujetador y tampoco el tanga blanco que llevo. Ya estamos en octubre;

pero como estos días sopla mucho el viento sur, no hace nada de frío. Me amarro

el pelo en una coleta. Antes de ir al *loft*, me miro al espejo. No estoy mal, de andar por casa, pero no me disgusta, estoy cómoda.

Cuando entro, Axel está de espaldas terminando algo al fuego. Lleva una camiseta gris de manga corta que marca cada músculo de su espalda y un pantalón de algodón negro, colocado estratégicamente en sus caderas.

Como voy descalza y está tan concentrado, no me oye llegar. Lo abrazo por detrás y pego mi pecho a su espalda.

—Joder, no te he sentido llegar —se gira y me lanza una mirada de arriba abajo.

—Me gusta tu pijama —se ríe burlón mientras posa sus labios en los míos e intenta meterme la lengua.

Yo me aparto un poco intentado descifrar si lo del pijama le ha gustado o está pensando quién es esta maruja que acaba de llegar. Pero mi mirada se clava en su

pómulo derecho, lo tiene bastante rojo y algo hinchado.

—¿Qué te ha pasado ahí? —le pregunto alarmada mientras paso mis dedos

por la zona.

—Nada. Solo es un golpe. Acabo de llegar del gimnasio.

—¿Has estado boxeando?

—Sí, pero solo ha sido un rasguño. Ven aquí y bésame —me dice mientras me

agarra de la cintura y me pega más a su cuerpo. Aunque estoy un poco alucinada, porque no llego a comprender qué hay de interesante en darse de hostias, intento continuar con el beso. Cuando nuestros labios se separan, nos sentamos a cenar.

Durante la cena no se me va de la cabeza el golpe de su cara, aunque intento

no pensarlo mucho, no quiero que se crea que soy su madre regañándolo como a

un crío. Mi cara debe de ser un poema, porque enseguida se da cuenta.

—Quieres dejar de preocuparte por mi cara, princesa.

—Yo no... —las palabras se me entrecortan—. Es solo que no lo entiendo, para relajarte ¿no te vale con salir a correr?, como hace todo el mundo.

—Jajaja —se carcajea.

Recoge los platos y me da la mano para llevarme al sofá. Me sienta en su regazo y cuando estamos acurrucados mirándonos a la cara me habla de su relación con el boxeo y de Eva.

Me quedo quieta escuchando sus palabras, ya que parece que se va a abrir un poco, por primera vez.

—En Barcelona salía con una chica que se llamaba Eva, como ya te dije. La conocí en una fiesta de la facultad, con 20 años, y enseguida empezamos a

salir

juntos. Yo vivía con Javier, un compañero de facultad y ella vivía con tres amigas, casi siempre salíamos todos juntos de fiesta en fiesta, ella era muy guapa y algo rara, siempre tenía un humor cambiante, vamos a decir, pero para mí todo

era perfecto. Hace un año Eva decidió venir a vivir con nosotros a mi piso y a mí me pareció una buena idea.

Estoy perpleja mirándole, sus ojos verdes parecen más apagados a medida que

las palabras salen de su boca. Pero le dejo continuar.

—Seguíamos siendo todos amigos, al menos eso creía yo, así que el día que llegué a casa desde París, antes de lo previsto, y los encontré enrollándose en mi cama, me sentí como un gilipollas y mi mundo entero se derrumbó.

Mis ojos se abrieron al máximo. Joder, Axel había pasado por lo mismo que yo. Me acerqué a su boca y lo besé con pasión.

Él continuó:

—Me quedé hecho una mierda, Lía, y mi hermana no sabía cómo ayudarme.

Un amigo suyo tenía un gimnasio cerca de mi casa, donde iban muchos

boxeadores jóvenes, así que fue ella quien me animó a probar este deporte y allí

empecé a boxear. Las primeras veces venía a casa mucho peor, lo de hoy no ha

sido nada, pero la verdad es que la terapia funcionó. Poder controlar mi cuerpo y mi mente en cada golpe que doy o en cada golpe que esquivo me ayuda a equilibrar mi cabeza. ¿Lo entiendes, ahora?

Me pego mucho más a su pecho y a su boca y digo en sus labios.

—Sí.

Claro que lo entiendo, entiendo cuando el mundo que siempre has conocido da un giro tan impresionante que apenas puedes respirar.

Después de este momento de confesión tan intenso, que para nada me

esperaba en esta noche de jueves, no nos dejamos de comer la boca, con pasión,

con fuego. Cuando nos soltamos, pegamos nuestras frentes. Es un gesto que comprende tantas cosas, que nos entendemos, que sabemos lo que sentimos en ese momento y que nuestros corazones están empezando a abrirse, aunque lo intentemos evitar.

Se levantó conmigo en sus brazos y me llevó hasta su cama. Nos desnudamos

lentamente, recreándonos en cada centímetro de nuestra piel. Nuestras bocas no

paraban de saborear nuestros cuerpos. Enseguida lo tuve dentro de mí, con un ritmo deliciosamente lento. Me recordó a nuestra última noche en la isla. Y así,

fundidos en un baile de cabeza y corazón, disfrutamos de un orgasmo increíble y

de una sensación de paz que jamás habíamos tenido hasta ahora. Fundidos como

si fuéramos uno, nos dormidos.

32- JULIA SE HACE MAYOR

He dejado mi coche a Axel para que vaya a buscar a su hermana al

aeropuerto, traer su maleta en la moto parece una tarea difícil. Después se ha

empeñado en preparar la cena para los tres en vez de salir por ahí a picar algo,

así que la conoceré por la noche en el *loft*.

Es viernes y ya he acabado mi jornada; pero como mañana es el cumpleaños de Julia, he ido a comprar su regalo. Esta mujer tiene de todo, así que no sé qué voy a cogerle.

Mi Julita se hace mayor, treinta y siete años le caerán mañana. Está

nerviosísima porque este año ha decidido montar un fiestón increíble en su apartamento y no quiere que falte ningún detalle. Ha encargado el *catering* para la cena y un montón de bebida. No seremos muchos, pero sí los importantes, como ella misma me ha dicho esta tarde. Pero eso será mañana, así que ya puedo

concentrarme y encontrar algo que esté a la altura de mi amiga. Conociéndola, como no le guste me lo dirá nada más abrir el paquete.

Después de recorrerme mil y una tiendas y patearme todo el centro, creo que

he dado en el clavo. He encontrado unos botines de piel negros con tachuelas laterales alrededor de la cremallera y con un taconazo de infarto. Acaban de llegar, así que dudo que hayan vendido muchos. A Julia le vuelve loca el calzado, en su vestidor hay una pared solo para sus zapatos y estos, aunque me

hayan costado un pastizal, sé que le encantarán. Cuando llego a casa y dejo mis

cosas, hoy no me cambio porque no voy a presentarme a la hermana de Axel en

pijama, me dirijo al *loft*. Llamo y me abre una chica. La primera impresión que me da es que es bastante alta, porque yo, que soy poca cosa, tengo que levantar

la mirada. Es morena, con el pelo liso, lleva un corte muy chulo de esos que terminan en la nuca y que hay que tener muy buena cara para que te quede bien.

—Hola, tú debes de ser Lía. ¡Encantada! Yo soy Alba, la hermana del chico que se está duchando.

—¡Un placer! —le devuelvo el saludo y le doy dos besos.

Al pasar sale un olor del horno que me hace salivar. Voy a hablar de comida para romper el hielo.

—Umm, qué bien huele, ¿no?

—Sí, ya sabes, el maruja de mi hermano que le encanta la cocina, es igual que

mi padre. Mi madre y yo lo odiamos, pero hemos tenido mucha suerte con ellos.

¿Te sirvo un vino o una cerveza?

Me gusta su sinceridad, me habla mirándome de frente y eso dice mucho de

una persona que acabas de conocer y que encima sabes que se está enrollando con tu hermano pequeño. Está contenta, puedo suponer que de momento no le he

causado mala impresión.

—Una cerveza, mejor.

Joder, qué ducha más larga se está dando Axel, parece que lo ha hecho a posta, para que nosotras hablemos sin estar él.

Charlamos un poco de su viaje, ha venido desde Madrid en avión, pero

también se ha enterado de que *Ryanair* vuela aquí desde Milán, que es donde

pasa la mayor parte del tiempo, por lo que toma nota para la próxima vez.

Por fin Axel sale de la ducha y su efecto, cómo no, llega hasta mí. Joder, no creo que se pueda estar más guapo. Lleva unos pantalones verde militar muy pitillos y una camiseta blanca básica. Aun con su sencillez, está increíble. Ya se sabe que a quien le queden bien unos vaqueros y una camiseta tiene el cielo ganado. Su pelo aún mojado le da un aire aún más juvenil, si eso es posible.

Debo de tener la boca abierta y la baba colgando, porque Alba no se puede reprimir y me salta.

—Sí, Lía, lo sé, mi hermano puede ser un capullo arrogante, pero es jodidamente guapo.

—¡Joder, Alba! Compórtate. Deja a Lía en paz —le recrimina Axel—. La vas a asustar.

Yo sonrío todo lo que puedo, me gusta presenciar estas peleas dialécticas de hermanos, pero por supuesto también me pongo roja como un tomate, porque tiene toda la razón.

La situación empeora cuando Axel viene con paso decidido hasta mí y me da un beso de lo más lascivo, con lengua, saliva y magreo incluido. Aquí, con su hermana delante.

—Por mí no os cortéis. Total, llevo más de nueve meses sin pillar con nadie —comentó burlona.

Axel y yo nos descojonamos del tono con el que lo dijo y después de servir bebidas para todos y brindar por la velada nos dispusimos a cenar.

La noche transcurre entre risas y alcohol, la cena como siempre está

impresionante y me gusta ver lo bien que se llevan los hermanos. Yo que he pasado gran parte de mi vida sola, me he dado cuenta con los años que cuando

las cosas se ponen jodidas tiene que estar bien poder apoyarse en alguien tan cercano, sangre de tu sangre. En mi caso ha sido Julia; siempre que mi mundo se

ha tambaleado, ella ha estado conmigo para sostenerme. Aunque no compartamos parentesco, ella siempre será mi hermana.

Alba nos pregunta un montón de cosas de la isla y del resort. Ya nos dice medio desesperada que igual se anima y va en sus próximas vacaciones. Axel y

yo nos miramos y le decimos al unísono que no se lo recomendamos.

—No vas a tener la misma suerte que nosotros —dice su hermano mientras me da otro beso, esta vez mucho más casto.

Axel pretendía dormir en el sofá y Alba en su cama, pero me he negado, estando mi casa vacía es una idiotez. Son las dos de la madrugada y estoy como

una idiota viéndole dormir, es tan perfecto que asusta.

Julia nos abre la puerta de su apartamento con un vestido negro súper ceñido.

Está cañón. Lleva su melena rizada recogida solo por un lado, dándole un toque

muy actual. La música ya suena y pasamos a su salón. Es enorme, lo más grande

de la casa y en la mesa hay un montón de canapés, *sushi* y muchas mariconaditas, como dice ella. Por supuesto, hay más botellas de alcohol que personas somos, eso era lo esperado.

Hacemos las presentaciones oficiales y veo que han venido Claudio, nuestro compañero, Marta, una prima de Julia que a veces sale con nosotras, y Lucas, mi

amigo el contratista que hizo la reforma de mi piso y del *loft*. Cuando le presento a Alba y a Axel, me sorprende porque ya se conocen. Parece que tienen algo de

trabajo juntos y Axel ayer le acercó unos planos a una obra con Alba, cuando volvían del aeropuerto.

Lo primero que hace Julia es llenarnos las copas de vino. Esto tiene pinta de acabar mal, pero que muy mal. La noche transcurre entre bebida, risas y bailes.

Cuando le cantamos el cumpleaños feliz y sopla las velas, ya estamos bastante tocados. Esa cena es muy ligera, picas un poco aquí y otro allí, pero no te hace

base para absorber todo el alcohol que estamos ingiriendo.

—¡Viejuna!, toma tu regalo.

—¡Japuta!!, que te estés tirando a un juvenil no te hace más joven a ti.

¿Sabías?

Joder, Julia. Voy a matarte, esa sinceridad tuya es destructiva.

Menos mal que todos ya estábamos borrachos y casi nadie se da cuenta de su perlita. La hubiera matado con mis propias manos, aquí mismo.

Abre el regalo y se le ponen los ojos como platos.

—¡Ohhh, me encantan! Muchas gracias, guarri. —Y entonces se acerca y me da un beso en los labios. Todos empiezan a ovacionarnos y Axel nos mira y

nos

aplaude.

El pobre es la primera vez que nos ve juntas de fiesta, por lo tanto no está habituado a nuestro espectáculo de exaltación de la amistad, sobre todo cuando

la concentración de alcohol en sangre ya es elevada.

Se planta los zapatos y pide al *Dj*, o sea a Claudio, que es el que está controlando el Spotify del Ipod, nuestra canción. No sin antes decir unas palabras:

—Amiga mía, hermana, zorri, ven aquí, vamos a enseñar a esta buena gente lo

que es una fiesta.

Como el alcohol también ha hecho mella en mí, no dudo en ponerme con ella en el centro del salón. “All night long” de Lionel Richie suena tan alto que los

vecinos dan varios golpes de aviso. Pero ahí estábamos las dos, desgañitándonos

y bailando como si no hubiera un mañana.

A las 3 de la madrugada, Julia dice que la noche no ha terminado y que quiere

seguir bailando. Santander no es ciudad de grandes discotecas, así que cogemos

unos taxis y vamos a lo seguro, al Malavida, una de las pocas discotecas que abren hasta que se hace de día. Hay mucho ambiente y nos cuesta pasar entre el

gentío, menos mal que tiene una terraza enorme y no tenemos que estar dentro

como sardinas en lata. Julia está animadísima, parece que al salir de casa y darnos el aire el pedo se nos ha bajado un poco, por lo menos a mí.

Cogemos hueco en una barra exterior, pero tenemos que entrar a pedir las copas. Claudio me acompaña a la barra, mientras el resto nos esperaba fuera.

Alba y Lucas no paran de hablar, se han caído muy bien, parece. Y Julia está eufórica saludando a todo el mundo. Ventaja o inconveniente de ciudad pequeña,

si sales te vas a encontrar con todos los conocidos.

Estamos haciendo hueco entre la gente para sacar las bebidas y casi en la puerta de acceso a la terraza Claudio me susurra algo al oído. La música está tan alta que apenas entiendo lo que me dice.

—Mírame, vienen hacia aquí Carlo y yogurín.

Solo capto las palabras Carlo y yogurín. Y cuando me giro para que me lo repita Claudio, este va, junta sus labios a los míos y me da un pico. Yo lo miro

sorprendida y le digo:

—¿Ehhh?

Al cruzar la puerta, Carlo es el que está sujetándola, yo muy digna digo un “gracias” inaudible y paso por su lado.

Llegamos donde está el grupo, Axel habla con su hermana. Me acerco y les doy las copas. Alba me mira y me dice:

—Paciencia, Lía. —Y se va otra vez junto a Lucas.

—¿Qué pasa, que ahora Claudio te come la boca también? —me espeta Axel

con un tono nada cariñoso. Su mirada echa fuego.

Parece ser que ha contemplado toda la escena.

—No digas tonterías, ha sido un pico y él solo está sacando su instinto de protección, aunque no tenía por qué haberlo hecho.

—¿Y de qué tiene que protegerte?

“Piensa, Lía, el alcohol corre por tus venas y también por las de todos, lo mejor es que aclares el malentendido. Y mañana a Axel ya le aclaras que no tiene por qué usar ese tono contigo”.

—Al salir con las copas, Claudio ha visto a Carlo y a yogurín; como nos íbamos a cruzar con ellos y sabe toda la historia, pues ha querido centrar mi mirada en la suya para que yo no los viera, por eso me ha dado el pico. A mí no

me afecta verlos juntos, a pesar de lo que puedan pensar mis amigos, no tienes

motivo alguno para enfadarte, porque ha sido una idiotez.

—Está bien, lo siento —dice pegando su cuerpo al mío—, aunque sabes que no me gusta una mierda verte así con otro. —Y entonces me besa.

—¡¡Axel!! —digo entre dientes.

Cuando nuestros cuerpos se separan, veo como Carlo viene hacia nosotros, solo. Probablemente nos habrá visto besándonos y será lo primero que cuente a

mis hijos mañana. Mierda. Se acerca a Julia, que sigue bailando rodeada de maromos, y la felicita.

Él siempre tan “queda bien”. Por supuesto, Julia solo le hace un gesto con la cabeza, de “sí..., lo que tú digas, mamón”. Y cuando se gira y pasa a mi lado,

me

dice de soslayo.

—No sabía que ahora te iban los tríos.

Joder, será hijo de puta. Solo ha venido donde Julia para dejarme la pulla a mí.

Sentí tanta impotencia y tanta rabia, que le hubiera escupido allí todas las palabras que se me pasaban por la cabeza. Lo único que hice fue fulminarlo con

la mirada.

Axel contempla todo el teatrillo, tenso, sin separarse de mí, pero agradezco que no intervenga.

Julia debe de ver mi cara de circunstancias, porque se acerca a buscarme.

—Quita esa cara ya, que ese hijo de puta no nos va a joder la fiesta.

¿Entendido?

—Perfectamente —asentí con una sonrisa.

Julia tenía razón, y cuando se pone en plan ordeno y mando, lo mejor es hacerle caso; así que me da su *gin- tonic* y me arrastra con ella a bailar el siguiente tema.

Esa noche creo que bailé y bebí para toda una vida. Aunque todo merecía la pena para conseguir el objetivo, ver a mi Julita feliz cual perdiz.

33- DESAGRADABLE SORPRESA

Desde la fiesta de Julia, Axel y yo ya no nos escondemos. Como bien imaginé, el gilipollas de Carlo perdió el culo por contarles a mis hijos que su

madre tenía novio, menos mal que no les dijo que también me besó Claudio.
Él

sabía perfectamente que Claudio solo lo hizo para llamar su atención. Así que cuando los tuve en casa esa semana, y me lo preguntaron, les conté la verdad, dije que Axel y yo estábamos empezando a salir y que eso no iba a influir para

nada en nuestro día a día, que él iba a seguir viviendo en el *loft* y nosotros en nuestro piso.

Gael no lo está llevando muy bien, si Axel está un rato en casa, o cenamos todos juntos, no le dirige la palabra y enseguida se va a su cuarto. Tiene un carácter más seco, igual que su padre, y no suele mostrar sus sentimientos, no sé si siente rabia, miedo, desilusión... Me imagino que con el tiempo se vaya haciendo a la idea, lo que no comprendo es por qué no se extraña al ver a su padre con otra. Teo, en cambio, es mucho más cariñoso, conmigo e incluso con

Axel. Le ha encantado ver su mesa de dibujo y casi todos los días que puede le

invita a que juegue con él unas partidas a la *Play*. Incluso le ha pedido que le enseñe a dibujar. Me gusta ver la paciencia con la que Axel le trata.

La semana pasada fueron sus respectivos cumpleaños, no me creo que ya tengan diez y doce años, son tan mayores que lo celebraron con sus amigos con

cine y hamburguesa, el tiempo se me ha pasado volando. La idiota de Julia me

dice que esté atenta, que enseguida les tendré que comprar cajas de condones.

Ella siempre tan tarada de lo suyo.

Hoy sábado Teo nos ha pedido que vayamos a verle jugar su partido de fútbol.

Es muy importante para él, porque se pueden poner primeros si ganan. Como con Axel habla un montón de fútbol, este le ha dicho que allí estaremos.

A mí siempre me gustaba ir a verlos jugar, pero hace meses que no aparezco por ahí. Desde que Carlo me engañó, empezó a ir a los partidos con ella, así que

yo decidí no ir. Lo peor del fútbol es el ambiente que crean los padres alrededor de los entrenamientos y partidos. No quería ser la comidilla de nadie.

Conociendo al personal, hablarían más de mis cuernos que del juego del equipo.

A los niños no les pareció mal, porque sabían que su padre siempre iba, por lo

tanto nunca se sentían solos.

Me puse unos vaqueros claros muy justos y una camiseta marinera. Unos

botines de ante con un buen tacón y la cazadora marrón de cuero. Axel llevaba unos vaqueros del mismo color que el mío y una camiseta negra. Unas botas negras con cordones de Prada y su cazadora negra de cuero. Estaba

impresionante.

No hacía mucho frío, así que nos fuimos en moto. Bueno, montados en su “nena”, como él la llama.

Cuando estábamos bajando de la moto en el aparcamiento, ya comenzaron las primeras miradas. Hacía un montón que no me veían, por lo que todos me miraban alucinados; si encima añades que voy con Axel, para qué quieren más.

Por suerte vi el coche de Carlo aparcado, por lo que supuse que ya estaba dentro.

No me apetecía encontrármelo de frente.

Entramos y no fuimos a la pequeña grada a sentarnos, nos quedamos en un córner, mejor solos. Teo enseguida nos localizó y una sonrisa se dibujó en su cara. El partido estuvo entretenido, al final ganaron 3-2 y encima metió el gol de la victoria. Estaba pletórico. Esperamos a que se duchara y saliera para despedirnos, hoy se va a dormir a casa de un amigo y la semana siguiente le toca

con su padre.

—¡Hola, Lía! ¡Qué bien te veo! —me saluda Carmen, la madre del mejor amigo de Teo.

—¡Muchas Gracias! Teo duerme en tu casa hoy, ¿no? —le pregunté.

—Sí, tranquila. Mañana se lo dejo a Carlo.

—Perfecto.

Carmen era de las pocas madres que me había llamado siempre a ver cómo estaba después de la separación; además siempre me preguntaba si necesitaba ayuda con los niños o lo que fuera, era de lo poco salvable. No deja de sonreír y de mirar a Axel.

—Este es Axel y ella es Carmen —los presento.

—Encantada —contesta Carmen. Y me guiñó un ojo.

Yo no pude evitar reírme. El efecto Axel está haciendo presencia.

—Mamá, ¿qué tal he jugado? —pregunta Teo mientras me da dos besos.

Antes de que yo pudiese contestar, Axel se adelanta.

—Muy bien, tío. El desmarque que has hecho para marcar el tercer gol ha sido

impresionante.

Teo está contentísimo, choca su mano con Axel y se despide de nosotros, sale con Carmen y su amigo Mauro. Axel y yo nos dirigimos al aparcamiento a coger

la moto.

Todo el mundo sale del campo a la vez, por lo que intuyo que Carlo y yogurín

estarán a punto de salir detrás de nosotros.

Cuando Axel ya ha arrancado la moto y se ha puesto el casco, Carlo me llama.

Me giro y veo que yogurín sigue andando hasta meterse en el coche.

—Lía, ¿puedo hablar contigo un segundo? —me pregunta.

Axel me mira con gesto serio, esperando mi reacción, no es el momento ni el lugar para montar una escena, así que me tiende su mano para cogerme el casco

y yo doy dos pasos hasta Carlo.

—Lo que quieras decir me lo puedes mandar por *mail*.

—Bueno, creo que lo que te voy a decir es mejor que te lo diga cara a cara —me espeta.

—Pues tú dirás.

—En cuanto acabe este año quiero revisar el acuerdo de la custodia y solicitar la custodia completa.

Sus palabras me dejan petrificada. Se trata de una puta broma, ¿no? Qué me está diciendo, que no quiere que pase con mis hijos la mitad del tiempo, igual que pasa él.

—Creo que las cosas están bien así, lo único que quieres es tocarme los cojones y encima sabes que no quiero meter a los niños en nuestros pleitos y mucho menos llevarlos a un juzgado.

—Bueno, yo ya te lo he dicho. Mi abogado ya se pondrá en contacto contigo.

Me giro y no pierdo ni un segundo en despedirme. Axel me da el casco de nuevo y nota la cara de circunstancias que se me ha quedado.

—¿Qué pasa, princesa?

—Nada, solo necesito que me saques de aquí.

Me subo en la moto y salimos de allí en menos de un segundo. Nos vamos a dar una vuelta en moto bastante larga, recorreremos toda la costa hasta llegar a Comillas, un pueblo marinero a unos 50 kilómetros de distancia. No me apetece

hacer nada, solo sentir el viento en la cara y agarrarme mucho al cuerpo de Axel.

Ahí pegando mi pecho a su espalda me siento más segura.

Al llegar al pueblo, caminamos por sus callejuelas y le enseño los edificios más importantes. Me imagino que sabrá que Gaudí construyó aquí un edificio singular, como todo lo que hizo, así que lo llevo a ver El Capricho. Un chalet de veraneo que Máximo Díaz de Quijano, un indiano que había hecho fortuna en las

Américas, encarga construir a Gaudí en 1883, ubicado al lado del Palacio de Sobrellano, propiedad de Antonio López, Marqués de Comillas, y cuya

particularidad es que Gaudí jamás estuvo en Comillas durante la obra, él solo hizo los planos, todo lo dirigió un amigo suyo y compañero de promoción. Por

supuesto, Axel conoce toda la historia. Le encanta contemplar la obra de cerca y

sobre todo la arquitectura en general de la Villa.

Mientras tomamos un café en el Corro, como se llama la plaza del pueblo, le cuento a Axel lo que Carlo me ha dicho. Me dice que me tranquilice, que puede

que solo sea un calentón. Yo trato de no darle muchas vueltas y disfruto de los besos y el paseo.

—¿Por qué los tíos tenéis ese gen de gilipollas? —le pregunté mientras íbamos a sentarnos a cenar ya en casa.

—Vamos, princesa, no me metas en ese saco.

Tenía razón, él también había sido engañado como yo, al fin y al cabo. Pero lo

que más me jodía de todo esto es que el imbécil de Carlo era el que se había liado con otra y en cuanto ha visto que yo estaba con alguien ha sacado su vena

de machote y me ha venido con estas. Si yo hubiera estado sola, ¿hubiera pedido

la custodia también? Lo dudo. Maldito Carlo.

34- PARÍS I

Ya estamos en noviembre, los días pasan volando, en nada acabaremos este 2016.

Es jueves y casi la hora de comer. Hoy no voy a ver a Axel hasta la noche, porque me ha dicho que no saldrá del estudio hasta tarde, tiene un montón de trabajo y me alegro por él.

Alguien llama a mi puerta, pero ya no espero a ningún cliente. Voy a ir a comer con Julia, después de su cumpleaños ha estado muy rara. No sé qué le pasa, pero algo me esconde.

—Adelante —contesto.

—Lía, hay un cliente que quiere verte, parece urgente —me dice Julia asomándose por la puerta de mi despacho.

—¿Quién es? —pregunté curiosa.

—El señor Axel Rivas —me contesta descojonándose.

—Serás idiota. Dile que pase... ¿Qué haces aquí?, ¿ha pasado algo?

Axel entra y Julia nos deja solos. Se acerca hasta mi mesa y se inclina para besarme. Al notar el contacto de sus labios con los míos, creo que se me escapa

un suspiro de satisfacción.

—Tranquila, princesa. Solo me he escapado un segundo, hasta la noche no me

disfrutarás —me soltó socarrón.

—Capullo —digo apartándome de su boca.

—He venido para decirte que hagas las maletas, mañana a las 13.00 nos vamos a París.

—¿Cómo? ¿Estás loco? —pregunto nerviosa.

—No, estoy perfectamente. No he querido decirte nada porque no estaba seguro de tener mañana el día libre, pero Juan me lo acaba de confirmar. Es el

cincuenta cumpleaños de mi madre y vamos a su fiesta. Antes de que empieces a

volverte loca, di que sí.

Joder, estoy alucinada. No sé si porque me ha sacado el billete para que le acompañe a París, porque me quiere presentar a sus padres, encima en una fiesta

donde habrá más gente, o porque ha esperado hasta el último segundo para decírmelo.

—Axel, yo no.... —y antes de que pudiese acabar la frase, ya está otra vez comiéndome la boca, en esta ocasión de forma mucho más sensual, mezclando

su lengua lentamente con la mía.

—Di que sí, por favor, me encantaría llevarte conmigo.

Cuando estaba dejándome llevar por completo, la puerta vuelve a sonar y, sin tiempo para decir adelante, Julia entra en mi despacho.

—Ya habrás dicho que sí, cachoperra.

—¡Pero qué coño pasa aquí!, ¿esta qué es, tú cómplice? —solté haciéndome la

indignada.

Los dos se ríen al unísono.

—Ya hablaré contigo en la comida, zorrón.

Axel me da otro beso de los suyos, los que me dejan con las piernas temblando, y se va a seguir trabajando. No sin antes avisarme de que llegará bastante tarde, porque Juan le ha puesto como condición para poder irse mañana

que acabe unas cosas pendientes.

Julia y yo en la comida hablamos un poco de todo, le digo que desde su cumple la noto rara, pero ella me da largas sacando otros temas, como si yo estoy nerviosa por conocer a los padres de Axel, o qué tal llevo la propuesta de

Carlo de la custodia de los niños.

A lo primero le contesté que por supuesto, qué cara se le quedará a su madre

al conocer a la amiga de su hijo que tiene diez años más que él y dos hijos de otro matrimonio. Por lo que me cuenta Axel de sus padres, sé que son muy cosmopolitas, que tienen una mente muy abierta y que siempre los han educado

con mucha libertad, tanto a su hermana como a él. Y a lo segundo, pues le digo

que estoy intentando no pensarlo mucho, hasta que llegue el momento; porque si

ya me empiezo a comer la cabeza, no podría pegar ojo ni una noche. Ella me dice que hablará con una colega suya de facultad, experta en Derecho de Familia, que no me preocupe.

Después de salir de trabajar, me acompaña a casa a hacer mi maleta, nos descojonamos recordando cómo me ayudó a hacerla para ir a la isla, y ahora mira cómo estoy.

Estamos a punto de aterrizar en París, todavía no puedo creerlo. Julia nos ha llevado al aeropuerto de Bilbao porque desde allí había vuelo directo y en poco

más de una hora estamos llegando a la capital de Francia.

Durante el vuelo le he contado a Axel que he estado en París dos veces con Carlo. La primera vinimos solos en 2003, fue nuestro primer viaje largo juntos y

la segunda en el 2008, para ver a nuestro equipo de fútbol, el Real Racing Club de Santander jugar contra el Paris Saint-Germain. No puso muy buena cara con

la noticia, tal vez pensó que era mi primera visita a la capital parisina.

—Da igual, princesa. Yo te voy a enseñar el verdadero París —me dijo arrogante.

Al aterrizar, un chofer nos está esperando en el aeropuerto para llevarnos a su casa.

Es un vehículo de la embajada que había mandado Joan, el padre de Axel, en un principio iba a haber venido él mismo, pero en el último momento le ha surgido un imprevisto.

Su casa está muy cerca de la Embajada de España en París, no muy lejos del Arco del Triunfo. A medida que vamos acercándonos, me pongo más nerviosa,

creo que Axel lo nota porque me agarra fuerte la mano. El coche entró por un callejón muy estrecho y nos dejó en la entrada de un edificio espectacular.

Cogimos la maleta y antes de subir a Axel le sonó el teléfono.

—Sí, dime, mamá. Vale, entonces a la tarde nos vemos. Besos... Era mi madre, no ha acabado de trabajar, así que tendremos que coger la llave donde mi abuelo. Vive en el piso de abajo. Vamos.

“Muy bien, Lía, ahora también conocerás a su abuelo. Nervios, salid de mí.

Este fin de semana es como una puta prueba”, pensé para mis adentros”.

Subimos al 4º piso y una criada con uniforme muy regordeta nos abre. Saluda a Axel en un perfecto francés, que como siempre no entiendo nada, y pasamos

hasta el salón. El piso es como cuatro veces el mío. Sin soltarme de la mano, llegamos hasta el gran salón donde un hombre de unos setenta y muchos años está sentado en una butaca leyendo el periódico.

—¡Abuelo! —grita Axel.

Él hombre levanta la cabeza y una sonrisa de oreja a oreja se instala en su cara.

—Axel, venga acá. Deme un abrazo.

Se abrazan y se dan dos besos.

—Don Alejandro —dice Axel poniendo tono serio—. Esta es mi chica, la Señorita Bejes.

—No seas pelotudo, Axel. Deja las formalidades. Perdona que no me levante, señorita, pero estoy recién operado de la cadera —se disculpó el abuelo. Yo me

acerqué y le di dos besos.

—Encantada, don Alejandro.

—No hagas caso a este boludo, llámame Alejandro. Y por cierto, tremendo lunar que tienes junto a la boca.

—Yo soy Lía —dije aguantándome la risa.

—Joder, abuelo. No pierdes el tiempo ¿eh? —se carcajea Axel.

Está claro que el abuelo, a pesar de su edad, sigue siendo todo un seductor.

Después de que nos dan las llaves de su casa, subimos para dejar las maletas.

El abuelo me ha caído genial y con sus bromas han ido desapareciendo un poco

mis nervios. Pero sus padres no están en casa, así que de momento el mal trago

de conocerlos a ellos va a tener que esperar.

El piso de los padres es igual de gigante que el del abuelo, solo que este está

decorado con un gusto increíble. La cocina es enorme, con una isla central, un cuarto solo de lavado y planchado y otro para despensa, tiene una mesa decapada

en blanco con un banco preciosa. Hay un despacho junto a la entrada. Un baño

bastante grande. Después un salón enorme con unos murales impresionantes.

Seguido de un comedor con una mesa larguísima y la biblioteca. A través de una

puerta de doble hoja se accede a un pasillo largo que te lleva a los dormitorios y a una sala donde está la televisión, es la zona más íntima.

—Ven, nos quedaremos en mi antigua habitación.

—Axel, ¿estás seguro? No prefieres esperar a que venga tu madre, quizás sea más sensato que me quede en el cuarto de invitados, ¿no? —pregunto dubitativa.

—Tranquila, Lía, que mis padres son de esta era, ¿recuerdas?, mi madre solo hace cincuenta años, no ochenta —me contesta arrastrándome con él.

—No sé, no quiero que se sientan incómodos y yo tampoco.

—No hay problema, los conozco y no se van a ofender.

Abre la puerta y entramos en su habitación. Hay una cama enorme con un cabecero de madera pintado en negro. Las mesitas están pintadas en rayas negras

y grises, se nota que son muy antiguas y que las han restaurado para darles un toque más actual. La funda nórdica es gris perla y al lado de los dos ventanales

con antepechos hay un sofá de dos plazas negro y gris a rayas como las mesitas.

Un armario enorme empotrado casi escondido y un escritorio de madera negro con su correspondiente corcho colgado en la pared con un montón de fotos. La

habitación se completa con un baño. Lo que más me gusta del baño es su suelo

hidráulico blanco y negro y su bañera con patas. Ahora sé por qué le gustó tanto

la mía cuando la vio.

—¿Te gusta? —me pregunta al ver mi cara de alucinada.

—Me encanta, es la típica casa que sale en las revistas de decoración.

—Lo sé, ya ha salido en varias publicaciones. Ya sabes, mi madre que tiene enchufe.

Recordé que su madre es fotógrafa para ELLE decoración en Francia, por eso la casa parece de portada de revista.

Dejamos las maletas y nos vamos. Me dice que no piensa enseñarme los típicos sitios para turistas, que me va a enseñar sus rincones favoritos de París. Y

así, con las manos entrelazadas como cualquier pareja, caminamos paseando por esta maravillosa ciudad. Comemos tostadas con chocolate en su café favorito.

Me lleva a una de sus librerías favoritas, que también es cafetería y nos perdemos entre libros y olor a café. Compra unos cuantas revistas y un par de libros, en su mayoría de fotografía. Uno de ellos es de fotos eróticas y me vacila un buen rato, diciéndome que no tardaré mucho en ver mis fotos publicadas en

algún libro. Yo le golpeo el brazo todo lo fuerte que puedo, pero sus brazos son

como piedras.

Pateamos un montón de rincones curiosos, me está encantando conocer así la ciudad, sin visitar las zonas más turísticas. Y entre conversaciones y besos, se nos hace de noche.

Los nervios vuelven a mí en cuanto llega la hora de regresar a su casa.

“Tranquila, Lía. Tú tranquila”.

—Hola, ¿hay alguien en casa? —pregunta Axel al entrar. Me lleva cogida de la mano.

—Sí, estamos en la cocina —responde una voz femenina.

Sin soltarme de la mano, entramos en la cocina y al pasar por la puerta su madre se abalanza sobre él. Yo me quedo cortada y me separo unos pasos, contemplando la escena, entonces su padre, que estaba con la cuchara en el guiso, se acerca hasta mí y me da dos besos.

—Hola, Lía. Yo soy Joan. Encantado de conocerte.

—Igualmente —atiné a decir.

—Papá, ven aquí. —Y soltándose del abrazo de su madre, Axel se acerca a su padre y hace lo mismo con él.

Y ahí estoy yo, mirando a su madre un poco cohibida, sin saber muy bien cómo actuar. Pasan unos segundos que se me hacen eternos.

—Hola, Lía, yo soy Alma, la madre de este chico tan estupendo y educado que ni nos ha presentado.

Me acerco y le doy dos besos.

—Encantada de conocerla.

—Por favor, no me trates de usted, solo cumplo cincuenta —me dice con una sonrisa en la boca.

Me disculpo y voy a dejar el bolso y el abrigo a la habitación, así aprovecho para ir al baño. Cuando estoy sola esos minutos, respiro profundamente un par de veces. Nervios fuera, me digo mirándome al espejo

Los padres parecen bastante jóvenes. Su madre es delgada y lleva puestos unos vaqueros de cintura alta y una camisa azul cielo. Tiene el pelo rubio y lleva un corte muy moderno, con las capas muy desfiladas. El padre es muy alto, casi

como Axel; está fuerte, pero no gordo, y lleva un pantalón chino *beige* y una camisa de cuadros verde, tiene el pelo corto y canoso.

Cuando regreso a la cocina, nos sentamos a cenar. Compruebo que Axel ha heredado su arte culinario de su padre, todo lo que nos ha preparado está buenísimo. La conversación transcurre en una zona de confort bastante

agradable, por lo que mis nervios van desapareciendo poco a poco. Hablamos de

Santander, del trabajo de Axel con Juan, de cómo nos conocimos en la isla. Ellos

nos cuentan cómo se conocieron en Barcelona, lo mucho que se enfadó don Alejandro al enterarse de que su hija se había quedado embarazada de un profesor de instituto de izquierdas y de cómo fueron sus comienzos hasta llegar a como están hoy. La verdad es que se me pasa el tiempo volando, da gusto oírles

hablar. Hasta siento un poco de envidia, porque en mi casa jamás he asistido a

cenar con conversaciones interesantes, de esas que quieres seguir alargando.

Aprovechando que Axel y su padre se han ido a la sala a tomar una copa, y que yo estoy ayudando a recoger a la madre, pregunté:

—Alma, si no consideráis oportuno que duerma con Axel, puedo dormir en cualquier otra habitación.

—Tranquila, Lía. No tenemos ningún problema con eso. Además, conociendo

a mi hijo, me mataría si te mando al cuarto de invitados —me contestó.

Me quedé mucho más tranquila, así que disfrutamos de la copa los cuatro y después nos fuimos a descansar. Mañana promete ser un día largo.

35- PARÍS II

Al despertarme el sábado, noto que hay mucho espacio en la cama, me giro y al abrir los ojos Axel no está. En su lugar encuentro una nota que dice:

“Buenos días, princesa, he ido con mi padre a comprar el regalo de mi madre, intentaré no tardar mucho”.

Frunzo un poco el ceño; pero bueno, es normal, hace tiempo que no está con sus padres y seguro que le apetecía ir a comprar algo especial para la cumpleaños. Miro el reloj y son casi las 11.00, hacía mil millones de años que

no dormía hasta tan tarde.

Me ducho, me pongo mi vaquero pitillo gris, con mi jersey berenjena de cuello alto y mis nuevas *new balance* a juego. Me peino un poco mi melena y voy hasta la cocina a desayunar. No sé si Alma estará en casa o estaré yo sola.

Al entrar hay una chica recogiendo la cocina, vestida con un pantalón vaquero

y una camiseta. Imagino que será del servicio.

—Bonjour.

—Buenos días —contesto.

“Joder, Lía, qué mala suerte, ahora por inútil no te vas a entender con la *franchise* esta en cuanto te hable en francés”.

Antes de que pudiera seguir con mis pensamientos derrotistas, Alma aparece por la puerta y mis ojos se iluminan como si hubiesen visto a una diosa.

—Buenos días, ¿qué tal has dormido? —me pregunta.

—Mejor que bien. Creo que Axel ha salido con su padre —le informo.

—Sí, ya sabes, algo se traerán entre manos.

A continuación me pregunta por mi desayuno, le digo que té y tostada es suficiente y en francés manda preparar todo a la chica. Ella se puso un café y se sentó conmigo; no sé por qué, pero intuyo que, ahora que estamos solas, vamos a

tener “esa conversación”.

—Lía, me imagino que Axel ya te haya dicho que acaba de salir de una relación y que lo ha pasado muy mal. Esa relación acabó fatal y no sé si

recuperado del todo. No quiero que te ofendas con lo que te digo; pero no sé si

está preparado para empezar otra vez una relación, con lo que eso conlleva.

Bueno, para estar terminado mi desayuno a las 11.30 de la mañana, pues igual

es una conversación un poco dificultosa; vamos, que casi no me pasan las tostadas. Pero mi lado más maternal la comprende, en cierto modo.

—Lo sé, tranquila. Yo también he finalizado una relación no de la mejor manera posible, quizás por eso nos entendemos tan bien. Yo creo que

precisamente por eso no vamos a hacernos daño, si eso es lo que te preocupa.

—Lo que veo es que está muy emocionado y feliz contigo, por eso me asusta.

—Pues que quede entre nosotras, pero yo a veces también estoy asustada —le digo con media sonrisa.

Ella me miró, se levantó y me vino a abrazar, fue el gesto más dulce y tierno que podía recibir en ese momento. El instante se rompió cuando entraron por la puerta Axel y su padre.

—Joder, mamá, no estarás agobiando a Lía, ¿verdad? —dice Axel secamente.

—Tranquilo, que está todo bien, no seas tonto —trato de quitarle importancia.

Después de nuestra charla, que por cierto no me ha molestado, los padres se van a ultimar un montón de cosas para su fiesta y Axel y yo decidimos ir a hacer

algo de turismo. Esta vez le pido que me lleve a la Torre Eiffel. No es porque no haya estado allí en mis otras visitas a París, sino porque quiero subir hasta el último piso y eso sí que no lo he conseguido todavía. Siempre que lo he intentado, el último piso estaba cerrado por el mal tiempo. Axel se ríe un poco

con el plan, pero me dice que hará lo que sea necesario por complacer a su princesa. Menudo capullo.

Tuvimos que hacer la cola oportuna; pero bueno, tampoco había tanta gente y por fin conseguí mi propósito.

Cuando salgo en el último piso, respiro profundamente. Nunca imaginé que volvería a ir a la Torre, y menos que subiría hasta el último piso, encima acompañada por alguien como Axel. Ahí estaba, abrazándome por detrás, con sus musculosos brazos. La vista de la ciudad es espectacular, pero mirarlo a él es igual de increíble. Su sonrisa mientras me ve embobada mirando al horizonte me

cautiva. Me gira y pega sus labios a los míos. Me besa con delicadeza, como si

fuéramos dos seres muy frágiles. Cuando separa nuestros labios, dice:

—Sé que estabas esperándome. —Yo lo miro y le beso de nuevo.

Comimos en un *bistró*, cerca de la Opera. Callejamos. Compré un par de camisetas del Paris Saint-Germain para los niños y cuando casi era de noche volvimos a casa, seguro que podríamos echar una mano a su madre con la fiesta.

Al llegar a casa hay bastante gente del servicio organizando todo, parece que va a ser un evento más grande de lo que yo creía. Sus padres no están todavía.

Nos vamos directos a la habitación con la intención de ducharnos y cambiarnos.

No podemos evitar llenar la bañera y meternos los dos un rato. Después de caminar toda la tarde, necesitábamos descansar un poco las piernas. No hacemos

nada, porque yo me niego, ya hay demasiada gente por la casa y no me parece

adecuado. Axel gruñe por no poder meterse entre mis piernas, pero sí que

consigue darme un orgasmo fantástico mientras me frota en la bañera. No había experimentado nada tan erótico nunca. Los dos solos, sin apenas hablar por miedo a que nos oigan, solo dejando que sus manos me limpien y me recorran

entera. Hasta que se entretiene entre mis pliegues, activando el centro de mi placer. Lógico que gruñese, porque él se quedó con una erección imponente y sin

poder conseguir su objetivo, que por supuesto era follarme aquí mismo.

Cuando consigue que su polla entre en sus *bóxers* negros, se viste. Se pone un pantalón pitillo gris oscuro, con una camisa blanca que le queda como un

guante.

Se peina un poco el pelo, despeinándose, y se echa unas gotas de su colonia Agua Fresca de Adolfo Domínguez. Joder, huele tan bien que me quiero quedar

pegada a su cuello toda la noche.

Yo me pongo un pantalón pitillo negro, de esos que quedan a la altura del tobillo, con una blusa negra cerrada al cuello, pero con la parte del escote de tul transparente. Por supuesto, me pongo un sujetador de raso negro y un tanga a juego. Me calzo mis Stiletos negros y crudos con tachuelas y me maquillo un poco. La raya negra, un poco de rímel y los labios con un poco de brillo. Axel al verme salir del baño volvió a gruñir.

—Me debes un orgasmo, princesa —me espeta mientras me agarra y me estrecha contra él.

La cena nos la sirven en el salón, en esa mesa larguísima que está

perfectamente vestida. La madre de Axel luce muy guapa, lleva una falda larga

negra, perfectamente encajada en su cintura y una camisa de seda cruda cruzada

en el pecho. Joan también está muy elegante, con un pantalón azul marino y camisa azul claro. Me van presentando a todos sus amigos; los uruguayos, los franceses, algunos miembros más de la embajada y compañeros de la revista.

Con los franceses, Axel me hace de traductor, me siento tan idiota. Antes de sentarnos a cenar, aparecen junto al abuelo el tío de Axel, Alejandro Junior y su primo Mario, recién llegados desde Buenos Aires y es una gran sorpresa para todos, sobre todo para Alma, que se emociona un montón al ver a su hermano.

La cena es increíble, pruebo un montón de platos de este y del otro lado del

charco. Por supuesto, estoy sentada entre Axel y su primo, que no para de tirarme los tejos para sacar a Axel de sus casillas, por momentos creo que se levantará y le partirá la cara; pero siempre con una sonrisa falsa de por medio,

claro.

Antes de cantar el cumpleaños feliz, Alba llama a su madre; por motivos de trabajo está en Madrid, preparando unos desfiles, así que le ha sido imposible asistir. Oí como la madre le daba las gracias a Lucas por teléfono. ¿Perdón?, me

he debido de perder mucho, estos dos han seguido viéndose desde el cumple de

Julia y yo sin saberlo.

Todos le dan los regalos y ella se ruboriza por tantas atenciones. Axel y su padre fueron los últimos en dárselo. Es una cámara de fotos antigua de coleccionista, que funciona a la perfección y que han conseguido en un anticuario hoy mismo por la mañana. Alma llora al verla y da un beso larguísimo

a Joan. Hacen muy buena pareja. Axel se levanta y coge a su madre en volandas,

mientras la come a besos. Casi se me caen las lágrimas viendo cuánto amor desprende esta familia.

Con las copas, la mayoría de los invitados se van marchando y quedamos la familia y Luis y Sonia, que son los amigos uruguayos, con su hija Sol, que por

cierto no para de mirar a Axel. Empiezan a hablar de las vacaciones que pasaban

todos juntos en Punta del Este, cuando los niños eran pequeños, donde sus amigos tenían una casa. Y Mario, cómo no, empieza a contar mil anécdotas

ridículas de todos, pero sobre todo de Axel. Los padres también recuerdan las que solían liar los niños y, sin saber muy bien cómo, Sonia relata la vez que pillaron a Axel y a Sol haciéndolo, con quince años, su primera vez. Joder, yo estaba bebiendo un *gin-tonic* y casi se lo escupo en la cara a Sol, que la tenía enfrente. Su cara era un poema. Casi sale corriendo. Mario empieza a

descojonarse y Axel me mira negando con la cabeza. Todos los adultos repiten

sin cesar: sí, sí, ya me acuerdo, esa sí que fue buena.

—La reputa, siempre tenéis que contar lo mismo —suelta Axel sacando su acento más argentino.

—Joder, primito. No te enfades, todos hemos tenido una primera vez —se mofa Mario. Ahora entiendo por qué Sol no nos ha quitado ojo en toda la noche.

Si su primera vez fue con Axel, no lo va a olvidar nunca. La conversación al fin

cambia de tercio y poco a poco vamos despidiendo la noche.

Axel y yo nos despedimos de todos, ya que nuestro avión saldrá a las 11 de la mañana y nos retiramos a nuestra habitación.

—Así que desvirgaste a Solecito, ¿no? —le dije al entrar.

—¿Qué pasa, princesa? Te pones celosa.

—Yo no, pero me ha gustado comprender por qué te ha estado mirando así toda la noche. El efecto Axel, lo llamo yo —le dije mientras me desnudaba delante de él lentamente.

Sus labios corrieron al encuentro de los míos y en menos de diez segundos estábamos desnudos por completo, me tiró encima de la cama y sin ni tan siquiera abrirla empezó a devorarme. Mordiscos en el cuello, besos detrás de mis

orejas, lametones en los pezones y así fue descendiendo hasta mi ombligo.

Continuó con su dulce tortura y enterró su boca entre mis muslos. Tuve que ahogar un grito de placer al sentirle en mi sexo. Su lengua hizo el resto, no me

pude contener y un orgasmo me recorrió entera, arqueé mi espalda y junté mis

muslos para notar más su fricción. Cuando me dejé caer de nuevo en el colchón, me embistió con su polla y volví a contraer todos los músculos de mi vagina. Era

una tortura no poder gritar su nombre, así que enterré mi cabeza en su cuello y

aspiré su olor. Él entraba y salía de mí con un ritmo mágico. No tardaré mucho

en correrme otra vez, le avise.

—Es lo que necesito, princesa. Verte muerta de placer. —Dentro. Fuera.

Dentro. Fuera. Cada embestida más profunda y más rápida. Le vi cerrar los ojos

con fuerza y supe que estábamos a un paso de la locura. Una embestida más y un

orgasmo brutal nos sacudió a los dos. Axel vació su esencia en mí y dejó caer su

peso sobre mi cuerpo.

—Sé que te quiero, Lía.

Y así, tras oír esas dos palabras que salieron de su boca, salió de mí, nos abrazamos y nos quedamos dormidos. Yo no pude contestar a su afirmación, de

momento, pero mi corazón latió tan fuerte que supe que yo quería a Axel también.

36- DULCE NAVIDAD

Después de nuestro fin de semana en París, se me pasaron los días volando.

Las semanas que tenía a los niños intentamos hacer una vida de lo más normal;

pero le pedí a Axel que me diera un poco más de tiempo con ellos, para que no

se sintieran desplazados. Como él cada vez tenía más trabajo, no supuso ningún

problema, aunque siempre antes de irnos a dormir compartíamos un ratito a solas. Las semanas que estaba sin los niños pasábamos más tiempo juntos, y sobre todo dormíamos juntos, nos daba igual, unas veces en el *loft* y otras en mi cama. La cosa es que me encantaba despertarme con él, siempre me hacía reír.

Esas semanas él se encargaba de cuidarme y yo agradecía olvidarme de compras,

comidas, cenas y demás rutinas de la casa.

También hemos salido algún fin de semana con Julia; “los tres mosqueteros”,

nos llama la muy capulla. En más de una ocasión, fingiendo ser una marginada

nos ha pedido hacer un trío, pero el idiota de Axel siempre le responde que es mucha mujer para una pareja tan normalita como nosotros. Me gusta que se lleven bien.

Hoy es Nochebuena y, como suele ser tradición, ceno con mis niños en casa

de la madre de Julia, que abre su ala y recoge allí a todos sus polluelos.

Estaremos todos, su hermana Marina con su marido y sus tres hijos, ellas y nosotros. Criarse en un ambiente poco familiar, como ha sido mi caso, me hace

valorar mucho a la familia de Julia; no compartimos sangre, pero me considera

una hija más.

Mi madre me ha llamado esta mañana para desearme felices fiestas, hablar un rato con los niños y decirme que mi padre la había llamado para felicitarle las fiestas.

No sé qué es más absurdo, si que lo haya hecho o que encima me lo cuente.

En fin, que me quedo con la familia que elijo, no con la que me tocó.

Axel también me ha llamado, está en París con toda su familia, incluidos todos los primos de Argentina. Me dijo que podíamos ir los tres a pasar las fiestas con ellos; pero no me convencía la idea, es muy pronto para involucrar a

tantas personas. Además, los niños mañana se van con su padre y yogurín a Canarias y no regresarán hasta el 2 de enero.

El 26 hemos quedado en vernos en Barcelona, vamos a pasar nuestra primera

Nochevieja los dos juntos y me parece que Alba y Lucas también estarán. Todo

pinta a que esos dos tienen una relación en toda regla.

La cena fue espectacular, la madre de Julia ya estaba casi recuperada del todo de la operación y cocinó un montón. Julia estuvo toda la cena metiéndose con su

cuñado Pepe; sí, el del palo metido por el culo. Él no es un mal tío, pero sí un

poco estirado.

Marina, su hermana, es más joven y seguro que podía haber encontrado a alguien más acorde a su edad, pero siempre le han ido los tíos mayores. Encima

este, bien posicionado, y con posibles. Le había hecho tres niños seguidos en apenas cinco años, eso era lo que más le molestaba a Julia, que le había cortado

las alas demasiado pronto; pero si ella era feliz, no se podía pedir más.

Julia estuvo rara, pasaba de momentos de euforia, haciendo chistes y diciendo idioteces para que todos los niños se descojonaran, a momentos de ausencia, con

la mirada clavada en la copa. De hoy no pasa, tengo que sonsacarle lo que la tiene preocupada.

Los niños ya estaban agotados y nos fuimos despidiendo. Convencí a Julia para que me acompañara a casa y durmiera conmigo. Y como no sabe decirme

que no, aquí estamos las dos.

—Tú lo que quieres es que yo te dé el calorcito que hoy no te da Axel. ¿No, zorrón? —me dice con sorna después de acostar a mis hijos.

—Anda, voy a ponerte un buen *gin-tonic* de Citadelle y ya verás qué calorcito me vas a dar luego.

Voy a la cocina y preparo dos copazos, nos sentamos en el salón a mirar el típico programa horrible de todas las nochebuenas, ese que salen cantantes que

han vuelto de ultratumba. Cuando ponemos a todos bien a parir y nos servimos

el tercer gin, no puedo aguantarme más.

—Ahora que ya hemos roto el hielo, me vas a decir qué coño te pasa.

—Serás guarra, solo me has invitado a pasar la noche juntas para sacarme información. Y yo que pensé que era porque me ibas a dar amor. —Me acerqué

más a ella y la abracé.

—Claro que te voy a dar amor, cachoputi, pero cuéntame qué te pasa por esa cabecita loca.

Aunque me mira de soslayo haciéndose la ofendida, al final empieza a largar por esa boquita.

—Pues nada, solo que antes en la cena os he visto a todos con vuestras familias y me he puesto un poco melancólica. Yo sigo sola.

—Perdona, pero sola no has estado, todos los que estábamos en esa mesa, incluido el del palo por el culo —mi comentario le hace reír—, te queremos a rabiar, eres muy importante para todos nosotros, ¿lo sabes, verdad?

—Claro que lo sé, nena; pero ya sabes a qué clase de amor me refiero, a uno que me dé lo que yo necesito —musita.

—Tranquila, ese amor seguro que llega, pero no te tienes que desesperar.

—Qué fácil es decirlo cuando el puto modelo de anuncio, que encima cocina bien, se mete cada noche entre tus sábanas —me dice con cara de repipi. No puedo evitar descojonarme y dar otro trago a mi copa. Joder, ya me ha hecho acordarme de Axel, la verdad es que tiene razón. Yo ahora mismo no puedo quejarme.

—Está bien, lo mío ha sido suerte, pero puede que también tú la tengas.

—Y si te cuento que ya tengo a alguien —me espeta.

—Ya sabía yo que escondías algo más, cabrona. Estás rara hace tiempo y con secretitos, todo esto no es por la nostalgia.

—¡Ehh!, suave, que voy a ir por partes.

Entonces me cuenta que el día de su cumpleaños se enrolló con un tío, que estaban los dos muy pedo y que se conocen desde hace mil años, que nunca imaginaron que se iban a enrollar, pero que después se sintieron muy extraños,

porque no sabían cómo comportarse. La cosa es que después han vuelto a coincidir algún día más, pero sin tanto alcohol de por medio y siempre han acabado liados otra vez; siempre por las noches, y cuando llega el día cada uno

se va a hacer su vida. Ella cree que está empezando a sentir algo más, pero tampoco sabe definirlo.

—¿Quién es él? ¿Lo conozco?

—No, es un chico que conozco desde el instituto y que suelo ver cuando salgo

con Marta por ahí —me contesta.

No sé, pero la forma en la que me lo dice no me convence mucho, pero tampoco tiene por qué mentirme, ¿no?

—Espera. No será el puto de Leo, ¿no te habrás pillado por él?

—No pesada, con él no he vuelto a estar —contestó molesta.

—Está bien, pues nada, a ver si cuando vuelvas a estar con él habláis de lo que

sentís, en vez de follar solo, y así sales de dudas.

—Sí, mamá —responde vacilándome.

Le meto un par de cojinazos y, como ya estamos bastante tocadillas con la ginebra, nos vamos a la cama.

Ella se pone un camisón de manga larga que yo le dejo, porque odia los pijamas, y se queda como un tronco nada más meterse en la cama. Yo cuando vuelvo de desmaquillarme y ponerme el pijama no puedo evitar hacerle una foto

entre mis sábanas y se la mando a Axel.

“Siempre has rechazado un trío con ella y hoy la tengo para mí sola”.

Cuando lo envíe, yo sola me arrepiento. Joder, por qué no detectan los móviles

el alcohol en sangre y se bloquean, pensé para mí. A los pocos segundos, llega la

respuesta.

“Sabes que no me gusta compartirte, ni con una mujer ni con un hombre”.

Ainsss, este es mi Axel, tan arrogante cuando quiere.

Como me quedo sin palabras, se debe de preocupar y me envía otro mensaje más dulce:

“Por la postura que tiene y tu mensaje, ya sé que en el aeropuerto tengo que comprar otra botella de Citadelle”.

“Cuidaos mutuamente, princesa”.

Y así, pegadita a mi Julia, me dormí.

37- TODA LA VERDAD

Axel me recogió en su BMW SERIE 1 en el Aeropuerto del Prat y me llevó a dejar la maleta a su piso, estaba al lado del Paseo de Gracia. No sé cómo tenía un coche tan chulo guardado en un garaje, cosas de la gente a la que no le falta el

dinero, pensé para mí.

El piso es espectacular, como todo lo que conozco de él, se nota que alguien lo

limpia y lo abre, porque está todo perfecto. Su habitación es enorme y con baño,

la cocina es lo más pequeño de la casa, además da al patio interior del edificio, pero no le falta de nada. El resto da todo a la calle y tiene muchísima luz. Nos

ponemos al día contándonos todo lo que hemos hecho los días que no hemos estado juntos. Le conté que Julia está con alguien, que es todo muy misterioso y

que no me creo mucho la versión de los hechos.

Axel me dice que ya me lo contará cuando sea evidente, y que él no la ha visto

rara. Ya se sabe, los hombres están hechos de otra pasta, no son tan suspicaces

como nosotras; pero bueno, quizá tenga razón y solo hay que darle tiempo.

—He reservado para cenar en un sitio que me gusta mucho, a las 22.00

tenemos mesa —me dice mientras yo cuelgo la ropa en el armario. Él está liado

con el móvil, no sé si hablando con su hermana. Lucas y Alba vendrán pasado

mañana y celebraremos la Nochevieja los cuatro. Después regresaremos el día 1

todos a Santander.

—¿Me tengo que poner de etiqueta? —pregunto—. Porque no he traído nada muy elegante.

—No, tranquila, tampoco vamos al Abac.

Me quedo más tranquila y me decido por un vestido color teja con botones en la parte delantera y punto de seda en la falda, es muy *casual*. Unos botines negros con taconazo y mi cazadora negra de cuero. El pelo me lo recojo en un

moño bajo con la raya en el medio bien marcada y me maquillo con lo de siempre, raya negra, rímel y un poco de color en los labios.

Mientras espero a que Axel se vista, me quedo observando la ciudad por la ventana del salón. Menuda diferencia vivir aquí, donde la ciudad nunca para, a la vida tranquila en Santander, pienso para mí. Todavía no me creo que Axel cambiara todo esto por ir conmigo.

—Estoy listo, princesa.

Me giro y lo veo entrando al salón, casi se me caen las bragas, y eso que llevo medias. Joder, menuda visión. Lleva puesto un pantalón de lana a cuadros azules y grises pequeños y un jersey fino de cuello alto gris. Encima se ha puesto un

chaquetón azul marino de doble botonadura, como marinero, con solapas

grandes. Le queda acoplado perfectamente a su cuerpo. Calza unas *sneakers* azules, me parece que de Prada, como casi todo su calzado. Ventajas de tener a

su hermana en la firma, me ha dicho alguna vez.

—Estás muy guapo —digo mientras me acerco a besar sus labios. Cojo mi bolso, él su cartera y las llaves y pide un taxi, no quiere conducir por si tomamos vino durante la cena.

Al taxista le indica el restaurante, se llama Agua y está en el Paseo Marítimo, enfrente de la playa. En el taxi me va enseñando todo lo que vemos a nuestro paso, noto como habla entusiasmado de su ciudad. Llegamos a la hora acordada

y nos acomodan en una mesa al lado de la ventana; aunque es de noche cerrada,

se ve el Mar Mediterráneo de fondo. Hay mucha gente, para haber sido Navidad

ayer. Otra diferencia con una ciudad pequeña como la mía, aquí siempre hay ambiente.

El camarero nos deja las cartas y Axel pide un vino catalán, para ir abriendo boca en lo que nos pensamos el menú. Echamos un vistazo a la carta y pedimos

carpaccio de atún para compartir y después pescado para los dos.

Mientras le cuento que yo no sería capaz de vivir en una ciudad sin mar, que me produciría claustrofobia, nos sirven el *carpaccio*. Axel en todo momento está mirándome, con esa sonrisa que me derrite el alma, pero cuando el camarero retira el plato y se va, la cara de repente le cambia. La mandíbula se le pone tensa y me fijo cómo aprieta los dientes. Los ojos parece que se le van a salir de las órbitas. Cuando voy a preguntar qué está pasando, me agarra de la muñeca y

me dice muy serio:

—Lo siento, Lía. Tenemos que irnos.

—Pero ¿qué es lo que pasa? ¿Cómo nos vamos a ir en mitad de la cena? —
pregunto incrédula.

Él, sin soltarme la muñeca, me mira fijamente a los ojos y me clava su mirada.

—Por favor, Lía. Tienes que hacerme caso. ¡Vámonos!

Cojo mi bolso, poso la servilleta en la mesa y soltándome de su agarre me dirijo hasta la barra. Axel va detrás de mí, pero yo acelero el paso. Me parece la escena más bochornosa de toda mi vida. Llego a la barra antes que él y pido la

cuenta al camarero, que se queda alucinado igual que yo.

Axel ni tan siquiera se queda esperando, salió a la calle con el móvil en la oreja pidiendo un taxi.

—¿Hay algún problema, señorita? —me pregunta el camarero que nos ha servido al verme en la barra con la cuenta.

—No, tranquilo, solo es que nos han avisado de una urgencia —miento.

Pagué y salí a la puerta, Axel ya estaba con la puerta abierta del taxi. Entré y me senté lo más alejada de él posible. Joder, qué mierda significa esta huida, estoy flipando.

El taxi no es el lugar para preguntar, así que aguanto mi mala leche hasta que llegamos a nuestro destino y nos bajamos. Abre el portal y subimos en el ascensor.

—Lía, déjame explicártelo —me dice mientras se acerca a mí.

El ascensor se para y salgo la primera, no quiero tenerlo cerca. Abre y entramos en casa. Me voy directa a la habitación y me meto en el baño. No tengo

ni idea de qué es lo que ha podido pasar para habernos ido de ese modo del restaurante, la sangre me hierve.

—Lía, por favor, sal y te lo contaré todo. Joder, lo siento, princesa. Lo siento tanto —su voz suena apagada, pero yo estoy muy cabreada, tanto que no puedo

contener la rabia.

Abro la puerta del baño y ahí está, sentado en el borde de la cama con los codos apoyados en sus rodillas y las manos en la cabeza.

—Habla ya, y por una vez dime la puta verdad —grito.

—¡Joder!, por favor, no te pongas así, ¡escúchame!

—Estoy esperando una explicación —le dije, borde.

—El año pasado cuando regresé de París un día antes de lo previsto me encontré en esta casa a Eva a cuatro patas follando con Javier, mi mejor amigo.

Abrí la puerta y ahí estaban dándolo todo. Entre en cólera, Lía, no dejé que se vistieran casi, los saqué de la habitación y empecé a pegar a Javier. ¡Joder, Lía!

No me mires así, por favor.

Yo me quedo petrificada escuchándole, Axel tiene la respiración entrecortada y sé que le está costando un triunfo seguir hablando. Me da pena ver su estado.

—Tranquilo, te escucho —intento parecer serena, aunque yo también estoy

muy nerviosa.

—Le reventé la cara, Lía, le pegué tanto y tantas veces que le rompí la nariz y la mandíbula. Estaba fuera de mí, la ira pudo con mi cuerpo y no fui capaz de parar. Eva gritaba horrorizada y se metió en medio, le cogí de la muñeca tan fuerte para apartarla que se la rompí. Los saqué al descansillo y los vecinos llamaron a la policía. Me llevaron a comisaría y ellos pusieron una denuncia. El

juez me puso una orden de alejamiento como medida cautelar de un año y tuve

que hacer tres meses de trabajos sociales, además de pagar una multa. Por eso me alejé de Barcelona, me fui a Buenos Aires, después a la isla. —Las lágrimas

empezaban a asomar por sus ojos, nunca le he visto llorar—. Joder, Lía, yo no

soy así, pero ese día no pude controlarme. La orden de alejamiento termina hoy a

las doce y en el puto restaurante en una mesa estaban sentados Eva y Javier.

Cuando los he visto, solo he podido pensar en salir de allí. Conociendo cómo son, podían haber llamado a la policía, aunque es un lugar público y quizás no

hubiera tenido problemas, pero no me quería arriesgar por unas horas.

—Joder, Axel, ¿por qué no me lo has contado? Yo te conté lo de Carlo. Has tenido muchas oportunidades para decirme la verdad —le grité.

—Qué querías que te dijese exactamente, que casi reviento a un tío a hostias, que también le hice daño a ella, cómo crees que hubieras reaccionado. Yo no soy

esa clase de tío. Solo me descontrolé un día y las circunstancias me hicieron ponerme así —dijo con voz queda.

Entonces se levanta y viene a abrazarme, pero yo no puedo corresponder ese abrazo, doy dos pasos para atrás y me meto en el baño de nuevo. Esta vez cierro

la puerta.

—Por favor, Lía. No me tengas miedo, por eso mismo no te lo conté, no podría vivir pensando que tienes miedo de estar conmigo. ¡Abre la puerta, te lo

pido! Sé que la he cagado por no decírtelo, pero no quiero perderte.

Yo ya empecé a llorar a gusto, sin que él me viera, apoyando mi espalda en la puerta y deslizándome hasta sentarme con las rodillas encogidas. No sé qué hacer, pero me encantaría estar en Santander y poder irme a mi casa, meterme en

mi cama y huir de todo.

—¡Déjame sola, Axel!, ¡por favor! —suplico.

—Está bien, pero sal del baño. Me iré a la otra habitación si no quieres verme,

te prometo que esta noche te dejaré descansar, pero por favor no te vayas, Barcelona no es Santander, no salgas de casa sola.

Me conoce bastante bien, a pesar de no llevar mucho tiempo juntos, porque mi

primer pensamiento ha sido irme a la calle, a sentir el aire en la cara, sin rumbo, a respirar.

Cuando oí la puerta de la habitación cerrarse, salí, me quité la ropa y me puse

el pijama, me sequé las últimas lágrimas e intenté asimilar todo lo que había pasado, dormirme iba a ser muy difícil.

Ahora empiezo a entender muchas cosas, lo protector que era en la isla, lo mal

que lo pasaba cuando alguien que no fuese él me tocaba. El gesto de dolor cuando le rocé los nudillos de su mano; si le dio tan fuerte, él también tuvo que hacerse daño. Sus ratos ausente...

Sopese sus palabras, había sido un día, solo un día de descontrol y la verdad

es que la situación hubiera desquiciado a cualquiera. Recordé cuando yo viví algo parecido con Carlo, cómo al llegar a casa también monté el espectáculo y

tiré toda su ropa por la ventana. A mi casa también vino la policía, pero no hubo violencia. Por un momento me puse en la piel de Axel, él había sido doblemente

traicionado, por ella y por su amigo, y en su propia casa. Nadie se merece una agresión así de fuerte, pero sí que comprendo que lo pusieron en una situación

límite. Después de dar un millón de vueltas y no poder conciliar el sueño, me levanté y fui a buscarlo. Necesitaba su contacto para poder volver a sentirme en

casa.

Axel estaba tirado a los pies de la cama, no se había quitado la ropa y tenía la cabeza enterrada entre sus manos. Al oírme entrar, se levantó.

—Princesa, lo siento —me volvió a decir.

Yo sin más me acerqué hasta él y lo abracé, todo lo fuerte que pude.

—Vamos a la cama, por favor.

Él me cogió en brazos, como si fuera un bebé y me llevó hasta nuestra habitación otra vez, se desnudó y nos metimos en la cama. Me abrazó por detrás

haciendo que se me estremeciera todo el cuerpo.

—Por favor, no me tengas miedo —me susurró.

Y así, pegada a él, conseguí quedarme dormida.

38- VINO Y SÁBANAS

Nos levantamos bastante tarde. Tardamos tanto en quedarnos dormidos que una vez lo conseguimos se nos pegaron las sábanas al cuerpo.

Por la mañana me preparó el desayuno y en la cocina, frente a frente, estuvimos hablando un montón. Sus ojos verdes volvieron a recuperar el brillo.

Le dije que, si tenía algo más que decirme, ese era el momento, porque no iba a

tolerar ninguna mentira más. Él me volvió a pedir disculpas por no haber sido completamente sincero conmigo; pero me juró que eso era todo, que no había más secretos. No hacía falta que me jurara nada, me pareció muy sincero.

Dijimos que jamás nos mentiríamos.

—Hoy tengo una sorpresa para ti, pero hasta la tarde no sabrás de qué se trata.

Espero que ya nadie nos estropee nuestros días aquí. Hoy, aunque suene raro, ya

soy libre, otra vez.

Sé que se refiere a que ya no tiene la orden de alejamiento y podrá circular libremente por su ciudad sin miedo a encontrárselos. Se le ve algo más feliz.

De la cocina me llevó a la cama y nos enredamos entre sus sábanas,

necesitaba sentirle dentro de mí, desde que se fue a París no lo habíamos hecho y tenía la necesidad de disfrutar de él y de dejarme llevar por el placer que sentía a su lado.

Nos desnudamos y me hizo el amor lento, muy lento, recreándose en cada poro de mi piel. Me besó una y mil veces, todo el cuerpo. Pero sobre todo me besó en la boca. Su lengua revolviéndose con la mía una y otra vez. A la vez

que

hundía su polla en mi sexo, con movimientos suaves y sensuales, parecía que estábamos bailando. Así, con ese compás, tuvimos nuestro primer orgasmo.

Cuando acabamos, pegó su frente a la mía.

—Lía, te quiero, estoy loco por ti —dijo sincero.

Sus ojos verdes se clavaron en los míos y su mirada me atravesó el alma.

Le di un beso, un beso largo y apasionado, de esos que significan un montón de cosas.

Entonces me subí a horcajadas sobre él y vi cómo contemplaba mi cuerpo desnudo encima del suyo, con deseo y excitación. Me sentí liberada. Quería demostrarle que soy capaz de darle placer, igual que hace él conmigo.

Apreté con mis manos su pecho para que no levantara la espalda del colchón y

me metí su polla en mi sexo, estaba más que preparada para recibirla.

Así, en esa postura empecé a subir y bajar apretando mis muslos contra su cuerpo. Él solo me observaba con la mirada fija, dejándose llevar.

—Lía, sabes que me encanta llevar el control y así me lo estás poniendo muy difícil.

Yo, sabía perfectamente que él lo que quiere es controlar la situación, sobre todo controlar mi placer, pero necesitaba hacerle ver que no hay nada malo en que sea yo quien tome las riendas.

—Déjate llevar, hazlo por mí —gemí muy excitada.

Sus manos fueron a parar a mis pechos y creo que dejó de intentar darme la

vuelta, cerró los ojos relajadamente y se dejó ir. Yo seguí cabalgando encima de

él y hasta me toqué el clítoris para acelerar el proceso, quería todo.

Cuando Axel abrió los ojos y me vio tan entregada, gimió de placer.

—Joder, Lía, me estas matando de placer. No pares nunca.

Sus palabras fueron música para mis oídos, seguí con mi ritmo vertiginoso y en dos movimientos más me corrí, como hacía tiempo que no lo hacía,

controlando yo mi propio placer. Axel tardó tres segundos más y se corrió también, mientras decía mi nombre.

Vamos en su coche callejeando por Barcelona, los dos llevamos una sonrisa pegada en la cara, en la radio suena “Don’t let me Down” de Chainsmokers y Daya, cantamos a pleno pulmón. Después de nuestra sesión de sexo, comimos un poco y nos echamos una siesta, el placer nos había dejado rotos.

A las 19.00 me despertó y me obligó a vestirme, muy misterioso. Me he puesto un vaquero pitillo negro con un top lencero negro también, encima llevo

un abrigo rosa palo con unos zapatos de tacón rosas también. Como no sé a dónde vamos, no tengo ni idea de si voy bien o mal.

Aparca su coche en un *parking* y nos acercamos hasta una calle bastante ancha, hay varias tiendas de antigüedades y a la derecha veo dos cristaleras enormes y un cartel donde leo Galería Art.

—¿Qué me traes, a una exposición? —pregunto nerviosa—, pues que sepas que no tengo ni idea de arte.

—De este arte sí sabes, princesa —me dice mientras me abre la puerta para

entrar. Todo un caballero.

No me lo puedo creer, en la misma entrada veo un cartel enorme con el tema de la exposición. “Erotic Art”. Con la boca abierta de par en par me quedo, se nos acerca una azafata y nos da un folleto con los autores que exponen en la galería.

—Gracias —asiento.

Hay un montón de gente y comenzamos a ver la exposición por la zona de la derecha. Son todas fotografías, no cuadros, así que no sé por qué me empiezo a poner nerviosa. No creo que se haya atrevido.

En el segundo pasillo, un señor muy trajeado viene hasta donde nosotros y se presenta a Axel como Lluís Solans, el director de la galería.

—Es un placer poder contar con su obra, señor Rivas —dice amable—.

Espero que disfruten de la exposición.

Al oír aquello, me pongo más roja que un tomate, incluso me empiezan a temblar un poco las piernas. Axel pone su mano en el final de mi espalda y me

guía hasta la siguiente sala.

—Tranquila, princesa. Si te ruborizas, todos sabrán que la modelo eres tú.

—Joder, Axel. Me parece muy fuerte que de esto tampoco me avisaras. ¿No habíamos quedado que no había más secretos?

—Lía, las sorpresas son sorpresas; si te lo hubiera contado, ya no lo sería.

—Está bien, intentaré parecer calmada, aunque luego te mate.

Cuando casi hemos recorrido todas las salas, pasamos a la última y ahí casi me desmayo. Una fotografía de un tamaño extremadamente grande preside la pared central. Es mi foto, la de la barra de la cocina con la copa de vino y mis

pechos asomando. Joder, cómo me voy a calmar. Debajo en un cartón pequeño

pone el título “Wine” y el autor Axel Rivas. No se me ve la cara, solo un poco de perfil y la melena suelta. Y ahí están mis lolas, como él las llama, dejándose entrever entre la copa de vino y la camisa abierta. Viene a mi mente el juego de

esa noche. Sí, el de pregunta y foto.

Está loco. Muy loco, y yo muerta de vergüenza.

Al vernos allí. la gente se acerca a preguntarle, en el folleto sale su foto y le han reconocido, también hay otros autores y enseguida entabla conversación con

ellos.

Yo tímidamente le dejo su espacio y voy a ver la otra fotografía. Esta sí que no

me la esperaba, no recuerdo cuándo me la ha hecho porque estoy dormida. Fue

de nuestro primer día en el *loft*, puede que me la hiciera cuando me despertó con el *flash* y el ruido del clic de la máquina. Estoy en su cama, desnuda, de lado pero boca abajo, con la sábana serpenteando mi cuerpo.

Está en blanco y negro y se ve solo el perfil de uno de mis pechos apretado contra el colchón, mis brazos agarrados a la almohada, mi espalda y mi nalga al

descubierto junto con la pierna, solo una, la otra la tapa estratégicamente la sábana. El pelo enmarañado cubre casi todo mi rostro. Menos mal, es muy difícil

adivinar que soy yo. Su título: “Entre mis sábanas”.

Axel se acerca por detrás y me agarra de la cintura pegándome a su cuerpo.

— ¿Te gusta? —me pregunta.

—Te podría decir que no, pero la verdad es que me encanta —le respondo.

Cuando vemos toda la exposición, charlamos otro rato con el director, que nos dice que las tendrán expuestas una semana y que mucha gente ya ha preguntado

para comprarlas. Yo abro los ojos como platos, me siento como una paleta que

aterriza en la gran ciudad. No tengo ni idea de arte, ni de exposiciones, ni de este mundillo. Nunca pensé en esto como un negocio. Menos mal que para Axel solo

es una afición, no necesita lucrarse con ello, así que le dice al director, amablemente, que estas dos piezas pertenecen a su colección privada y que no están en venta. Creo que se oye salir el aire de mis pulmones, de alivio.

Seguía entrando y saliendo gente, estábamos a punto de irnos ya cuando un grupo de chicas bastante jóvenes se acercaron hasta la última sala hablando un poco más alto de lo normal.

—Ya veréis como salgo en alguna de estas —dijo una voz femenina.

Al oír su voz, Axel se tensó, igual que ayer en la cena. Me miró de nuevo e inclinándose pegó su frente a la mía.

— Dime que hoy ya es 27 de diciembre, ¡por favor!

Yo al instante comprendí la situación. Quería asegurarse de que no se había equivocado de día, que hoy ya era libre, porque la chica alta con un cuerpazo de

infarto y unos ojos azules, que parecían de gata, era Eva.

—Pues me parece que esa no eres tú —la picó una de sus amigas al ver las fotografías.

Axel seguía de espaldas a ella, mirándome a mí. Como había más gente en la sala, ella no lo ha visto.

—Axel, es 27 y estoy contigo. No voy a consentir que una zorra estropee mi sorpresa, ¿entendido? —traté de calmarlo—. Pero necesito que te tranquilices y

no pierdas el control, ¿vale? —Él asintió con la cabeza sin articular palabra.

Intenté no ponerme nerviosa, pero era bastante difícil. Después de todo lo que me había contado Axel, la muy cerda tenía las narices de presentarse en su exposición, el mismo día que ya podía acercarse a él, y encima esperaba ver sus

fotos allí expuestas, ¿qué clase de tarada mental era esta tía?

El director de la galería, como vio que estábamos saliendo, nos detuvo para presentar a Axel a una señora, de mediana edad, muy elegante. Entonces no le quedó otra que girarse en medio de la sala.

—Axel, esta es la señora Puig, es dueña de un par de galerías y le he encantado tu obra.

—Encantado —le saludó con media sonrisa que no le llegaba a los ojos.

Yo aproveché para dejarles conversar y me acerqué de nuevo a mis fotos, donde seguía Eva y sus amigas. Joder, me sacaba casi una cabeza, parecía una modelo.

Antes de llegar hasta donde ella, observé que ya había visto a Axel, la cara le

cambió en un instante y puso una sonrisa forzada.

Yo observando mis fotos puse la oreja y las escuché cuchichear.

—Está ahí, lo sabía —comentó a las amigas

—Joder, tía, ¿no decías que no iba a estar?, que te habían dicho que ya no vivía en Barcelona.

—Tenía el presentimiento de que había venido, hasta me pareció verlo ayer en

el Agua.

—¿Y quién será la tía de las fotos? —preguntó otra.

—Ni lo sé ni me importa —contestó insolente.

A punto estuve de girarme y contestarles que era yo, pero no quería ponerme a

la altura de esa niñata.

Me di la vuelta para ver si Axel había terminado de hablar, y para mi sorpresa

venía con paso decidido hasta donde estábamos. Eva se puso recta y esperó mientras él se acercaba a mí.

—Eva, joder, viene donde ti —avisó la más bajita de las tres.

Pero Axel, con la cabeza alta, sacó su mejor sonrisa, esa que me volvía loca,

las pasó de largo y llegó hasta mí.

—¿Nos vamos, princesa? —me susurró al oído mientras pasaba su mano por mi espalda para guiarme.

—Será un placer —contesté.

Y así nos dirigimos hasta la salida, nos despedimos de la azafata en la puerta y

salimos a la calle. Antes de avanzar más, le agarré la cara con mis manos, le di

un beso impresionante y le dije pegada a sus labios.

—Te quiero —y las palabras mágicas brotaron de mi boca.

No pude contenerme, lo sé, todo lo que había descubierto estos días era una locura. Y en vez de alejarme de él, me había acercado al verdadero Axel y me gustaba, me gustaba demasiado. Puede que su comportamiento hace un año hubiera sido de un niño inmaduro, pero hoy, estando conmigo, me había demostrado que ese era él, el auténtico Axel Rivas.

39- MI VERDAD

AXEL

Joder, estaba tan contento de tener a Lía en Barcelona conmigo. Es mi ciudad,

y a pesar de que en el último año he intentado estar lo más alejado posible de

aquí, me encanta volver y disfrutar de sus calles, de sus tiendas y de su gastronomía. Encima si Lía me acompaña de la mano, es como un sueño para mí.

Reservé para cenar en Agua, un restaurante al lado de la playa, imaginé que el

sitio le iba a gustar. Después de recogerla en el aeropuerto y llevarla a mi casa, estábamos preparados para salir. Lía estaba preciosa y feliz, la noche pintaba muy bien, se notaba que estábamos los dos entusiasmados,

ilusionados por compartir nuestro primer fin de año juntos.

Todo se fue a la mierda cuando los vi sentados en una mesa. Joder, casi se me para el corazón. Con lo grande que es esta ciudad, por qué tengo que coincidir

con ellos en un puto restaurante. Lo mío es mala suerte. Allí a unos metros de mí, Eva y Javier, Javier y Eva.

He tenido que sacar a Lía en mitad de la cena, no puedo arriesgarme a que esos idiotas llamen a la policía, hasta el 27 no soy libre y aún faltan unas horas.

Me ha dolido tanto verla así de avergonzada por nuestra huida, sin entender nada

y enfadada conmigo, con razón. Yo solo quiero protegerla, aunque ella no lo sepa. No puedo caer en el mismo error, no puedo perder la cordura después de

tanto tiempo.

Ahora estamos en casa y le he contado toda la verdad. La he dejado sola, porque no quiero que me tenga miedo. Joder, me ha gritado, ha sido la primera

vez, pero lo que más me ha dolido es que se ha apartado de mí y se ha encerrado

en el baño. Tiene que estar muy asustada. Soy un puto imbécil. Me odiaría a mí

mismo si por no haber sido sincero la pierdo. La conozco lo suficiente para saber que lo único que quiere ahora mismo es salir de casa, sin rumbo fijo y perderse

en la ciudad, por eso le he pedido por favor que no se vaya, que la dejaré sola,

pero que no salga de casa. Barcelona es una ciudad muy grande, no quiero que le

pase nada.

Aquí estoy, tirado a los pies de la cama, llorando todo lo que un día no me permití llorar. Se lo tenía que haber contado. Alba me lo ha preguntado casi

todos los días. ¿Lo sabe ya? ¿Se lo has dicho? Pero yo no encontraba el momento, nunca encontraba el momento. Ese puto día está grabado a fuego en

mi cabeza, ese puto día que perdí el control y dejé de ser yo durante varios minutos. Ese día que casi me jodo la vida. No me gusta recordarlo. ¿Cómo le iba

a decir que casi mato a un tío a hostias? ¿Cómo va a ser esa la carta de presentación de alguien? ¿Qué hubiera pensado ella de mí?

Pasa mucho tiempo, no sé decir cuánto. Yo sigo tirado en el suelo con la cabeza enterrada entre mis piernas. Solo puedo pensar si la habré perdido. Y si

no me vuelve a tocar, entonces sí que estaré perdido. Sin rumbo. Sin ella. Oigo

un ruido y Lía abre la puerta.

—Princesa, lo siento —le vuelvo a decir. Y me levanto del suelo.

Sin más, se acerca a mí y me abraza todo lo fuerte que puede.

—Vamos a la cama, por favor.

La cojo en brazos, como si fuera un bebé y la llevo hasta nuestra habitación otra vez. Me quito la ropa y nos metemos en la cama.

Abracé su cuerpo sintiéndome en casa de nuevo, noté cómo se estremecía al

rodearla con mis brazos.

—¡Por favor! no me tengas miedo.

Y así, tumbados en la cama y muy pegados, conseguí que se quedara dormida.

A la mañana siguiente, durante el desayuno hablamos mucho, le prometí que no había más secretos, que ya estaba todo dicho y que por favor me perdonara otra vez.

De la cocina la llevé a la cama y nos enredamos, necesitaba estar dentro de ella, desde París no habíamos estado juntos y mi cuerpo no podía soportarlo más.

Nos desnudamos y le hice el amor lento, muy lento. Me recreé en cada poro de

su piel. La recorrí entera, con suavidad. Sin prisas, disfrutando de nuestra conexión. Así fue como nos llegó el primer orgasmo, entre movimientos sensuales y caricias.

—Lía, te quiero, estoy loco por ti —le dije al terminar. Era la segunda vez que

le decía que la quería. Ya sé que solo son dos palabras, pero era la única manera que tenía de sincerarme y lograr su perdón. Fui idiota por llegar a esa situación, pero todo lo que siento cuando nos tocamos se desborda de mi pecho y lo tengo

que dejar salir.

Su mirada me atravesó entero y me besó con fuerza. Yo esperaba oír las dos palabras de su boca también, pero no llegaron hasta más tarde. Entonces se

subió

a horcajadas sobre mí. Joder, esa imagen es lo más impresionante que he visto en

mi vida, su cuerpo desnudo encima de mí, es como contemplar una obra de arte.

Quería demostrarme que ella también puede llevar el control. Pero a mí me cuesta delegar esa parte todavía. La idiota de Eva me controlaba siempre y,

después de lo que vi el día que los pillé follando, estaba claro que a ella la controlaba Javier. Aún no he debido de superar que alguien vuelva a

controlarme. Así que intenté darle la vuelta. Pero Lía apretó mi pecho con sus manos para que no levantara la espalda del colchón y entonces se empaló en mi

pene, estaba más que preparada para recibirlo. Joder, cogió un ritmo matador, subiendo y bajando. Apretaba sus muslos contra mi cuerpo y no pude hacer otra

cosa que dejarme llevar.

—Lía, sabes que me encanta llevar el control y así me lo estás poniendo muy difícil —traté de disuadirla.

—Déjate llevar, hazlo por mí —me respondió. Así que puse mis manos sobre sus pechos y dejé de intentar darle vuelta, cerré los ojos relajadamente y me dejé ir. Ella estaba disfrutando un montón teniéndome a su merced, abrí los ojos y vi

cómo se tocaba el clítoris, me puso a mil verla tan entregada, casi nunca se tocaba ella misma cuando lo hacíamos, era todo una sensación nueva.

Excitante

y ardiente. Gemí de placer.

—Joder, Lía, me estás matando de placer. No pares nunca.

Después de varios movimientos más, acabamos corriéndonos los dos gritando nuestros nombres. Al final dejarle el control un rato había sido una buena terapia.

Por la tarde la llevé a la galería donde estaban sus fotos, ver su cara de vergüenza me encantó. Se ruborizó enseguida, ella que es una mujer tan fuerte y

decidida. Allí delante de sus fotografías parecía pequeña pequeña. Las fotos habían quedado espectaculares y, cuando estábamos a punto de irnos, Eva tuvo

que volver a aparecer. Por un momento temí que fuese 26 en vez de 27 y me estuviera jodiendo la vida otra vez. Pero Lía estaba a mi lado, me calmó y conseguí controlarme. Para ser sincero, no fue ira lo que me invadió al verla allí pavoneándose, más bien fue decepción. Porque después de haber compartido mi

vida con ella y haber terminado de la manera que lo hicimos, no entiendo qué buscaba yendo a la galería, ni lo que pretendía conseguir acercándose a mí de nuevo.

Cuando salimos a la calle, Lía por fin me dijo que me quería. Y me sentí feliz.

Me sentí el hombre más afortunado del mundo. Sé que ha estado conteniendo sus emociones, como yo, no la culpo. Yo en ese instante supe que sus palabras

me habían llegado al corazón. Es la única mujer que puede dar sentido a un “te

quiero” en mi vida.

Hasta ese momento solo se lo había dicho yo. Quizás porque después de vivir

desengaños, como nos había ocurrido a nosotros, intentábamos proteger nuestros

corazones. Ella sabe que la entiendo.

Realmente lo que importa no es que hayamos sido capaces de hablar de lo que

sentimos. Creo que lo que merece la pena es que comenzamos a darnos cuenta que nos necesitamos el uno al otro. Sin engaños. Sin ella no creo que logre respirar.

40- ADIÓS 2016

Al día siguiente llegaron Alba y Lucas en Ave desde Madrid, los fuimos a buscar a la estación, allí los pillamos en pleno morreo con restregón incluido cuando salían del andén.

—¡Joder, qué fuerte! —soltó Axel con cara de resignación.

Se conoce que no le gusta ver a su hermanita dando esas muestras de cariño a su chico, pero él delante de ella bien que se restriega conmigo.

—Hipócrita —le susurré muy bajito.

Vaya par de tortolitos. Nunca creí que fueran a hacer tan buena pareja. Alba es

una mujer muy moderna y cosmopolita; muy viajada. como diría mi abuela. En

cambio, Lucas es más normal, de ciudad pequeña, como yo, un chico trabajador

y bastante guapo, la vida no le ha tratado muy bien hasta ahora. Se casó hace un

par de años, yo estuve en su boda, ella era una pija con el pelo rubio platino, bastante tonta. Lo que a ella le gustaba de él es que manejaba bastante pasta, así que ella vivía como una señora, sin hacer nada, pero enseguida se aburrió de él.

A Lucas no le iban las fiestas ni los amigos idiotas de ella, así que, antes de celebrar su primer aniversario, se separaron. Lucas no lo llevó muy mal, probablemente los primeros meses le cegó el amor, pero después se daría cuenta

de que tenían muy poco en común y que en ese caso lo mejor es tomar caminos

separados.

Me imagino que Alba ya se lo haya contado; pero por si acaso yo no diré nada.

Fuimos directamente a comer todos juntos a un restaurante asiático y entre plato y plato les pusimos al día de nuestras aventuras en la Ciudad Condal. Les

contamos nuestro encuentro con Eva y Javier en el restaurante, la vergüenza que

pasé, cómo su hermano la había cagado por no ser sincero y el día después en la

galería. Me vacilaron, yo diría que en exceso, con ir a ver la exposición, pero yo les hice prometer que no se van a acercar ni a dos manzanas. Alba se alegró de

que por fin su hermano me hubiera contado la verdad y de que por fin estuviera

libre. Está claro que ella ha sido su apoyo incondicional, siempre la he visto preocupada por él e incluso por su comportamiento. Recuerdo en el cumple de Julia como estuvo pendiente de su comportamiento cuando Claudio me

besó y después cuando Carlo vino a tocarme las narices.

Ahora entiendo muchas cosas. Siempre ha sido muy protectora con él,

supongo que cuando ha empezado a salir conmigo quería ver hasta qué punto era capaz de controlarse. Y yo he decir a su favor que jamás me he sentido mal a su

lado, obviando el juegucito que tuvimos en la isla, que era mutuo.

Después de comer, dejamos a Lucas y a Axel solos, creo que van a ir a hacer el Tour del Camp Nou, es un deseo de Lucas y a Axel no le importa acompañarlo.

—¡Oh!, ¡qué bonito!, vais a pasar una tarde de cuñados —les digo yo sonriente. Axel me fulmina con la mirada.

Alba y yo aprovechamos para ir de tiendas. Ir con una experta en la materia me hace gozar. Sabe perfectamente en qué tiendas entrar, cómo pedir las cosas e

incluso, la muy cabrona, cómo poner a prueba los conocimientos y la paciencia

de las dependientas. Siempre encuentra el *outfit* perfecto para mí; aunque no para mi bolsillo, claro. Compruebo de primera mano que le encanta su trabajo y

que tiene muy buen gusto. Lo paso genial y puedo desconectar un poco de la carga de sentimientos de los dos días anteriores. Echo de menos a Julia, le hubiera encantado acompañarnos de tienda en tienda, se hubiera muerto cuando

entramos en la tienda de Stuart Weitzman en el Paseo de Gracia, probablemente

hubiera fundido su Visa allí. Me pruebo unas sandalias con cristales de Swarovski preciosas y no me resisto a mandarle una foto por *whatsapp* con ellas en mis pies. Su respuesta tardó muy poco en llegar.

“Japuta, no lo pienses más, mi número es el 38”.

Después de acabar agotadas y un poco más pobres, nos vamos las dos solas a

la terraza del *Hotel Pulitzer*, a tomarnos una copa. Hay bastante gente y la música es relajada. Allí podemos hablar más tranquilas. Alba me cuenta que su

hermano lo ha pasado muy jodido, que la perra de Eva casi le jode la vida, pero

que por suerte todo ha pasado y ahora lo ve feliz y centrado. Dice que él nunca

ha sido un chico violento, por eso les costó tanto entender qué cable se le cruzó para hacer lo que hizo ese día. En su voz muestra preocupación, quizás tenga miedo de que yo me asuste con lo de la violencia; pero él fue bastante explícito

contándomelo, por lo que ya no necesito saber más.

Yo le cuento lo que me pasó con Carlo, la reacción que tuve y lo mucho que

entiendo cómo te pueden poner al límite. Le dije que por eso creía que lo nuestro funcionaba, porque nuestra relación se podría romper por cualquier motivo, excepto por una infidelidad.

—Yo también sé un montón de relaciones tóxicas, hace un año que lo dejé con

Adriana y estuve hecha una mierda —me soltó después de dar un trago a su copa.

—¿Perdón?, te pareceré idiota, pero has dicho ¿Adriana o Adrián?

—Jajá —se carcajeó de mí.

—Adriana es una mujer. El idiota de mi hermano no te ha contado que soy bisexual.

Joder, ni se me hubiera pasado por la cabeza. Si me traen un espejo seguro que

otra vez tengo cara de paleta, como en la galería.

—No, pero bueno tampoco tiene por qué hablar de tu condición sexual, ¿por qué siempre tiene que llevar etiquetas todo? —me quejé.

Alba me sonrió y me dio la razón.

—Pues también es verdad.

Me cuenta su historia de desamor, la tal Adriana era una modelo italiana que también trabajaba para *Prada*, vivían juntas en Milán y Adriana siempre la tuvo a sus órdenes, hacía con ella lo que quería. Me dijo que desde los veintitrés no

había salido con ningún hombre, solo con chicas; pero que con Lucas estaba muy emocionada, le gusta un montón porque es distinto a todos, por eso la atrae

tanto.

Cuando volvemos a casa, los chicos ya nos tienen preparada la cena. Después de hablar un montón y contarles lo que hemos hecho, vemos una película en el

salón y nos vamos a dormir, todos estamos bastante cansados.

Los dos días siguientes nos fuimos a la Costa Brava. Aunque era invierno, los

hermanos Rivas, como los llamábamos Lucas y yo para vacilarles, nos enseñaron un montón de pueblos muy bonitos. Nos quedamos a dormir en un hotel rural cerca de Cadaqués y comimos y bebimos un montón, los cuatro desconectamos de nuestras vidas un par de días y el 31 regresamos a Barcelona.

Está siendo una Navidad diferente y me gusta compartir con Axel nuevas experiencias. Cenamos en casa un montón de platos catalanes que Axel compró

ya cocinados y tomamos las uvas. Con la última campanada, me coge en volandas y mientras me come la boca, con los restos de uva dentro todavía, me

dice una y mil veces que me quiere.

—Feliz año nuevo, princesa. Antes de conocerte estaba perdido, pero me he dado cuenta de que eres mi norte. Te quiero.

—Feliz año nuevo, vecino. Yo también te quiero, aunque a veces intente negarlo —le contesto complaciente.

Creo que hasta me puse roja al escuchar sus palabras, soy su norte. Yo, que hace un año estaba terminado la única relación que he tenido en mi vida y ahora

estoy completamente loca por Axel, como no había estado jamás. Después de esa confesión, empezamos el despliegue de llamadas telefónicas, consigo hablar

con Julia, que me dice que piensa salir con Marta, su prima, y que como deseo

ha pedido follar mucho más que en el 2016. También hablo con mis niños, ellos

todavía no han tomado las uvas porque en Canarias aún son las once. Axel y

Alba hablan con sus padres, que nos mandan besos para todos y con los primos

argentinos que han cenado todos juntos en París. Lucas habla con su hermano, Luis; sus padres fallecieron en un accidente de tráfico cuando él era un adolescente, así que es su única familia.

Y así, con la euforia de acabar el 2016 y con los mejores deseos para el año que comienza, brindamos con un carísimo *champagne* francés *Veuve Clicquot*, que Joan tenía guardado en su vinoteca.

Cuando nos vamos a la cama, Axel y yo nos amamos, mucho y muy rico, durante toda la noche. Hicimos el amor, pero el del bueno, como nos gusta decir

a nosotros, el que se hace suave y a la vez salvaje.

41- CUMPLEAÑOS FELIZ, A MEDIAS

Hoy es mi cumpleaños, 37 primaveras me caen. Bueno, más bien inviernos porque estamos en febrero. Como es Carnaval creo que este fin de semana me han preparado una fiesta sorpresa. Julia sabe que no soy muy de sorpresas; pero,

con la excusa de ir todos disfrazados, seguro que hay tarta y me cantan el cumpleaños feliz.

—¡Feliz cumpleaños, princesa! —me grita Axel al entrar en mi oficina. Esta mañana he tenido que llevar a los niños al colegio y no le he visto hasta ahora.

—Llega tarde tu felicitación —dice Julia, que está sentada conmigo en mi despacho.

Se enfrasan los dos en una conversación patética de “y tú más”, son peor que

dos niños pequeños.

Y cuando consigo poner orden entre ambos, Axel me da un paquete

—Espero que te guste.

—La va a gustar más el mío —espeto Julia de nuevo.

—Joder, qué pesaditos sois —les interrumpo.

Abro el paquete, que era demasiado pequeño para mis torpes dedos, y casi me muero allí mismo. No, no era un anillo. Era colgante con forma de brújula en oro

blanco de pequeño tamaño, marcando el norte.

—¡Oh!, me encanta —musito, y voy corriendo a darle un beso en los labios, de los de película.

—Joder, idos a casa, no sé cuándo se os van a pasar esos calentones —espetó Julia.

—Envidiosa —le dijo Axel con su lengua metida en mi boca aún.

Claudio entró también a felicitarme, porque venía de estar con un cliente y tampoco me había visto. Nos pilló en medio del beso.

—Joder, ¿no tenéis casa? —dijo—. Felicidades, preciosa, dame dos besos.

Aparté a Axel y me abracé a Claudio.

—Muchas Gracias. Joder, qué bien hueles hoy, ¿has cambiado de colonia? —le pregunté.

—No, que yo me acuerde —me contestó burlón.

Julia le tiró un par de pullas sobre si el cliente de donde venía era hombre o mujer y también le dijo que procurara no meter la polla donde tenga la olla.

Joder, qué bestia, parecía que estaba mosqueada con él.

Qué raro, hacía tiempo que en vez de vacilarse se tiraban todo el día los trastos a la cabeza.

Julia también me dio su regalo, un *clutch* negro de *Miu Miu* con piedras incrustadas en el borde, era precioso. Me dijo que Alba la ayudó a conseguirlo

en Milán porque aquí no era capaz de encontrarlo.

Los invito a comer y así organizamos el disfraz para el sábado, se empeñan en

ir de enfermeras sexis, a mí me parece un topicazo, pero los chicos están entusiasmados por ponerse una faldita corta y un buen pelucón rubio. Vaya fetichistas, nunca dejan de sorprenderme.

—Entonces vamos todos iguales, tíos y tías, ¿no? —pregunta Julia.

—Exacto —respondieron los machos alfa al unísono.

—¿Y quiénes vamos a ir? —pregunto.

—Pues nosotros, mi prima Marta, Rubén el compañero de Axel y su novia María, Sarita, Carlota y Eduardo.

—Hombre, Eduardo vestido de mujer no va a desentonar mucho —se rio

Claudio.

Después de comer volvimos a nuestros respectivos trabajos. Axel estaba como

loco por escaparnos a casa un rato, pero con la charla sobre el disfraz se nos

había hecho tarde.

El sábado de Carnaval resultó muy interesante, fuimos al Opium, un bar muy molón, que normalmente está hasta arriba, donde casi siempre hay música en directo y una gran fiesta de disfraces. Ahí aparecimos tod@s, éramos como las

chicas de la Cruz Roja. Nosotras no destacábamos mucho; pero, claro, los chicos

con medias de rejilla, esos uniformes blancos que les tapaban apenas el culo y esas pelucas ya eran un verdadero espectáculo por sí solitos. Axel, con su altura, estaba impresionante, la cabrona de Julia lo había maquillado tan bien que hasta

de mujer me ponía un montón.

Nosotras pues más bien parecíamos unas guarrillas, yo estuve toda la tarde diciéndole a Julia que no iba a salir a la calle así; pero como siempre la muy zorri me convenció. Sara y Carlota iban muy sugerentes también, a Sara se la comían con los ojos y ella, a pesar de llevar sus gafas de pasta, que casi le cubrían media cara, se ruborizaba; todos notaban los coloretos rojos del pudor, a ver si conseguimos que se suelte un poco.

Claudio llevaba una peluca negra muy larga, él si parecía más un *travelo*, porque además se había puesto un par de melones de los de 6000, como dice Axel.

Bailamos, bebimos un montón, nos hicimos un montón de fotos y cuando ya estábamos bastante perjudicados pararon la música y sonó el cumpleaños feliz de Parchís, que me cantaron todos los allí presentes, y en vez de soplar las velas de una tarta se les ocurrió que lo mejor era tomar una ronda de chupitos de Jagermeister , eso sí que es morir matando.

A Axel se le pegaban un montón de tías que había en el bar y a mí no me molestaba porque ya conozco muy bien el efecto Axel, pero él no me quitaba ojo

cuando algún moscón venía a acercarse.

—No deberías haberte disfrazado así, ahora la tengo tan dura que se me va a

salir por debajo de esta putifalda que llevo —me dijo al oído metiéndose entre otro tío que había en la barra y yo.

Sus palabras me hicieron palpar la pepita. Estaba deseando llegar a casa y quitarle ese disfraz. Y sentir su polla dura en mi sexo.

“Coño, Lía, no bebas más”.

Julia, que ya estaba borracha, no paraba de bailar con todo el mundo y, claro,

con esas pintas tenía más candidatos para que la acompañaran a casa que taxistas

había en la ciudad. Rubén y María se lo estaban pasando muy bien viendo como

Eduardo entraba a todos los tíos que llegaban al bar, el trajecito de enfermera le quedaba que ni hecho a medida. Claudio en cambio no paraba de restregarse con

Carlota y Sara, las otras dos le sonreían embobadas, parece ser que todavía no conocen las armas del “chingatore”. Yo confío en que no sea tan capullo de meter la polla donde tiene la olla, como a menudo le dice Julia.

Cuando ya no podía bailar y reírme más, nos despedimos de los chicos. Al abrazar a Julia, me metió la lengua hasta la campanilla, como viene siendo habitual en sus noches de cogorza y de repente noté que desprendía un olor que

llegó a mi cerebro. Joder, era un olor intenso, que me era muy familiar, cuando

conseguí separarme le pregunté:

—¿Has cambiado de colonia?

—No que yo recuerde —me contestó.

Entonces vi la luz. Joder, no me puedo creer que estos dos estén enrollándose.

Me empezó a encajar todo el puzle. Ahora entiendo su melancolía en Navidad y

las pullas que se tiran desde hace semanas. Será imbécil, me lo ha estado ocultando.

Hoy no pienso decirle nada, porque la concentración de alcohol en sangre es muy elevada, pero ya la pillaré por banda. Se va a cagar. Se está tirando a Claudio, alias “El chingatore”.

Axel y yo llegamos muy excitados a casa, le cuento lo que he descubierto de Julia por el camino; pero me dice que él solo quiere que su enfermera lo cuide, que está muy malito, mientras se toca el paquete.

—Es aquí donde tengo todo el mal.

Entramos en mi casa y no me deja ni llegar a la habitación, me empotra contra

la puerta en la entrada y me empieza a besar como si no hubiera un mañana.

—Joder, nunca me he enrollado con una enfermera —le digo burlona.

—Yo sí —me contesta riéndose.

No me queda otro remedio que golpear fuerte su brazo.

—Ven aquí, princesa, vamos a ponernos delante de tu espejo —y mientras

me

hace un mohín por el golpe, me arrastra hasta mi habitación.

—Eres un morboso, ¿de verdad que no quieres quitarte el maquillaje?, si follamos así es como si lo estuviera haciendo con un *travelo*.

—Bueno, quizá tenga su punto, ¿no?

Y sin tiempo para nada más, está de rodillas delante del espejo con la cabeza enterrada en mi sexo. El pelo de esparto de la peluca me molestaba en los muslos, así que le arranco todo y me quito el disfraz. Solo quiero estar desnuda

para él.

Sin movernos de allí, se levanta y me manda apoyar las manos en el marco del

espejo. Joder, esa postura me vuelve loca.

—No cierres los ojos, Lía, quiero que veas cómo te follo.

Y sus palabras retumban en todo mi cuerpo porque lo único que soy capaz de hacer es abrir más mis piernas para darle mejor acceso.

—Te voy a follar ese culo precioso que tienes, porque no he pensado en otra cosa en toda la noche.

—Axel —gemí. Axel pasea su erección por mi sexo ya húmedo. Una, dos veces, se empapa de todos mis fluidos y coloca su punta en mi entrada trasera.

—Tócate —me ordena.

Y yo obedezco, me apoyo solo con una mano y con la otra empiezo a trazar círculos alrededor de mi botón. La punta se cuele un poco más y mi cuerpo se contrae entero. Hacía tiempo que no lo hacíamos así y ya no recordaba el placer

de tenerle tan dentro de mí.

—Si te hago daño dímelo, Amor.

Joder, me ha llamado Amor, esto ya es un camino sin retorno, le necesito dentro de mí ya.

Coge ritmo y con cada embestida noto más placer. Me miro en el espejo y veo

su reflejo, está tan entregado que me excita más, si eso es posible. Me agarra de las caderas e imprime un ritmo devastador. Dentro. Fuera. Yo sigo tocándome y

en cada estocada veo más cerca el cielo. No deja de mirarme.

—Lía, no bajas la cabeza, míranos. Mira lo bien que lo hacemos.

Y así, con la cabeza levantada y con él hundido en mí, nos azota un orgasmo increíble que nos hace contener los gritos para no parecer unos locos. Axel sale

de mí y sus últimas sacudidas las hace en mi entrada, esparciendo todo su semen

por mi trasero. Joder, no creo que haya visto nada más erótico, está tan entregado.

De ahí, a pesar de que son las 4 de la madrugada, nos vamos a la ducha. Le

desmaquillo y nos lavamos mutuamente. Tengo el trasero algo sensible y Axel me lo trata con el mayor de los cuidados.

—Nadie me hace sentir como tú —le digo mientras el agua caliente cae por nuestros cuerpos. Axel sonrío y me besa.

“Lía, no hay vuelta atrás, estás enamorada y es mucho más intenso que tu primera vez”.

El domingo estuvimos muy resacosos, nos levantamos bastante tarde y casi ni

comimos, solo nos dedicamos mimos y caricias entre mis sábanas. La noche anterior había sido todo tan intenso. Axel me dijo millones de veces entre besos

que era lo mejor que le había pasado en la vida, que deberíamos hacer un buen

regalo a Juana por habernos juntado en el resort. Que era feliz y que jamás me

haría daño. Yo dejé que me regalara los oídos y entre besos y más besos hicimos

el amor. Le dije que le quería, a pesar de que seguía pensando que era una locura y que solo me importaba lo felices que éramos en este instante. Aquí y ahora.

Parecía que el fin de semana había sido un lujo hasta que Carlo me devolvió a

los niños. Axel ya se había ido al *loft* y yo estaba con cara cansada. Al abrir la puerta, pensé que subían solo los niños, pero me equivoqué. Ahí estaba él, sin previo aviso.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —me pilló bastante desprevenida, así que le hice pasar al despacho. Los niños se fueron al salón.

—Tú dirás.

—Como ya te dije, quiero la custodia de los niños y no me gustaría tener que llevarlos delante de un juez.

—Muy considerado por tu parte —le dije sarcásticamente.

—No quiero discutir, mi abogado te mandará los términos y si los aceptas no habrá que ir a juicio. Me gustaría que acabaran el curso y en junio quedarme ya con ellos.

—¿Qué problema hay con que sigamos como hasta ahora?, a mí me parece lo más justo. Los dos les tenemos el mismo tiempo.

—Pues que creo que estarán mejor conmigo, tú ahora no estás al 100%.

—Joder, eres un gilipollas; no me jodas, Carlo —dije levantando un poco la voz.

—No me montes una escena, por favor, no querrás que tu novio te oiga discutir con tu ex marido, ahora que lo tienes tan cerca.

—¿Perdona?, ¿es que me estás intentando dar lecciones de moralidad o algo así? Sal de mi casa de una puta vez. —Abrí la puerta y salió diciendo un adiós

muy breve a los niños.

Esta vez me contuve las ganas de gritar; pero, joder, si algo me repatea el hígado en esta vida son los hipócritas, y el que acaba de salir por la puerta es el número uno.

“Ahí está, Lía, la última bofetada del domingo, no todo iba a ser de color rosa”.

42- ¿CELEBRANDO QUÉ?

Pasaron las semanas e intenté no pensar mucho en el tema de la custodia, no quería hablar con los niños de ello, porque no quiero influir en su decisión.

Aunque no lleguemos a ir al juez, me imagino que al final nos tengamos que sentar los cuatro a hablar del tema y ver qué es lo que piensan los niños. Por el momento voy a dejarlo fluir.

A Julia no le he dicho nada de que sé que se está enrollando con Claudio.

Quiero ponerla a prueba y saber hasta cuándo es capaz de aguantar sin decírmelo. Axel me dice que soy mala y que deberíamos sentarnos y hablar, sobre todo porque Claudio es una parte muy importante de la empresa y las relaciones así pueden poner en peligro la estabilidad laboral. Me lo dice él, que hace unos días Juan le mandó pasar a su despacho para decirle que se había enterado de que él y yo salíamos juntos. Tenía un encargo de un proyecto de Carlo y quería saber si le suponía algún problema trabajar con él en ese proyecto. Axel, por supuesto, le dijo que no, que él estaba ahí para hacer lo que le mandase y que su vida íntima no tenía nada que ver con su trabajo. Juan se quedó más tranquilo, pero a los dos días le dio el proyecto a Rubén, su compañero. Se conoce que Carlo sí que se negó a que Axel fuera el encargado de

hacerlo. Él se lo pierde, porque es el mejor.

Con la excusa de que era el cumpleaños de Axel, me dijo que nos íbamos a Madrid a pasar el fin de semana. Cogí cuatro cosillas en una maleta de cabina y

nos fuimos en avión a la capital. Pensé que nos quedaríamos en casa de Alba, ya

que ellos estaban en Milán este mes. Sí, digo ellos, porque Lucas pasa un montón de tiempo con ella; hasta creo que está apalabrando alguna obra en Milán, hace poco vino a consultarme cómo hay que facturar si trabajas en Europa. Parece que esta relación va muy en serio. Total, que ya me pareció

muy

raro ver a Axel con una maleta grande en el aeropuerto, pero me dijo que iba a

dejar bastantes cosas que no usaba en Madrid para después llevarlas a Barcelona.

Yo no estaba muy convencida, había algo que no me cuadraba. Pero pronto saldría de dudas.

Al aterrizar en Madrid, Axel me guio por los pasillos hasta la terminal de salidas internacionales.

—¿Dónde coño vamos? —pregunté nerviosa.

—A celebrar nuestro aniversario, princesa. O es que ya te has olvidado —me soltó mientras llegábamos al mostrador de Duarte Airlines.

—¿Nuestro qué...? —pregunté más nerviosa aún.

No puede ser, joder, está loco, cómo vamos a cruzar el charco para un fin de semana. ¿Y mi ropa?, espero que en ese maletón lleve cosas mías. Todo me daba

vueltas.

—Estás loco, ¿y qué, voy a ir con gabardina por la isla?

—Uff, déjame pensar; si no llevas nada debajo, me encantará verte así.

—Eres imbécil y un salido —le espeté mientras le daba un puñetazo en el brazo.

En menos de lo que esperaba, ya estábamos volando a Sugar Island de nuevo.

No puede ser, tengo mil preguntas que hacerle.

—Y ¿dónde nos quedamos?, ¿en el resort? No creo que nos dejen si ya somos pareja. Habrás cogido mi bikini por lo menos, ¿no? Y ¿cuándo volvemos?

—Joder, Lía, te quieres tranquilizar, es una sorpresa, mañana es mi cumpleaños y esta semana sabes que hace un año que nos conocimos, ¿quieres

disfrutar y relajarte? Cuando lleguemos ya sales de dudas. Y ahora duérmete un

poco o te llevo al baño y follamos, que ya sabes que este avión me pone.

—Bufff —bufé mientras cerraba los ojos e intentaba procesar toda esta locura.

Aunque la palabra follar también me dio qué pensar.

El vuelo fue algo movidito. Cuando aterrizamos, estaba un poco mareada; aparte de las turbulencias, mi cabeza también daba vueltas. ¿Qué clase de sorpresa me estaría esperando al llegar?

Juan estaba esperándonos a pie de pista, se fundió en un abrazo larguísimo con su amigo y después me dio dos besos.

—Me encanta tenerlos de vuelta —nos dijo con una sonrisa.

Cogió nuestras maletas y nos guio hasta la lancha motora que usaban para ir a Isla Sofía. No me lo puedo creer, nos vamos a quedar allí.

—¿Ya estás más tranquila? —me dijo Axel mientras me ayudaba a subir a la lancha.

—¿Que nos quedamos en Isla Sofía? —pregunté ansiosa.

—Síiii —contestó paciente.

Tardamos poco en llegar al puerto, y cuando desembarcamos Juan le dio una llave a Axel y se despidió.

—Espero que esté todo perfecto —le dijo sonriente.

—Seguro que sí, mañana nos vemos —se despidió.

Yo lo miro con cara de asombro, me tiene de los nervios, dónde se supone que

vamos a dormir.

Avanzamos por Playa Este y me fijo en la primera casa, el chalet estilo Malibú. Está recién pintado, con las ventanas y contraventanas nuevas, pintadas

en blanco. Y con un toldo precioso azul marino y blanco de rayas, abierto sobre el porche delantero. Axel se dirige por un lateral de la casa hacia la parte de atrás y yo solo me quedo viendo lo bonita que había quedado.

—Axel, alguien ha comprado la casa, mira qué bonita la han dejado —dije al viento, porque él ya no estaba a mi lado.

Entonces, las contraventanas delanteras se abren y sale por el porche hasta las escaleras que dan a la playa.

—¿Vas a entrar en casa o piensas dormir en la playa? —me pregunta sonriendo.

—Joder, Joder, no puede ser. No me lo puedo creer. —Empiezo a dar saltitos como una loca y él viene hasta mí para cargarme sobre sus hombros y meterme

dentro de casa.

Me deja de pie, en medio del salón, y me coge la cara entre sus manos.

—¿Te gusta la sorpresa, princesa? —pregunta nervioso.

—No me gusta, me encanta, ¿y de quién es?, ¿cómo has conseguido que te la dejen? —pregunto emocionada.

—Vamos a verla entera y ahora te lo cuento.

La casa ha quedado impresionante. En la planta de abajo está el salón que da al porche delantero por donde se accede a la playa. Una cocina no muy grande

con todo lo necesario que da a la parte trasera. Dos habitaciones, una orientada

atrás y otra con un ventanal inmenso que da a la playa. Y un baño completo. La

planta superior es espectacular, todo diáfano con una cama enorme, una zona de

estar con unos sofás de rayas marineras, como el toldo, y un pequeño baño separado por un tabique de láminas de madera blancas decapadas. La cristalera

de la fachada delantera da acceso a una terraza preciosa, con una hamaca colgante a juego del sofá y un banco pintado de azul oscuro. Las vistas al Mar

Caribe son impresionantes. Empieza a caer el sol y me quedo embobada contemplándolo.

Axel me abraza por detrás, mientras estoy apoyada en la barandilla de la terraza.

—Te quiero, Lía, aquí empezó todo y necesitaba volver contigo.

Bragas, bragas, por favor, permaneced en vuestro sitio.

—Yo también te quiero y me encanta que me sorprendas, aunque casi siempre

proteste.

Bajamos hasta la cocina, que tiene provisiones para toda la semana, aquí no falta ni un detalle. Nos abrimos unas Coronitas y picamos un poco de todo.

Salimos a la terraza y ahí acurrucados en una tumbona de madera viendo la puesta de sol me pone al día con los detalles. Ha comprado la casa; bueno, más

bien sus padres la han comprado, siempre están dispuestos a invertir. Cuando

estuvimos en París ya trató todos los pormenores con su padre. Hablaron con Juan y durante estos meses han estado con la reforma. Él lo ha dirigido todo desde casa, pero sus padres vinieron el mes pasado a cerrar los últimos detalles y conocer la isla, que como era de esperar les encantó. Axel solo quería que todo

estuviese perfecto para nuestra llegada.

Al padre le encanta el mar, así que está muy contento con la adquisición, ya le

ha pedido a Juan una barquita para salir a pescar y en cuanto se jubilen quiere pasar aquí largas temporadas, se ha enamorado de la isla, igual que todos.

Yo lo miro entre alucinada y embobada. Nunca creí que volvería a esta isla, y

menos a esta casa tan espectacular, ni qué decir que jamás se me ocurrió que fuera con Axel. No me puedo reprimir y solo soy capaz de decirle.

—Hazme el amor, el del bueno.

Sus labios esbozan una sonrisa que hace estremecerme.

—Estoy aquí para complacerla, princesa —me dice burlón, y me sube al piso de arriba en unos segundos. Me deja caer sobre la cama y me desnuda por completo. Después se deleita pasando su lengua por toda mi piel y me hace el amor, a ratos suave y a ratos salvaje. Nos amamos y luego nuestros cuerpos sucumben a un profundo sueño.

Estoy disfrutando de la semana más increíble de mi vida. Por la mañana salimos a nadar desnudos antes de que salga el sol, cuando el mar es solo para

nosotros. Después volvemos a casa y Axel me prepara el desayuno, fruta fresca,

tostadas, mi té, es como si estuviéramos en el hotel, pero con la intimidad de estar en casa. Casi siempre nos duchamos y nos volvemos a la cama a hacer el

amor o simplemente hacemos el amor en cualquier rincón de la casa. Según él,

tiene la necesidad de estar dentro de mí más de una vez al día. Y yo no soy quién para negarme.

Antes de ayer, que fue su 27 cumpleaños, nos preparamos un pícnic y fuimos con una barquita hasta nuestro islote. Desnudos en la arena hicimos el amor, como hace un año, solo que esta vez también lo hemos hecho en el agua, apoyados contra el casco de la barca. El año pasado se quedó con las ganas y qué

mejor regalo de cumpleaños que cumplir su fantasía. Ha sido unos de los días más mágicos que hemos vivido aquí.

Por las tardes vamos a pasear por la isla y solemos acabar en Playa Oeste,

tomando una cerveza con Juan. También hemos compartido ratos con Juana y

Álvaro, con su padre y Luna. Somos la comidilla de la isla, “los nuevos” nos llaman. Ya se sabe, aquí vive la misma gente desde hace muchos años, así que

cuando Joan vino y compró la casa ya causó revuelo, todos querían saber quién

se iba a instalar en el “Chalet Malibú”. Ha venido hasta el Mayor a saludarnos.

Son todos muy hospitalarios. Juan nos ha presentado a Jenny, nuestra vecina de

calle, es la sobrina de la dueña de la otra casa, que viene desde Londres y está

pasando aquí unos días con unos amigos. Solo nos ha faltado ver a Fabio y a Héctor, que esta semana están en Brasil abriendo mercado, nos ha contado Juana.

Por las noches cenamos en el porche y nos quedamos abrazados viendo las estrellas, hay un montón, como el día de las hogueras, nos bebemos una botella

de vino o de champán francés; sí, francés, hay un congelador en el sótano enorme con un montón de botellas que trajo su padre. Cuando ya estamos lo suficientemente moñosos, nos vamos a la cama a dormir acoplados.

Y ahora aquí estoy, tumbada en la hamaca mientras veo la puesta de sol, ya es

martes y solo nos quedan tres días en el paraíso. Es todo tan perfecto que asusta.

Tengo el presentimiento de que es el principio del fin. Sin él no soy capaz de respirar, me he dado cuenta aquí. Me llena tanto, en todos los sentidos, lo necesito, como el oxígeno. Es un auténtico suicidio, lo sé. Pero no creo que jamás me haya sentido así con nadie, en mi vida.

Axel está contestando unos *emails* urgentes de trabajo, aquí no hay wifi pero han colocado un repetidor y coge la red del resort, así que seguimos con la restricción horaria, de 19.00 horas a 20.00 horas. Está sentado en el banco al lado de la hamaca, muy concentrado. Yo me estoy meciendo mientras lo

contemplo en todo su esplendor. Lleva un pantalón corto negro y está sin camiseta, con el portátil encima de las piernas y escuchando su lista de Spotify.

Ha sido muy gracioso descubrir que tiene una *playlist* con mi nombre: “Lía”. Por casualidad el otro día fui a poner algo de música y casi me muero de la vergüenza al encontrarla. Me dijo que eran todas las canciones que por un motivo o por otro le recuerdan a mí. Casi me lo como. Ahora suena “I knew you

were waiting (for me)” de George Michael y Aretha Franklin. Me ha sorprendido

gratamente encontrármela en su selección.

Yo sigo meciéndome y con solo mirarlo me enciendo. Llevo puesto un vestido

blanco de lino, corto. Y como nos acabamos de duchar, después de haber estado

un rato en la playa no llevo ropa interior. Me acomodo mejor sobre la tela de la

hamaca y me subo el vestido. Axel al oír mi movimiento levanta la vista del ordenador y me mira.

—Tengo que mandar esto, princesa —me dice mientras me hace un mohín.

Yo abro un poco más las piernas y deajo a la vista casi todo mi sexo. Un tirante

del vestido me cae por el hombro y mi pecho se deja entrever también. Sin

dejar de mirarlo, me empiezo a tocar con dos dedos, haciendo pequeños círculos.

—No, princesa, no creo que quieras jugar a este juego conmigo —me dice mientras se muerde el labio y frunce el ceño.

—Pues yo creo que sí. —Y con la mano que tengo libre me toco el pecho por encima del vestido.

—Joder, Amor, ahora ya no hay vuelta atrás. Sigue tocándote —me ordena posando el ordenador en el banco.

Yo dejo caer una pierna por el lateral de la hamaca y coloco la otra semiflexionada, Axel tiene la perspectiva de mi mano sobre mi sexo a la altura

de los ojos. Jadeo, me toco, paso mis dedos por mis labios. Es todo tan erótico.

Gimo.

Él gruñe, se toca su erección por encima del pantalón y después se la descubre. Tira del pantalón hacia abajo. Se agarra la polla con su mano derecha.

Aunque estamos en la terraza de arriba y empieza a ponerse el sol, no nos puede

ver nadie. Su mano marca movimientos acompasados, desde su base hasta la punta. Se echa saliva por la mano para acariciarse otra vez. Joder, ese gesto me

provoca una combustión. No deja de mirarme. Yo continúo acariciando mi clítoris, haciendo círculos a su alrededor. Axel se vuelve a morder el labio.

—¿Te gusta el juego? —me pregunta sonriente.

—Me encanta —contestó complaciente.

Seguimos los dos dándonos placer a nosotros mismos. Contemplándonos el uno al otro. Es tan sensual ver cómo se masturba que no voy a tardar en correrme.

—Axel, me voy a correr —le aviso—. Te necesito dentro de mí.

Él no pronunció ni media palabra, solo negó con la cabeza. Cuando una sacudida de placer comenzó a recorrer mi cuerpo, apreté los ojos con fuerza.

—Abre los ojos y mírame —me ordenó.

Yo solo quería que se levantara y me la metiera. Y follar como locos. En cambio, él no parecía querer lo mismo. Se levantó, sin dejar de tocarse; entonces, mientras yo aún sentía las últimas corrientes de placer, acercó su punta a mi ingle y se corrió muy cerca de mi sexo. Joder, fue el gesto más sucio y a la vez más erótico que habíamos hecho. Cerró los ojos y, después de lanzarme su

semen en tres sacudidas, me dio un pico en los labios.

—Te dije que no era buena idea jugar conmigo, princesa —me dijo sonriente.

Joder, sonó tan arrogante, no sé si me entraron ganas de abofetearle o de sentarme a horcajadas sobre él y metérmela de una vez. Me bajé de la hamaca,

me coloqué el vestido y me fui al baño. Encima estaba pringadísima. “Punto para él, Lía”.

Él se colocó la ropa como si no hubiera pasado nada digno de mención y siguió con sus *emails*. Esta me la va a pagar.

El jueves fue nuestro último día, yo estaba bastante melancólica porque seguía

con la sensación de que todo lo bueno se iba a quedar aquí. Axel me notó

algo

más apagada y supuso que era por tener que volver y enfrentarme al tema de la

custodia. En gran parte ese era el problema, pero también había algo más, a lo que no sé ponerle nombre.

—¿Qué quieres hacer en nuestro último día en la isla? —me preguntó cuando entrábamos de nuestro baño matutino.

—Lo que tú prefieras, no tengo preferencias —musité.

—Está bien, por favor no te pongas triste ahora. Siempre voy a estar a tu lado.

Eres mi energía, Lía. Pase lo que pase, no me apartes de ti. ¿Entendido?

A veces las palabras llegan tan adentro que duelen, así que al escuchar su preciosa voz solo fui capaz de acercarme a su boca y juntar nuestras lenguas, húmedas y revoltosas.

Aunque nuestros cuerpos estaban impregnados en salitre, nos devoramos.
Nos

lamimos como si mañana no fuese a existir. Nos dejamos caer en el sofá y nuestros cuerpos se entrelazaron hasta formar solo uno. No fuimos capaces ni de

llegar a la cama. Me puse a horcajadas encima de él y en un movimiento rápido

me metí su erección. Pegué mi nariz a su cuello y respiré, respiré su olor a mar y a él. Eché un poco la cabeza hacia atrás y él invadió mis pechos con su boca. No

dejé de subir y bajar, agarrada a sus hombros para sujetarme. Me comió, me chupó los pezones con fuerza. Primero fuerte y después lento. Estábamos

haciendo el amor, pero el del bueno, el que te gusta que sea lento y a la vez salvaje, otra vez. Me agarró por las caderas y fuimos acompasando nuestros movimientos. Cuando nuestras bocas volvieron a devorarse, y sin parar de entrar

y salir de mí, nos llegó el orgasmo, mágico, largo y preciso.

No nos soltamos ni un segundo. Ahogamos nuestros propios gritos en la boca del otro. Y la casa se quedó en silencio. Mientras nuestras respiraciones volvían a la normalidad, no nos movimos ni un centímetro. A veces amar así te deja sin

palabras.

El resto del día lo pasamos tirados en la playa, comiendo y bebiendo. Por la noche fuimos a la fiesta que organizaba nuestra nueva vecina. Casi toda la isla estaba allí.

Aprovechamos para despedirnos de todos y decirles que intentaremos volver en las vacaciones de verano. Bailamos y bebimos como dos adolescentes, Axel

desplegó sus encantos y tenía más niñas alrededor que habitantes la Isla; pero no me molestó, porque solo tenía ojos para mí. Entre copa y copa me comía la boca,

me restregaba contra su cuerpo. Se le notaba desinhibido y feliz. Tuvimos que

controlarnos para que nuestro cuerpo fuera capaz de aguantar el vuelo de vuelta.

Cuando ya estaba amaneciendo volvimos a casa, por la playa, abrazados y descalzos. Una sensación de paz me envolvió, el mundo podía destruirse en este

instante, yo ya estaba tocando el cielo.

—Prométeme, princesa, que este siempre será nuestro sitio —me dijo mientras sostenía mi cara entre sus manos.

—Prometido —le contesté—. Y tú prométeme que no me olvidarás.

Axel me besó, buscando su lengua con la mía y envolviéndome con sus brazos.

—Joder, Lía, eso suena a despedida, y de las tristes, por favor no lo vuelvas a decir.

43- CARA A CARA CON LA REALIDAD

Está terminado abril y la vuelta de la isla está siendo más dura de lo que imaginé.

A los tres días de llegar, Carlo dejó en mi oficina los papeles para presentar la separación legal y judicialmente. Desde que terminamos, no habíamos firmado ningún papel oficial, lo hicimos todo previo acuerdo. Vendimos nuestro piso y después de restarle la hipoteca nos repartimos el dinero a partes iguales.

Decidimos firmar un convenio privado de custodia compartida, donde fijamos que los niños estarían una semana con cada uno y nos repartiríamos las vacaciones, todo de mutuo acuerdo. Ha pasado más de un año y la verdad es que

nunca me había planteado formalizar nuestra separación, no porque albergue esperanzas para que él y yo volvamos a estar juntos, vamos, que eso sí que no va

a ocurrir en esta vida, sino porque tampoco me he preocupado más del tema, se

podría llamar dejadez.

Sé que ese es el primer paso, legalizar nuestra separación para después solicitar delante del juez la custodia completa de mis hijos. No quiero llevar a mis niños delante de un juez; así que, aunque me muera por dentro, creo que no

estoy dispuesta a librar esta batalla.

A Axel, la semana que estoy con ellos casi no lo veo, es como si supiese que el tiempo que paso con mis niños está a punto de acabarse y quiero disfrutarlo al máximo. Sé que él se da cuenta y el pobre ni se queja. La semana que estoy sin

ellos, nos vemos más. Dormimos juntos e intentamos estar como siempre, pero

yo estoy bastante apagada. No soy la mejor de las compañías. Él siempre trata de

hacerme reír y de cuidarme, pero la mayoría de los días la sonrisa no me llega a

los ojos.

Julia entra en mi despacho y me ve perdida en mis pensamientos.

—Lía, por favor, quieres cambiar esa cara.

—Estoy bien, tranquila.

—Me ha llamado Laura, dice que puedes pasar a firmar lo de la separación cuando quieras, que ya se lo hace ella llegar al capullo de tu ex. Si quieres voy contigo antes de la una y te invito a comer. ¿Te parece?

—Está bien, aunque no tengo mucha hambre.

—Lía, no me jodas. Es solo un puto papel, tú ya estabas separada sin firmarlo

y lo de los niños ya se verá, puedes luchar por ellos si quieres.

—Yo quiero que mis hijos elijan con quién quieren vivir por voluntad propia, no pienso meterles en mierdas legales para que oigan como sus padres se dicen

cualquier cosa menos bonito. Y no voy a consentir que nadie me diga lo que tengo que hacer. Y menos tú, que tu mayor preocupación ahora mismo es cómo

me ocultas que te tiras a Claudio —le dije alzando un poco la voz.

“Joder, joder, Lía, has descargado toda tu ira con quien menos se lo merece.

Espero que los chicos no me hayan oído”.

La cara de asombro de Julia es indescriptible. Mis palabras la han herido y lo sé.

—Lo siento, no quería ponerme así, pero no tengo un buen día —trato de disculparme.

—A la una te llevo a firmar y nos vamos a comer —sentenció saliendo de mi despacho.

Firmé la demanda de separación y pregunté un montón de dudas. Era una abogada conocida de Julia, experta en Derecho de Familia. Me dijo que, si de verdad creía que Carlo iba a solicitar la custodia completa, presentaría ante el juez todos los motivos que aconsejen esa decisión, tales como sus circunstancias

económicas, su relación con ellos y que podría alegar un montón de cosas en mi

contra, como dejación de funciones por mi parte, problemas psicológicos, mala

relación con ellos, no formar parte de su día a día. Joder, me estaba pareciendo

vivir una puta pesadilla.

Julia, al escuchar todo aquello conmigo, me agarró fuerte la mano; ese gesto me hizo sentirme una miserable por haberle dicho todas esas idioteces esta mañana.

Quedé con Laura en acordar una reunión con Carlo en el momento que él me mandara la solicitud de la custodia. Él y yo, con nuestros abogados, y después él y yo solos con los niños. Le pareció buena idea, si lo que yo quería era evitar una guerra delante de un juez. Julia siguió sin soltarme de la mano hasta que salimos del bufete.

—Ahora, zorra, vamos a comer tú y yo y me vas a contar lo bien que folla Claudio —le espeté nada más salir. A pesar de no estar contenta, me he quedado

más tranquila sabiendo que aún puedo arreglar las cosas sin joder más a los niños. Además, quería disculparme por lo de antes con ella y la mejor manera era volviendo a ser nosotras mismas.

—La única zorra que hay aquí eres tú, que lo sabías y me has hecho quedar como una mentirosa —me contestó haciéndose la ofendida.

Fuimos a comer al Five, Leo nos acomodó en nuestra mesa; ya no se desvivía en atenciones con nosotras, pero aun así nos sirvió muy educadamente. Julia y él

ya no compartían nada, pero se llevaban bien.

Se quitó un gran peso de encima cuando me contó lo suyo con Claudio. La primera vez que se enrollaron fue en su cumpleaños, estaban los dos tan borrachos que terminaron en casa de Julia en el sofá follando como locos. Me dice que Claudio es el primer tío con el que ha estado que después de haberse

bebido seis copas se empalma.

Joder, eso fue en octubre, así que llevan más de seis meses juntos.

Después de esa noche casi ni se miraron, estaban muertos de la vergüenza y no volvieron a hablar del tema. Claudio supuestamente estaba compartiendo piso

con su última novia y Julia, ya sabéis, picando de flor en flor. Los dos pensaron que solo fue un rollo de una noche; pero la noche los debió de confundir, porque

después de ese primer día vinieron muchos más. Casi siempre se encontraban de

copas y terminaban la noche juntos. De día no quedan, ni se mandan mensajes,

ni nada por el estilo, solo se ven en el trabajo. Ahora entiendo la melancolía de Julia en Navidad, está tratando de negar que le gusta demasiado y que quiere otro tipo de relación. Claudio ya vuelve a vivir solo y cada vez quedan más.

Parece que estos idiotas están negando la realidad.

—Mira, Julia, los dos sois mayorcitos y por follar una vez borrachos no va a pasar nada; pero con la edad que tenéis, si seguís enrollándoos es porque hay algo más.

—Lía, por favor, es Claudio de quien estamos hablando, que se ha follado a todas las tías posibles de entre 18 y 50 años. Lo sabes, ¿verdad?

—Pues por eso mismo, está harto de ir de una a otra. No va a poner en riesgo su trabajo y su carrera por follar contigo si no sintiera algo más que el simple deseo de metértela. No seas ingenua.

—No sé, no estoy segura de nada.

—¿Pero tú ya estás colada por él, no? —le pregunté conociendo la respuesta.

—Joder, Lía, es Claudio “el chingatore”, nunca pensé que iba a estar entre sus

brazos ni a saber qué tal calza.

—Ya, y ahora que lo has probado, te gusta más de lo que pensabas. ¿Me equivoco?

—Puede que empiece a sentir cosas —musitó.

—Ay mi Juli, que ahora quiere encontrar el amor —dije socarrona.

—Ay, mi Lía, siempre tan listilla —me respondió arrugando el morro.

Acerté de pleno, dos semanas después de firmar la separación, Carlo me citó para una reunión sobre la custodia. Vino con su abogado a mi despacho y yo le estaba esperando con Laura. Axel, Julia y Claudio estaban en el despacho de esta

esperándome, no me quisieron dejar sola.

El abogado de Carlo habló un montón de cosas en términos muy técnicos y Carlo solo estaba callado con la cabeza enterrada en los papeles. Laura cortó un

par de veces a su colega y yo estaba allí incrédula ante tal escena. Después de haber estado juntos durante dieciocho años, no me podía creer que las cosas fueran a terminar así. Todo el murmullo y su silencio me hicieron perder los nervios.

—¡Quiero hablar contigo, a solas! —grité.

Probablemente hasta me oyeron los del despacho contiguo, los abogados se quedaron paralizados mirándome. Carlo me miró y puso gesto de ‘no me

apetece

nada tener que lidiar con tus gritos', pero aun así aceptó.

—Está bien, dejadnos cinco minutos —les dijo. Ambos salieron y allí estábamos frente a frente. Él y yo, otra vez.

—No sé qué cojones te he hecho para que quieras de repente estar con mis hijos más tiempo que yo. Me lo puedes explicar, por favor.

—Simplemente quiero tenerlos viviendo conmigo todo el año, darles la mejor educación e implicarme más en su día a día. Creo que van a estar mejor conmigo

que contigo, simplemente es eso. Quiero lo mejor para ellos.

—Según tú, lo mejor es que me vean un fin de semana al mes y un mes en verano, ¿no?

—Ahora mismo, tal y como estás, sí.

—¿Tal y cómo estoy?, pero qué coño sabrás tú cómo estoy. No me jodas que todo esto es porque ya no estoy sola, cómo puedes ser tan bastardo. Solo te has

empeñado en quitármelos desde que sabes que soy feliz con otra persona. Me parece lo más hipócrita y rastroso del mundo. Encima viniendo de ti —le grité todo seguido, sin respirar casi entre palabra y palabra.

—Ya está, Lía, se acaba tu tiempo, escucha a mi abogado y piensa en lo que querrán los niños.

—No estoy dispuesta a que viertas toda tu mierda sobre mí en un juicio, hazlo

partícipes a mis hijos en este circo y encima los pongas en mi contra; así que, como veo que eres un hijo de puta y no vas a parar, mañana en mi casa hablamos

con los niños y si ellos quieren irse contigo, solo tienen que decírmelo.

—Perfecto, mañana hablaremos —dijo mientras se levantaba y salía de mi despacho.

La rabia y la impotencia que sentí cuando me quedé sola hizo que me hirviera la sangre.

Laura entró, la expliqué que lo había dejado en manos de mis hijos, que no iba

a entrar en esa guerra y que ya le comunicaría la decisión. Cogí mi bolso y salí con ella por la puerta, fui tan rápida que escuché cómo Axel y Julia me gritaban

por la escalera, pero no les dio tiempo a alcanzarme.

Solo quería huir de aquí y ahora.

44- TOCANDO FONDO

Habían pasado semanas desde que salí huyendo de mi despacho dejando allí

a Axel, Julia y Claudio. En ese momento sentí que me faltaba el aire y solo quise correr, huir, correr donde nadie me pudiera alcanzar. Por suerte, tenía el coche aparcado en una calle cerca y conseguí arrancar antes que llegaran hasta mí. Sin

rumbo fijo me fui hasta la playa. La mar es mi puerta al mundo, cuando miro su

inmensidad me relajo, respiro, observo y los ataques de ansiedad van

desapareciendo, poco a poco. Estar cerca del agua me abre la mente y los pulmones. Después de sentarme en un banco y observar las olas llegar a la orilla, volví a respirar, no sé describir bien lo que me pasa, puede que sea el olor a yodo que entra por mis fosas nasales, el sonido que hacen las olas con su movimiento

o ambas cosas, pero la mar tiene algo que me calma.

Después de un par de horas en las que mi teléfono no dejó de sonar y tuve que

desconectarlo, decidí que debía volver a casa, no puedes huir para siempre. Axel

estaba como loco, me gritó, fue la primera vez, parecía un padre echando la bronca a su hija adolescente. Me dijo que nunca más me marchara así, que si todo se pone negro, él siempre va a estar conmigo para ser mi norte, como yo era

el suyo. Sus palabras en otro momento me hubieran dejado las bragas por los tobillos, pero ese día no surgieron ese efecto. Avisó a Julia, que estaba con el coche dando vueltas a ver si me encontraba y le dijo que ya estaba en casa.

Después de la tormenta inicial, me envolvió entre sus brazos. Me desnudó y me

metió en mi cama.

—No voy a dejarte sola, aunque hoy no quieras estar con nadie —me dijo mirándome a los ojos.

Se desnudó y se tumbó conmigo. Creo que me vio tan mal que no quiso ni ir a

buscar su pijama para no dejarme ni un segundo sola. No hubo besos, ni caricias

esa noche, pero yo por un momento, pegando mi cara a su pecho y mi piel con

su piel, me sentí de vuelta en casa.

La reunión con los niños se celebró. Carlo subió a casa y los cuatro hablamos

lo más civilizadamente posible en el salón. Su respuesta fue sí, sí quieren irse a vivir con su padre. Y yo a duras penas conseguí aguantar el gesto y no derrumbarme otra vez delante de ellos. Gael lo tenía muy claro, le encanta la idea de vivir solo los chicos y se le notaba en la cara. Teo parecía algo más incómodo cuando dijeron que sí. Él tiene un carácter más cariñoso y, cada vez

que hablaba su hermano, me miraba esperando mi reacción. Yo solo pude fingir que estaba bien la decisión que tomasen, pero me costó un triunfo no

derrumbarme. Carlo no fue capaz de mirarme de frente cuando los niños dijeron

que sí, bastardo hipócrita. Si tan seguro estaba de que esa decisión era la más correcta, por qué no fue capaz de mirarme a los ojos. No pude creer que ese que

estaba delante de mí sentado hubiera sido mi amor durante tantos años. Ahora sé

que el amor es una palabra que no encierra tantas cosas como creía.

Y ha llegado el día, hoy, otro día para un nuevo comienzo. Está acabando mayo y estoy guardando la última ropa de los niños en un par de maletas que se

llevarán dentro de un par de horas. Carlo ha dicho que vendrá a recogerlos.

Al final voy a estar con ellos un fin de semana al mes. Una semana en Semana

Santa, otra en Navidad y un mes en verano. Viviendo en la misma ciudad me parece una puta mierda, para qué mentir. Sigo pensando que como estábamos era

perfecto, pero la vida es así. Lo que piensas que jamás va a pasarte, pues te pasa.

—Mamá, no quiero que estés triste, si tres semanas pasan enseguida —me dijo Teo mientras cerraba su maleta y me sacaba de mis pensamientos.

—Tranquilo, estoy bien —traté de sonar convincente.

—Ya sabes que Gael está contento, pero a mí no me hubiera importado seguir

como estábamos —me dijo con tristeza.

—Bueno, aunque nos veamos menos, siempre que quieras llámame, ¿vale?, para cualquier cosa, cuéntame todo lo que te pase o lo que te preocupe.

¿Entendido? Yo siempre voy a estar aquí para ti —le dije mientras le acariciaba

la mejilla.

—Lo sé. Hay una cosa que quería pedirte, aunque ahora ha acabado mi liga, sí

que me gustaría que cuando empezase fueses a mis partidos. Me da mucha energía verte allí y, aunque ese fin de semana no me toque estar contigo, si puedes vete a verme jugar. ¿Vale? Y que Axel venga también.

—Claro que sí. Allí estaré —asentí.

Mi Teo, cómo le voy a echar de menos, tiene el corazón más grande que su cuerpo. Es todo amor. Él sí que ama sin contraprestación, no es nada egoísta. Me

encoge el corazón ver cómo trata de animarme.

—¿Quieres que te ayude? —pregunté a Gael mientras cerraba la maleta.

—No hace falta, puedo solo —me respondió.

—Está bien —me acerqué y le di un beso en la mejilla. Hacía tiempo que cada

vez era más arisco conmigo, puede que los doce de ahora sean los quince de antes y esté viviendo su pre adolescencia. Ver como tus padres no están juntos puede volverte muy vulnerable, o en cambio hacerte un tipo duro y poner una coraza alrededor de tu corazón, así que no se lo tuve en cuenta. Aunque me hubiera gustado un poco más de cariño por su parte, unos besos y unos abrazos

diciéndome que me va a echar un montón de menos.

Sé que Axel está en el *loft*, pero le pedí que me dejara afrontar la despedida sola y él aceptó. Es tan paciente conmigo. A pesar de que no estoy en mi mejor

momento, nunca me ha recriminado nada; es más, todo lo contrario. Respeta mi

espacio y mi vida familiar y por lo menos me quita una preocupación de encima,

si tuviera que lidiar también con él, no creo que tuviera suficientes fuerzas para tantos frentes.

Llaman al timbre y el corazón casi se me para. Acercó las maletas a la entrada,

vuelvo a besar a los dos y abro el portal. Antes de que llame a la puerta de arriba, me meto en mi baño y me encierro.

No puedo llorar delante de ellos. Y menos delante de Carlo, no voy a darle ese

gusto otra vez. Cuando se folló a yogurín, me prometí a mí misma que jamás me

vería llorar de nuevo. Oigo como Gael abre la puerta y Carlo pregunta por mí.

—Está en el baño —dice Teo mientras se acerca a la puerta de mi baño.

Intenta abrir, pero he puesto el pestillo.

—Mamá, por favor, sal que nos vamos.

—Tranquilo, cariño, podéis ir, en tres semanas nos vemos —intenté contestar sin que se me notara la congoja.

Ahí estaba, tirada detrás de la puerta abrazando mis piernas.

—Por favor, mamá. No me hagas esto —musitó.

Oí como Carlo le llamaba.

—Vamos, Teo, tengo el coche mal aparcado.

Oí ruido de las ruedas de la maleta y cómo Teo corrió por el piso. Después oí unos golpes y cómo llamaba a Axel.

—¡Axel!, abre por favor! ¡Axel!

Axel abrió la puerta del *loft*, porque oí como chirriaban las bisagras.

—Es mi madre, por favor, está encerrada en el baño, no la dejes sola —añadió.

Axel se debió de encontrar con la puerta de la calle abierta y a Carlo y a Gael esperando en el rellano para coger el ascensor.

—Teo, vamos, no tengo tiempo para los numeritos de tu madre —gritó Carlo.

No pude ver la cara de Axel, pero me imagino cómo apretó los puños y lo

atravesó con la mirada.

—Por respeto a tus hijos —gruñó—, no voy a decirte lo que pienso. Teo, vete tranquilo, yo me ocupo de tu madre.

Entonces todo empezaba a volverse gris. Oí la puerta de la calle cerrarse y a Axel dar golpes en la del baño.

—¡Lía, abre! Abre la puta puerta. Joder...

Yo tenía la cabeza enterrada entre mis manos, las lágrimas me caían a borbotones, me costaba respirar y tenía la boca seca. Creo que el ataque de ansiedad que me estaba dando me iba a hacer desmayarme.

—¡Axel, déjame! —acerté a decir con los ojos anegados en lágrimas.

—Lía, mi amor. Abre la puerta.

Golpes y más golpes, se me nublaba la vista. Me sentí tan mal que me asusté, entonces a duras penas conseguí ponerme en pie y quitar el pestillo, un segundo

después solo vi como Axel me cogía en brazos y todo se volvió negro.

Cuando me desperté, estaba tumbada en mi cama y había un señor con bata blanca apuntándome con una linterna a los ojos. Conseguí parpadear varias veces y abrirlos del todo. A mi lado estaba Julia y Axel. Joder, cómo había acabado así.

El doctor les dijo que tenía que descansar, que había sufrido un ataque de ansiedad y que también estaba algo deshidratada. Necesita comer y descansar.

Sobre todo la cabeza. No la dejen sola esta noche y si vuelve a desmayarse llévenla al hospital. Se despidieron de él y yo me incorporé para beber un

poco

de agua, seguía teniendo la boca como un esparto. Axel y Julia entraron de nuevo en mi habitación y se tumbaron junto a mí.

—Joder, zorri, no vuelvas a darme este susto, te lo pido por favor —me dijo Julia cabizbaja mientras me besaba repetidas veces en la mejilla.

—Lo siento —musité.

—Tú y yo luego hablaremos —me dijo Axel con gesto serio, ahora voy a hacer la cena.

—Axel, no tengo... —y no me dio tiempo a acabar la frase porque me cortó.

—Lía, vas a cenar sí o sí. No seas una puta cría, por favor —y se fue a la cocina.

Julia me abrazó y me besó de nuevo.

—Tienes mucha suerte. No seas idiota.

Y sus palabras se clavaron en mi estómago. Suerte, suerte de no haber tenido nunca un padre; bueno, tenerlo sí, pero solo genéticamente hablando, uno que nunca ejerció como tal. Suerte de que mi madre haya sido cualquier cosa menos

madre en los últimos años, suerte que lo que creí que era una familia, mi única

familia, ya no lo sea.

Suerte que mis hijos hayan preferido ir a vivir con su padre. Suerte de estar sola. Qué mierda me parece esta suerte. Imagino que Julia se referirá a tener a Axel a mi lado, pero ahora mismo ese es el dato menos relevante.

Después de cenar los tres juntos, Julia se despidió no sin recalcar bien a Axel

que si me ponía mal otra vez la llamara, sin importar la hora. Nunca la había visto tan preocupada, nos besó a los dos y se fue. Axel me mandó a la cama a

descansar, como si fuese su hija. Joder, la vida era tan rara a veces, la única

persona que me había cuidado en estos últimos meses era un crío de veintisiete años. Y yo ahí, con una década más que él, recibiendo órdenes. Me puse mi camisón negro de lycra y me metí en la cama, al poco rato llegó él, en pijama también. Me abrazó y yo encajé mi cara en su pecho, se estaba ahí tan bien. Le

olí, su colonia me transportó a tiempos mejores.

—Lía, no voy a echarte la bronca, pero por favor no me apartes de ti. Sé que ahora estás jodida, pero no estás sola. Julia y yo estamos contigo, ¿entendido?

—Vale —contesté.

Me besó suave los labios y me dijo un “descansa” que volvió a sonar a consejo de madre, en este caso de padre. Yo seguía apoyada en su pecho y enrosqué las piernas con las suyas. Axel me miró y sonrió.

—Tienes que descansar, lo ha dicho el médico —me dijo serio.

—Vale, papá —respondí juguetona.

Sabía que llamarle papá le iba a poner de los nervios y en menos de un segundo estábamos desnudos y le tenía dentro de mí. Me hizo el amor, del bueno, el que tiene parte suave y parte salvaje, aunque la parte salvaje esta vez fue mucho más pausada. Sus embestidas eran con ritmo, pero sin llegar a lo más

profundo, como si no quisiera romperme más. Por prescripción médica, me susurró al oído. Nos dijimos un montón de ñoñerías y por unos minutos conseguí

no pensar en todo lo que había sucedido, solo él y yo, como en la isla. El placer en estado puro. Sé que no era la solución para afrontar mi vida de

nuevo, pero

quién puede negarse a ese instante de felicidad, como el título del libro de Moccia.

45- DEJÁNDOSE CAER

AXEL

Cuando Lía salió de su despacho después de la reunión con su ex y

desapareció, me sentí fatal. Joder, yo no estaba dispuesto a verla sufrir. Oí como él le había insinuado que si quería la custodia completa de sus hijos era porque

ella no estaba sola. Qué puto gen de mierda tienen algunos tíos para ser tan hipócritas. O sea que es él quien se enrolla con otra y rompe la familia y, en cuanto ve que ella comparte su vida con alguien más, reacciona así. Doy gracias

por haberme criado en una casa donde los hombres nos vestimos con pantalones

pero cocinamos, amamos y respetamos a nuestras mujeres.

Alguien puede pensar que con mi edad debería buscarme una chica sin tantos

problemas, más joven y sin una vida anterior con tantos cabos sueltos, sin un ex

capullo, sin dos hijos casi adolescentes; pero ni por un instante se me pasa por la cabeza querer una relación más fácil, yo quiero estar con Lía e intentaré concentrarme en hacerla feliz y quererla, ahora mismo ella es mi única motivación.

Pensé que después de Eva no iba a ser capaz de quitarme la coraza y de volver

a ser bueno con ninguna mujer, porque visto el resultado que obtuve, siendo

bueno con Eva, me costaría volver a ser yo mismo de una manera tan abierta para alguien más. Pero la naturaleza es sabia y mi instinto protector renació con Lía, daría mi vida por verla feliz. Que una imbécil me hubiera roto en dos no era motivo para tratar a todas las mujeres como se hubiera merecido ella. Claro que

esto lo he visto con la perspectiva del tiempo, como dice el refrán: el tiempo lo cura todo.

La llamé, la llamé mil veces y no lo cogía, por mi cabeza pasaron mil y un pensamientos y ninguno bueno. ¿Dónde estará? ¿Cuál será su sitio preferido para

huir? ¿No será capaz de hacer ninguna tontería? Joder, sé que su familia nunca

ha sido su apoyo, sus padres más bien llevan ausentes unos cuantos años, por eso

solo estamos Julia y ahora yo. ¿Por qué ha huido de nosotros también? Me empezaba a desesperar no tener noticias suyas.

Cuando la vi entrar por su piso, me sentí aliviado por tenerla de vuelta, estaba tan pálida, se me partió el corazón. Los nervios pudieron conmigo y le grité, le

eché una buena bronca por dejarme en ese estado de ansiedad. Pero después

recogí sus pedazos y la cuidé, no había nada en el mundo que me reconfortara más que sentirla pegada a mi pecho. A pesar de que me saca diez años, cuando la

tenía encajada a mí me parecía una niña pequeña, demasiado pequeña.

Estoy intentado concentrarme en acabar unos planos, pero es una tarea

imposible y debo darme prisa porque tengo un montón de trabajo. Lía está haciendo las maletas porque su ex pasará a recoger a los niños en un rato. Me

hubiera encantado estar con ella, para apoyarla en este momento, pero me ha dicho que me quede al margen. Despedirá ella a los niños y yo estaré aquí para

abrazarla cuando me necesite.

Mientras estoy bebiendo un vaso de agua, empiezo a oír golpes en la puerta.

—¡Axel!, abre por favor, Axel.

Es Teo, que grita como un loco. Salgo todo lo rápido que puedo.

—Es mi madre, por favor, está encerrada en el baño, no la dejes sola — añade.

Cuando voy hacia su habitación, la puerta de casa está abierta y Gael junto con su padre esperando en el descansillo.

—Teo, vamos, no tengo tiempo para los numeritos de tu madre —dice Carlo alzando la voz.

Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contener toda la ira que sus palabras provocan en mí. Respiro para tranquilizarme, no puedo descontrolarme

en ese momento, Lía no se merece que yo también la defraude, aunque me muera de ganas de decir al mamón de su ex varias cosas.

Hace falta ser un hijo de puta para encima decir esas cosas delante de sus hijos. Apreté los puños y le crucé con la mirada.

—Por respeto a tus hijos —gruño—, no voy a decirte lo que pienso. Teo, vete tranquilo, yo me ocupo de tu madre.

Afortunadamente, él como un buen cobarde ni tan siquiera me respondió.

Entonces cierro la puerta y llego hasta la puerta del baño de Lía.

—¡Lía, abre! Abre la puta puerta. Joder —me pongo nervioso.

—¡Axel, déjame! —me dice entre sollozos.

—Lía, mi amor. Abre la puerta —intento sonar más tranquilo para convencerla.

Entonces, después de unos segundos que se me hacen eternos, abre el pestillo y solo me da tiempo a cogerla entre mis brazos y tumbarla en su cama. Se ha desmayado y no sé qué hacer. Llamo a Julia muy nervioso y ella me intenta tranquilizar. Julia se encarga de llamar al médico y mientras espero a que vengan intento despertarla, pero no soy capaz.

—Lía, mi vida. Por favor, vuelve aquí.

Agarro su cara con mis manos y beso suave en sus labios, estoy desesperado.

Mi amor, mi norte.

No sé cuánto tardó en venir Julia con el médico, yo lo único que sé es que solo comprobaba si respiraba.

Cuando al final volvió en sí, respiré muy aliviado, Julia también estaba muy preocupada, jamás la había visto tan débil. El médico nos dice que ha sufrido un

ataque de ansiedad, que está algo deshidratada y que tiene que descansar, eso es

lo más importante.

Joder, me recrimino a mí mismo por no haber estado a su lado, no tendría que haberle hecho caso cuando me pidió que la dejara estar sola con los niños, no sé

por qué me convenció para dejarle pasar un trago así sola. Encima, con todo el

trabajo que he tenido, no me he dado cuenta de que casi no ha comido hasta ahora, mierda. No sé por qué he estado tan ciego.

Julia se queda con ella en la cama, tratando de calmarla, mientras yo voy a preparar la cena.

Después de cenar los tres juntos, Julia se fue, no sin antes insistir que si volvía a ponerse mal la llamase, sin importar la hora, me hizo prometerle que no la dejaría sola ni un segundo. Julia siempre estará a su lado, como yo.

Lía se metió en su cama. Yo me puse el pijama a la velocidad del rayo y me metí junto a ella, no quería moverme de su lado.

—Lía, no voy a echarte la bronca, pero por favor no me apartes de ti. Sé que ahora estás jodida, pero no estás sola. Julia y yo estamos contigo, ¿entendido?
—

le dije preocupado.

—Vale —contestó.

Besé suave sus labios y le dije que descansara. Ella estaba apoyada en mi pecho y empezó a enroscar sus piernas con las mías. Yo la miré y sonreí.

—Tienes que descansar, lo ha dicho el médico —dije serio. Aunque me moría

de ganas de hacer lo que ella insinuaba.

—Vale, papá —me respondió socarrona.

Ella sabía perfectamente que en cuanto oyese esa palabra caería en sus redes.

Me metí dentro de ella en apenas unos segundos, me sorprendió que estuviese

tan preparada para recibirme, después del susto no pensé que su cuerpo quisiera

guerra. Hacerle el amor es la mejor puta sensación de este mundo.

Al principio empecé lento, pero a ratos lo fui haciendo salvaje, como a ambos nos gusta. Siempre con mucho cuidado, porque sabía lo débil que todavía estaba,

algo en mi interior tiraba de mí para no desatarnos como locos. Nos tardamos en

corrernos los dos, primero ella, aferrándose a mi cuerpo, y después yo, llenándola por completo.

La sentí tan vulnerable que se me encogió el corazón. Necesitaba que fuese la misma Lía de siempre, divertida y vital, con esa preciosa sonrisa siempre en la

boca. La que canta cuando prueba mis cenas y la que grita mi nombre cuando el

placer le hace rozar el cielo, mi Lía, mi norte.

Pero ella ahora mismo solo es un mal reflejo de la verdadera Lía, por eso en ningún momento le he mencionado la propuesta laboral de Juan, mi jefe. Es que

ni me planteo pensar en hacer yo el proyecto de esos hoteles. Le he dicho que le

daré una respuesta en un par de semanas, no quiero ser un desagradecido, ya que

él se ha portado muy bien conmigo, por eso he dicho que me lo pensaré y todavía no le he contestado. Pero yo sé que la respuesta es no. No me voy a ir

a

Alemania por mucho que signifique perder la mejor oportunidad laboral de mi vida. Ya habrá más. Mi sitio está aquí, junto a ella.

Lía no lo consentiría si se entera, seguro que me obligaría a coger el proyecto y volar lejos, así que no pienso decírselo nunca.

Ella no quiere reconocerlo, pero yo noto que está dejándose caer, como la canción de Leiva que tanto le gusta cantar. No puedo abandonarla ahora, cuando

más me necesita, es mi momento para estar a su lado, para demostrarle que somos una pareja, en las buenas y en las malas. Necesito ser su apoyo y estar siempre cerca para poder levantarla, espero que sepa que siempre tendrá mi mano para agarrarse.

46- LA LLAMADA

Junio ha llegado de nuevo, los días son más largos y parece que sale algo más el sol, aquí en el norte el calor no llega tan pronto. Yo estoy tratando de hacerme la dura. Tengo días normales y días bastante malos, durante estos últimos intento estar sola. Trabajo más, llego tarde a casa para que Axel no me note el bajón o

me voy a pilates y después a dar un paseo por la playa. La cosa es no mostrar a

nadie cómo me siento realmente.

Teo me llama a menudo y me encanta con la naturalidad que me cuenta todo lo que hace. Gael ni tan siquiera se pone, antes de colgar suelo decirle a Teo que le dé un beso de mi parte, pero no obtengo ninguna respuesta. Los niños con su

padre están bien, eso no hay por qué negarlo, los cuida, comparte su tiempo

con

ellos, aunque algún fin de semana sé que los deja con sus abuelos. Mi relación

con mis ex suegros nunca fue muy cercana, pero sé que tienen devoción por los

niños y eso me basta, así que no me parece mal, al fin y al cabo son los únicos

abuelos con los que tienen trato. Pero yo sigo sintiendo un dolor en el pecho enorme, porque no logro entender cómo hemos acabado así.

Otros días me levanto por la mañana y me convenzo a mí misma de que tengo

que tirar para adelante, sola, sin ayuda, como he hecho siempre. Mi madre también me ha llamado por teléfono; pero sus palabras son, no sé cómo definir las, como ideas inconexas. Primero me dice que mejor, que así yo tendré

más tiempo libre para mí, y al rato me dice que todos los hombres son iguales. Y

qué cojones tendrá que ver una cosa con la otra, pienso yo. Menos mal que sus

llamadas son cada mucho tiempo, porque solo consigue que me sienta más sola,

si eso es posible.

Julia está encima de mí todo el día. Ella y Claudio no están juntos en público

todavía y ella no me quiere dar muchas explicaciones, pero yo sé que se siguen

acostando. Estoy deseando tener un poco más de humor y enfrentarme en un

cara a cara a Claudio, porque menudos gilipollas los dos.

Este mes se le acaba el contrato de prácticas a Axel y no sé si Juan le ofrecerá otro contrato o prescindirá de sus servicios. Hasta donde yo sé, está muy contento con todos los proyectos en los que le ha ayudado, pero con la excusa de

la crisis nunca se sabe; aunque la información financiera del Estudio es excelente, lo sé de primera mano porque yo llevo sus cuentas.

Axel está en el gimnasio, me imagino que boxeando. Las semanas que estoy más irritable, y que él tiene que soportarme con este humor de mierda, va más.

Descargaré allí la mala hostia, supongo. Así que después de trabajar me he ido a

casa, me he cambiado de ropa y me he venido hasta la playa del Sardinero a pasear. Como hay marea baja y todavía hay sol, he metido los pies en el agua; está helada, pero la sensación me reconforta.

Mi móvil suena y cuando lo voy a coger veo que es un número que no tengo en mi agenda, no sé quién será.

— ¿Sí? —contesto.

—Lía. Hola, guapa, soy Alma, la madre de Axel.

—Hola —respondo dubitativa—. ¿Ha pasado algo?

—No, tranquila, me dio tu teléfono Alba, espero que no te moleste.

—No, no te preocupes, dime.

—Mira, sé que no tengo derecho a contarte lo que me preocupa, pero como

eres madre sé que me entenderás. ¿Te ha dicho Axel que Juan le ha ofrecido un

proyecto en Berlín?

Me quedo quieta, con el agua rozando mis tobillos, el frío me sube desde los dedos de mis pies hasta mi cerebro.

—¡Eh!, no. No tenía ni idea.

—Eso me imaginaba, es para hacer dos hoteles de una cadena internacional, empezaría en julio y el proyecto puede durar un año largo o casi dos.

—Alma, lo siento pero es que me he quedado en blanco, no tenía ni idea y me

imagino que haya dicho que sí. ¿No?

—Pues todavía no ha dicho ni que sí ni que no, pero yo conozco a mi hijo y dirá que no; sé lo que siente por ti, también estoy al tanto de lo que ha pasado con tus niños, de verdad que siento que estés pasando por todo esto; pero, Lía,

necesitaba contártelo, porque solo tú puedes convencerle para que acepte. Es su

carrera, está comenzando, no puede perder una oportunidad así, sé que la arquitectura es su pasión.

—Yo también lo sé. Tranquila.

—Me encanta verle feliz contigo y sé que lo vuestro podría funcionar,

escucharle hablar de ti me lo confirma. No creo que nadie te quiera igual. Pero

es joven, necesita labrarse un futuro. ¿Lo entiendes?

Las palabras de Alma me llegan hasta el alma. Me está pidiendo que libere a su hijo para que pueda volar y a la vez me dice que yo lo soy todo para él.

“Venga, Lía, que si pensabas que la vida ya no te podía atizar más, ahí está, otra hostia y ya van mil”.

—Claro que lo entiendo, Alma, estate tranquila que aceptará el proyecto.

Gracias por contármelo —le contesto.

—De nada, preciosa, y por favor no le digas que te he llamado o nunca me lo perdonará.

—Tranquila, no se lo diré.

Nos despedimos y sigo con mi paseo, esta vez las lágrimas caen por mis mejillas sin dramas, solo poco a poco, como anticipándose a la despedida que está por llegar.

Espero a Axel en el *loft*, con mi kimono de seda estampado de flores verdes y negras atado con el cinturón. Debajo desnuda, solo mi piel. Cuando entra por la

puerta y me ve allí, recostada sobre el sofá, tira su bolsa de deporte en la entrada y se va despojando de su ropa a la velocidad de la luz, con sus ojos verdes brillando como nunca, se coloca de rodillas en el suelo pegado a mí.

—Joder, Lía, cómo he echado de menos verte así.

No soy capaz de articular palabra. Solo enredo mis dedos en su pelo, que ahora está un poco más largo y acerco su boca hasta la mía, nuestros labios se juntan y su lengua entra como un ciclón, invadiendo todo, nuestras salivas se mezclan y es como trasladarme a la isla de nuevo. Los dos solos, sin necesitar nada más que saborearnos mutuamente.

Sale de mi boca y abre mi kimono, se deleita al verme desnuda, coge mis pechos con sus manos y los acaricia, llenándose con la sensación de tener mis lolas, como él las llama, tan accesibles. Pellizca mis pezones, que se ponen duros al instante. Mientras mantiene su posición, de rodillas delante de mí, me siento y él abre mis piernas. Estoy tan expuesta desnuda frente a él en esta postura; pero en vez de cohibirme, me relajo y disfruto. Porque nuestros cuerpos desnudos hacen música y jamás he sentido tanta complicidad practicando sexo con nadie

como me siento con él. Sexo abierto y sin complejos, sexo real y placentero, sexo que es amor y amor convertido en sexo.

Entierra su cabeza entre mis piernas y saborea mis pliegues, suave, sin prisa, deleitándose por el camino. Joder, me arqueo, su lengua está recorriendo mi centro del placer. Es increíble, me dejo llevar por completo y sin darme cuenta

me corro en su boca, para él. Allí mismo se incorpora y se tumba encima de mí,

noto su erección dura en mi vientre mientras me besa de nuevo en la boca. Está

probando mi propio sabor, sin ningún pudor, y eso consigue excitarme más. En

un movimiento pausado me mete su polla, está tan dura que con su primera embestida la siento hasta el fondo. Yo solo puedo gemir y morirme de placer.

—Joder, Axel. Me encanta tenerte así —susurro.

—Princesa, pienso estar así toda mi vida.

Sus palabras me golpean el corazón, si él supiera que lo que tenemos está a punto de terminarse. Borro ese pensamiento de mi cabeza y consigo centrarme en disfrutar, aquí y ahora, como dice nuestra pulsera. Su ritmo va creciendo.

Dentro. Fuera. Dentro. Fuera. Cada embestida es más profunda que la anterior.

Su pelvis choca contra mi sexo y yo arqueo la espalda para amoldarme a sus movimientos. Gruñe. Gime. Gruño. Me dice al oído que le vuelvo loco.

Y yo intento contenerme. Está claro que le quiero, pero ahora mismo eso no nos lo podemos permitir.

Sigue con el mismo ritmo duro, dentro, fuera otra vez. Mucho más rápido, mucho más intenso, y así en unos segundos más nos corremos el uno en el otro.

Yo clavando mis uñas en su espalda y él las yemas de sus dedos en mis mejillas.

Deja su cuerpo caer encima del mío y sin recuperar la respiración del todo me dijo al oído:

—Lía, te quiero.

Me quedo sin palabras y solo puedo hundir mi cabeza en su hombro. Quizás espera que yo le diga lo mismo otra vez, pero no puedo. No porque no lo sienta,

sino porque no podré contener las lágrimas si abro la boca en este instante. “Lo

hago por ti”, “Lo hago por ti”, me repetí varias veces en mi cabeza.

Lo hicimos una vez más, sobre su cama, esta vez conseguí estar yo encima.

Me encanta ver lo que le cuesta dejarme llevar el control. Pero está

irresistiblemente sexi cuando lo hace. Tuerce el gesto y me atraviesa con su mirada, sus ojos verdes son mi faro. Al principio siempre se resiste, pero cuando se deja llevar es la puta bomba. Gozo viéndole gozar.

Axel entró en coma profundo, me sentí orgullosa de haberlo dejado K.O. en nuestro segundo asalto. Yo no era capaz de conciliar el sueño. Mi cabeza no paraba de dar vueltas a la llamada de su madre. Necesito un plan para que sea él

quien se aleje de mí, sin tener que decirle que sé lo del trabajo. Con mucho cuidado de no despertarlo, salí a hurtadillas de la cama y me fui hasta mi habitación; aunque ya eran más de las doce de la madrugada, necesitaba llamar a

Julia y contarle todo.

—Lía, ¿estás bien? ¿Te ha pasado algo? —me preguntó asustada.

—No, tranquila, siento llamarte ahora, pero tengo que contarte algo, es importante.

Cuando le conté todos los detalles de la llamada de Alma, y cómo me había ocultado Axel lo del trabajo, se quedó alucinada. Aunque, como yo supuse, su pensamiento estaba mucho del mío.

—Joder, Lía, es su vida. Si él no quiere irse, deja que se quede. Si te entrometes, va a enfadarse mucho más.

—Ya, Julia, pero solo tiene veintisiete años, no puedo mirar para otro lado. Se

merece volar y triunfar. No quedarse aquí para cuidarme a mí en estos momentos

—le dije con tristeza

—Tú sabrás lo que haces; pero conociéndolo, no va a querer irse.

—Por eso te llamo, tienes que apoyarme con lo que tengo en mente. Va a ser difícil, pero quiero contar contigo.

—Está bien, mañana en la oficina me cuentas, pero que sepas que estás cometiendo un error y probablemente te arrepientas —me dijo echándome la bronca.

—Vaya, tú siempre tan sincera. —Antes de colgar, escuché de lejos a alguien toser, que no era Julia—. Joder, estás con alguien, no me jodas, no haberme cogido el teléfono. No quiero que nadie se entere de mi vida.

—¡Qué va!, es la tele lo que has oído.

—Y una mierda. Julia, no será Claudio, ¿verdad?

—Zorri, es tarde, mañana hablamos.

—Julia, no me toques los cojones. Haz el favor de pasarle el teléfono.

—¡Ni de coña! —me espetó.

—Julia, o le pasas el móvil ahora mismo o mañana le monto el pollo en la oficina. —Oí como Julia decía algo por lo bajini y una voz varonil muy familiar

me hablaba desde su móvil.

—Dime, Lía.

—Coño, si es mi amigo Claudio, parece que no me había equivocado.

—Lía, déjame explicarte.

—No pienso escuchar ningún tipo de explicación, sois los dos unos gilipollas por no contármelo. Si solo folláis y fingís que solo es sexo, no me importa lo más mínimo. Me alegro por vosotros, pero me parece súper fuerte que me lo estéis ocultando como dos putos. Ahora tengo que arreglar un tema bastante más

importante, pero en cuanto lo solucione vamos a cenar los tres y a aclarar

todo

esto. ¿Entendido?

—Entendido. Ah y, Lía, si quieres saber mi opinión, no dejes que Axel se vaya.

—Joder —dije mientras colgaba.

Como dice el dicho, dos que duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma condición.

Volví al *loft* y me metí entre las sábanas con Axel de nuevo. Mi cuerpo se estremeció al pensar que esto está llegando al final, mi corazón latió más rápido de lo que lo hace habitualmente e intenté aspirar su olor al máximo, para tranquilizarme. Axel en estado puro, aquí y ahora.

47- MEDIAS VERDADES, MENTIRAS Y FIN

Por la mañana me desperté pronto y me fui a trabajar antes de que Axel se despertara, parece que después de lo de anoche su cuerpo le pedía descansar.

En vez de ir a mi oficina, subí directa al Estudio a encontrarme con Juan, yo sabía que él siempre es el primero en llegar por las mañanas. Le sorprendió verme, pero tampoco en exceso; es más, me dijo que había estado a punto de llamarme él a mí. Le pregunté por el proyecto de Axel, me contó que tiene mucho talento y que se nota que le encanta lo que hace. Han pasado muchos becarios por su Estudio, pero ninguno como él, me aseguró. El proyecto del hotel de aquí, donde ha estado trabajando este tiempo, ha quedado impresionante

y según Juan tiene un futuro prometedor.

El nuevo proyecto que quiere que acepte puede durar casi dos años, es para hacer dos hoteles de una cadena internacional, uno en Berlín y el otro en París,

probablemente, aunque todavía no es fijo que sea en la capital de Francia el segundo hotel. Quieren que el arquitecto que lleve el proyecto esté a pie de obra, por lo que en julio ya tendrá que estar en Berlín trabajando. Juan le ha ofrecido un contrato de dieciocho meses, prorrogable, y la oportunidad de dirigir el proyecto de principio a fin.

—Lía, ya siento haber pensado en él, pero creo que es una oportunidad única que le dará proyección internacional —me dice con pesar.

—Tranquilo, es el mejor candidato.

—Ya, pero me jode porque él está contigo y te noto en la cara que eres feliz, después de todo.

No le dejo continuar:

—Juan, lo importante aquí no soy yo, es Axel. Así que te pido como favor personal que le des a él el puesto. Todavía no ha aceptado, pero lo hará. Dame un par de semanas, a lo sumo tres, y te prometo que vendrá el mismo a decirte que

quiere irse.

—Está bien, no sé lo que piensas decirle para convencerlo, pero el puesto será

para él.

Cuando bajé a mi despacho, sentí una sensación de vacío enorme. Estoy

intentando deshacerme de Axel, mi amor, mi norte, y todo por darle la libertad

para crecer. Ahora solo necesito mentirle para que él mismo decida irse, eso es lo que más me duele, tener que mentir cuando juramos que jamás lo haríamos.

A media mañana llamé a Alba, le conté lo que hablé con su madre y que ya había hablado con Juan, le dije que se preparara para recoger los pedacitos de su hermano desde ya, mi plan ya había comenzado.

—Joder, Lía. No hagas eso por favor, ya sé que mi madre puede ser muy pesada; pero tiene que entender que él te elige a ti, que le da igual ser un arquitecto famoso o uno mediocre. Él es solo feliz contigo. Y después de lo que

ha sufrido, no quiero volver a ver cómo pasa por lo mismo.

—Lo sé, Alba, y me mata por dentro tener que hacer esto, pero se merece por lo menos intentarlo. No puedo retenerlo a mi lado por egoísmo, aunque obligarle

a marcharse me rompa en dos.

—Si lo tienes tan claro, no puedo decirte nada más. Solo que espero que nunca te arrepientas.

A Julia la puse al día con mi plan, necesitaba que estuviera de mi lado y que si

Axel la llamaba para hablar del tema sonara convincente. Me volvió a repetir que era idiota por alejarlo de mí, y más de esa manera, pero que siempre estará

de mi lado apoyándome, aunque no comparta mis decisiones.

Esa misma noche ya comencé mi actuación; me partía el alma mentir, pero con su cabezonería no se me ocurría otro modo. Cené con él, pero estuve ausente. No hubo mucho contacto y nada más cenar me fui a mi cama con un montón de excusas. Él protestó, pero me dejó ir.

Lloré como una idiota entre mis sábanas y me convencí a mí misma de que era lo mejor.

Los días siguientes dejé de contestarle a los *whatsapp* entre horas. Al llegar a

casa venía preocupado a preguntarme qué me pasaba

—Nada —respondí fría.

Al acercarse a darme un beso, yo no ponía mucho interés. Si me ponía la cena,

no comía nada y le decía que ya había cenado, o que no tenía hambre. Al tercer

día ya empezaba a cabrearle.

—Lía, me vas a contar qué te pasa, no me dejas ni tocarte —me recriminaba.

—No me pasa nada, simplemente no me apetece —debí de sonar convincente porque no me insistió más.

Como bien supuse, al quinto día llamó a Julia a ver qué narices me pasaba.

Ella interpretó su papel a la perfección, estaba en su oficina cuando le cogió el teléfono, le dijo que yo no estaba atravesando mi mejor momento y que lo único

que sabía es que había ido a unas cuantas reuniones con Laura, mi abogada.

Mentira, mentira cochina. Después de oírle decir toda esa bazofia, que yo la había obligado a decir, me fui a mi despacho, me encerré en el baño y me puse a

llorar. Joder, qué difícil es partir el corazón a alguien a quien amas.

Al llegar a casa ni tan siquiera fui al *loft*, pero Axel como siempre no cedió y vino a mi casa a buscarme.

—¿Qué tal el día, princesa?, tan ocupada estás que no me mandas ni un *whatsapp* —me dijo con una sonrisa que no le llegaba a los ojos.

—Es que tengo mucho trabajo y no tengo ganas de nada.

Cuando se acercó a darme un beso, le aparté la boca.

—¡Joder, Lía! No entiendo nada, se puede saber qué te he hecho. Hace días que no estamos juntos, no me dejas tocarte, no hemos vuelto a hacer el amor.

Una punzada de dolor atravesó mi estómago, tenía la mirada triste y creo que empezaba a bajar los brazos.

—Nada, es solo que no estoy bien y no me apetece estar con nadie —ahí estaba yo, contándole mi verdad a medias.

—¿Hay algo que te preocupe? ¿Has ido a ver a tu abogada? —me preguntó.

—No, para qué iba a ir a verla —contesté ofendida.

Su cara de decepción por creer que le estaba mintiendo me dejó fuera de juego. Se notaba que, aunque intentaba tener paciencia conmigo, poco a poco la

iba perdiendo.

—Está bien, te dejaré descansar —me dijo mientras volvía al *loft*.

El resto de los días, más de lo mismo; yo iba a pilates, luego de paseo, le avisaba de que llegaría bastante tarde, siempre con excusas. Él empezó a ir a boxear casi todos los días. Por lo que me había contado en Barcelona, yo lo interpreté como si fuera a terapia de nuevo. Al principio no la necesitaba tan

a menudo y ahora era una prioridad. No era justo hacerle sentir así de nuevo, otra

vez una mujer le estaba decepcionando. Yo me metía en la cama todas las noches

y me quedaba dormida llorando. Joder, para algo bueno y bonito que tenía

ahora,

qué injusto tener que apartarlo de mí. A veces estaba tentada a contarle la verdad, a decirle que se tenía que ir porque sí y que yo lo esperaría toda mi vida si fuese necesario. Pero esto no es un culebrón, es la vida real y en esta vida él solo es un crío que tiene que volar y vivir. No me sentiría bien estando con él sabiendo que por mi culpa no podrá cumplir sus sueños.

Casi habían pasado dos semanas con la misma dinámica y, aunque estaba

bastante tocado todavía, seguía intentando estar conmigo. No se rendía. Ese es mi Axel, aferrándose a su norte, a mí.

No me quedó otra opción que preparar la traca final. Llegué a casa un viernes por la noche y tenía la puerta del *loft* abierta.

—Lía, por favor, puedes venir, tenemos que hablar —me dijo al oír mis pasos.

Intenté hacerle esperar más de lo normal, fui a mi habitación, me cambié de ropa poniéndome lo más cutre que encontré en mi armario, incluido un moño alto de lo más andrajoso, tenía un aspecto horrible. “Joder, Lía, estás para que te den un Goya a la mejor interpretación”.

Cuando entré en el *loft*, había preparado algo al horno, creo que era pato porque el olor me trasladó a nuestro viaje a París, siempre me quedará ese bonito recuerdo, como en *Casablanca*: “siempre nos quedará París”. Joder, qué difícil me lo estaba poniendo. “Céntrate, Lía”.

—Estoy muy cansada —dije nada más entrar.

Él se giró y creo que se le salieron los ojos de las órbitas al verme con aquel aspecto. Explotó.

—Joder, Lía. ¿Te has visto? ¿Qué piensas, que soy imbécil? Llevas días tratándome como el culo. ¿Qué te crees, que no sé qué estás intentado apartarme

de ti?

—Yo, yo no quiero eso, Axel; pero no estoy bien, ¿no te das cuenta de que no tengo ganas de nada? —dije lo más seria posible.

—Entonces ¿por qué me mientes?, dime qué te preocupa, cuéntame que has ido a ver a tu abogada. Quedamos en que no cabían las mentiras entre nosotros.

No lo entiendo, la verdad —me gritó

—Mira, Axel, es mi vida y no tengo por qué darte explicaciones de todo lo que hago.

—Joder, Lía. No te reconozco. Sé que lo de tus hijos te ha jodido, pero tú siempre has dicho que se llora un día y al siguiente se mira para adelante.

—Qué vas a saber tú de las cosas malas de la vida, Axel, si eres un puto crío

—en cuanto pronuncié la última palabra supe que estaba tocando su botón de encendido, no tardaría en estallar.

—No me jodas, ahora qué coño tiene que ver la edad. Por favor, dime la puta verdad ya. ¿Qué es lo que ocurre?

Era mi oportunidad, podía contarle la verdad o darle la estocada final; si no, nunca conseguiría apartarlo de mí.

—Está bien, voy a decírtelo. Creo que deberías irte a Barcelona, tu contrato va

a terminar y creo que lo nuestro no va a funcionar. Yo solo quiero recuperar a mis hijos. Por eso he estado viendo a mi abogada. Si estoy sola, tengo más posibilidades de que vuelvan.

Ahí está otra vez la verdad a medias junto con la mentira; claro que quiero

recuperar a mis hijos, pero no a costa de perder a Axel.

Axel soltó la bandeja del horno dejándola caer en la encimera dando un golpe.

Vi como cerraba los puños con fuerza.

—Y me estás diciendo con esto que quieres que me vaya, que no me quieres a

tu lado y que lo que sentimos lo olvidemos, ¿no? —me gritó.

—Sí, solo intento hacer lo mejor —musité.

—Y una mierda —explotó—, ¿quién coño es la puta cría ahora? Y si Carlo te pidiese volver después de lo que te hizo, también volverías, ¿no? ¡Mentira!

—Axel, no quiero que terminemos así, la decisión está tomada.

Sus ojos verdes se clavaron en los míos, parecía que echaban fuego. Nunca lo había visto tan enfadado, pude ver como la ira intentaba apoderarse de su cuerpo, pero respiró varias veces profundo y se controló. Gesto que agradezco.

—Es todo por el puto proyecto de Berlín, ¿verdad? No sé quién coño te lo habrá contado, toda esta película es por eso, ¿me equivoco? Te he dado la oportunidad de contarme la verdad, pero tú solo me has ido diciendo mentira tras

mentira. No te preocupes, recojo mis cosas y mañana mismo me voy. No hay nada que me joda más en este mundo que estar con una mentirosa —gritó.

Pillada, pillada y pillada, a la primera, pero ya era demasiado tarde para volverse atrás; me dolieron mucho sus palabras, pero bajé la mirada y no repliqué. Axel no es tonto y en el poco tiempo que llevamos juntos me conoce a

la perfección. Sin mediar palabra, salí del *loft* y lo dejé solo. Contuve las lágrimas hasta llegar a mi habitación. Una vez allí, me derrumbé. Todo empezaba a nublarse, sin él no iba a ser capaz de respirar. Me metí en el baño y

me mojé la nuca con agua, necesitaba tranquilizarme o acabaría desmayada de nuevo. Aunque esta vez sería peor, porque no estarían los brazos de Axel para recogerme.

Me desperté al día siguiente con muy mal cuerpo, casi no me sostenían las piernas al poner los pies en el suelo para levantarme. Cuando fui a la cocina vi la puerta del *loft* abierta, era sábado y no tenía ni idea de si Axel ya se había marchado. Por la noche, después de llorar todas las lágrimas que me quedaban en el cuerpo, me había quedado profundamente dormida. El agotamiento mental

me dejó es ese estado catatónico.

No sabía si ir al *loft* a comprobar si se había ido o ni tan siquiera acercarme.

Dudé, pero al final respiré profundo y afronté la situación. Al entrar estaba todo recogido, no había rastro de su ropa, incluso había vaciado la nevera. Encima de

su mesa de dibujo encontré un sobre. Me temblaban las manos al intentar abrirlo.

Había un montón de dinero, la llave y una nota que decía:

“El dinero es por el pago del alquiler, no te sientas mal por cogerlo, es lo justo, ya que no hemos sido nada.

Axel Rivas”.

Sus palabras me hicieron un agujero en el corazón que creo que nunca podrá cerrarse.

Lloré mucho durante toda la mañana y ya he perdido la cuenta de todos los

días en los que he sido incapaz de controlar mis lágrimas. Me recliné a mí misma por romper mi regla de llorar un día y después tirar para adelante, pero hay veces que lo que te propones no se consigue. Cuando ya me quedé seca, me

duché, me vestí y me fui a mi rincón de huir. Solo podía devolverme el oxígeno

mirar al mar.

Me senté en mi banco favorito, contemplando mi Mar Cantábrico, con mis cascos y el volumen al máximo, empezó a sonar la canción de mi paisano Rulo

“Buscando el Mar”, él explica que la búsqueda de los mares es la búsqueda de la

felicidad..., la escuché en bucle.

No habrá tercera parte

No habrá reposición

Ni llamadas nocturnas

A tu buzón de voz

No más impertinencias

Ni siquiera un perdón

Abriste diligencias

Espero ejecución

Aguantaré el paraguas

En pleno chaparrón

La historia hace aguas

Y soy mal nadador

Que mientan los poetas

Cuando hablen del amor

Que callen los cobardes

Como me callo yo...

No más aterrizajes de emergencia en tu sofá

Con tanta turbulencia quiero bajar

Desencantos de sirena que no sabe afinar

No seremos dos locos buscando el mar

Buscando el mar...

Y así, sentada en mi banco, sintiendo un vacío enorme en mi pecho, me quedé

buscando el mar.

FIN

EPÍLOGO

AXEL

Todavía no me puedo creer que esté a punto de coger un maldito avión a Berlín. Sí, ¿a qué vosotros tampoco lo imaginasteis?

Estoy aquí sentado, después de pasar el control de seguridad, esperando para embarcar y no me he quitado ni las gafas de sol. Debo de tener pinta de

gilipollas, pero lo que pasa es que me la suda, me la suda todo en general, estoy pasando los días en vez de vivirlos.

Las últimas semanas han sido una mierda y lo único de lo que estoy

convencido es de que tengo un puto imán para que las tías se rían de mí. No sé

por qué, pero es así. Será que desprendo un olor característico o algo que las atrae para luego joderme. A ver si consigo que una universidad de esas americanas como Wisconsin o similar me haga un estudio del tipo... “un estudio

realizado por la Universidad de Wisconsin ha determinado que Axel Rivas, en cuestiones de amor, es un mamón”, o algo parecido.

Lo de Lía me ha dejado tocado. Las últimas semanas con ella ya vi venir que

algo pasaba, ingenuo de mí, no supe reaccionar antes. Su forma de apartarme de

ella, de mentirme, de no dejar que la tocara, todo eran señales que no vi, o más

bien no quise ver. He hablado con Alba y niega que haya sido ella quien le contara lo del trabajo, no sé si creerla; pero entonces el círculo se reduce, porque solo lo sabían mis padres, ella, Juan y Rubén. Si ha sido mi madre, me jodería

bastante más; ¿qué coño le dijo para convencerla?, algo como “tú harías lo mismo por tus hijos”. Me parecería de lo más patético, y mira que siempre me he

llevado genial con mi madre, la verdad es que no me la imagino moviendo los

hilos de esa manera por mí. Siempre nos han dejado tomar nuestras propias decisiones, era su forma de hacernos madurar; pero quién sabe, puede que ahora

que ya somos mayores la cosa haya cambiado. El caso es que a Alba solo le ha

mandado un *whatsapp* diciéndole que me voy y que mi madre no pierda el tiempo en llamarme, porque no pienso coger su llamada. Al final tiene toda la pinta de haber sido ella la bocazas, así que necesito estar un tiempo sin hablar con ella y pensar las cosas desde la distancia. Todos me han tratado como un puto crío, tomando decisiones por mí. Estoy entre indignado y cabreado, con todos y con el mundo en general.

Después de nuestra despedida, recogí mis cosas y regresé a Barcelona en mi moto. Deje a Rubén una maleta enorme y Alba se va a encargarse de ir a Santander

y empaquetar la mesa de dibujo y alguna cosilla más que me falta para mandarlo

de vuelta a mí casa, me imagino que, como sigue saliendo con Lucas, no tardará

en pasar por allí a recogerlo.

Durante días pensé en dar a todos por el culo y buscar curro en Barcelona. Si habían montado este circo para que aceptara el puesto, no me apetecía darles ese

gusto. Pero Juan me llamó un montón de veces y me dijo que el puesto era mío.

Entre el dolor y la rabia que sentía, pensé que quizás tener la mente centrada en este proyecto, y encima fuera de España, me iba a venir bien; así que finalmente

acepté.

Por suerte Juan me ha dejado traerme a Rubén de ayudante, él también está con un contrato de prácticas y le ha encantado la idea de conocer mundo. Él

vendrá dentro de unos días con su novia María, ella es diseñadora gráfica *freelance* y puede trabajar desde cualquier sitio, a mí no me importa compartir piso los tres.

Joder, Lía, por qué tuviste que mentirme así, por qué querías echarme de tu vida. Si es verdad que lo hacías para que aceptara el trabajo, por qué no me dijiste la verdad cuando te lo pregunté; aunque no pensaba dejarte sola, podíamos haber hablado, como dos adultos. Era tu oportunidad, pero solo guardaste silencio, joder, sabes que no puedo soportar las mentiras. Tu silencio

habló por ti.

Al cerrar los ojos solo te veo a ti, veo tu imagen, con ese kimono de flores y tu piel desnuda debajo, esperándome en el sofá. Tengo que dejar de pensarlo o me

voy a empalmar aquí mismo, es tan fuerte la atracción que sentimos. Me veo a

mí devorando tu esencia cuando te corriste en mi boca y los besos que nos permitimos después, intercambios de placer, pura electricidad. Joder, no creo que nadie me dé tanto como tú. Ahora en mi cabeza encajan todas las piezas, cuando

después me follaste, dominándome, y yo dejándote llevar el control, tú ya sabías

que esa era la última vez que íbamos a hacer el amor y yo, en cambio, no me lo

podía ni imaginar. Ahora me moriré solo con el recuerdo. Tu sonrisa, tu lunar, tu boca, los días en la isla, las noches en mi cama...

Me he sorprendido a mí mismo, gratamente, todo hay que decirlo, fui capaz de

aguantar toda la ira que sentí cuando me dijo que me volviera a Barcelona.

Parece ser que algo he madurado, pero creo que eso también en parte se lo debo

a ella. En el momento en que me dijo que lo mejor es que me fuera, todo mi mundo se vino abajo, fugazmente vinieron a mi mente todos los momentos buenos que pasé con ella y, aunque probablemente hubiera dado mil puñetazos a

una pared, me contuve, respiré y solté todo el aire de mis pulmones, el Axel que

tenía que descargar su ira a golpes ya no era yo.

No pude irme sin más y le dejé un sobre con dinero y una nota. Ahora me arrepiento, sé que no tenía que haberle escrito eso, pero le quise demostrar que

me había jodido. Me imagino su cara viendo todo ese dinero, ella que siempre se

negó a que yo pagara por vivir allí y encima diciéndole que no hemos sido nada,

las palabras me duelen hasta a mí.

Ha sido un acto irreflexivo, pero en ese momento me hizo sentir bien, aunque fuera solo durante dos décimas de segundo.

He mirado un montón de veces su foto de perfil en el *whatsapp*, no la ha cambiado y está preciosa. He estado tentado de escribirle; pero no puedo, ahora

no.

No sé qué coño voy a hacer yo en Alemania sin ella, sin mi norte. Y encima

en verano, verdaderamente no era lo que tenía pensado para esta época estival;

pero ya no hay remedio, tengo que intentar olvidarla.

Miro el monitor con la hora de embarque y me cago en la puta, está retrasado.

Está claro que me ha mirado un tuerto. Cojo mi móvil, me ha sonado un *whatsapp*, me da un vuelco el corazón al pensar que puede ser de ella, pero al ver la pantalla leo que es de mi padre.

“Buen viaje, hijo, sé que serás el mejor”.

Después de leerlo, lo borro, “¿quién quiere ser el mejor?”. Yo por supuesto que lejos de ella no.

Busco mi Spotify y la lista más escuchada es LÍA, me salta a la primera. Veis

como todo me sale mal. Para más coña, en Barcelona, durante mis primeras noches sin ella encontré un CD de Diego el Cigala que era de mi padre, *Dos Lágrimas*. Lo escuché mil veces y entre todas las canciones me quedé pillado con “Historia de un amor”, que automáticamente añadí a mi lista de canciones,

era como para terminar de cerrar el círculo. Lo sé, es cómo regodearte en tus propias mierdas, pero si sirve de excusa es el resultado de mis primeras noches

en Barna sin ella, bebiéndome todas las reservas de la vinoteca de mis padres.

Qué se le va a hacer, soy débil.

Ya no estás más a mi lado corazón

En el alma solo tengo soledad

Y si ya no puedo verte

Porque Dios me hizo quererte

Para hacerme sufrir más

Siempre fuiste la razón de mi existir

Adorarte para mí fue religión

En tus besos yo encontraba

El calor que me brindaba

El amor y la pasión.

Es la historia de un amor como no hay otro igual...

Y así, tarareando, espero la llamada para que se abra la puerta hacia mi próximo destino, solo, aquí y ahora.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, me gustaría dar las gracias a todas mis lectoras de Wattpad, que fueron las primeras en seguir los pasos de Lía y Axel y las que me dieron ánimos y energía para continuar escribiendo esta historia que un día comenzó en

mi cabeza. Ha sido maravilloso leer cada comentario que me habéis regalado.

Vosotras ya sabéis que siempre seréis especiales para mí.

Si algo bueno tienen las redes sociales es que te permiten llegar a mucha gente

y yo he conseguido lectoras de habla hispana de muchos rincones del mundo: Valentina, Angélica, Carmen, Nina, Bobcitha y muchísimas más..., gracias por creer en esta historia.

Quiero agradecer de forma especial a Raquel de **Millones de Libros** su tiempo y dedicación; aunque todavía no nos conocemos en persona, hemos

compartido charlas y dudas como dos amigas con intereses comunes. Gracias por ser siempre sincera y objetiva conmigo y con mi historia.

Gracias Ana Peña por esos análisis y esos perfiles que hacemos de mis personajes, sin duda lo tuyo es de “formación profesional”.

Gracias en mayúsculas a María Badía, por aguantarme durante horas, días y meses hablando de mis protagonistas, sin ti todo este proceso hubiera sido mucho más aburrido.

Quiero dar las gracias también a Isabel Robeta, gracias por tu labor comercial,

daba igual que estuviésemos en la playa o tomando algo por la ciudad, siempre

has sido la primera en dar publicidad a mi historia; incluso antes de que yo me

atreñera a decir que escribía, tú ya lo decías por mí.

Gracias a Cristina Robledo, por tus ánimos en esta nueva etapa, aunque me debes un montón de horas de lectura y lo sabes.

Y por último te quiero dar las gracias a ti, que ahora mismo estás leyendo estas letras, porque eso quiere decir que has dado una oportunidad a mi primera

historia.

Prometo esforzarme y mejorar para seguir creciendo en el arte de escribir.

Table of Contents

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Epílogo

Document Outline

- [Prólogo](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Capítulo 25](#)
- [Capítulo 26](#)
- [Capítulo 27](#)
- [Capítulo 28](#)
- [Capítulo 29](#)
- [Capítulo 30](#)
- [Capítulo 31](#)
- [Capítulo 32](#)

- [Capítulo 33](#)
- [Capítulo 34](#)
- [Capítulo 35](#)
- [Capítulo 36](#)
- [Capítulo 37](#)
- [Capítulo 38](#)
- [Capítulo 39](#)
- [Capítulo 40](#)
- [Capítulo 41](#)
- [Capítulo 42](#)
- [Capítulo 43](#)
- [Capítulo 44](#)
- [Capítulo 45](#)
- [Capítulo 46](#)
- [Capítulo 47](#)
- [Epílogo](#)